MATT BROLLY

Mirada Muerta

SERIE POLICÍACA DEL DETECTIVE EN JEFE MICHAEL LAMBERT, LIBRO 1

El detective en jefe Michael Lambert pensó que había cerrado su último caso…

Sin embargo, cuando le pasan un expediente en el que se detalla un asesinato especialmente espantoso, Michael sabe que no se trata de un asesino cualquiera. La extracción de los ojos de la víctima y la inscripción en latín grabada en el pecho son la escalofriante tarjeta de presentación del «ladrón de almas»: un asesino a sangre fría que ya golpeó de cerca a Michael una vez, hace veinticinco años.

Ahora se reabre el caso, enterrado desde hace mucho tiempo, y Michael está decidido a utilizar sus conocimientos para llevar al asesino ante la justicia. Pero a medida que aumenta el número de cadáveres, Michael se da cuenta de que sus propios vínculos con las víctimas podrían significar que él es el siguiente en la lista del asesino…



Matt Brolly

Mirada muerta

Detective en jefe Michael Lambert - 1

ePub r1.0

Titivillus 07-04-2024

Título original: *Dead Eyed*
Matt Brolly, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

PRÓLOGO

El hombre parecía flotar en el borde de la pista de baile. Sus miembros alargados y su pelo ralo lo hacían destacar entre los jóvenes cuerpos ágiles. Sam Burnham lo observaba desde la barra, tomando el mismo *brandy* que había pedido hacía una hora.

La canción terminó y el hombre arrastró los pies. Recorrió la zona de baile antes de dirigirse a la barra. Burnham pidió otra copa. Percibió al hombre en su periferia y se volvió hacia él. Le puso la mano en el brazo y le miró directamente a los ojos.

—¿Puedo invitarte a una copa? —preguntó.

El hombre asintió y miró fijamente a Burnham. Veinte minutos después, salieron juntos del club.

—¿Y ahora qué? —preguntó Burnham, apretándose la chaqueta contra el cuerpo. Era una tarde de finales de septiembre en Bristol y la temperatura había bajado desde que había salido ese mismo día.

—¿Dónde te alojas? —preguntó el hombre. Sus ojos se movieron en direcciones aleatorias, sin centrarse ni una sola vez en Burnham.

—En un hotel. No te gustaría. ¿Vives cerca? —Burnham sabía exactamente dónde vivía.

—No sé si contestar —dijo el hombre—. No te conozco.

Burnham volvió a tocar el brazo del hombre. Era la técnica más sencilla, pero muy eficaz.

El hombre cedió.

—Bueno, no está lejos. Podemos caminar.

El hombre vivía en Southville, un pequeño suburbio de Bristol situado a menos de un kilómetro del centro. Caminaron en un silencio incómodo, salpicado por alguna que otra pregunta del hombre.

Se detuvo ante un bloque de pisos.

—No quiero sonar raro, pero ¿te conozco de algún lado?

—Creo que no. Supongo que debo de tener una cara común —dijo Burnham, siguiéndolo dentro.

El piso estaba limpio como un hospital, con el aire perfumado artificialmente. El salón era un conjunto de superficies brillantes: cristal, cromo, mármol. Burnham aceptó una copa de *brandy*. Las manos del hombre temblaban al entregársela.

Se trasladaron al sofá del salón y el hombre le simplificó las cosas.

—Vuelvo enseguida —dijo, con la voz entrecortada. En cuanto Burnham oyó cerrarse la puerta del baño, sacó la ampolla del bolsillo interior de su chaqueta. Rompió el precinto y vertió el líquido transparente en la bebida del hombre, para luego removerlo con el dedo índice izquierdo.

El hombre tardó cinco minutos en tomar un trago. Otros cinco minutos para que la droga hiciera efecto. Burnham arrastró hasta el dormitorio al cuerpo esquelético del hombre entre sus gruesos brazos. Lo tumbó en la cama e hizo una llamada.

El jefe de Burnham llegó al piso dos minutos más tarde con un pequeño maletín de cuero. Burnham observó en silencio cómo sacaba un equipo quirúrgico, un juego de escalpelos y una segunda ampolla llena de una sustancia diferente.

—Espera en el coche —ordenó.

Su jefe abandonó el edificio tres horas después. Burnham se apresuró a levantarse de su asiento y le abrió la puerta trasera.

—¿Necesitas que limpie? —le preguntó.

—No, esta vez no.

CAPÍTULO 1

Michael Lambert esperaba al fondo de la cafetería. A su derecha, un grupo de madres primerizas se congregaba en torno a tres mesas de madera. Algunas llevaban a sus pequeños en brazos; otras dejaban dormir a sus bebés en los cochecitos de gran tamaño que abarrotaban la zona. A dos mesas de distancia, un par de hombres vestidos con trajes idénticos miraban sus iPads. A su lado, una joven con el pelo trenzado leía una novela de bolsillo. Todos ellos levantaron la vista cuando Simon Klatzky atravesó la entrada de la tienda y le gritaron.

Lambert ignoró las miradas. Había llegado treinta minutos antes y, por costumbre, comprobaba una y otra vez la clientela. No había notado nada fuera de lo normal. Se levantó y le hizo señas a Klatzky para que se acercara. Lo había visto por última vez dos años atrás, en el funeral.

—Me alegro de volver a verte, Simon —dijo.

—Mikey —dijo Klatzky. Al igual que Lambert, Klatzky tenía treinta y ocho años. Había perdido peso desde la última vez que se vieron. Tenía la cara demacrada y los ojos llenos de finas manchas rojas. Cuando habló, Lambert notó que le faltaban varios dientes. El resto estaban descoloridos y negros, con empastes baratos. Su rostro esbozó una sonrisa. Se quedó sonriendo a Lambert. En la mano izquierda, sujetaba un sobre manila A4.

—Siéntate. ¿Qué quieres tomar? —dijo Lambert. Él se encogió de hombros—. ¿Qué te parece un café?

Lambert pidió dos americanos negros y volvió a la mesa.

—Siento llegar tarde —dijo Klatzky.

Había llamado esa misma mañana desesperado por encontrarse. Se había negado a contarle los detalles a Lambert por teléfono, pero había insistido en que era urgente. Por el olor que desprendía, no

había sido lo bastante importante como para impedirle ir primero a un bar.

Las manos de Klatzky temblaban mientras sorbía el café.

—Pensé que era mejor que lo vieras tú mismo —dijo, mirando el sobre que aún tenía apretado en la mano.

Lambert se enderezó en su silla, rascándose la barba incipiente de un día. Estaba realmente contento de ver a su viejo amigo. Solo había accedido a reunirse con él porque parecía muy asustado por teléfono. Ahora que estaba aquí, lamentaba no haberlo visto con más frecuencia en los últimos dos años.

—¿Cómo has estado, amigo?

—Más o menos. Siento no haber llamado antes —dudó—. Y ahora, te estoy contactando en estas circunstancias —aún agarraba con fuerza el sobre, y sus nudillos se ponían blancos por el esfuerzo.

—No estoy trabajando en este momento, Simon.

—No sabía con quién más hablar —Klatzky sacó una botella de líquido transparente de su chaqueta impermeable negra y vertió la mitad del contenido en su taza de café.

Algunas cosas no cambiaban.

—¿Me lo vas a enseñar? —Lambert no quería meterle prisa, pero no le gustaban las sorpresas. Necesitaba saber qué quería.

Klatzky bebió mucho de la bebida con alcohol, momentáneamente confundido.

—El sobre, Si.

Miró el sobre como si acabara de aparecer en sus manos. Se lo entregó a Lambert, con el cuerpo temblándole.

El nombre y la dirección de Klatzky estaban impresos en el anverso. No había sello.

—¿Lo has recibido hoy?

—Estaba allí cuando volví.

—¿Volver de dónde?

—Salí anoche. Llegué temprano esta mañana —miró a Lambert como si esperara una reprimenda.

Lambert abrió el sobre y sacó una carpeta de papeles tamaño A4. Cada página tenía una foto en color del mismo sujeto tomada desde un ángulo diferente. Golpeó la mesa con los nudillos de la mano izquierda a medida que leía la carpeta.

—Es él, Mike —dijo Klatzky.

Las fotos mostraban la figura fallecida de un hombre demacrado. La piel del cadáver era de un amarillo apagado. Mechones de pelo se pegaban a los pómulos del hombre, apelmazados con una sustancia marrón verdosa. La boca del cadáver estaba abierta de par en par, atrapada para siempre en una expresión de rictus de sorpresa. Donde deberían haber estado los ojos del hombre, había dos cuencas huecas. Sobre la cara del hombre caían hilillos de piel y materia. Lambert reconoció la insignia latina tallada en el pecho del hombre. Volvió a guardar el expediente en el sobre y se secó una gota de sudor de la frente.

—¿Y bien? —preguntó Klatzky.

—¿De dónde has sacado esto?

Klatzky vertió más líquido transparente en su taza.

—Ya te lo dije. Estaba allí esta mañana cuando volví. ¿Por qué demonios me han enviado esto a mí, Mike? —preguntó, lo suficientemente alto como para recibir algunas miradas desaprobatorias de las jóvenes madres. Lambert se frotó la cara. Si hubiera sabido lo que contenía el sobre, nunca habría sugerido reunirse en un lugar tan público.

—Hablaré con algunas personas. Veré qué puedo averiguar. Tendré que quedarme con esto —dijo.

—¿Pero por qué me lo enviaron a mí, Mikey?

—No lo sé —revisó la dirección del sobre—. ¿Sigues en el mismo departamento, en East Ham?

—Me temo que sí.

—¿Has visto a alguien más recientemente?

—¿A alguien de la universidad? No. Eres el primero que veo desde… —vaciló—. Desde el funeral.

Lambert repitió las imágenes en su cabeza y trató de ignorar la expectación presente en el rostro de Klatzky. La inscripción en el pecho de la víctima decía:

In oculis animus habitat.

Las letras, manchadas por la sangre que goteaba, se habían secado en gruesas ronchas de color granate sobre la pálida piel del cuerpo del hombre. Lambert no necesitó ver las cuencas sin ojos del hombre para deducir la traducción:

«El alma habita en los ojos».

Salieron juntos de la cafetería.

—¿Tienes otro sitio donde ir? —le preguntó.

—¿Por qué? ¿Crees que soy el siguiente? —preguntó Klatzky.

Lambert no sabía qué había puesto el hombre en su café, pero se balanceaba de un lado a otro. Le puso la mano en el hombro.

—No entres en pánico. Puede que no sean del asesino. Pero hasta que sepamos de dónde proceden y por qué te las enviaron, lo más sensato sería no regresar a tu piso.

—¿Deberíamos decírselo a los padres de Billy o algo? Dios, ¿qué van a pensar?

Billy Nolan había sido la novena y, hasta ahora, última víctima del llamado asesino el Cazador de Almas. Amigo íntimo de Lambert y Klatzky, Nolan fue asesinado en su último año en la Universidad de Bristol, donde todos ellos habían estudiado. El asesino nunca había sido capturado y lo que vio en el expediente sugería que había vuelto a trabajar.

—Mira, necesitas ir a algún sitio y descansar. Deja que yo me preocupe de los detalles.

—Quiero ayudar, Mikey.

—No te metas en líos. Eso será de más ayuda. Me pondré en contacto contigo cuando sepa algo —tomó la mano de Klatzky y la estrechó—. Todo estará bien, Si.

El apretón de manos de Klatzky fue débil y su palma estaba húmeda de sudor. Se tambaleó un segundo antes de cruzar la calle dando tumbos hasta un bar llamado El Jabalí Azul.

Lambert estaba fuera de la cafetería, con la mano aferrada al sobre. Años atrás, se habría lanzado directamente a la investigación. Lo más responsable habría sido localizar al investigador principal del caso para informarle que Klatzky había recibido el material. Pero necesitaba tiempo para procesar la información, para descifrar por qué Klatzky había recibido las fotos.

Caminó hasta la estación de Clockhouse y cogió un tren a Charing Cross, con la mente acelerada. Tras asegurarse de que nadie pudiera verlo, abrió el sobre. Escaneó cada página, estudió cada detalle. Las fotografías eran copias directas de un informe criminal. El fotógrafo había captado el cadáver desde todos los ángulos. La cámara enfocaba las heridas de la víctima. La piel rasgada alrededor de las cuencas de los ojos, las marcas de las incisiones magnificadas con espantoso detalle, el intrincado detalle de la inscripción en

latín, cada letra meticulosamente tallada en la piel de la víctima. Sin duda era un trabajo profesional.

Al llegar a Londres, Lambert dio un corto paseo hasta Covent Garden. Su mujer, Sophie, lo esperaba en un pequeño bistró junto al edificio del antiguo mercado. Estaba sentada cerca de la entrada, con la cabeza hundida en un folio de cuero.

—Hola —dijo al verlo.

—Hola a ti también.

Cerró el documento que había estado leyendo.

—¿Pedimos algo? —le preguntó, tan seria como de costumbre.

Llevaban doce años casados. Sophie era medio francesa por parte de madre. Era menuda, tenía el pelo corto y negro y una cara suave y redonda que la hacía parecer diez años más joven de los treinta y nueve que tenía en realidad.

Ambos pidieron el pescado del día.

—¿Cómo estaba Simon? —preguntó ella.

—No muy bien —dijo Lambert.

—Bueno, no me tengas en suspenso. ¿Qué quería?

Lambert tocó distraídamente el documento que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Nada dramático. Pensaba organizar una especie de reunión.

Se dio cuenta de que ella sabía que mentía. Pidieron agua para acompañar el pescado y se sentaron a comer en un agradable silencio. Cada uno evitaba discutir la razón por la que estaban allí.

—Todo está reservado —dijo ella al fin—. La misma iglesia que el año pasado. Podemos usar el salón de la iglesia después. Todo el *catering* está organizado.

Lambert bebió el agua y rompió un trozo de hielo que le había caído en la boca. Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando el agua fría se deslizó por su garganta.

—Vale —dijo, consciente de lo inútiles que sonaban las palabras. Incluso después de todo este tiempo, seguía siendo incapaz de enfrentarse a la enormidad de la situación.

—Tenemos que terminar la música —dijo Sophie.

Lambert agarró su vaso de agua y trató de concentrarse en algo más positivo.

—¿Recuerdas aquella canción que le encantaba en verano, antes de empezar el colegio? Se volvía loca. Blondie, ¿no? Cogía su

raqueta de tenis y jugaba con ella. No recuerdo cómo se llamaba.

Sophie sonrió, reviviendo el recuerdo. Luego, en un instante, sus ojos se oscurecieron. Hacía dos años que su hija, Chloe, había muerto. Habían decidido celebrar un funeral cada año, el día del cumpleaños de Chloe. La madre de Sophie había sugerido que lo pospusieran este año. Argumentó que revivir los mismos recuerdos cada doce meses impedía una parte necesaria del proceso de duelo. Lambert estaba de acuerdo en principio, pero no era un tema que pudiera abordar con Sophie. Él se culpaba por la muerte de Chloe y, aunque ella insistiera en lo contrario, estaba seguro de que Sophie también.

Al final, acordaron una pequeña lista de canciones.

—Tengo que irme —dijo Sophie. Se levantó y le dio un beso en la mejilla, una costumbre superficial carente de emoción. En casa, dormían en habitaciones separadas y rara vez pasaban más de cinco minutos juntos. Era la primera comida que compartían en casi un año. Lambert no había vuelto a trabajar desde la muerte de Chloe. Había sido hospitalizado y había recibido una indemnización considerable. La última vez que Sophie había planteado el tema de su vuelta al trabajo, habían peleado. Ahora, nunca discutían el asunto.

—Estaré en casa temprano esta noche —dijo ella—. Luego saldré a cenar.

Se quedó junto a la mesa y lo miró como solo ella podía hacerlo. Lambert vio amor en el gesto, teñido de compasión y empatía. Pero lo que más vio fue lástima.

Cuando ella se marchó, Lambert pagó la cuenta y salió. Encontró un lugar apartado y volvió a sacar el sobre de papel manila. Lo más fácil sería enviar el expediente a las autoridades y olvidar que Klatzky se lo había dado. Y si no hubiese acabado de almorzar con Sophie y de ver aquella mirada de lástima, así habría actuado.

En cambio, guardó el sobre en su chaqueta y caminó por el Strand. En una calle lateral, entró en un pequeño establecimiento que había frecuentado en el pasado.

Adentro, compró en efectivo un teléfono móvil precargado de pago por uso.

Marcó, de memoria, a un número al que no había llamado en dos años.

CAPÍTULO 2

Como era de esperar, el hombre no contestó. Lambert dejó un mensaje solicitando una reunión. Diez minutos más tarde, recibió un mensaje de texto con una dirección y una hora.

Lambert cogió el metro hasta Angel, en Islington, y localizó unas oficinas alquiladas. Mostró su documento de identidad al recepcionista, pero no le dijo el nombre del hombre con el que iba a reunirse. El recepcionista lo condujo a un pequeño despacho. Introdujo un código de cuatro dígitos en un panel lateral e hizo pasar a Lambert a la sala. La habitación parecía la celda de una prisión. No tenía ventanas, solo cuatro paredes de ladrillo y una puerta con marco de acero. Lambert se sentó en una de las tres sillas de oficina de piel sintética situadas alrededor de una mesa rectangular de cristal y estudió las fotos una vez más.

Glenn Tillman irrumpió en la habitación cinco minutos después. Tillman, un hombre casi tan ancho como alto, tenía una cara de niño que parecía fuera de lugar a su cuerpo musculoso.

—No me gusta ser convocado —dijo a modo de saludo.

—Yo también me alegro de verte —dijo Lambert. La última vez que había visto a Tillman había sido poco después del funeral de Chloe. Ambos habían acordado que Lambert debía tomarse un tiempo del trabajo. No había sabido nada de él desde entonces.

Lambert dejó caer el sobre encima de la mesa de cristal. Tillman se acercó a él y lo recogió, con expresión pasiva a medida que ojeaba las fotos.

—¿Y? —dijo.

—Esperaba que me informaran si llegaba algo al respecto —dijo Lambert.

Tillman se sentó, su respiración estaba agitada. Una corbata de rayas azules se abultaba rítmicamente contra su grueso cuello.

—No trabajas para nosotros de momento, Michael.

—Esto se refiere directamente a mí, señor. Habría sido una cortesía.

Tillman volvió a estudiar las fotos.

—Esto se remonta a tus días en la universidad, ¿no? Lo recuerdo de tu expediente. ¿Cómo lo llamaba la prensa, el Cazador de Almas o algo así? —dejó el expediente—. Mira, es la primera vez que oigo al respecto. Debe ser del Departamento de Investigación Criminal local. No es algo que se nos llegara a nosotros, lo sabes.

—Quiero acceso —dijo Lambert.

Tillman sonrió.

—No tendrás acceso, Michael. Si no trabajas para nosotros, ni hablar.

—Contrátame entonces. Un contrato privado.

—Ya no hacemos eso. Ahora somos parte de la NCA. Más o menos —dijo, como una idea tardía. La National Crime Agency había sustituido a la SOCA, la Serious Organised Crime Agency, el año anterior.

—De acuerdo —dijo Lambert. Él trabajaba para la SOCA cuando Tillman lo contrató. Ya habían trabajado juntos cuando Lambert se incorporó a la División de Investigación Criminal. Tillman había sido su primer DI.

Ahora, dirigía un departamento conocido simplemente como «El Grupo». Era una alianza cruzada con la inteligencia militar. Había otros cinco en el equipo de Lambert. Aparte de Tillman, el grupo estaba formado por un DI y un sargento del MET, y dos agentes del MI5. Por primera vez en su carrera, Lambert había firmado la Ley de Secretos Oficiales para trabajar y había recibido una habilitación de seguridad. Sospechaba desde hacía tiempo que existían varios grupos similares que trabajaban independientemente del colectivo de Tillman.

—Señor, no quiero presionar, pero necesito acceso —corría un riesgo calculado al dirigirse de esa manera a su superior. No estaba fuera del alcance de Tillman decirle a dónde ir, dejarlo en la habitación durante veinticuatro horas para que reflexionara sobre su insolencia.

Tillman se llevó la mano a la cara.

—¿Estás reclamando tu favor?

En realidad, Tillman no le debía nada, pero su superior no lo veía así. Lambert lo había protegido una vez y aún tenía pruebas potencialmente incriminatorias en su contra. Él nunca lo traicionaría, pero Tillman estaba obligado a devolverle el favor.

—No quiero que sea así, pero si tiene que ser de esta manera.

Tillman se frotó la sien izquierda, un gesto familiar que Lambert había visto innumerables veces.

—Diré que robaste los códigos de acceso si alguna vez sale a la luz.

—Entendido.

—Entonces hemos terminado, Michael. A menos que vuelvas con nosotros, será la última vez que tengas acceso al Sistema.

—Gracias, señor —dijo Lambert tras ponerse de pie.

—Te enviaré por correo electrónico los códigos de acceso en las próximas dos horas. Cualquier trabajo que hagas en este asunto del Cazador de Almas es solo tuyo. No hagas registros. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Tillman salió de la habitación sin mediar otra palabra.

Lambert agradeció al recepcionista mientras salía del edificio. Dudaba que el hombre tuviera idea de quién era él o de quién era Tillman. Una vez afuera, Lambert saboreó el aire fresco, animado por la reunión. Creyó que tendría que argumentar su caso para acceder al Sistema, pero Tillman había cedido casi de inmediato. Incluso le sugirió que volviera a trabajar para él en el futuro.

Los códigos de acceso llegaron dos horas después. Estaba de vuelta en la mesa de su despacho, en su casa eduardiana de tres plantas en Beckenham (Kent), al sureste de Londres. Ante él, seis monitores de ordenador mostraban información. Hacía mucho tiempo que no los activaba.

El Sistema había sido la razón por la que Lambert había firmado la OSA. Por lo que él sabía, solo un puñado de personas ajenas al Grupo conocían su existencia. El Sistema era una amalgama de sistemas informáticos y bases de datos existentes y, a su vez, algo totalmente distinto. El Sistema tenía acceso directo a una serie de bases de datos criminales de todo el mundo, entre ellas HOLMES y la PNC del Reino Unido, y un acceso limitado a las bases de datos utilizadas por Interpol y las fuerzas europeas. Además, el Sistema podía acceder al *back end* de casi todas las redes sociales.

Lambert experimentó un subidón de adrenalina cuando se conectó al Sistema con los códigos que le había enviado Tillman. Pasó unos minutos aclimatándose al nuevo diseño y exhaló bruscamente cuando accedió a los detalles del nuevo asesinato del Cazador de Almas. El caso aparecía en HOLMES, el sistema utilizado por la policía para registrar los detalles de los grandes crímenes.

Un vecino había descubierto el cadáver de Terrence Vernon hacía cinco días, en un piso de dos dormitorios en una zona llamada Southville, a un kilómetro y medio del centro de Bristol. El olor del cadáver había alertado al vecino, que informó a la policía. El investigador principal era el detective superintendente Rush, aunque era evidente que la investigadora principal era la detective inspectora Sarah May.

El informe inicial del patólogo sugería que el fallecido había soportado al ataque en vida, incluida la extirpación de los ojos, y que finalmente había muerto por un corte en la arteria carótida. No había sido difícil relacionar el crimen con los célebres asesinatos del Cazador de almas, el último de los cuales había tenido lugar dieciocho años atrás.

Abrió la ventana del despacho. Aún podía imaginarse a Billy Nolan. En su último año juntos en la universidad, su pequeño grupo de amigos había conseguido una plaza en la residencia. Nolan vivía a seis puertas de Lambert, en el quinto piso.

Fue él quien tiró la puerta abajo aquella noche. Nolan estaba tirado en la cama, con unos enormes agujeros ensangrentados donde deberían haber estado sus ojos. Lambert había reconocido que era latín lo que estaba grabado en el cuerpo de su amigo, pero no pudo traducirlo. Se había quedado boquiabierto mirando el cuerpo sin vida, esperando que le estuvieran gastando una broma retorcida. Luego, el olor le había abrumado y, con dificultad, había salido al pasillo para vomitar.

Lambert se estremeció. Escenas similares se reproducían ahora en las pantallas de los ordenadores. En cada pantalla aparecían fotos del cadáver de Terrence Vernon, que yacía torcido en el suelo de su habitación, con dos agujeros en el cráneo que parecían demasiado grandes para haber albergado ojos humanos. A continuación, las imágenes en primer plano del latín, *In oculis*

animus habitat. Igual que las víctimas anteriores, cada letra estaba grabada en el pecho de Vernon con un detalle impecable, lo que sugería que el asesino había dedicado horas a la inscripción.

Recordó las secuelas de la muerte de Billy Nolan, el número de vidas afectadas para siempre por un asesinato sin sentido. Recordó la mirada desolada de los padres de Nolan cuando llegaron a la universidad. Los estudiantes que habían visto el cadáver desfigurado de Billy, que nunca volverían a ser los mismos y que asociarían para siempre a la universidad con aquel momento decisivo. Él se contaba entre ellos.

Sophie llamó a la puerta del despacho y Lambert cerró las ventanas al pulsar una sola tecla.

—¿Tienes hambre?

—He comido algo, gracias.

—¿Estás trabajando? —preguntó Sophie, incapaz de ocultar la esperanza en su voz.

—Algo así.

Ella dudó junto a la puerta.

—Eso es bueno —se estaba conteniendo. Quería saber más, pero seguro temía a la respuesta que él pudiera darle.

Lambert miraba las pantallas en blanco del ordenador, desesperado por seguir trabajando y avergonzado por no saber cómo hablar con su distanciada esposa.

—Vale, voy a cenar algo.

—Nos vemos por la mañana —dijo Lambert.

Sophie cerró la puerta del despacho y él volvió a las pantallas del ordenador. Por el momento, tenía que ignorar lo que estaba ocurriendo en su matrimonio. Volvió a las pantallas y leyó los detalles del caso en el sistema HOLMES.

In oculis animus habitat. «El alma habita en los ojos».

Durante las semanas siguientes al asesinato de Nolan, se había discutido mucho sobre el significado de esas palabras. El oficial superior de investigación en ese entonces, el detective en jefe Julian Hastings, había interrogado a Lambert sobre su entendimiento de las palabras. Él había estudiado latín en la escuela, pero no podía traducir las palabras con exactitud sin buscarlas.

Billy Nolan había sido la novena y, supuestamente, última víctima del Cazador de Almas. Ahora, de la nada, el asesino había

vuelto.

Lambert leyó en las notas de la inspectora May que había empezado a investigar los casos más antiguos. La primera víctima, Clive Hale, había sido asesinada hacía más de veintidós años, y las ocho siguientes cayeron en manos del Cazador de Almas en un período de cuatro años. May había asignado a varios agentes subalternos la tarea de examinar los informes de los testigos y los interrogatorios de los sospechosos. Durante la investigación de Nolan, el principal sospechoso había sido un cirujano local, Peter Randall, pero el caso nunca llegó a los tribunales. No había pruebas forenses y Randall tenía una coartada clara para el momento del asesinato. Había sido la única detención importante que se había producido en el caso.

Lambert se había mantenido en contacto con el detective en jefe Hastings después del asesinato. Hastings le había ofrecido consejo para entrar en el cuerpo. El ahora jubilado comisario jefe seguía obsesionado con los casos del Cazador de Almas incluso tras su jubilación. Si May tenía sentido común, Hastings sería la primera persona con la que se habría puesto en contacto. Lambert pulsó un botón de su teclado y se sentó en la silla de su despacho. El expediente de la inspectora Sarah May sobre el último asesinato pasó por las seis pantallas de su ordenador en un carrete de información. Se quedó paralizado y absorbió el material. A menudo trabajaba así, viendo los detalles desde una posición abstracta en busca de una palabra clave, una frase o una imagen que lo cambiara todo.

De la misma edad que Lambert, Vernon había trabajado como gerente de un gran supermercado en la zona de Cribbs Causeway, en Bristol. Descrito por familiares, amigos y compañeros como una persona tímida y torpe, su ética de trabajo duro le había ayudado a alcanzar un nivel razonable en su carrera. Vernon era soltero. Tenía padres divorciados y ningún hermano. Tenía fuertes vínculos con una iglesia evangélica local, Gracelife Bristol, cuyo ministro, Neil Landsdale, había descrito a Vernon como un miembro trabajador y desinteresado de su congregación al que «echaríamos mucho de menos».

Lambert observó sin pestañear cómo las páginas se desplazaban por las pantallas. Leyó y releyó la información hasta que algo lo

hizo detenerse. Era una foto de Vernon con sus compañeros de trabajo en el supermercado. Vernon sobresalía por encima de los demás. Delgado y desgarbado con un traje de poliéster brillante mal ajustado, estaba bien afeitado, llevaba el pelo corto y la cara bien definida, con pómulos altos y una mandíbula fuerte.

Lambert no podía distinguir el color de sus ojos. Se quedó mirando fijamente la imagen de Vernon a medida que un recuerdo que volvía a él. Hizo clic en otra pantalla y accedió a los datos del expediente personal de Vernon. Recorrió el expediente y se detuvo en la madre de Terrence, Sandra Vernon. Hizo clic en su nombre.

Tardó menos de sesenta segundos en encontrar lo que buscaba.

El nombre de casada de Sandra Vernon era Sandra Haydon. Se había divorciado oficialmente del padre de Terrence, Roger Haydon, hacía quince años, aunque se habían separado cuando Terrence era un niño.

Lambert volvió a cargar la foto de la víctima, Terrence Vernon. Maldijo en voz baja. Terrence debía de haberse cambiado el apellido por el de soltera de su madre.

En la universidad, Lambert lo había conocido como Terrence Haydon.

CAPÍTULO 3

Lambert envió un correo electrónico a la inspectora May solicitando una reunión para el día siguiente. No compartió ninguna información sobre las fotos que había recibido de Klatzky. Quería conocer a la mujer cara a cara. Después decidiría si quería seguir con su investigación personal.

El hecho de que Klatzky hubiera recibido las fotos tenía gran importancia, pero Lambert necesitaba saber por qué se las habían enviado antes de compartir los detalles con nadie. Lo primero que pensó fue que las fotos eran una advertencia, pero cuanto más lo pensaba, menos probable le parecía.

Todo se reducía al remitente. El instinto de Lambert le decía que el asesino había enviado las fotos, y no había ninguna razón lógica para que enviara una advertencia. Era posible que el asesino estuviera jugando con Klatzky. Él, al igual que Lambert, había estado allí el día que encontraron el cuerpo de Billy Nolan. Klatzky fue más cercano a Billy que nadie, y su vida se había descontrolado desde la muerte de Nolan. El motivo por el que el asesino quería implicar a Klatzky después de tantos años era una incógnita, pero al menos era un punto de partida. Un segundo punto de partida era la posibilidad de que el asesino estuviera utilizando a Klatzky para atraer a Lambert a la acción. También se le había ocurrido un pensamiento más preocupante: que el asesino estuviera intentando tenderles una trampa, de alguna manera.

Una energía nerviosa lo recorrió mientras imprimía las partes pertinentes del expediente. Era bueno volver a trabajar, incluso en algo tan cercano a él. Llevó los archivos al pequeño dormitorio situado en la parte superior de la casa. Estaba escasamente decorado, con una cama individual, un escritorio y una silla, y el televisor de pantalla plana en la pared que ocupaba más espacio de

la habitación. Pasó los canales sin encontrar nada de interés. Consultó el correo electrónico en su teléfono y se dio cuenta de que Klatzky le había enviado cinco *emails* desde su reunión, cada vez más incoherentes. En el último, sus palabras carecían de sentido.

Lambert apagó la televisión y cerró los ojos. Su cuerpo zumbaba de tensión y el pecho le oprimía como si un peso invisible lo aplastara. Finalmente, se produjo el primer parpadeo. Un ardiente resplandor naranja apareció a su izquierda y se desvaneció en un *collage* de colores brillantes que se apoderó de todo su campo visual. Infinitas tonalidades de rojo, amarillo y naranja empezaron a desvanecerse a medida que su respiración se ralentizaba y se quedaba dormido.

Durmió tres horas y llegó a la estación de Paddington a las seis de la mañana. La estación ya estaba llena de pasajeros. Reservó su billete y pidió un café grande en una de las tiendas del vestíbulo. Estiró las piernas, alerta y despierto pese a las escasas horas de sueño.

Lambert había sobrevivido la mayor parte de su vida adulta con tres o cuatro horas por noche y no había sufrido ningún efecto secundario perjudicial hasta hacía cuatro años, cuando empezaron las alucinaciones. Aparecían cuando estaba demasiado cansado o estresado. Se había autodiagnosticado una rara forma de narcolepsia. Nunca se había sometido a una revisión, por miedo a que un diagnóstico oficial afectara a su trabajo. Había aprendido que las alucinaciones eran una señal de que estaba listo para dormir.

Ahora podía controlarlas, hasta cierto punto. Por desgracia, no siempre fue así.

Lambert bebió el café amargo, impaciente por que llegara el tren. May aún no había respondido a su petición de reunión. Le daría hasta las nueve de la mañana para responder a su correo electrónico o su primer destino sería su comisaría. Lambert observó a los pasajeros y se preguntó si su propio rostro reflejaba las caras apagadas y hoscas que se apresuraban a su lado, todas impacientes y cansadas.

Un tipo diferente de figura emergió del conjunto de escaleras que salían del metro. La figura inestable de un hombre vestido con unos vaqueros desteñidos y una chaqueta de cuero hecha jirones se

tambaleó hacia él.

—Genial —susurró Lambert para sí. Pensó en esconderse de la figura, pero Klatzky ya lo había visto.

—Mikey —dijo, un poco demasiado alto—. Sabía que estarías aquí —Klatzky lo abrazó.

La mezcla de olores abrumó a Lambert. El sudor, el *aftershave* barato y la nicotina rancia estaban unidos por el hedor del alcohol. Lambert mantuvo las manos a los lados e intentó respirar por la boca.

—¿Qué demonios haces aquí, Simon? —a pesar de la repulsión que le producía el estado de Klatzky, no podía evitar admirar al hombre por haberlo encontrado.

—Sabía que Bristol sería el lugar lógico para empezar —dijo Klatzky, arrastrando las palabras—. Nunca duermes, así que te tomarías el primer tren. Voy contigo.

Lambert retrocedió un par de pasos.

—No vas a ninguna parte, excepto a casa. ¿Tienes idea de cómo te ves? ¿Y de cómo hueles? Ni siquiera me sentaría en el mismo vagón que tú, y mucho menos compartiría un viaje en tren.

—Necesito ir contigo, Mikey. Mira, no temo admitirlo, pero tengo miedo. Ha vuelto. Quiero saber qué está pasando, por qué me envió las fotos. Me dijiste que no fuera a casa, así que no fui —los ojos de Klatzky recorrieron la estación, como si le sorprendiera su ubicación.

Lambert negó con la cabeza.

—¿Has estado fuera toda la noche?

Klatzky se encogió de hombros y una sonrisa se dibujó en su rostro.

Esto era lo último que necesitaba.

—Jesús. Escucha, te mantendré informado. ¿Dónde te estás quedado? Vete a dormir la mona. No te servirá de nada venir conmigo a Bristol.

—Necesito saberlo, Mikey —insistió Klatzky. Colocó su mano temblorosa sobre el hombro de Lambert, la piel curtida llena de arrugas y una fina capa de pelo negro la hacían parecer la mano de un hombre mucho mayor. Él intentó no retroceder ante el contacto.

El tren estaba a punto de partir. Lambert dio otro paso atrás y la mano temblorosa se retiró. Si el asesino había enviado a Klatzky el

expediente para involucrar a Lambert, el miedo que veía en los ojos de su amigo era, al menos en parte, responsabilidad suya.

—De acuerdo, Simon. Puedes venir conmigo, pero no puedes interferir. ¿Entendido?

—Eres un santo, Mikey —dijo Klatzky.

—¿Nos vamos, entonces?

—Necesito un boleto —le informó Klatzky.

—Ya veo. Te conseguiré uno en el tren.

Por fortuna, el hombre se durmió antes de que el tren saliera de la estación de Paddington. Se desplomó en un montón, su frágil cuerpo yacía en un ángulo incómodo en los asientos frente a Lambert.

Lambert abrió su bolsa y rebuscó en su contenido. Sacó un periódico y el archivo que había recopilado sobre los asesinatos del Cazador de Almas. En su teléfono seguía sin haber respuesta de May. El revisor se acercó y Lambert compró un billete de vuelta para Klatzky con su tarjeta de crédito.

Klatzky se despertó entre ronquidos cuando el tren entró en Swindon. Su cuerpo sufrió espasmos y su cabeza chocó contra la parte inferior de la mesa con un ruido sordo. Lambert intentó no reírse mientras el otro se recomponía.

—¿Cuánto tiempo llevo dormido? —dijo Klatzky, frotándose la cabeza.

—Cincuenta minutos, más o menos.

El hombre se sacudió el polvo y su vieja chaqueta de cuero crujió con cada movimiento. Se sentó frente a Lambert. Un soplo de aire recorrió la mesa.

—Tu billete —dijo Lambert.

—Gracias, te lo pagaré.

Lambert detuvo a la mujer que empujaba un carrito de bebidas por el pasillo del vagón.

—Café —pidió Klatzky.

—Que sean dos —dijo él. Se sentaron un rato en silencio. Klatzky hizo una mueca de dolor cada vez que tomaba un sorbo de café.

—¿Qué nos ha pasado, Mikey? —le preguntó unos minutos después.

Lambert estaba leyendo uno de los tres libros que había traído,

un libro de texto casi inútil sobre el sueño lúcido.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te acuerdas de los viajes en tren que hacíamos a Bristol cuando íbamos a la universidad? Ya estaríamos medio borrachos.

—Tú estás medio borracho.

—Tal vez —dijo Klatzky—. ¿Qué te pasó, de todos modos? Eras tan feliz y despreocupado entonces. No te tomabas nada en serio, ni siquiera tu título. Ahora mírate.

—Eso fue hace veinte años, Simon —Lambert juntó las manos y apoyó la barbilla en ellas, mirando fijamente a Klatzky. En respuesta, el hombre se inclinó hacia él. Señalándolo con el dedo, dijo—: Todos crecemos, Michael, pero tú has cambiado. Has cambiado intrínsecamente como persona.

Lambert se rio, pero sintió que se le tensaban los músculos faciales y se le enrojecía la cara.

—¿Intrínsecamente? ¿De qué estás hablando, Simon?

Klatzky se desplomó en su asiento.

—Si no sabes de qué estoy hablando, no tiene sentido que te lo explique —dijo. Se bebió lo que quedaba de café y cerró los ojos mientras se lo bebía.

Lambert pensó en continuar la extraña discusión, pero se dio cuenta de que no tenía sentido discutir con Klatzky cuando estaba de ese humor. Abrió el periódico y se pasó el resto del trayecto hojeando las historias desesperanzadoras, con la mente enfocada en la carpeta que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y en lo que significaba todo aquello. A primera vista, no tenía mucho sentido. Los asesinos en serie como el Cazador de Almas no se tomaban dieciocho años entre sus asesinatos. Si se trataba del mismo asesino, tenía que haber una razón para que se detuviera y, lo que era más importante, un catalizador que lo hubiera impulsado a volver al trabajo.

Una vez en Bristol, pidieron el desayuno en un pequeño café grasiento a la salida de la estación de Temple Meads. Klatzky tenía la cabeza gacha mientras esperaban sus pedidos, con la resaca en su punto álgido.

Una adolescente con un delantal rosa colocó sus desayunos en la mesa. Sonreía, con el blanco de los dientes oculto por un grueso aparato metálico. Klatzky se animó y llenó el tenedor con una

mezcla de salchichas, tocino y huevo. Con la boca medio llena, murmuró:

—¿Qué planes tenemos para hoy?

—Bueno, tengo pensado ir a la universidad y echar un vistazo a nuestra antigua residencia. Y si no tengo noticias, llamaré a la investigadora principal del caso.

—¿Vamos a conseguir un hotel? —preguntó Klatzky, cortando una yema de huevo bañada en kétchup.

—No, quiero estar fuera de este lugar al final del día.

—Oh, vamos, Mikey, podríamos visitar algunos viejos lugares. Por los viejos tiempos.

Lambert giró la cara hacia un lado, estirando los músculos del cuello.

—No estoy bromeando, Simon. Me pediste ayuda. Esto es trabajo para mí —ya se arrepentía de haber permitido que lo acompañara en el viaje, y presentía que las cosas solo iban a empeorar.

Klatzky volvió a su desayuno, enfurruñado como un niño regañado.

—Pensaba llamar a los demás —dijo un par de minutos después. Terminó su desayuno y limpió su plato con una fina rebanada de pan blanco. Miró a Lambert a los ojos por primera vez desde que salieron del tren.

—No es una buena idea —dijo Lambert.

—¿Por qué no? Hace años que no estamos todos juntos.

Eran seis en su grupo. Habían pasado sus tres años en la universidad juntos como el grupo más unido, y todos decidieron volver a solicitar las residencias en el tercer año.

—Hay una razón para eso, Simon —Lambert puso dinero sobre la mesa y salió del café antes de que Klatzky pudiera seguir discutiendo.

A lo largo de los años, Klatzky había sido el único que había intentado mantener el grupo unido. De vez en cuando, se celebraban reuniones improvisadas cada pocos meses después de graduarse, pero nunca habían tenido éxito. Al principio estaba bien, pero después de unas copas siempre se hacía evidente que todos evitaban hablar de Billy Nolan; llegaba un momento en que alguien mencionaba su nombre solo para romper la tensión.

Entonces volvían los malos recuerdos y la bebida se intensificaba hasta que todo el mundo alcanzaba un estado de embriaguez sensiblera que, en ocasiones, desembocaba en estallidos de violencia.

Todos los demás habían conseguido dejar atrás el incidente de Nolan, en mayor o menor medida. Lambert sabía que volver a reunir al grupo solo reavivaría los malos recuerdos.

Cogieron un taxi de la larga fila de taxis negros que había frente a la estación.

—Son un poco jóvenes para ser estudiantes —dijo el taxista cuando le indicaron su destino.

—Somos antiguos alumnos —dijo Lambert, y su tono sugirió que toda forma de comunicación entre el taxista y sus dos pasajeros había concluido. En los últimos dieciocho años, Lambert solo había vuelto a Bristol de vez en cuando, sobre todo por trabajo. La ciudad se había transformado en ese tiempo, pero los cambios habían sido graduales. Él no podía datar ninguno de los edificios. Solo cuando el taxi se detuvo frente a su destino sintió una punzada de nostalgia. Klatzky casi lloraba cuando salieron del coche.

—¿No lo sientes en los huesos, Mikey? —dijo, y extendió los brazos como si quisiera abrazar el edificio.

A Lambert le vinieron recuerdos. Imágenes de las numerosas noches que había disfrutado con sus amigos, de las chicas a las que había besado, cada recuerdo manchado con la imagen de Billy Nolan, muerto en su habitación.

En el interior, Lambert tuvo que presentar su antigua tarjeta de autorización para que el hombre de pelo gris que estaba detrás del mostrador de seguridad les permitiera entrar en su antigua residencia. Tomaron el inestable ascensor hasta la quinta planta, y Lambert soportó el olor que desprendía Klatzky por su falta de higiene personal.

—¿Cuándo te duchaste por última vez?

—Estuve fuera toda la noche antes de encontrarme contigo en Paddington.

—Claro que sí —dijo Lambert. Aún no le había contado lo de Terrence Haydon. Klatzky se encontraba en un estado demasiado frágil para asimilar la noticia de que había conocido a la última víctima.

Ninguno de ellos conocía bien a Haydon. Era un personaje extraño que, como sugería el informe, era muy reservado. Los otros estudiantes lo consideraban un excéntrico. Había estudiado Religión y siempre llevaba consigo una Biblia, aunque Lambert no recordaba que intentara imponer sus puntos de vista a nadie. Ni siquiera estaba seguro de que Haydon hubiera sido tan religioso. No recordaba que fuera miembro de la Unión Cristiana.

Aunque las salas habían sido reformadas, él las veía prácticamente iguales. Le vinieron más recuerdos, en su mayoría infantiles, de borracheras nocturnas, peleas con agua en el pasillo, desesperadas madrugadas de repaso a base de café y algún que otro encuentro romántico. Klatzky volvió a estar a punto de llorar. Lambert sabía que la resaca del hombre estaba intensificando su respuesta emocional, pero eso no lo volvía más fácil de soportar.

—¿Por qué estamos aquí, Mikey?

—Pensé que sería bueno reencontrarme —respondía. No quería explicarle a Klatzky que quería volver a los comienzos desde un punto de vista profesional. Tenía poco más de veinte años cuando le quitaron la vida a Nolan, no era más que otro estudiante aturdido. Aunque habían pasado casi veinte años, Lambert pensó que podría tener la oportunidad de ver algo nuevo. Algo que tal vez había pasado por alto, o que no había buscado todos aquellos años. Una mujer de mediana edad con un delantal azul a cuadros los detuvo.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó con un profundo acento del oeste del país.

Lambert mostró su antigua tarjeta de autorización.

—Quería ver la habitación 516 —dijo. Cuando la mujer de servicio le indicó una habitación a mitad del pasillo, se dio cuenta de que habían cambiado los números de las habitaciones. La quinta planta tenía un pasillo rectangular y la habitación de Nolan había estado en la esquina izquierda, con la ventana orientada al este, hacia la calle principal. Lambert siguió su memoria hasta la habitación de Nolan. En la puerta donde Nolan había vivido, colgaba un cartel que decía «Armario».

—¿Desde cuándo es un armario? —preguntó Lambert.

—Siempre ha sido un armario —dijo la mujer.

—No seas ridícula —dijo Klatzky indignado.

—Escucha, solo llevo trabajando aquí seis años, cariño —explicó

la mujer.

—Está bien, está bien —dijo Lambert—. ¿Podríamos mirar dentro?

—Como quieras —dijo la mujer, sacando una llave—. No tengo todo el día, claro.

Estantes llenos de material de limpieza y crujientes sábanas dobladas llenaban la habitación. No se parecía en nada a la habitación desordenada y llena de carteles de Billy Nolan. El cambio de uso había destruido el potencial de la habitación. Lambert había temido que le invadieran más recuerdos de aquel día, pero ahora le costaba creer que el incidente hubiera ocurrido en aquel espacio.

—Vámonos —dijo Klatzky—. Este lugar me da escalofríos —sus ojos se hundieron en sus mejillas, sus labios temblaron bajo el pelo negro y gris que brotaba de su rostro cetrino.

—Simon, ve a tomar un café o algo a la cafetería. Voy a echar un vistazo. Nos vemos en diez minutos.

Klatzky se dirigió hacia el ascensor. Lambert dio las gracias a la limpiadora, que cerró el armario del almacén con una mirada confusa y lastimera. Una vez que Klatzky estuvo dentro del ascensor, Lambert subió las escaleras hasta la sexta planta. Dio una vuelta completa a la planta, pero no pudo recordar dónde había vivido Haydon. Una sensación persistente le decía que Haydon había vivido casi justo encima de Billy Nolan, pero no podía estar seguro. Era demasiada coincidencia. Antes de tomar un café con Klatzky, llamó al Departamento de Investigación Criminal de Bristol y pidió que hablar con la inspectora May.

—¿Puedo preguntar de qué se trata? —preguntó una voz femenina al otro lado de la línea.

—Dile que es sobre el caso de Terrence Vernon —dijo él. Treinta segundos después, una voz femenina, fuerte y grave, dijo:

—Inspectora May, ¿en qué puedo ayudarle?

Lambert le explicó su posición y le dijo que era un expolicía que tenía información importante sobre el caso Vernon. Supuso que May ya había descubierto que Terrence Vernon se llamaba originalmente Terrence Haydon, pero no estaba dispuesto a discutir el asunto por teléfono.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó May.

—En Clifton.

—Bien, hay un pequeño café en The Triangle llamado Liberties. ¿Podríamos vernos allí al mediodía?

—Perfecto —dijo Lambert.

CAPÍTULO 4

Klatzky estaba sentado solo en la cafetería de estudiantes, tristemente fuera de lugar. Con la cabeza gacha, se tomaba un café pequeño y de vez en cuando lanzaba una mirada sospechosa a los estudiantes. Era vulnerable e inquietante al mismo tiempo, y los clientes de la cafetería se sentaban lo más lejos posible de él.

Después de que Klatzky declinara su oferta de un segundo café, Lambert pidió un americano negro grande a un joven que estaba detrás del mostrador. Klatzky le miró con ojos hoscos cuando regresó.

—Pensé que me gustaría estar aquí, Mikey, pero hay demasiados recuerdos. Estar aquí me hace sentir como si hubiera sido ayer. Puedo recordarlo todo, lo que ese enfermo le hizo a su cuerpo —le dio un sorbo a su café—. Cristo, y el olor, Mikey. Puedo saborearlo ahora más que nunca. ¿Alguna vez te has sentido así? Ahora es parte de mí. La sangre y el olor… ¿cómo se llamaba esa cosa?

—¿Incienso?

—Sí —tomó otro sorbo de café, como si quisiera ahogar el recuerdo—. Una cosa buena salió de aquello —bromeó—, nunca más volví a la iglesia. Demasiado incienso en las iglesias católicas. Ni siquiera siento la necesidad de confesarme.

—Pequeñas misericordias, supongo —dijo Lambert. Se había encontrado incienso pontificio en el cuerpo de cada víctima del Cazador de Almas, y Billy Nolan no había sido una excepción. Los restos del incienso coincidían con el utilizado por varias iglesias católicas del país. Sin embargo, la sustancia era de libre acceso, por lo que había resultado imposible rastrearla.

—Escucha, Si, tengo una reunión más tarde con la oficial encargada del caso. Tengo cierta información que ella puede o no conocer.

—De acuerdo —dijo él.

—El cadáver que encontraron la semana pasada, el de las fotos que me enseñaste, era de alguien llamado Terrence Vernon.

Lambert se tensó a medida que esperaba la respuesta de Klatzky.

—¿Terrence?

—Sí, Terrence. Anoche descubrí que Terrence Vernon utilizaba el apellido de soltera de su madre. Antes se llamaba Terrence Haydon. ¿Recuerdas a Terrence Haydon, Si?

—¿El loco Terry? —la cara de Klatzky se transformó y sus ojos se abrieron de par en par al reconocerlo—. ¿Mató a Terry el Loco? Joder, Mikey. ¿Qué significa esto? ¿Qué demonios está pasando? —sus palabras salían en ráfagas cortas y rápidas, ajenas a los demás.

—Habla más bajo, Si —dijo Lambert, apretando los dientes. Algunos alumnos miraron en su dirección. Terry el Loco era el apodo poco inspirado que Terrence Haydon había recibido en la universidad. El apodo se debía a algunos comportamientos excéntricos, como caminar con pasos largos y exagerados al desplazarse—. No sé. Esa es parte de la razón por la que necesito ver a la inspectora May. Hay tantas posibilidades en esta coyuntura que no vale la pena hacer hipótesis.

Klatzky agarró las muñecas de Lambert con manos sudorosas.

—Pero Billy apenas conocía a Terry el Loco, ¿qué tiene que ver con esto?

Lambert despegó los dedos de Klatzky y, haciendo una mueca, se secó el sudor en el plástico de la mesa.

—Podría significar cualquier cosa o nada —dijo, suavizando la voz—. Tal vez el asesino pensó que Haydon sabía algo sobre él.

—¿Después de todo este tiempo?

—Es una posibilidad. Tal vez Haydon contactó a las autoridades. No puedo saberlo hasta que lo investigue con más detalle.

—¿Y si el asesino va tras todos los involucrados en el asesinato de Billy? ¿Todos los que lo conocían?

—No seas dramático, tienes que salir de esto. Si va a matar a alguien una vez cada dieciocho años, hay una buena posibilidad de que todos estemos a salvo. Escucha, tengo que irme. No sé cuánto tardaré, pero te llamaré cuando termine. Intenta descansar en algún sitio.

—¿Dónde sugieres? —preguntó Klatzky.

—No lo sé. Busca un sofá. Pero aléjate de los bares.
—¿Alguna otra orden?
—No.
Lambert llegó a la cafetería treinta minutos antes de lo acordado. Al igual que Londres, Bristol disfrutaba del calor del verano indio. Varias personas estaban sentadas fuera de la cafetería. Una de ellas, una mujer con el pelo negro hasta los hombros, se levantó cuando Lambert se acercó a la entrada.
—¿Señor Lambert? —dijo.
Él se giró hacia la mujer.
—¿Sí?
—Soy la inspectora May. Sarah.
—¿Cómo supiste quién era yo?
—Perdóname —dijo May, sin apartar la mirada de él—. Puedo traerte un café y quizás podamos entrar y hablar.
—Que sea descafeinado, gracias —dijo Lambert.
Una ráfaga de aire frío golpeó a Lambert al entrar en la cafetería de techos altos, al principio refrescante y luego incómoda. La inspectora May lo dirigió a una pequeña cabina con altos bancos de madera. Volvió con dos bebidas y sonrió al sentarse frente a él. Sus grandes ojos marrones brillaban, llenos de confianza e inteligencia. No llevaba maquillaje y Lambert se preguntó si su aspecto era una ventaja o un inconveniente en su vida profesional. Por su experiencia, imaginó que debía ser un poco de ambas cosas.
—Dime, inspectora May…
—Dime Sarah, por favor —dijo la mujer, con voz suave pero firme.
—Sarah. Dime qué has averiguado sobre mí.
La inspectora May se inclinó hacia delante en su silla y mantuvo la mirada fija, sin apartarse de los ojos de Lambert. A la mayoría de la gente, su mirada le habría parecido desconcertante y se habría sentido obligada a apartar la vista, pero Lambert correspondió a su mirada. Habló con socarrona diversión.
—Bueno, en primer lugar, y posiblemente lo más importante, sé que eres amigo de la última víctima del Cazador de Almas, Billy Nolan. De hecho, Sr. Lambert…
—Por favor, dime Michael.
May entrecerró los ojos.

—Michael. Al principio, eras un sospechoso.

Lambert se cruzó de brazos, decidiendo no contestar.

—Por supuesto, eras uno de los muchos sospechosos potenciales y fuiste absuelto muy pronto en el caso.

Los ojos de Lambert se abrieron más, lo que impulsó a la inspectora a continuar.

—Después de graduarte, te aceptaron en un programa acelerado, donde te destacaste —asintió con admiración y soltó una pequeña carcajada—. Ascendiste de rango y llegaste a detective en jefe.

Impresionado por su investigación, Lambert no la interrumpió.

—Y luego el misterio.

—¿El misterio?

—Sí, hace seis años, tu trabajo pasó a ser clasificado. Esta mañana recibí una llamada de un jefe supervisor por intentar acceder a los detalles.

—¿Cuál?

—Tillman.

—Correcto.

—Entonces, ¿puedes llenar esos espacios en blanco para mí, Michael?

—Me temo que no. Como dice el expediente, es clasificado.

Lambert no había pensado mucho en su expediente personal, aunque era obvio que su trabajo con Tillman era clasificado. Los espacios en blanco coincidían con su ingreso al Grupo. Hizo una nota mental para acceder a él más tarde en el Sistema. Aunque tenía autorización por el gobierno, en muchos sentidos la organización era una ley en sí misma. Su cometido había sido investigar casos políticamente delicados, por ello la necesidad de evitar el escrutinio público. Había sido una transición dura para Lambert pasar del Departamento de Investigación Criminal normal al Grupo. Descubrió pronto que era un acto de equilibrio. Habían trabajado en las mismas oficinas que otros grupos especiales y, supuestamente, estaban sujetos a las mismas normas, pero en ocasiones había recibido una libertad de acción que nunca antes había experimentado. El pequeño equipo disponía de armas de fuego y había recibido entrenamiento de inteligencia militar. Lambert sabía que se trataba de un experimento, y tras la reunión de ayer, Tillman no iba a decirle si las cosas habían cambiado.

—Pero aparte de eso, lo has hecho muy bien, Sarah —añadió.

Ella le lanzó una mirada, pero él se dio cuenta de que sabía que le estaba tomando el pelo.

—¿Qué puedes decirme, Michael?

Lambert no quiso ser demasiado insistente en un principio.

—He estado leyendo un poco sobre el caso.

—Naturalmente —dijo ella.

—Tenía un interés particular por la víctima, Terrence Vernon —estudió a May en busca de una respuesta. Si estaba sorprendida, no lo demostró.

—¿Qué pasa con él?

—Me preguntaba cuánto sabías sobre él.

—¿Cuánta información tienes sobre el caso?

—Como he dicho, he leído algunas notas.

—Tengo entendido que usted no está activo en este momento. He leído algo en su expediente sobre una baja —dijo May. Las palabras no contenían hostilidad.

—Algo así. Supongo que ha hecho la misma conexión que yo sobre el Sr. Vernon.

—¿Te refieres al otro nombre del Sr. Vernon?

—Sí.

—Fue su madre quien lo dijo. Pasé algún tiempo con ella. Me contó sobre su divorcio y cómo Terrence había cambiado su nombre de Haydon a Vernon después de salir de la universidad. A partir de ahí, hicimos la conexión con Billy Nolan. Fueron juntos a la universidad. Vivía un piso por encima de Billy Nolan —hizo una pausa—. Un piso por encima de ti.

Lambert evaluó las palabras subyacentes.

—Entonces no tenía por qué molestarte —dijo.

—No me estás molestando. Dime qué más sabes.

—No mucho más que eso —respondió Lambert.

La cara de May se contorsionó en una mitad sonrisa, mitad ceño fruncido.

—Vamos, no vamos a jugar a esos juegos, ¿verdad?

Lambert se encogió de hombros.

—Por lo que veo, es muy probable que se trate del mismo asesino —dijo tras comprobar que nadie estuviera escuchándolos.

—Por supuesto, viste el cuerpo original. Tu amigo Nolan.

Lambert recordó el día en que derribaron la puerta de Billy Nolan. El cadáver de Nolan con sus cuencas ensangrentadas, tendido desnudo en la cama. El olor era una mezcla aterradora de muerte y putrefacción que el abrumador perfume del incienso no lograba cubrir. Klatzky tenía razón. Ese olor también formaba parte de Lambert: ahora podía sentirlo en el fondo de la garganta. Dio un buen trago a su café, como Klatzky había hecho antes. Una vez que se calmó, dijo:

—La marca es la misma. Idéntica. Y los ojos. ¿Estaba vivo cuando se los quitaron? —preguntó él, aunque ya sabía la respuesta.

May frunció los labios.

—No han aparecido. Como los otros. ¿Nolan y Haydon eran amigos en la universidad?

—No. Todos conocíamos a Terrence, pero no llamaría amigo.

—¿Y cómo era él? —May levantó las cejas e inclinó la cabeza, un gesto practicado que sin duda había obtenido muchas confesiones de sospechosos indefensos.

—Estoy seguro de que sabes todo esto, pero era un poco extraño.

—El loco Terry —dijo ella, sorprendiéndolo una vez más.

—El loco Terry. Aunque era un tipo bastante agradable. Inteligente. Supongo que era muy trabajador porque siempre estaba en clase. Nunca dormía hasta tarde. Apenas salía.

—¿Algún enemigo?

—No. La gente hablaba de él a sus espaldas, obviamente. Yo incluido, me temo. No era una amenaza para nadie y nadie tenía nada contra él.

—¿Ningún altercado con Nolan?

—No que yo sepa. Diría que es muy poco probable —May pidió otro café en el mostrador. Lambert pidió un vaso de agua, pues su torrente sanguíneo estaba lleno de cafeína.

Cuando ella volvió, él intentó tomar la iniciativa.

—¿En qué estás trabajando ahora? —preguntó.

—En los procedimientos normales. Estamos investigando la iglesia de Haydon. Como antes, había incienso en la escena del crimen, así que hemos contactado a las iglesias locales para ver si ha desaparecido alguna cantidad de incienso. Pero el problema con estos tipos es que no controlan bien el *stock* —volvió a elevar las

cejas, con una mirada distinta a la de antes. El gesto suavizó su rostro e hizo que Lambert se sintiera acompañado—. También estamos investigando los otros asesinatos, pero la conexión entre este y el de Billy Nolan es nuestro principal objetivo en este momento. De hecho, si no me hubieras buscado, habría tenido que buscarte yo.

—¿Cómo puedo ayudar ahora? —preguntó Lambert.

—Tal vez podrías quedarte un rato. Me vendría bien algo de información sobre los asesinatos de Nolan, si no te afecta demasiado. Claro que preferiría que no llevaras tu propia investigación —sus ojos se entrecerraron y Lambert entendió la advertencia. Ella vaciló un momento, el primer signo de indecisión que él había visto en la mujer—. ¿Quizá podríamos quedar para cenar esta noche?

—Claro —dijo Lambert, un poco más rápido de lo que le hubiera gustado.

La inspectora May se levantó para marcharse.

—Ha sido un placer conocerte —dijo, estrechándole la mano.

—Te veré más tarde —dijo Lambert. Se relajó al ver a May cruzar la cafetería. El encuentro le había sorprendido. May era más abierta de lo que esperaba e imaginó lo fácil que sería trabajar con ella.

Cuando estaba a punto de apartar la mirada, May se detuvo y se volvió.

—Oh, Michael. Por favor, siéntete libre de traer también al Sr. Klatzky esta noche, si lo deseas.

CAPÍTULO 5

La luz entraba por las ventanas de los despachos de la tercera planta de la comisaría central de Bristol. La inspectora Sarah May bajó las persianas de su despacho provisional para bloquear el penetrante sol de septiembre y abrió la ventana unos centímetros para que entrara aire fresco en la habitación, que olía a moho. Tras encender el ordenador, por segunda vez en el día se enfocó en el expediente de Michael Lambert. Le había gustado conocer a Lambert. Tanto que le había propuesto que se vieran esa noche. Había sido una petición impulsiva, pero se convenció a sí misma de que lo había hecho por motivos profesionales.

Su expediente era una lectura interesante. Había entrado en el cuerpo un año después de salir de la universidad, en el mismo programa acelerado que ella. Tras dos años de prueba, había pasado directamente a Investigación Criminal. Su oficial instructor, Glenn Tillman, era ahora comisario jefe de la NCA.

Lambert trabajaba en delitos graves y había alcanzado la categoría de detective inspector jefe cuando Tillman lo reclutó de nuevo para una división de la SOCA. El rastro se detuvo después de eso. Los últimos tres años de servicio de Lambert casi no figuraban en los registros, y ni siquiera su supervisor tenía la autorización necesaria para acceder a los detalles del trabajo de Lambert en SOCA.

Dejó caer el expediente sobre la mesa y se quedó mirando la foto que lo acompañaba. Si había sido tomada hacía tiempo, no se notaba. Lambert medía 1,80 m y tenía el tipo de cuerpo delgado y fuerte que ella asociaba con los atletas. La foto captaba sus ojos avellana, tristes y lúgubres, pero no la sonrisa ladeada que había visto durante su encuentro en la cafetería.

Había sido conveniente que le enviara un correo electrónico la

noche anterior. May no había tardado mucho en relacionarlo con Terrence Haydon. Lambert había sido amigo de la última víctima del Cazador de Almas, Billy Nolan, hacía ocho o diez años. Posteriormente, May había descubierto que Haydon había vivido en la misma residencia que Nolan y Lambert.

Se llevó las manos a las mejillas y se quedó mirando la foto de Lambert. Había sido un buen compañero de almuerzo. Divertido, inteligente y autocrítico, era el tipo de hombre que siempre le había atraído. Sin embargo, le ocultaba algo. Habían repasado el caso vagamente y cada uno compartió información mínima. Ella le había pedido que no iniciara su propia investigación. La respuesta de Lambert había sido, en el mejor de los casos, poco comprometida.

Una sombra acechaba tras la puerta acristalada de su despacho. Reconoció la silueta.

—Sí —gritó.

El sargento Jack Bradbury abrió la puerta.

—Dios, está un poco fresco aquí, ¿no?

May había estado tan absorta en el expediente de Lambert que no se había percatado del aire frío que se filtraba por la ventana.

—Jack, ¿qué tienes para mí?

—El expediente que querías. Simon Klatzky. Me temo que es un poco escaso.

—Gracias.

Bradbury dejó caer el archivo y salió de la oficina sin decir una palabra. Habían salido, si es que así podía llamarse, dos meses antes de que May se convirtiera en inspectora. Había sido algo impulsivo, y como todas sus acciones impulsivas, era algo con lo que había tenido que aprender a vivir. Dos años después, él seguía deprimido por ella. En ese entonces, habían conseguido mantener la aventura en secreto, pero ahora deseaba que hubieran sido más abiertos. Así nunca habrían acabado trabajando juntos, y ella no tendría que ver su mirada herida cada vez que se negaba a prestarle atención.

El expediente de Klatzky era realmente escaso. Al igual que Lambert y otros cincuenta estudiantes, Klatzky había sido interrogado tras la muerte de Billy Nolan. En su declaración, dijo que, del pequeño grupo de amigos de Nolan, él era probablemente el más cercano. Su vida tras la muerte de su amigo sugería que no se había tomado muy bien el incidente.

Klatzky había sido un prometedor estudiante de Ingeniería y había dejado la Universidad de Bristol con un sobresaliente. Sin embargo, nunca había tenido un trabajo importante tras su graduación. Ahora había una orden de detención contra él por no comparecer ante el tribunal tras un episodio de hurto en una tienda. Uno de los antiguos colegas de Lambert había visto a este y a Klatzky llegando a la estación de Temple Meads esa mañana. Como sabía que May estaba trabajando en el caso del Cazador de Almas, y por la tenue conexión de Lambert, había llamado a May con la información. Había valido la pena ver la cara de Lambert cuando ella le pidió que llevara a Klatzky a cenar esa noche.

May estiró las piernas, tensando los músculos de las pantorrillas. No había salido a correr desde que descubrieron el cadáver de Haydon. La falta de ejercicio le llenaba el cuerpo de tensión. Últimamente le costaba conciliar el sueño, y las piernas la despertaban de un tirón. Se prometió a sí misma que se daría tiempo para correr un poco esa tarde, antes de su reunión con Lambert. Sería una negligencia no hacerlo. Cuerpo sano, mente sana, como diría su padre.

Hablando de eso, hacía casi una hora que no se tomaba un café. Se dirigió a la pequeña cocina y echó un poco de café instantáneo en una taza. No era ideal, pero era lo mejor que había. Dos agentes, Tony Chambers y Lyle Coombes, dejaron de hablar cuando ella entró.

—No interrumpo nada, ¿verdad? —preguntó.

—No, señora.

Ambos trabajaban en el caso del Cazador de Almas. Estaba claro que se sentían incómodos con su presencia en la cocina, pero estaban esperando a que hirviera la tetera y no podían salir de la habitación. Ella no se los puso fácil. Se apoyó en el aparador y se cruzó de brazos, y los dos hombres hicieron todo lo posible por evitar su mirada. Es extraño cómo un simple cambio de título puede afectar a la forma en que la gente se relaciona contigo. Cómo interactuabas tú con ellos.

—¿Alguna noticia para mí?

—No, señora —dijo Chambers—. Entrevistamos a más colegas y todos dijeron lo mismo.

—Un tipo bastante simpático, reservado —añadió Coombes,

ganando valor de su compañero.

La tetera hirvió.

—¿No les importa si me salto la cola? —los hombres negaron con la cabeza, desesperados por que se fuera.

De vuelta a su escritorio, examinó los viejos expedientes de los casos. Diez víctimas del Cazador de Almas en un período de veintiún años, pero un intervalo de ocho años desde el último asesinato. Podría haber considerado que la muerte de Haydon fue producto de un imitador si no hubiera existido el vínculo entre él y la última víctima, Nolan.

Por absurdo que pareciera, habían llamado a un grafólogo para que comparara las hendiduras rasgadas en el torso de Terrence Haydon con las de las víctimas anteriores. Basándose en pruebas fotográficas, el experto había sugerido que había una alta probabilidad de que el latín grabado en las víctimas, *In oculis animus habitat*, fuera hecho por la misma persona.

—¿Qué tan probable? —había preguntado May.

—Es difícil decirlo con seguridad. Podría ser más preciso si estuviera juzgando su letra en un trozo de papel, pero diría que entre un noventa y un noventa y cinco por ciento de probabilidad. Si esta última inscripción fue hecha por un imitador, por ejemplo, yo diría que es un falsificador experto.

No solo un experto falsificador, sino un experto asesino. Haría falta habilidad y una frialdad excepcional para mantener a alguien vivo mientras le extraes los globos oculares. La inscripción en el cuerpo habría llevado horas. Cada letra estaba siempre tallada con extrema precisión.

Una anomalía había surgido del experto en escritura: dijo que la escritura en el torso de la primera víctima, Clive Hale, de hace veintidós años, no coincidía con las otras. Era posible que hubiera sido su primer asesinato y que estuviera nervioso, pero el experto insistió en que la escritura no era la misma que la de los demás. May abrió la puerta del despacho y llamó a Bradbury. Apareció dos minutos más tarde, con la mirada de perro sabueso sustituida por una mirada de atención profesional, como si se hubiera dado a sí mismo una charla de ánimo en los minutos transcurridos. Se dio cuenta de que no debía ser tan dura con él. En retrospectiva, él siempre había querido más de su tiempo juntos que ella. Podría y

debería haberlo manejado mejor. Se hizo una nota mental para hablar con él al respecto.

—Jack, ¿sabes algo del investigador del caso Nolan de esos años? ¿Julian Hastings?

Bradbury se paró junto al escritorio.

—No mucho más de lo que leí en el expediente. Estuvo trabajando aquí hasta finales de los noventa. Oí que era un policía de la vieja escuela. Un poco estricto. No muy hablador. Por lo que he oído, el caso Nolan lo jodió un poco.

May levantó la vista de su expediente por primera vez desde que Bradbury había entrado.

—Siéntate, Jack, por el amor de Dios.

Hastings se había jubilado seis años antes con el rango de comisario jefe, y había pasado sus últimos ocho años en Kent.

—¿Cómo lo jodió? Como tú tan elocuentemente has dicho.

—Se obsesionó un poco con el caso, ya sabes cómo es. Se rumorea que por eso dejó la ciudad. ¿Sabes que ahora es escritor? —dijo Bradbury.

—Sí, hoy compré uno de sus libros. *Matanza sangrienta* —May cogió el libro de su escritorio. Un tosco libro de bolsillo, con las palabras «MATANZA SANGRIENTA» ocupando la mitad de la portada en una gruesa fuente granate.

—Título pegadizo. Me pregunto de qué trata —May le sonrió—. ¿Has leído alguno?

—Uno. El primero. Ni siquiera recuerdo el nombre ahora.

—Veo que fue memorable.

—No soy un experto. Pero se notaba que era policía. Se sabía todos los procedimientos al pie de la letra. Y la violencia, aunque no había suficiente.

La crítica no auguraba nada bueno. Hastings había publicado tres libros desde que se jubiló, todos de procedimiento policial. *Blood Kill* era el último, según la joven que le vendió el libro a May, pero según la página de inserción, se publicó hace tres años.

—¿Podrías intentar ponerte en contacto con él por mí? —dijo May—. Me gustaría su opinión sobre el caso Nolan. Ver si se nos escapa algo.

—Claro. ¿Algo más?

—No. Gracias, Jack.

Sería bueno tener la opinión de Hastings. Tal como estaban las cosas, había muy poco con qué trabajar. El asesino seguía siendo un experto en ocultar sus rastros, aunque los forenses habían logrado extraer ADN de otro hombre del cabello de Haydon.

May sacó las fotos de Lambert y Klatzky de sus archivos y entró en el despacho diáfano donde se encontraba la sala de incidentes. Se dirigió al tablón de incidentes, fijó las dos fotos y trazó tres líneas.

Una línea unía a Klatzky y Lambert.

Las otras dos líneas unían a los dos hombres con las fotos de las dos últimas víctimas del Cazador de Almas.

CAPÍTULO 6

May se quedó mirando las fotos de la pizarra. Lambert y Klatzky eran mejores amigos de la novena víctima del Cazador de Almas, y conocidos de la décima. Era demasiada coincidencia.

—Jack, reúne a todos en cinco minutos. Quiero repasar todo desde el principio.

Cinco minutos después, el equipo se filtró en la sala de conferencias y May los silenció cuando se puso de pie.

—Bien, empecemos desde el principio. Suponiendo que estemos ante el asesino el Cazador de Almas, y todo apunta en esa dirección por el momento, empecemos por la primera víctima y trabajemos a partir de ahí.

Bradbury se aclaró la garganta.

—Clive Hale. Hace 22 años. Cuerpo encontrado en un departamento en Clevedon. Mismo *modus operandi* que los asesinatos posteriores.

May escribió el nombre de Hale en la pizarra, el rotulador hizo un ruido chirriante en el revestimiento de vinilo.

—Mismo *modus operandi*, pero no tan ordenado como los otros. Las incisiones alrededor de los ojos eran menos precisas. De hecho, se encontraron trozos de los globos oculares en la escena del crimen, cosa que no ha vuelto a ocurrir. Además, el tallado en el cuerpo no era tan intrincado ni constante.

—Entonces tenía menos experiencia, es probable que se haya alimentado de adrenalina y se precipitó en el trabajo —dijo Bradbury.

May estuvo de acuerdo. Ese solía ser el patrón con los asesinos seriales. El primer asesinato es apresurado, como si el asesino tuviera que sacarlo de su sistema. Los asesinatos posteriores se volvían más sofisticados a medida que el asesino adquiría más

práctica. También debían tener en cuenta la opinión del grafólogo.

—Lana, ¿qué sabemos de Clive Hale?

Cuando la agente Lana Williams se puso en pie, May notó que Bradbury ponía los ojos en blanco.

—Hale tenía diecinueve años y estaba desempleado. Estuvo en el sistema de acogida la mayor parte de su vida. Sin familia cercana, sin convicciones. Acudía ocasionalmente a una iglesia presbiteriana de Clevedon, pero el equipo de investigación de ese entonces descubrió que llevaba meses sin ir —el discurso de Lana fue sucinto y seguro.

—¿Qué podemos deducir de esto? —preguntó May al equipo en general, indicando con la cabeza a Lana que se sentara.

—Observando a las víctimas posteriores y a la última víctima, un tema común es el hombre solitario y una cierta afiliación religiosa —dijo Bradbury.

—Es un vínculo muy tentativo —dijo el detective agente Stuart Welling. Welling era el miembro más veterano del equipo. Condenado para siempre a seguir siendo un detective agente, Welling llevaba permanente una espina clavada. Su papel en el equipo parecía ser cuestionar las decisiones de los demás, y fue por eso que May lo incluyó en su grupo de trabajo.

—¿Por qué, Stuart? —le preguntó.

Welling frunció el ceño y permaneció sentado.

—En primer lugar, no estoy de acuerdo en que Terrence Haydon fuera un solitario. Vivía solo, pero tenía un buen trabajo y un piso, y se relacionaba con sus colegas. La víctima anterior… —May captó el ligero enrojecimiento de las mejillas de Welling a medida que revisaba sus notas—. Billy Nolan. Muy activo socialmente y estudiante en la universidad. En cuanto al aspecto religioso, es una generalización perezosa. Algunas de las víctimas iban a la iglesia, muchas de diferentes denominaciones, y el asesino grabó latín en sus cuerpos. Eso en sí mismo no prueba que los asesinatos tengan un aspecto religioso.

Bradbury giró la cabeza para ver a su colega. Tenía los codos abiertos y el pecho hacia delante.

—Solo era una observación —dijo.

Welling abrió mucho los ojos. Se rascó la mandíbula como si estuviera pensando.

—Una observación pobre.

Bradbury suspiró y volvió a concentrarse en May.

—Víctima dos —dijo May.

—Prueba de ello —dijo Welling.

May se puso de pie con los brazos a los lados y cambió de postura mientras esperaba a que Welling hablara.

Welling finalmente captó la indirecta.

—Graham Jackett. Veterinario local.

—Soltero —dijo Bradbury.

—Sí, pero socialmente activo. Asesinado tres meses después de Hale. Como Hale, fue encontrado en su casa, una propiedad adosada en Nailsea.

—¿Afiliación religiosa? —preguntó May.

Welling suspiró.

—Asistía a la iglesia anglicana local, pero no veo la relevancia. El trabajo en el cuerpo es mucho más parejo esta vez. Casi se convierte en una plantilla para los asesinatos subsiguientes. La eliminación de los ojos es impecable.

—¿Impecable? —preguntó Bradbury.

Welling se removió en su asiento.

—No quedó rastros en la escena —dijo Welling en general—. El tallado del cuerpo era mucho más pulcro. Se tomó su tiempo con este.

Repasaron una a una las víctimas hasta llegar a David Welsh, la víctima anterior a Billy Nolan.

—Soldador de veintiocho años —dijo Welling.

—Vivía solo, iba a la iglesia —añadió Bradbury.

—No significa nada. Luego llegamos al estudiante popular, Billy Nolan —dijo Welling.

—Y luego, dieciocho años después, Terrence Haydon —dijo May. Habían decidido ceñirse a su apellido original para la investigación. Empezó a escribir en la pizarra—. Entonces, ¿qué sabemos? Antes de Haydon, de treinta y ocho años, todas las víctimas eran hombres blancos de entre veinte y treinta años. Todos vivían solos a excepción de la novena víctima, Billy Nolan.

—Técnicamente, sí vivía solo. Tenía su propia habitación en la universidad —dijo Bradbury.

—De acuerdo. Blanco, varón, de veinte a treinta años, vivía solo.

¿Algo más?

—Sigo pensando que el aspecto religioso es importante. De las nueve víctimas, sabemos que seis iban a la iglesia —dijo Bradbury—. Con Haydon, son siete de diez.

Todos en la sala se volvieron para mirar a Welling.

—No digo que no sea relevante, pero por el momento no es un vínculo definitivo —May estuvo de acuerdo con ambos—. Tenemos que mirar más de cerca a las víctimas. Tiene que haber algo más que el género y la edad que los vincule. Lana, empieza a mirar a las víctimas que no tenían antecedentes religiosos, fíjate si hubo algún descuido. Tal vez fue un área no considerada por los equipos de investigación. Todos los demás, quiero saber todo sobre cada una de las víctimas. Vuelvan al principio, revisen las notas del caso y busquen cualquier cosa que vincule a las víctimas. Bradbury, tenemos suficientes recursos. Asigna un equipo a cada víctima, empezando por Hale. Mañana veremos qué tenemos, a las nueve de la mañana.

May volvió a su oficina y cerró la puerta. Se paseó por la habitación, repasando los detalles de la reunión del equipo. Jugó con los archivos de su escritorio, abrió y cerró las persianas. Necesitaba calmarse. Estaban cerca. Ya había un vínculo tentativo entre las víctimas, y solo haría falta una cosa, un pequeño eslabón que conectaría todo. A pesar de las protestas de Welling, pensaba que el aspecto religioso era relevante y esperaba que los equipos de investigación encontraran algo de valor en sus pesquisas.

Se sentó y trató de desterrar el pensamiento negativo de que ese pequeño vínculo nunca sería descubierto, que permanecería fuera de su alcance para siempre.

Bradbury llamó por la línea telefónica interna.

—He conseguido localizar al oficial superior de investigación de los casos anteriores, Julian Hastings. Quiere que nos veamos mañana a las siete.

—Bien —dijo May, colgando. El Superintendente Jefe jubilado había asumido el cargo de Oficial Superior de investigación a partir del caso Jackett. Podía imaginarse su frustración al haber investigado a una víctima tras otra sin resultado alguno. Rebotó en la silla, tratando de controlar la adrenalina que se apoderaba de su organismo. Del cajón de su despacho sacó su Kindle, descargó una

copia de la última novela de Hastings, Blood Kill, y empezó a leer.

CAPÍTULO 7

Klatzky ya había empezado a beber. Lambert lo encontró sentado con un risueño grupo de estudiantes, con una pinta de cerveza. Todas eran chicas. Al final de la adolescencia, a principios de los veinte. Eran sorprendentemente guapas, sobre todo en comparación con la figura áspera y hastiada de Klatzky. Increíblemente, disfrutaban de su compañía. Una de ellas, una chica alta y delgada, se reía cada vez que Klatzky abría la boca y se pasaba la mano izquierda por el pelo oscuro. Klatzky siempre había tenido éxito con las mujeres en la universidad, pero a Lambert le sorprendía que aquellas mujeres quisieran tener algo que ver con él ahora.

—Mikey, ven y únete a nosotros —gritó Klatzky al ver a Lambert.

Las jóvenes lo miraron fijamente mientras se acercaba. Una chica rubia, pequeña, con un evidente bronceado falso y la cara delineada con un maquillaje demasiado cargado se hizo eco de las palabras de Klatzky.

—Sí, Mikey, ven y únete a nosotros —dijo, y provocó risas en los demás. Estaba claro que todo el grupo llevaba un tiempo bebiendo.

—Simon, ¿podemos hablar? —dijo Lambert, ignorando la petición de la joven.

—Claro, claro —dijo Klatzky poniéndose en pie—. Tomen, chicas, otra ronda —puso un billete de veinte libras sobre la mesa, que fue recogido por la chica de pelo oscuro.

Lambert condujo a Klatzky al exterior. Decidió no reprenderlo por la bebida.

—Estoy pensando en quedarme un par de noches —dijo.

—Fantástico —dijo Klatzky—. ¿En dónde?

—Escucha, Si, no creo que esto vaya a funcionar. Que estés aquí.

—No me hagas caso, Mikey. Me mantendré fuera de tu camino.

Una ciudad es lo mismo que otra.

No tenía sentido discutir.

—Bien, hay un Marriott al pie de la colina. Nos reservaré habitaciones separadas para esta noche. Podemos discutir la situación mañana. Te llamaré más tarde con el número de habitación.

—Genial. Escucha, Mikey —vaciló Klatzky.

Lambert suspiró, sacó su cartera del bolsillo del pantalón y le entregó a Klatzky ochenta libras.

—No dejes que esas chicas te jodan, Simon. Y, por el amor de Dios, come algo.

—Sí, mamá —dijo Klatzky antes de volver adentro.

Después de su reunión con May, Lambert decidió continuar con su propia investigación por el momento. No quería entorpecerla de ninguna manera, pero había preguntas que estaba impaciente por responder. Era demasiada coincidencia que Billy Nolan y Terrence Haydon hubieran vivido a un piso de distancia en la universidad. Había una conexión que descubrir entre los dos, por improbable que sonara. Desde que entró en el cuerpo, siempre había resistido la tentación de regresar al caso del Cazador de Almas. Comprendió que se había involucrado demasiado emocionalmente. Ahora, era inevitable. Klatzky lo había forzado. Lambert decidió empezar por donde iniciaría normalmente: el pariente más cercano de la víctima.

Llamó a un taxi que se acercaba y ordenó al conductor que lo llevara a un pequeño suburbio de Bristol llamado Whitchurch, donde vivía la madre de Terrence Haydon, Sandra Vernon.

Veinte minutos más tarde, llegó a su destino. Whitchurch era una zona gris, poblada de casas casi idénticas, con fachadas cenicientas y techos de tejas de un aburrido color marrón rojizo. Sandra Vernon vivía frente a un supermercado en ruinas, en una pequeña casa adosada. La fachada de la casa estaba bien cuidada, con ventanas de PVC. Un camino de piedra conducía a la puerta de entrada a través de un jardín delantero cortado a la perfección. Lambert esperó un momento y llamó al timbre. Contestó una mujer regordeta con grandes gafas de montura circular. Le llegó olor a canela y tostadas quemadas.

—Sí, ¿qué desea? —preguntó con un marcado acento galés.

Lambert le dijo a la mujer que era un amigo de Terrence que

acababa de enterarse de la terrible noticia y había venido a darle el pésame. La corpulenta mujer lo miró de arriba abajo durante un incómodo instante antes de invitarlo a pasar.

Inspeccionó la sala de estar mientras Sandra Vernon preparaba té en la cocina. La habitación estaba poco decorada, con paredes blancas y un par de reproducciones de cuadros en marcos baratos. Bajo una de las ventanas rectangulares de PVC, había un pequeño televisor de pantalla plana. Sobre la chimenea colgaba un sencillo crucifijo de madera. Debajo de él, en la repisa de la chimenea, había una foto de Sandra Vernon y su hijo el día de su graduación.

—Era un buen chico —dijo Sandra al volver con una bandeja.

Lambert no pudo detectar ninguna emoción en la mujer, su rostro carecía de expresión.

—Lo era. Déjeme que la ayude —Lambert cogió la bandeja de las inestables manos de la mujer.

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —dijo, con el acento aún más marcado.

—Michael Lambert. Vivía en el piso de abajo de Terrence en su último año de universidad. No éramos muy amigos, pero lo conocía —dijo. Sandra Vernon le sirvió una taza de té—. ¿Cómo lleva todo, señora Vernon? —preguntó, sorbiendo el débil té.

—Un día a la vez, señor Lambert, pero dime señorita Vernon. La iglesia es una gran ayuda para mí, como puede imaginar.

—Por supuesto. Terrence siempre fue muy religioso en la universidad —dijo Lambert, inseguro de si estaba diciendo lo correcto.

—Tenía una fuerte relación con Dios. Y será recompensado por ello.

—No sabía que su casa estaba en Bristol mientras estaba en la universidad. Mis padres vivían en Londres. Para ser justos, no veía la hora de alejarme de ellos —dijo Lambert. Ignoró el comentario sobre Dios. La tensión siempre era alta cuando había religión de por medio. La experiencia le decía que lo mejor era mantenerse al margen, a menos que la conversación fuera necesaria. Al igual que Klatzky, él no era católico. Aparte de alguna boda, bautizo o funeral, no había ido a la iglesia desde su adolescencia.

Vernon bebía su té y lo estudiaba, con los ojos apagados tras las gafas.

—Siempre estuve cerca de Terrence. Decidí quedarme cerca de él cuando se fue a la universidad. Antes vivíamos en Gales.

Lambert nunca había oído que un padre se trasladara con su hijo a la universidad. Aunque no era inconcebible, sugería una relación demasiado cercana entre padre e hijo.

—Hacía tiempo que no veía a Terrence. ¿Se casó alguna vez?

Vernon se rio.

—No, no.

—¿Salía con alguien?

—Como dije, Sr. Lambert, tenía una fuerte relación con Dios. No tenía tiempo para esas tonterías. Dios era todo lo que necesitaba —Sandra Vernon apartó la mirada al decir las últimas palabras, como si la sugerencia de Lambert la amenazara.

—¿Cuál era la iglesia a la que pertenecía? Era una de esas muy evangélicas, ¿no?

—Se llama Gracelife. Es una iglesia adecuada, con verdaderos creyentes y una moral adecuada. Es una de las razones por las que me mudé aquí en primer lugar.

—Por supuesto, lo siento. No sé mucho de estas cosas —viendo como la conversación empeoraba, Lambert sabía que tenía que tomar una decisión. Dejar las cosas como estaban, o presionar más a la mujer. Ella había sufrido una gran pérdida recientemente y él la comprendía, pero no ignoraba el tono que estaba usando. Le había tomado una clara antipatía y le hablaba con desprecio, como si fuera un niño.

—Una cosa me confundió, Srta. Vernon. Veo que Terrence se ha cambiado el nombre a Vernon. Lo conocíamos como Terrence Haydon en la universidad.

—Ese era el nombre de su padre —la mujer se sentó en el borde de su asiento. Su rostro se había enrojecido y miraba a Lambert con ojos pequeños, agrandados por unas gafas enormes.

A Lambert no le importó su incomodidad y, en cambio, siguió insistiendo.

—Ah, sí, recuerdo que Terrence lo mencionó. ¿Ya no está su padre?

Los ojos de la mujer se entrecerraron.

—No era un padre —dijo, bajando la voz.

—¿Terrence lo vio alguna vez?

—Dejó de ser su padre hace muchos años —dijo Vernon. Su voz salió como un chillido mientras el color de sus mejillas se acentuaba y sus ojos se entrecerraban una vez más.

Lambert se sirvió más té. Vertió el líquido marrón claro en la taza de Sandra Vernon.

—No me había dado cuenta. Estoy seguro de que recuerdo que Terrence lo mencionó. Lo siento, no quería molestarla. Solo quería entender —Lambert mantuvo la voz baja y firme, y centró toda su atención en la nerviosa mujer.

Ella se recostó en su silla.

—Su padre era un hombre malvado, sin Dios. Nos abandonó cuando Terrence era un niño. Terrence nunca lo perdonó. Fue decisión suya. Esperó hasta dejar la universidad, pero no quería que el nombre de ese hombre lo siguiera manchando.

Vernon estaba exagerando.

—Despreciable. ¿Sabe él que Terrence ha ido a un lugar mejor? Espero que perdone mi atrevimiento, pero podría informarle si usted tiene su dirección.

La mujer soltó un pequeño sonido que parecía el de un animal herido. Sus músculos faciales se tensaron y Lambert observó, perplejo, cómo su labio superior se levantaba para revelar el enrojecimiento de sus encías.

—No tengo su dirección. ¿A quién le importa que lo sepa? No era nada para Terrence, para nosotros —gruñó.

Lambert se puso de pie.

—No, tiene toda la razón. Siento mucho molestarla. Debo irme. Esperaba visitar su iglesia antes de irme a Londres. Gracias por el té.

Tenía toda la información que necesitaba. Cualquier simpatía que había tenido por la mujer se había desvanecido. Sentía el odio en la mujer y sabía que no solo la reacción a la muerte de su hijo. Resonaba en el interior de la mujer, y suspiró aliviado cuando salió de los claustrofóbicos confines de su casa. Tenía que hablar con el padre de Terrence, pero antes tenía que ver su iglesia.

La iglesia era un edificio pintado de blanco, resultado de la unión de dos casas adosadas, con un pequeño cartel clavado en la pared lateral que anunciaba: Gracelife, Bristol. Ministro, Neil Landsdale.

Una anciana envuelta en un delantal vestido de cuadros rosas abrió la puerta principal.

—¿Sí?

—Vengo a ver al ministro —dijo Lambert.

La mujer lo miró como si hubiera dicho algo incomprensible.

—¿Ministro?

—Neil Landsdale.

—Solo soy la que limpia —dijo la mujer—. Puedes entrar y ver en las oficinas, si quieres. Hay gente ahí arriba —volvió a entrar y dejó la puerta abierta. Aparte de un crucifijo gigante de madera que colgaba de la pared del fondo, poco más sugería que el interior fuera el de una iglesia. Parecía más bien un pequeño estudio de danza. Montones de sillas de plástico y mesas plegadas rodeaban un piso de madera pulida. Las paredes marrones sin brillo sostenían el techo bajo.

—Ahí arriba —dijo la mujer, señalando una puerta con paneles que conducía a unas escaleras.

Lambert oyó voces mientras subía por la oscura escalera. Una voz masculina y otra femenina. Llegó a la puerta del despacho y golpeó. Las voces cesaron y la puerta fue abierta por una mujer sonriente, con un vestido de manga larga, estampado con grandes flores chillonas.

—¿Es usted el Sr. Lambert, por casualidad? —dijo, con la cara crispada.

Era evidente que Sandra Vernon había llamado con antelación. Él mantuvo un tono ligero.

—Sí, me tomó desprevenido, señorita…

La mujer mantuvo la sonrisa pintada en la cara, pero no lo invitó a entrar.

—¿Puedo hablar con Neil Landsdale? —preguntó él al no recibir respuesta.

—Me temo que está muy ocupado en este momento —dijo la mujer, con una voz ligera y el rastro de un acento del oeste del país —. ¿Sería posible que vuelva más tarde?

Lambert se puso rígido.

—Me temo que no. Solo paso el día en Bristol. Solo le llevará unos minutos de su tiempo —Lambert se imaginó al ministro sentado en un escritorio detrás de la puerta. No tenía ni idea de por

qué el hombre lo evitaba, pero una cosa estaba clara: no se iría sin antes hablar con el ministro.

—Por favor, espere aquí —dijo ella, y cerró la puerta tras de sí.

Lambert acercó la oreja a la puerta, pero no pudo oír la conversación amortiguada. Retrocedió cuando la puerta se abrió.

—El señor Landsdale lo recibirá ahora —anunció.

En el despacho había dos mesas con marcos cromados, cada una con un viejo monitor de ordenador. Un hombre canoso estaba de pie delante de una de las mesas. El pelo le caía por los hombros y en la cara sobresalía una barba incipiente de una semana. Su sonrisa era tan prominente y falsa como la de su colega.

—Sr. Lambert, encantado de conocerlo. Soy el pastor de nuestra humilde iglesia. Puede llamarme Neil.

Lambert aceptó el débil apretón de manos.

—Gracias, Neil.

—Por favor, siéntese. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Como estoy seguro de que la Srta. Vernon le ha informado, fui amigo de Terrence en la universidad. Vine a presentar mis respetos a la Srta. Vernon. Mientras estaba aquí, pensé en ver la iglesia que tanto adoraba Terrence.

—Así era, Sr. Lambert. Terrence era un feligrés activo, desde que se unió a nuestra congregación cuando estaba en la universidad. Lo echaremos mucho de menos.

—¿Ha sido ministro todo ese tiempo?

—Sí —dijo Landsdale, con las manos delante y los dedos entrelazados—. Es mi iglesia.

—¿Conoce al padre de Terrence?

—Me temo que no. Sandra y el padre de Terrence se divorciaron tiempo antes de mudarse aquí.

—¿Habló Terrence alguna vez de él?

—Con el debido respeto, ¿qué le importa? Creía que había venido a presentarle sus respetos —la sonrisa seguía presente, pero el humor había desaparecido de los ojos del ministro.

—Así es, y quería presentar mis respetos a ambos padres —dijo él, alzando la voz y perdiendo la paciencia.

Landsdale comprendió. Separó los dedos y se sentó en la silla, como si quisiera escapar de la mirada de Lambert.

—Mire, no hay mucho que pueda decirle. Los padres de

Terrence eran feligreses de nuestra iglesia hermana en Neath cuando él era niño. La iglesia tenía un enfoque diferente entonces. Por lo que he oído, fue un poco desagradable cuando se separaron. Terrence nunca lo mencionó.

—¿Sabe dónde está el Sr. Haydon ahora? —solo tardaría un minuto en encontrar la dirección del padre en El Sistema, pero Lambert quería oírlo de Landsdale. Golpeó con los nudillos el escritorio del ministro y esperó.

—¿Cómo voy a saberlo, Sr. Lambert? Quizá debería preguntar a la policía.

Lambert siguió golpeando el escritorio, a pesar de la amenaza. Se acercó al ministro, que se movió en su silla y miró a todas partes menos a él.

—De acuerdo. Gracias por su tiempo —cuando se apartó del escritorio, Landsdale dejó escapar un suspiro—. Antes de irme, ¿utiliza alguna vez incienso durante sus servicios?

Landsdale se puso en pie, imitando a Lambert. La sonrisa seguía dibujada en su rostro.

—Eso es un poco Antiguo Testamento para nosotros. Déjeme acompañarlo a la salida, Sr. Lambert.

Pidió un taxi de vuelta al centro de la ciudad y esperó fuera de la iglesia a que llegara. En el viaje de vuelta, repasó el encuentro con la madre de Terrence. No se había dado cuenta en aquel momento, pero lo que más recordaba ahora era la frialdad de su casa. La escasa decoración religiosa, la hostilidad de la mujer menuda y con gafas. Lambert no había percibido en Sandra Vernon mucho amor por su hijo, solo la amargura y el odio que sentía hacia su exmarido. Lambert trató de imaginarse cómo habría sido para Terrence ser criado por una mujer así, y sintió un poco de lástima por el padre de Terrence, aunque nunca lo había conocido.

Landsdale era menos directo. Daba la impresión de ser accesible y servicial, pero tenía un toque de acero. Se negó a ceder en lo referente al padre de Haydon, a pesar de que Lambert estaba seguro de que sabía dónde estaba. Algo pasaba entre Sandra Vernon y Landsdale. Ocultaban algo, fuera relevante para la muerte de Terrence Haydon o no. La idea lo emocionó. A sus ojos, los secretos eran un signo de progreso.

De vuelta en el centro de la ciudad, se registró en el hotel al

final de Park Street y pidió una habitación para Klatzky. Le envió un mensaje de texto indicándole que recogiera la tarjeta de la habitación en recepción. Se conectó al sistema y comprobó las actualizaciones de HOLMES. Se sorprendió un poco al ver su nombre; May lo había citado para comer y le había advertido de que no iniciara su propia investigación. Había subido una foto suya y otra de Klatzky. No se había introducido ninguna mención sobre su reunión de esta noche.

Leyó los datos de las víctimas anteriores del Cazador de Almas, empezando por Clive Hale. El equipo de May había observado la transición en el estilo del asesino desde el primer asesinato, de Hale. A partir de Graham Jackett, el asesino había sido mucho más meticuloso, desde la extracción de los ojos hasta las inmaculadas inscripciones grabadas en los torsos de sus víctimas. May había ordenado un examen más detallado de todas las víctimas anteriores, lo que tenía sentido para Lambert. Le interesaba en especial la conexión entre seis de las víctimas, todas ellas miembros de una iglesia de distintas denominaciones. Billy Nolan no había asistido a la iglesia en ningún momento durante la universidad, pero tal vez había algún vínculo del pasado que se le había escapado al equipo de investigación inicial. Siguió leyendo y se dio cuenta de que era probable que May lo averiguara, pues mañana por la mañana debía reunirse con el Superintendente Jefe Julian Hastings, encargado de ocho de los diez últimos asesinatos del Cazador de Almas.

No tardó mucho en encontrar la dirección del padre de Terrence. Roger Haydon vivía en Weston-super-Mare, una pequeña ciudad costera a treinta kilómetros de Bristol. Haydon había recibido subsidios de vivienda y desempleo durante la mayor parte de su vida. Uno de los miembros del equipo de May, el sargento Jack Bradbury, había interrogado a Haydon, que afirmó no haber visto a Terrence desde que era niño.

Lambert pidió un almuerzo tardío al servicio de habitaciones y llamó a Tillman.

—No trabajas para mí, así que no hace falta que llames para reportarte —dijo Tillman.

—Tuve una charla interesante con la inspectora de este caso, Sarah May —dijo Lambert, ignorándolo.

—¿Y por qué debería interesarme?

—¿Cuál es mi clasificación oficial, señor?

—Ya lo sabes, Michael. Licencia por ausencia o algo así.

—Se las arregló para obtener mi expediente personal. Bueno, partes de él. Cree que soy un hombre misterioso.

—Todos pensamos eso, Michael. ¿Eso es todo? Ni siquiera deberíamos hablar de esto por teléfono.

—Me hizo pensar —dijo Lambert.

—Vaya, eso es nuevo. Continúa.

—Sobre volver.

Tillman no respondió. Lambert se había ido por necesidad. El accidente lo había dejado en coma inducido, seguido de meses de rehabilitación física y mental. Tillman nunca lo había visitado durante ese tiempo, pero Lambert seguía recibiendo un modesto salario a pesar de que el accidente había ocurrido fuera del trabajo.

—¿Señor? —preguntó Lambert.

—¿Quieres volver? —dijo Tillman.

—Quiero saber a qué atenerme.

—Nos veremos cuando termines de jugar a los detectives —dijo Tillman antes de colgar.

Lambert dejó el teléfono en la mesita de noche y se desplomó en la suavidad de la cama. Hablar con Tillman había desinflado su nuevo entusiasmo. Nunca había culpado a nadie de lo que le había ocurrido a Chloe. Se regocijaba en su culpa, repitiendo el incidente una y otra vez, día tras día. Rechazó todas las ofertas de ayuda, de su mujer y su familia, de sus compañeros de trabajo. Llevaba la muerte de su hija a cuestas, y eso afectaba todo. Su mujer no quería saber nada más de él, y Tillman sabía que no estaría preparado para trabajar hasta que lo hubiera superado.

Una opresión le llenó el pecho y se incorporó luchando contra la sensación. Se dirigió a trompicones al cuarto de baño y bebió abundante agua del grifo del lavabo. Olvidar su culpa sería traicionar la memoria de Chloe, pero quizá hubiera otra forma de honrarla. Nunca podría traerla de vuelta y nunca podría redimirse, pero necesitaba seguir adelante con el caso.

CAPÍTULO 8

Lance Crosby salió de la pequeña librería situada frente al edificio de la universidad. Llevaba esperando tres horas, desde que Lambert había cogido el taxi. Vio a Lambert entrar en el edificio y lo llamó.

—No te muevas —dijo el hombre al otro lado de la línea.

Lance hizo lo que le habían ordenado. Era su tercer día de trabajo. Había pasado los dos últimos días en Londres siguiendo a un amigo de Lambert, Simon Klatzky. Seguir la pista de Klatzky había supuesto visitar un sinfín de bares hasta ayer, que se puso en contacto con Lambert.

Lance había fotografiado al segundo hombre y enviado las fotos a Campbell, que se había alegrado mucho de la noticia.

En un instante, el foco cambió. Lance había estado siguiendo a Lambert desde entonces, lo que era más complicado. Campbell le había advertido que Lambert era un profesional, y eso había quedado demostrado. Lance esperaba que los otros dos llegaran pronto, porque la suerte se le acabaría tarde o temprano y Lambert lo descubriría. Había mantenido las distancias esta mañana en el metro y después en el tren, pero Lambert era policía. Se lo había dicho a Campbell, pero no le hizo caso.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, Lambert salió del edificio de la universidad. Lo siguió a distancia mientras Lambert caminaba por Park Street, en dirección al hotel Marriott, al pie de la colina.

Lance puso a su jefe al día.

—Vuelve a la universidad y vigila a Klatzky —ordenó Campbell.

De vuelta en el edificio, tras una agotadora caminata de vuelta por Park Street, Lance mostró al guardia de seguridad una identificación falsa y fue en busca del bar del sindicato. No le sorprendió encontrar al segundo hombre allí. Simon Klatzky estaba

sentado en una mesa ahogando sus penas. De algún modo, había convencido a varias estudiantes muy atractivas para que lo acompañaran.

Lance pidió una Coca-Cola light en el bar y tomó asiento, imaginando que le esperaba un largo día.

CAPÍTULO 9

Como Bradbury había sugerido, Blood Kill estaba lleno de auténticos detalles de procedimiento, pero May también se sintió atraída por la historia, que trataba del asesinato de una adolescente ciega de nacimiento. El detective principal era un comisario metódico y moralmente superior. Por lo que Bradbury le había contado, Hastings se había obsesionado con el caso del Cazador de Almas durante su estadía en el cuerpo. Había resultado ser el caso más importante sin resolver, y existía un evidente paralelismo con la chica de su novela. Se preguntó si escribir el libro había sido catártico para Hastings, si el éxito de su héroe de ficción en la búsqueda del asesino había aliviado sus propias fallas. Cerró el libro a la mitad, sorprendida de lo absorta que se había vuelto con el caso.

Jack Bradbury la detuvo cuando salía del despacho.

—Pensé que querrías saberlo. Sandra Vernon llamó. Parece que tu amigo Michael Lambert le hizo una visita hoy temprano.

—¿Hace cuánto? —preguntó May.

—Unos minutos. Llamó en cuanto se fue. No estaba muy contenta. Dijo que era amigo de Terrence Haydon y que había ido a presentar sus respetos.

—Es cierto, supongo. ¿Agregó algo más?

—Estaba haciendo algunas preguntas extrañas. En particular sobre el padre de Terrence.

—¿Qué quería saber, exactamente?

—Sonaba un poco enojada —dijo Bradbury—. Lambert quería saber la dirección del hombre. Vernon no le dio los detalles.

Aunque no lo consideraba un sospechoso serio, May había colocado la foto de Lambert en el tablón de incidentes junto a la de Klatzky. Le advirtió que no iniciara su propia investigación, pero

sabía que se involucraría. Desde el punto de vista del procedimiento, sería difícil ponerlo a trabajar oficialmente en el caso, aunque sin duda sería beneficioso.

—¿Viste al padre de Terrence ayer? —le preguntó a Bradbury.

Él asintió. Recordó su informe. El hombre vivía solo en una vivienda pública de Weston-super-Mare. Era una figura triste. No había visto a su hijo en más de veinte años.

—De acuerdo, hablaré de nuevo con él hoy.

—¿Con quién? ¿Lambert?

May se cruzó de brazos.

—Sí, Lambert. ¿Hay algo más?

—No, señora —respondió Bradbury. Y con un breve destello de desolación en sus ojos, se dio la vuelta.

El hospital estaba a menos de un kilómetro de la comisaría central, así que decidió ir caminando. Al salir del edificio, le pareció ver una figura de su pasado. Se frotó los ojos cuando la figura desapareció al doblar una esquina y sacó unas gafas de sol del bolso.

May había quedado con Siobhan Callaghan en el hospital. Callaghan trabajaba como terapeuta ocupacional. Había sido una de las estudiantes de la quinta planta de la residencia durante el período en que se descubrió el cadáver de Billy Nolan, dieciocho años atrás.

También había sido novia de Michael Lambert.

May la descubrió tras una lectura minuciosa de las declaraciones de los estudiantes. No podía creer su suerte cuando descubrió que la mujer trabajaba a menos de un kilómetro de su oficina.

La prolongada ola de calor seguía azotando la ciudad, y el cielo de finales de septiembre era azul sin nubes. May subió la cuesta que conducía al hospital y buscó el departamento de Callaghan en el tablón de anuncios del vestíbulo principal. Siguió la línea verde que conducía al departamento de terapia ocupacional. Recordó su época universitaria y los novios que había tenido. No sabía cómo habría reaccionado si alguien hubiera querido hablarle de alguno de ellos. Rara vez recordaba el pasado, pues no se sentía identificada con la chica inocente que había sido a los veinte años. Veía su pasado a la distancia, y sus recuerdos eran similares a los de un lector que imagina un personaje de un libro.

Siobhan Callaghan no era lo que ella esperaba. May se había imaginado a una irlandesa estereotipada, pechugona y pelirroja. La mujer que tenía delante tenía el pelo negro, corto y en punta, y un cuerpo delgado y atlético. Tenía cara juvenil.

—Ah, sí, inspectora. Lo siento, hoy ha sido un día agitado. Por favor, pase —la condujo a un pequeño cubículo blanco, con un escritorio, dos sillas de plástico y una cama elevada. Como el resto del hospital, la pequeña zona desprendía un olor a limpio y antiséptico—. Siéntese, por favor. Lo siento, no he entendido bien su llamada. Mencionó algo sobre aquel incidente en la universidad hace tantos años.

—Sí, gracias por recibirme con tan poca antelación —dijo May —. ¿Ha leído sobre el reciente asesinato en Southville?

—Sí. Espantoso. Pensé en el pobre Billy cuando lo leí. ¿Crees que es la misma persona? Es lo que piensan los periódicos, ¿no? —May estudió a la mujer. Parecía honesta, y nada en su lenguaje corporal sugería lo contrario.

—No puedo opinar sobre eso. Estamos hablando con todos los que estaban en los pasillos la noche que descubrieron el cuerpo de Billy Nolan. Leí su declaración de ese tiempo.

Callaghan se esforzó por mantener el contacto visual con May. Sus ojos se desviaron hacia arriba, como si repitiera aquella noche en su cabeza.

—Estaba durmiendo cuando se produjo el alboroto, gracias a Dios. No llegué a verlo. Cristo, estoy agradecida por eso. Me imagino que a la mayoría de la gente quedó jodida. Oh, lo siento, disculpa mi lenguaje.

May hizo un gesto con la mano desestimando la disculpa.

—Esta chica, Laura, apenas podía hablar. Le temblaba todo el cuerpo. Recuerdo que la abracé. Zumbaba, esa es la única palabra que puedo usar para describirlo. Era como tocar a alguien que había recibido una descarga eléctrica. Sus padres la recogieron al día siguiente y nunca la volví a ver. La conocí durante tres años en la universidad, y así terminó todo.

—¿Dice en tu expediente que tenías novio en ese momento?

Callaghan se movió en la silla.

—Michael —dijo, con un ligero matiz en la voz.

—Sí, Michael… Lambert —dijo May, fingiendo echar un vistazo

a sus notas.

—Pobre tipo —dijo Siobhan—. Fue él quien encontró a Billy. Derribó su puerta. ¿Ha hablado con él al respecto?

May asintió.

Los ojos de Siobhan se abrieron de par en par.

—Oh —respiró hondo—. Al principio, estaba un poco como Laura, y luego se quedó callado. Era muy cercano a Billy, sabes.

—Sí, ¿cómo era?

—¿Billy o Michael?

—Michael.

Un brillo invadió el rostro de Siobhan por el recuerdo claramente cariñoso.

—Era un tipo dulce. Qué puedo decir, éramos jóvenes. Fue bastante intenso.

—¿Saliste mucho tiempo con él?

—Seis, siete meses.

—¿Era una relación monógama?

—Hasta donde yo sé. ¿Por qué todas estas preguntas sobre Michael?

—La víctima más reciente también fue a la universidad con usted.

—¿Qué? —dijo Siobhan y el color desapareció de su cara—. Michael no fue la víctima, ¿verdad?

—No, no. Lo siento, Siobhan. No quería confundirla. La última víctima se llamaba Terrence Haydon. Estaba en la universidad al mismo tiempo que tú.

Siobhan recuperó el aliento.

—¿Vivía con nosotros? ¿En qué piso estaba?

—Planta seis. Algunos lo llamaban Terry el Loco.

—No lo recuerdo. ¿Qué tiene que ver con Michael?

—Oh, no hay una relación directa.

Siobhan puso sus manos en su regazo.

—No creerá que él tiene algo que ver, ¿no? Eso sería ridículo.

May se inclinó hacia delante y percibió el olor de antiséptico del pasillo.

—No, claro que no. Estamos examinando todas las conexiones en los dos casos. Y Michael conocía muy bien a Billy, obviamente. ¿Conocías a otros amigos de Michael?

Siobhan se relajó y sus hombros cayeron.

—Sí, era una pandilla de muchachos.

—¿Cómo eran como grupo?

—Eran buenos chicos. Básicamente les gustaba beber y salir con chicas, como a todos los chicos de esa edad.

—¿Recuerda a Simon Klatzky?

Siobhan frunció los labios.

—Era *sexy* —dijo, soltando una risita—. Dios, escúchame. Sí, era buen amigo de Michael. A veces salíamos en grupo. Creo que era muy amigo de Billy. Por lo que he oído, a él también le afectó mucho.

May pensó en la foto de Klatzky que había colgado en la pizarra, en la dura vida que había tenido desde que dejó la universidad.

—¿Hubo algún problema entre ellos como grupo? ¿Peleas, cosas así?

—Hubo alguna que otra pelea, pero nada importante. Todos se llevaban muy bien.

—Bueno, gracias por tu tiempo, Siobhan. Lo aprecio mucho. Como dije, es algo rutinario.

Siobhan había ganado confianza durante la reunión. Sus ojos estaban más concentrados. Cuando ambas se levantaron, preguntó:

—¿Cuándo viste a Michael?

May notó el gran interés de la pregunta y se sorprendió de que se le erizara el vello.

—Ahora está en Bristol. Lo he visto hoy.

—¿Cómo es él ahora?

—Parece muy agradable. ¿Qué pasó con ustedes después de la universidad?

Siobhan la acompañó al ascensor del hospital.

—Nos vimos una vez. Vino a pasar una semana conmigo a casa de mis padres. Decidió irse de viaje durante un año.

—¿Y no quiso irse con él?

—Lo hablamos. Yo tenía un año más en la universidad, estudiaba un máster. Dijimos que seguiríamos en contacto —dijo—, pero nunca lo hicimos.

De vuelta a la estación, May se puso su ropa de correr, unos pantalones ajustados y una chaqueta amarilla fluorescente. Pensó en el toque de melancolía en la voz de Siobhan al recordar que no

había mantenido el contacto con Lambert, y lamentó por un instante que nadie de su pasado pudiera provocar en ella la misma reacción. Se ató las zapatillas de correr, tirando de los cordones hasta que le apretaron los pies, y salió de los vestuarios.

Cuando salió del vestuario, un agente llamado Bickley se echó a reír.

—Mierda, estoy ciego —dijo y fingió protegerse los ojos del color de la chaqueta de May.

—Muy divertido. Más vale prevenir que curar, ¿no cree, agente? —dijo ella, siguiéndole el juego.

—Todos la van a ver. Eso seguro, señora.

May intentaba correr al menos tres veces por semana. Había ocho kilómetros desde la comisaría hasta la casa que compartía con su padre. Se había mudado con ella hacía tres años, tras la muerte de su madre. Ella no podía soportar que viviera solo, y se las habían arreglado para que la convivencia funcionara.

Se acercaba la hora pico y las carreteras próximas a la estación estaban atascadas. Comenzó a andar a paso firme, con la respiración entrecortada a medida que aumentaba el ritmo. Notó miradas de admiración a medida que corría, pero mantuvo los ojos fijos en la carretera. Correr le daba tiempo para pensar. Nunca llevaba auriculares, como otros corredores, pues le gustaba el sonido del mundo moviéndose, el ruido del aire al pisar el asfalto.

Habían pasado cinco días desde que la pusieron a cargo del caso del Cazador de Almas. El comisario Rush aún no había ejercido ninguna presión. Si se trataba del mismo asesino, era la décima víctima en veintitrés años y, aunque nadie había estado cerca de atraparlo, algo en el desarrollo de los acontecimientos le decía que esta vez las cosas eran diferentes. El vínculo entre Haydon y Nolan era crucial y, además, era concebible que la falta de práctica hubiera vuelto descuidado al asesino. En el piso de Haydon se habían encontrado siete cadenas de diferentes ADN no identificado, pero solo una cepa en el cadáver. Se había encontrado en el pelo de Haydon, pero en ninguna otra parte de la casa.

Ahora solo necesitaban un sospechoso que coincidiera con el ADN del cuerpo de Haydon. Aquel pensamiento la impulsó a seguir adelante, y aumentó su ritmo a medida que la adrenalina subía en su torrente sanguíneo.

Empezó a cansarse a los seis kilómetros. Sus piernas se llenaron de ácido láctico mientras intentaba mantener el ritmo. No era habitual en ella, pero tampoco inesperado. Apenas había dormido desde que le asignaron el caso y su dieta había sido horrible: desayunos, almuerzos y cenas baratos. Necesitaba acostarse temprano y poder despejarse, pero había propuesto reunirse con Lambert esa misma noche. En aquel momento, le había parecido una buena idea, pero empezaba a arrepentirse de su decisión. Había sido impulsiva y, a juzgar por las evaluaciones anteriores de su personal, la impulsividad era su mayor defecto de carácter. Más de una vez la había metido en problemas, tanto en su vida personal como profesional.

Aguantó el dolor de piernas y aumentó el ritmo para el último kilómetro. Le gustaba apurar el paso los últimos cien metros hasta la meta. Disfrutaba de la sensación de que su cuerpo funcionara a pleno rendimiento, de que todo se uniera y la impulsara hacia delante. Llegó a la puerta de su casa e hizo detuvo su reloj.

Con las manos detrás de la cabeza, se inclinó hacia delante y aspiró aire con la boca abierta.

—¿Hiciste buen tiempo? —le preguntó su padre cuando ella abrió la puerta. Tenía un vaso de vino tinto en una mano y la sección de crucigramas del periódico en la otra.

—No ha sido mi mejor marca —dijo May, con su respiración volviendo a la normalidad.

Su padre estuvo por responderle. Por la forma en que miraba su chaqueta, May se dio cuenta de que estaba a punto de decirle una broma sobre el color del material, pero el hombre decidió no hablar. Sabía que su humor no era el mejor al final de una larga carrera.

Antes de ducharse, leyó unos cuantos capítulos más de Blood Kill y se sintió cada vez más identificada con el protagonista de la historia. Sintió la angustia del hombre mientras buscaba al asesino de la chica ciega y se preguntó si el Hastings de la vida real se parecería al de la ficción. Hastings había organizado la reunión para mañana a las siete de la mañana, lo que afectaba su plan de dormir bien.

Ya era demasiado tarde para cancelar a Lambert. De todos modos, quería hablar con él. Había visitado a Sandra Vernon y

después al ministro de su pequeña iglesia, a pesar de haber aceptado no seguir con su propia investigación. Tenía que demostrarle que debía tomarla en serio. Qué mejor manera de hacerlo que salir a cenar con él, pensó con pesar.

Se probó varios vestidos antes de encontrar el equilibrio perfecto, un vestido negro estándar de manga larga que le llegaba por debajo de las rodillas. Se veía bien en el espejo, pero no quería que Lambert se hiciera una idea equivocada.

Revisó su correo electrónico antes de salir y se sorprendió al ver un mensaje titulado:

> *¿Por qué me ignoraste?*

Al principio pensó que era una broma, pero luego leyó el nombre del remitente, Sean Laws. Pensó que se lo había imaginado, pero debía de ser él a quien había visto de camino al hospital. No la había saludado, así que no lo había ignorado. Abrió el correo electrónico.

> *Hola Sarah, solo bromeaba. No sé si me viste, pero te vi por ahí hoy. Estoy en Bristol unos días por trabajo. No quería molestarte. Te veías tan hermosa al caminar. Fue muy bueno verte de nuevo. Si tienes tiempo, podríamos vernos para charlar.*

Sean firmó el mensaje con su nombre, «beso» y su número de teléfono.

May cerró el portátil de golpe, con las manos temblorosas. Sintió el impulso absurdo de bajar corriendo las escaleras y contárselo a su padre. A pesar de su edad, sabía que él cogería su abrigo y empezaría a recorrer la ciudad hasta encontrarlo.

Sean Laws, el exnovio al que ella una vez había amenazado con llevar a los tribunales.

CAPÍTULO 10

Lambert vio el coche dos minutos después de salir del hotel. Un Mercedes plateado con matrícula de este año, demasiado ostentoso para ser de la policía.

A través de las ventanillas oscurecidas, distinguió la vaga silueta del conductor. Tomó nota mental de la matrícula y emprendió el corto paseo por Park Street hasta el restaurante, deteniéndose de vez en cuando para ver si el coche lo había seguido.

Veinte minutos antes de lo previsto, tomó asiento y pidió una botella de cerveza fría en tanto esperaba la llegada de Sarah May. Había dejado a Klatzky en el bar del hotel cortejando a los cuatro estudiantes de la mañana, y su preocupación por las fotos había desaparecido por el momento.

Sarah May llegó exactamente a las ocho. Llevaba un vestido negro ceñido al cuerpo y un pequeño bolso. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, y Lambert deseó haberse esforzado más en su propia apariencia. Se levantó de su asiento y le ofreció la mano. Ella se la estrechó e ignoró su torpeza, con ademanes entre profesionales y cordiales.

Después de pedir unas copas, Lambert preguntó a May por su carrera profesional. Ella describió un ascenso meteórico que, en cierta medida, era similar al progreso de Lambert. Habló de sus compañeros y de algunos de los problemas a los que se enfrentaba como mujer en el cuerpo.

Empezó a parecer una cita, hasta que May echó cambió eso durante el plato principal.

—Michael —cambió su tono de informal a profesional—. Creo que te dije que no siguieras tu propia investigación.

Lambert se enderezó en su silla.

—¿Hablas de mi reunión con Sandra Vernon?

—Sí.

Sus ojos se abrieron con fingida sorpresa.

—¿No me estarás siguiendo, inspectora May?

May parpadeó y su boca se curvó en una leve sonrisa.

—Me temo que no tenemos recursos para comportamientos tan frívolos. Pero pensé que, si eras del tipo entrometido, como creí, tu primera escala sería con la señorita Vernon.

No sabía si estaba jugando con él o si su enfado era sincero.

—¿Hablaste con ella hoy? —preguntó él.

—Después de que visitaste su casa.

Lambert bebió largo rato de su copa de vino tinto. Disfrutaba del escrutinio de May, estaba claro que lo estaba poniendo a prueba.

—Le di el pésame.

—Así es. ¿Y las preguntas sobre el padre de Haydon?

Lambert se rio.

—Quería darle el pésame a él también.

May se inclinó.

—Hemos hablado con el Sr. Haydon. No hay mucha información que sacarle. Por el informe que me dieron, es un alcohólico triste y acabado.

—Solo eran condolencias —dijo Lambert.

May bajó la voz.

—¿Porque tú y Haydon eran tan cercanos? Mira, entiendo la experiencia que puedes aportar al caso. Me encantaría compartir información contigo, pero debes entender las complicaciones que surgen de tu implicación. Has enfadado a la Srta. Vernon. Podrías perjudicar nuestras investigaciones.

Lambert levantó de nuevo el vaso, pero no lo bebió. Estaba esperando a que May dijera lo que pensaba. Los próximos minutos podrían definir su relación.

—Te lo agradezco —dijo. La inspectora no podía hacer mucho respecto a su implicación, y ella seguro lo entendía tan bien como él, pero no quería disgustarla en ese momento—. Mantendré un perfil bajo por el momento —concedió.

—Gracias —dijo May.

Permanecieron sentados en silencio durante un rato, en los que Lambert echó alguna que otra mirada furtiva a su compañera. Pensó en sus antiguos colegas, en lo pocas veces que había disfrutado de

una relación profesional sólida con alguien. Se aferró a su copa de vino, estuvo por hablar y se detuvo.

—¿Qué te ha parecido la señorita Vernon? —preguntó May, en un intento de rescatar su indecisión.

Lambert se acomodó y decidió que confiaría en May por el momento.

—Diría que es excéntrica si estuviera siendo educado.

—¿Y si no estuvieras siendo educado?

Lambert pensó en la frialdad que había percibido en la mujer, el odio que había expresado sobre su exmarido.

—No podría decirlo. ¿Hablaste con ella sobre el padre de Terrence?

—No demasiado.

—Su reacción fue exagerada, como poco. Creo que tienes que profundizar, hay algo que está ocultando.

—Bien. La interrogaré de nuevo. ¿Crees que el padre está involucrado?

—No directamente —como se trataba de un caso en serie, era poco probable que el asesino fuera un miembro de la familia—. Pero seguro hay algo que no está compartiendo. ¿Qué hay de ti, dónde estás en el caso?

—¿Sabes algo del ADN encontrado en la escena? No hay coincidencias en las bases de datos, por desgracia. Nuestra principal área de investigación es el vínculo entre Haydon y Nolan.

—Tiene sentido. ¿Y los casos más antiguos? —preguntó, recordando lo que había leído sobre HOLMES.

May echó la cabeza hacia atrás. No contestó de inmediato. Lambert sintió que se debatía entre compartir la información con él o no.

—Estamos estudiando los casos más antiguos uno por uno. Como sabes, han pasado casi veinte años desde el último asesinato. Es posible que hayan pasado algo por alto en el pasado, o que haya un vínculo que podamos relacionar con Terrence Haydon.

—¿Algo significativo hasta ahora?

—No para mí. Por el momento, hay una vaga teoría sobre las iglesias. Un alto porcentaje de las víctimas estaban afiliadas de una forma u otra a una iglesia. Podría ser significativo, pero no sé cómo aún.

—Billy no era religioso —dijo Lambert, contento de que May compartiera la información, aunque ya la sabía.

—Ahí lo tienes. Iba a preguntarte, ¿has trabajado en algún caso sin resolver a lo largo de los años? Seguro que ha sido tentador.

Lambert se movió en su asiento.

—He intentado dejarlo atrás. Si no tienes cuidado, estas cosas pueden marcarte —dijo. Pensó que la muerte de Billy siempre formaría parte de él, aunque atrapara al responsable.

Después de cenar, May lo acompañó al hotel. Volvió a preguntarle por los vacíos en su historial laboral, con un tono desenfadado.

—No es un gran misterio —había bebido demasiado vino y su compañía lo relajaba.

—¿Quién habló de misterio? No exageres —ella lo golpeó suavemente con el hombro, forzándolo a tropezar.

—Eres bastante impresionante, inspectora May. Nunca sé con seguridad si me estás interrogando o no. Esa confusión no es normal para mí.

—Estoy fuera de horario —dijo ella cuando llegaron a la entrada del hotel. Se volvió hacia él, con la mejilla izquierda ligeramente curvada en una sonrisa: un hermoso y marcado contraste con el gesto que había visto ese mismo día en el rostro de Sandra Vernon. Se preguntó qué pasaría si se inclinaba para besarla, y dio un paso atrás al darse cuenta de que había bebido más de lo que había imaginado.

—Gracias por esta velada tan agradable —dijo May, ahorrándole la vergüenza. Ella le ofreció su mano que él estrechó saboreando la cálida suavidad de su carne.

Se despidió y entró al hotel. Sintió un repentino cansancio. Vio a Klatzky en el bar del hotel, abrazado a la estudiante de pelo negro de la mañana. Estaban solos, con dos botellas de vino sobre la mesa. Lambert intentó no pensar en cuánto costaría. Subió las escaleras antes de que alguno de los dos lo viera.

De vuelta en la habitación del hotel, comprobó su correo electrónico y sus mensajes telefónicos. Sophie había dejado un mensaje de voz preguntando cuándo llegaría a casa. Ahora debía estar dormida, así que le envió un mensaje de texto. Inquieto, se conectó al Sistema. Como utilizaba el Wi-Fi del hotel, tuvo que

pasar por una serie de medidas de seguridad adicionales antes de poder acceder.

Primero comprobó el expediente de Sarah May para verificar lo que le había dicho durante la cena. Buscó información actualizada en HOLMES y vio el nombre de su exnovia, Siobhan Callaghan. May la había conocido ese mismo día, poco después de hablar con él. La inspectora May se movía rápido y no le había compartido tanto con él como pensaba. Intentó imaginarse cómo estaría Siobhan ahora. En ese entonces, era delgada, con el pelo de punta y un tatuaje en el hombro. No podía imaginársela ahora, y no estaba seguro de querer saber cómo la había cambiado el tiempo.

Estudió el resto del expediente Haydon. Se sabía de memoria la mayor parte del documento, pero empezó a leer desde el principio. Siempre trabajaba así. La repetición le ayudaba a procesar la información, y su mente trabajaba en los detalles sutiles que tal vez había pasado por alto al principio. En lugar de limitarse a escanear, estudió cada página del expediente y analizó la estructura y cada palabra del informe hasta que dejó de tener sentido.

Apagó la luz y se tumbó en la cama escuchando el zumbido del aire acondicionado que circulaba por la habitación. Su cabeza estaba inundada de imágenes. El vino que había bebido lo mantenía despierto. Cuando estaba solo en la oscuridad, sus pensamientos siempre volvían a su hija, Chloe. Durante el día trataba de mantenerse ocupado y distraerse con las actividades mundanas de la vida, pero ella nunca lo abandonaba del todo. Permanecía en los rostros de los desconocidos, y su voz susurraba en sus conversaciones. Por la noche, no tenía forma de evitarla. Intentó centrar sus pensamientos en el caso, pero por mucho que se concentraba, volvían a Chloe. Se le hizo un nudo en la garganta mientras luchaba contra las lágrimas. Encendió de nuevo la luz y salió de la habitación, a tiempo para ver a Simon Klatzky con el brazo sobre su joven amiga estudiante, intentando abrir la puerta de su habitación de hotel. Lambert dio un paso atrás y tomó el camino inverso por la planta hacia el ascensor.

Eran las once y media. La mayoría de los bares de la ciudad habían cerrado sus puertas. El calor del día, retenido por los altos edificios de la ciudad, flotaba en el aire. Lambert bajó la colina hacia el paseo marítimo. Se cruzó con un grupo de hombres lascivos

y mujeres hastiadas que se tambaleaban sobre sus tacones altos. El río olía a humedad y azufre. Cruzó la carretera en dirección a un gran espejo de agua que lanzaba chorros de agua al aire. Había jóvenes sentados en muros de hormigón y bancos de madera que fumaban y bebían latas de bebida energética.

Al salir del centro, vio el mismo Mercedes plateado de antes estacionado en una calle lateral. Subió por Gloucester Road, en un intento de despistar al coche. La zona había mejorado desde que él fue estudiante. Cafeterías, bares de moda y multitud de restaurantes se alineaban en la calle. Sin embargo, seguía conservando ese aire de oscuridad que siempre había asociado al lugar, como si las bombillas de las farolas tuvieran unos vatios menos.

Al doblar una esquina, se cruzó con un grupo de seis hombres de unos veinticinco años. Uno de ellos se abalanzó sobre él y su hombro golpeó con fuerza el brazo izquierdo de Lambert. Él aminoró la marcha, pero el grupo no se detuvo. El hombre debía estar demasiado borracho para darse cuenta de que había hecho contacto con él.

El coche reapareció a doscientos metros de distancia. Lambert tomó una calle lateral y aceleró el paso por calles que no reconocía. Se encontró en la zona de St. Pauls. Gran parte de sus temores anteriores sobre la región habían sido fruto de la ignorancia. En la universidad, en el bar de estudiantes se hablaba de pandillas de lugareños que atacaban a cualquier estudiante que pasara, leyendas de botellas rotas y cuchilladas. Los disturbios de St. Pauls habían ocurrido años antes de que Lambert ingresara en la universidad. De eso hacía ya décadas. En comparación con las calles y las urbanizaciones en las que había trabajado como policía de patrulla en Londres, este lugar era un paraíso poblado por casas victorianas bien mantenidas y alguna que otra construcción nueva.

El coche aún lo seguía. Lambert sabía que se había arriesgado al abandonar la carretera principal. Siguió caminando hasta llegar a un subterráneo poco iluminado que conducía a los monótonos edificios grises de la urbanización Frenton. Tres jóvenes vigilaban la entrada del subterráneo, los tres vestían con sudaderas negras y estaban sentados encima de bicicletas BMX. Lambert calculó que tenían entre catorce y dieciséis años. Los jóvenes lo miraron, pero este no dijo nada mientras pasaba junto a ellos, con la mirada fija

en el frente. El túnel del metro olía a orina rancia y a algo parecido a hongos. Las bombillas estropeadas parpadeaban en el techo y resaltaban las imágenes de grafitis pintados con aerosol. En el otro extremo del túnel, había tres jóvenes casi idénticos. Uno de ellos lo detuvo.

—¿Todo bien? —dijo el joven, con un acento rural. Lambert bajó un poco la cabeza. El chico vaciló y lo dejó pasar. Tres edificios altos, grises y sin rasgos distintivos eran la pieza central de la propiedad. La luz brillaba desde los edificios, y un rostro inexpresivo lo miraba de vez en cuando.

Atravesó el complejo, con el hedor de los cubos de basura saliendo del primer edificio. Había bolsas de basura apiladas junto a la entrada de la escalera. De uno de los niveles inferiores, llegaba el potente estruendo de algún tipo de música de baile. Para los oídos de Lambert, el bajo no estaba sincronizado. El ruido vibraba y hacía temblar las ventanas. Al entrar en la zona del patio, el hedor de los cubos de basura fue sustituido por el aroma de algo más exótico. Dos hombres lo siguieron hasta la zona poco iluminada.

Ambos medían más de un metro ochenta. El más bajo de los dos era negro, vestía unos vaqueros sucios y una sudadera con capucha azul marino. El más alto era mediterráneo, posiblemente italiano. Tenía los hombros anchos y gruesos y un pendiente de diamante falso en la oreja.

—¿Qué coño quieres? —dijo el hombre negro.

Lambert los miró. Intentó no mover la cabeza mientras calculaba los distintos puntos de salida. Miró hacia arriba para ver si alguien lo observaba desde las torres. Su salida elegida estaba a las dos en punto en la esquina noreste, entre los edificios uno y dos. Un carril conducía de nuevo a la calle, donde podía desaparecer entre las sombras.

—He dicho que qué coño quieres —repitió el hombre.

La atención de Lambert se centró en el segundo hombre, que permanecía en silencio. De cerca, sobresalía por su estatura.

El hombre negro se bajó la capucha dejando ver su cabeza y se acercó a Lambert, con movimientos exagerados. Él conocía demasiado bien esa manera de actuar.

—¿Estás sordo, joder? —dijo el hombre. Levantó el brazo derecho en un movimiento corto, brusco y diagonal.

El otro hombre se quedó mirando a Lambert, evaluándolo. Después, se acercó a su compañero.

—¿Eres Five-0? —preguntó.

Lambert sonrió con satisfacción mientras intentaba controlar el ligero temblor de sus extremidades debido a la adrenalina.

—¿Todavía utilizan ese término? —respondió.

—Que me jodan —dijo el negro, que se movía de un pie a otro como si el suelo bajo él estuviera en llamas.

Ninguno de los dos tenía acento de Bristol. Su agresividad sonaba forzada, pero no podía descartar su amenaza potencial. Por la posición de las manos, sabía que ambos llevaban armas.

—¿Por qué me siguen? —preguntó.

Los tres se quedaron en silencio antes de que el mediterráneo atacara.

—A la mierda con esto —dijo e intentó dar un puñetazo a la cabeza de Lambert.

Se desvió y contrarrestó el movimiento con un fuerte codazo en los riñones del hombre, que cayó de rodillas. Lambert debería haber rematado al hombre con un golpe en la cabeza y tal vez en la nuca, pero lo dejó allí para que se recuperara mientras el segundo hombre corría hacia él. El segundo tenía un cuchillo corto en la mano derecha y se abalanzó sobre Lambert. Él había practicado miles de veces cómo defenderse. Agarró la muñeca del hombre y utilizó su propia fuerza contra él. El chasquido del hueso resonó en el patio. Lambert pateó la rótula del hombre y un segundo crujido resonó en el patio, haciendo que el hombre cayera ante él, junto a su amigo que gemía.

—¿Quién te ha enviado? —preguntó Lambert.

—Que te jodan —dijo el hombre mediterráneo.

Lambert estaba a punto de poner a los hombres en pie cuando unas luces azules parpadeantes llenaron las sombras del patio. Lambert esperó unos segundos y luego corrió por la salida que había elegido.

Llegó a la carretera principal en diez minutos, y a la una y media estaba de vuelta en su habitación de hotel.

CAPÍTULO 11

Lambert se duchó y se desinfectó las pequeñas heridas de sus manos. No miró atrás cuando llegó la policía. Le había roto la pierna a uno de sus atacantes, quien no podría haber escapado a la policía. Tendría que enfrentarse a la posibilidad de que el hombre fuera capaz de identificarlo si le enseñaban su foto.

Se paseó por la habitación y repitió la escena en su cabeza hasta que dejó de tener sentido. Estaba claro que había sido un ataque concreto y que él era el objetivo, pero había estado mal orquestado. Si no hubiera llegado la policía, se habría enterado de por qué lo habían elegido a él. Lo único que pensó en ese momento fue que era una advertencia para alejarse del caso del Cazador de Almas, y que los dos hombres heridos habrían delatado fácilmente a quienquiera que los hubiera enviado. Si era una advertencia, les había salido el tiro por la culata, porque estaba más motivado que nunca. Deseaba que ya fuera de día para empezar a trabajar, pero tenía que intentar dormir un poco.

Se tumbó en la cama y apagó las luces, pero su cuerpo seguía zumbando de adrenalina. Aunque podía sobrevivir con tres o cuatro horas de sueño, dormir poco era peligroso para él, sobre todo si no estaba en un entorno controlado.

Volvió a pensar en el ataque. Fueran quienes fueran los asaltantes, su trabajo era de aficionados. Habría sido más lógico que lo sorprendieran en lugar de seguirlo y anunciar su presencia antes de atacar. De nuevo, eso sugería que su intención había sido simplemente dejarle un mensaje y que se les había ido de las manos por su incompetencia.

Pero ¿cuál era el mensaje y quién quería enviarlo?

Intentó desviar su atención de la escena. Su mente la repetía una y otra vez, y el crujido de la pierna del hombre resonaba en su

cabeza como si la escena se repitiera en su habitación de hotel. Su mente se desvió y pensó en Chloe. Tenía nueve años en el momento del accidente. Era una niña madura para su edad, llena de curiosidad y asombro. Una escena diferente empezó a reproducirse en su cabeza y se oyó gritar antes de darse cuenta de que se había quedado dormido. Se incorporó y se limpió las babas de la boca, deseando poder cerrar los ojos y cambiar lugares con su hija, como cada mañana.

Encendió la lámpara junto a la cama. Volvió a su portátil y buscó en los viejos archivos de los asesinatos del Cazador de Almas, repasando de mala gana una vez más los detalles del asesinato de Billy Nolan. Su propio nombre aparecía más de una vez, como testigo y posible sospechoso. Comenzó una subrutina, cotejando los detalles de los casos más antiguos y del caso Haydon.

Revisó las notas de los casos y los informes de las autopsias, que se remontaban a Clive Hale. Las horribles fotografías de la escena del crimen seguían el mismo patrón: a cada una de las víctimas se le extrajeron los ojos y se les grabó en la piel la misma frase en latín. En todas las ocasiones, la víctima había vivido la terrible experiencia del cegamiento y el tallado, y el corte mortal de la arteria había tenido lugar después. Aunque cada víctima tenía una forma de anestesia en el torrente sanguíneo, el patólogo nunca pudo asegurar si las víctimas habían estado conscientes durante sus ataques o no.

Lambert organizó los informes de los archivos en una presentación de diapositivas en su ordenador portátil. Mientras en la pantalla aparecían imágenes aleatorias de los asesinatos, tomó una botella de agua gasificada del minibar y se paseó por la habitación. Volvió a pensar en el asesinato de Terrence Haydon. Tomó nota mental de los posibles sospechosos y de las líneas de investigación. Era un trabajo bastante sencillo. La familia y los amigos de Terrence, sus compañeros de trabajo, la gente que conocía de su iglesia local. Nada que la policía no estuviera ya investigando.

Lambert comprendió que era un sospechoso potencial. May aún no le había pedido una coartada para la fecha del asesinato de Haydon. Le había gustado cenar con ella, pero sabía que lo estaba investigando, al menos parcialmente.

Se sentó en la cama y escudriñó la información aleatoria. A veces, era como mirar un viejo álbum de fotos. Aparecían fotos de Billy Nolan, Klatzky y otros amigos de su época universitaria, así como una inquietante versión de su yo juvenil.

Una foto de la escena del crimen de Haydon interrumpió sus recuerdos. Detuvo el pase de diapositivas y estudió la piel rota del cadáver de Haydon.

In oculis animus habitat. «El alma habita en los ojos».

Una de las primeras teorías proponía que el Cazador de Almas tenía la ilusión de que estaba robando el alma de su víctima, además de su vida. No era una teoría que hubiera ayudado al investigador principal de los asesinatos originales, el Inspector Hastings. Lambert había leído los informes del caso suficientes veces como para saber que la investigación de Hastings había fracasado a cada paso. Sabía, por las muchas conversaciones que había mantenido con él desde entonces, lo mucho que le había perjudicado en su vida personal. Hastings lo consideraba su único fracaso. Sus investigaciones no lograron descubrir ningún vínculo entre las víctimas, aparte de la edad y el sexo. Nunca se encontró ADN identificable en las escenas. Hastings llegó a la conclusión de que las víctimas eran aleatorias y Lambert le dio la razón, pero con la muerte de Terrence, ya no estaba seguro. Era demasiado difícil creer que la conexión entre Billy y Terrence fuera casual.

La inscripción en latín desgarraba la piel de Haydon, del mismo modo que la inscripción que había adornado el cuerpo de Billy Nolan. Lambert sacó de su bolso el archivo que Klatzky le había dado en la cafetería. La imagen del cadáver de Haydon en la pantalla era una copia exacta de una de las imágenes del archivo.

Lambert volvió al principio del documento en su portátil. Hizo clic en el nombre de Simon Klatzky y se abrió un archivo independiente en una segunda ventana con una foto halagadora de su amigo, veinte años atrás. Junto a ella, en letras mayúsculas rojas, figuraba una orden de detención por hurto. Al parecer, Klatzky se había servido vino en un supermercado de Plaistow, al este de Londres. Fue sorprendido por un guardia de seguridad y acusado. No se presentó a la cita acordada con el magistrado y, como tal, estaba técnicamente prófugo. No se lo había dicho a Lambert.

La combinación de los acontecimientos de esa noche y el

comportamiento de Klatzky fue demasiado para él. Tomó la tarjeta de su habitación y salió al pasillo. Eran las cuatro de la madrugada. Llamó a la puerta de Klatzky, pero no obtuvo respuesta, así que se dirigió a la recepción del hotel. El mostrador estaba desierto. Tocó un timbre eléctrico y esperó cinco minutos hasta que apareció una empleada del hotel, una mujer de aspecto cansado y maquillaje barato.

—Parece que me he quedado fuera de mi habitación —dijo Lambert.

La mujer sonrió, con un gesto superficial. Tras comprobar los datos de Lambert, le dio una tarjeta de acceso a la habitación de Klatzky. Regresó a su planta y volvió a llamar a la puerta lo más fuerte que pudo, teniendo en cuenta la hora de la mañana. Al no obtener respuesta, introdujo la tarjeta en la ranura cromada de la puerta. Las mentiras de Klatzky le ayudaron a mitigar su culpabilidad por invadir la intimidad de su amigo.

No era un espectáculo agradable. Klatzky yacía desnudo en la cama junto a la estudiante de pelo negro. Ambos estaban comatosos, y ni siquiera se movieron cuando Lambert cruzó la habitación.

—Simon, soy Michael —susurró al oído de Klatzky.

El hombre no se movió. La habitación apestaba a alcohol, cigarrillos y algo más que Lambert no quería considerar en ese momento. Levantó la cabeza de Klatzky de la almohada. Una línea de vómito seco goteaba desde la comisura derecha de la boca, bajaba por la barbilla y caía sobre la carne llena de granos de su cuerpo.

—Despierta, Simon —dijo Lambert, dándole una palmada suave en las mejillas. No quería despertar a la estudiante dormida por temor a que gritara al verlo allí—. Simon, despierta —repitió con los dientes apretados.

No obtuvo respuesta.

Pensó en tirar a Klatzky de la cama y darle una patada para que se despertara, pero sabía que sería inútil. En lugar de eso, garabateó una nota en la papelería del hotel indicando que se pusiera en contacto con él en cuanto se despertara.

De vuelta en su habitación, se reprendió a sí mismo por permitir que Klatzky lo acompañara en el viaje a Bristol. En el portátil vio

una entrada de uno de los oficiales subalternos de May que no había visto antes. Tres semanas antes del asesinato se había producido un robo en una iglesia local; parte del inventario desaparecido incluía un paquete de incienso. May no había compartido esta información con él. La iglesia estaba situada en Weston-super-Mare, la misma ciudad donde vivía el padre de Haydon, el mismo lugar que May le había ordenado no visitar.

Renunció a dormir, se duchó de nuevo y se cambió. Abajo, pidió que le entregaran un coche de alquiler en el hotel. Pidió un desayuno ligero a base de huevos revueltos y tostadas integrales y comió solo en el restaurante del hotel. Le dijo a la recepcionista de aspecto cansado que Klatzky se iría ese día y le dio la llave de su habitación.

—Puede que necesites algunas llamadas de aviso para sacar a mi amigo de la cama —le dijo.

El coche de alquiler llegó a las seis y media de la mañana. A los cinco minutos de viaje, su teléfono sonó.

—Inspectora May —dijo al encender el manos libres del teléfono —. Tienes una sincronización increíble. No me estarás vigilando, ¿verdad?

CAPÍTULO 12

Lance no sabía el nombre del herido y no quería saberlo. Solo quería que se callara. El hombre yacía en la furgoneta, y su amigo estaba inmóvil a su lado. Eran dos desconocidos que había conocido el día anterior, contratados para hacer un trabajo que habían jodido esa misma noche, el cual él había estado supervisando.

Las carreteras que rodeaban el hospital Frenchay estaban tranquilas a primera hora de la mañana, y pudieron alejarse rápidamente del lugar. El herido aullaba de dolor. Al sacarlo del hospital, tuvieron que arrancarle el goteo de morfina que le había estado inyectando analgésicos a intervalos intermitentes. La piel negra del herido se había vuelto azul. Se retorcía en convulsiones, como si Lambert le estuviera destrozando la pierna en ese momento. Tenía que haber sido operado esa misma mañana. El médico había hablado de clavos y placas metálicas. Lance no dejaba de echar miradas al miembro dañado por el retrovisor. De tamaño y color extraños, la pierna estaba doblada en un extraño ángulo invertido. No era de extrañar que el tipo estuviera en agonía.

—¿Puedes hacerlo callar? —exigió Lance.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que le ponga una almohada en la cabeza? —apenas podía oír al segundo hombre por encima del estruendo de los aullidos. El comentario puede haber sido sarcástico, pero sería lo mejor para él.

A cinco minutos de su destino, un escondite en Bedminster, Lance llamó al número que le habían dado. Le dijo a la persona que contestó, un tercer hombre cuyo nombre desconocía, el tiempo estimado de llegada.

—Será mejor que tengas algo preparado para él, o el ruido llamará la atención.

Condujo la furgoneta por una calle lateral hasta el camino de

grava de lo que parecía una casa desierta. Las puertas del garaje estaban abiertas y Lance aparcó dentro. Las puertas se cerraron al apagar el motor, inundando el interior de oscuridad. El hombre herido empezó a gritar de nuevo. Una puerta lateral se abrió y dos hombres entraron en el garaje. Lance salió de la furgoneta. Juntos abrieron la puerta trasera y, con la ayuda de un compañero, sacaron al herido de la furgoneta. Los gritos resonaron en el hueco del garaje.

—No te preocupes, amigo, tenemos algo para ti dentro. Aguanta un par de minutos más —dijo uno de los hombres.

Lance dejó la llave en el contacto y siguió a los hombres al interior de la casa. Llevaron al herido a un gran espacio abierto, en el que habían derribado los tabiques de todas las habitaciones de la planta baja. Colocaron el cuerpo en el suelo sin alfombrar. Uno de los hombres sacó una jeringuilla de una bolsa de tela y la llenó de un líquido transparente.

—Esto te sentará bien —dijo a medida que pinchaba al herido en la parte superior del muslo.

El hombre dejó de quejarse. Por un segundo, Lance pensó que estaba muerto. Luego vio que su pecho se movía, respirando superficialmente.

Cuatro hombres conscientes, uno inconsciente. Nadie sabía el nombre de nadie. Así lo quería Campbell. Cuanto menos sabías, menos podías hablar.

—Tú eres el conductor —dijo el hombre con el que Lance había hablado por teléfono.

Lance asintió.

—Nuevas instrucciones. Deje la camioneta aquí —le dio un juego de llaves y un papel con una dirección—. Está en la carretera principal. Puedes entrar por la puerta principal.

Lance salió solo del edificio.

CAPÍTULO 13

Aunque el comentario había sido frívolo, era concebible que uno de los colegas de May lo hubiera visto salir del hotel y hubiera transmitido la información a su superior.

—¿Cómo puedes preguntarme eso, Michael, después de lo de anoche? —respondió May, con un tono pícaro en la voz—. En realidad, me preguntaba si podrías venir a la oficina cuando estés libre. Tenemos a alguien con quien quizá quieras hablar —se negó a dar más detalles.

Lambert se detuvo y miró por el retrovisor. No parecía que nadie lo siguiera. Decidió posponer su visita al padre de Haydon para más tarde y condujo la corta distancia que lo separaba de la comisaría de Sarah May. Aparcó el coche y entró en la comisaría. Habían trasladado la sala de incidentes de la nueva comisaría de Portishead a la comisaría central de Bridewell Street.

—Michael Lambert, para ver a la inspectora May —le dijo al sargento de guardia.

El sargento de guardia lo estudió como si estuviera comprobando que realmente estaba allí.

—¿Eres Michael Lambert? —dijo, como si algo en su apariencia lo hiciera improbable.

—Estoy aquí a petición suya —dijo, y bajó el tono una octava al clavar su mirada en la del sargento.

El sargento se rascó un mechón de pelo que le caía de la barbilla.

—¿Te espera la inspectora May? —preguntó, como si Lambert aún no hubiera hablado.

Lambert se pellizcó la nariz y parpadeó.

—¿Necesitas ver alguna identificación, sargento? Coge el teléfono y habla con ella. Me llamó hace diez minutos —de cerca,

podía oler el aliento fétido del hombre que debía haber pasado toda la noche en el escritorio. Podía disculpar la frialdad en el tono del hombre, pues era su puesto y Lambert era un forastero, pero puso un límite a la falta de respeto.

El sargento volvió a rascarse la barbilla, sin apartar los ojos de Lambert. Parecía demasiado cansado para mover la cara. Estaba a punto de acercarse y golpear al hombre para que entrara en acción cuando una puerta a la izquierda se abrió.

—Segundo piso.

May estaba esperando al final de la escalera.

—Michael, ¿cómo estás? —preguntó, inmaculada con un elegante traje gris.

—¿Cuál es el gran misterio? —preguntó él, aunque tenía una buena idea de por qué ella había pedido verlo.

—Pasa.

La oficina abierta estaba llena de agentes con sueño, ocupados con sus teléfonos o pulsando teclas en sus ordenadores.

—¿Qué está pasando aquí?

May se frotó los ojos.

—Anoche hubo un disturbio en la urbanización Frenton. Tres hombres se pelearon.

—¿Y eso es inusual?

—Obviamente no. Arrestamos a uno de los hombres y tuvimos que llevarlo al hospital con una pierna y una muñeca rotas.

El sonido de la pierna del hombre rompiéndose resonó de nuevo en la cabeza de Lambert. No sentía ningún remordimiento por lo que había hecho. Lo habían atacado y, en muchos sentidos, los dos hombres habían salido ilesos. Después de unirse al Grupo, Tillman había insistido en que Lambert recibiera un extenso entrenamiento en operaciones especiales. Pasó tres meses en el Reino Unido, seguidos de un curso de diez semanas en Estados Unidos. Había sido entrenado para usar la fuerza extrema cuando era atacado y se había contenido en muchos aspectos la noche anterior. Lambert se encogió de hombros.

—¿Y?

—Solo que escapó del hospital esta mañana.

—Ya veo —dijo Lambert. El incidente explicaba la actitud en la oficina y las miradas cansadas de los colegas de May. Lambert

imaginó que no había mucha seguridad en el hospital. Sugirió que había más de dos implicados, ya que era poco probable que el hombre de aspecto mediterráneo hubiera ayudado a escapar solo al herido—. ¿Estaba bajo arresto en ese momento?

—Estábamos esperando para interrogarlo.

—Podría ser peor —dijo Lambert.

—Aunque es lo último que necesito en este momento —dijo May. Un mar de caras miraba a Lambert mientras seguía a May al despacho. Lambert reconocía perfectamente la mirada poco acogedora de los agentes de policía cuando un extraño entraba en su territorio. Los ojos lo analizaron y sacaron conclusiones. Lambert había sido sospechoso en el caso original del Cazador de Almas y aquí estaba de nuevo. La mayoría de la oficina conocía su pasado y podían considerarlo sospechoso ahora. Habría pensado que ser uno de ellos, aunque en excedencia, le daría alguna dispensa. De momento, no lo sabía. Un hombre de espalda recta, de unos sesenta años, se levantó y lo saludó.

—Michael Lambert —le dijo, sin que su rostro revelara emoción alguna.

—Pensé que podría ser usted, señor —dijo Lambert, estrechando la mano del Superintendente Jefe jubilado, Julian Hastings. Hacía más de diez años que Lambert no lo veía. El tiempo lo había ablandado un poco. Su barriga tenía más peso y su cara era más redonda que antes, pero sus ojos habían conservado su agudeza.

—La inspectora May quería hablar conmigo sobre este nuevo incidente. Mencionó que habías vuelto a la ciudad.

—Sí, estoy visitando lugares del pasado.

—Tomen asiento —dijo May. Otros tres agentes se sentaron a la mesa con Hastings, pero no hubo más presentaciones.

May se situó en la cabecera de la mesa. En la pared, detrás de ella, había un tablón de incidentes decorado con fotografías de las diez víctimas del Cazador de Almas, antes y después de sus ataques. En el tablero se habían añadido varias líneas que unían las fotos con otras imágenes situadas en la periferia del tablero: antiguas víctimas, familiares, amigos, colegas y posibles sospechosos. Lambert había estudiado en su hotel una versión casi idéntica del tablero en El Sistema. Había analizado cada enlace y conocía las historias pasadas de todos los involucrados.

—El Superintendente Jefe Hastings nos ha ayudado a llenar algunos huecos que faltaban en los anteriores asesinatos del Cazador de Almas —dijo May.

Lambert se fijó que la fuerza era predominantemente masculina.

—¿Qué han averiguado? —preguntó Lambert.

—Me temo que no mucho, Michael —dijo Hastings. Su voz era una octava más grave que la última vez que se vieron, ahora un tenor grave—. Estos tipos son muy minuciosos.

—Está siendo modesto, señor —dijo May—. Pero pensamos que podría añadir algo a lo que nos ha dicho el Superintendente Jefe Hastings, Sr. Lambert.

La May sociable e incluso coqueta con la que había cenado la noche anterior había desaparecido.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Como puede imaginar, tratamos de hallar un vínculo entre las víctimas y Terrence Haydon.

—El Superintendente Jefe Hastings no puede encontrar ninguna mención de Haydon en sus notas anteriores, aparte de una breve declaración suya. ¿Se conocían Haydon y Billy Nolan?

—Se conocían —dijo Lambert—, aunque no muy bien, que yo sepa. Haydon vivía un piso por encima de Billy en la universidad y no estaba en el círculo social de Billy. Mi círculo social. Pensé que estaría en sus notas, señor.

También debería haber estado en las notas de May, ya que él se lo había dicho el día anterior. Hastings se volvió hacia él, con un leve movimiento de cabeza.

—¿Hay alguna posibilidad de que se conocieran fuera de tu círculo social? —dijo May.

—¿Por ejemplo?

—¿Algún grupo al que pudieran haber ido, clases que pudieran haber compartido?

Lambert pensó en el ángulo eclesiástico que May había mencionado anoche.

—Terrence estudió teología, Billy estudió inglés. Sus caminos no se habrían cruzado en las clases. No sé si Terrence era miembro de algún club o asociación. Por lo que sé de Billy, y por lo que recuerdo de Haydon, sus intereses no eran muy similares. Pero recuerdo una cosa.

May ladeó la cabeza e indicó que continuara.

—Recuerdo que Haydon comentó el olor a incienso una vez que derribamos la puerta de Billy. Dijo que era como el incienso que usaban en la iglesia.

Los policías intercambiaron miradas. Lambert esperó a que compartieran su información sobre el incienso robado que había aparecido en El Sistema esa misma mañana.

—¿Así que Haydon vio la escena del crimen? —preguntó May.

—Sí. Muchos de los estudiantes echaron un vistazo antes de que llegara la policía, los que pudieron soportarlo. Imagino que la mayoría deseó no haberlo hecho después.

—¿Y recuerda que comentó específicamente sobre el incienso? —dijo May.

—Fue hace mucho tiempo, pero creo recordar que fue él quien se dio cuenta. La mayoría no íbamos a la iglesia. Pensábamos que eran cosas normales de estudiantes, como las brasas de un palo de musgo. Creo que era incienso o algo así.

—Incienso pontificio —dijo uno de los detectives sentados a la derecha de May, un hombre de aspecto hosco con un traje de lino barato.

—Sargento Bradbury —dijo May.

Lambert saludó con la cabeza al detective, que no respondió al gesto.

May se sentó y sus ojos volvieron a tener luz.

—Ya que está aquí, señor Lambert, quizá podríamos aprovechar su experiencia —actuó como si no se hubieran conocido la noche anterior, como si no hubieran discutido el caso en profundidad. Era posible que no le hubiera dicho a Bradbury de su reunión, o que fuera un espectáculo para Hastings.

—Estoy aquí para ayudar —dijo él.

—Antes de que llegara, estábamos discutiendo el posible motivo de que el asesino volviera a empezar dieciocho años después.

—Mi pensamiento inicial sería asuntos pendientes. Es posible que Haydon fuera su objetivo original, no Nolan —dijo Lambert. Aunque esta teoría no le convencía del todo, quería calibrar la reacción de la sala.

El rostro de Hastings permaneció impasible.

—¿Y esperó dieciocho años para corregir su error? —se burló el

sargento Bradbury.

—¿Quién sabe lo que ha estado haciendo durante ese tiempo? Quizá estuvo a punto de ser descubierto tras el asesinato de Nolan. Tal vez estaba asustado, esperando a que se jubilara el Superintendente Jefe.

Hastings no respondió.

—Quizá deberíamos pasar a su amigo, señor Lambert —dijo Bradbury, que se frotaba un mechón suelto de pelo negro de la frente. El sargento carecía de sutileza. El ambiente en la sala había cambiado en un instante de una consulta amistosa y profesional a algo parecido a un interrogatorio. Lambert permitió que continuara y mantuvo su lenguaje corporal neutral.

—¿Qué amigo?

—Simon Klatzky.

Lambert se cruzó de brazos y esperó a que el sargento diera más detalles. May lanzó una mirada de advertencia a Bradbury, pero el detective se recompuso y continuó.

—¿Sabía usted que el Sr. Klatzky tiene una orden de arresto pendiente?

—No, no lo sabía. ¿Por qué?

—No se presentó a una audiencia ante un juez.

May levantó los hombros para disculparse.

—Oh, ¿qué cargo? —preguntó Lambert.

—Hurto.

—¿No pensaste en recogerlo ayer? Creía que sabías que estaba conmigo —dijo Lambert. Aunque no se inmutaba por el interrogatorio, la incoherencia de todo aquello empezaba a molestarle.

—No podría importarnos menos su orden de arresto —dijo Bradbury—. Estamos interesados en saber qué está haciendo contigo, qué hacen los dos aquí.

—Gracias, Jack —dijo May en un intento de aliviar la creciente tensión—. Lo que el sargento Bradbury realmente pregunta es, ¿hay algo que debamos saber sobre Klatzky? ¿Tenía alguna relación con Nolan?

—Bueno, eran mejores amigos, inspectora. Creo que eso es de conocimiento común.

—¿Y Haydon?

—Como dije, éramos un grupo muy unido. Éramos seis, y Haydon no formaba parte de ese grupo. Solo lo veíamos en los pasillos. Klatzky podría responder mejor por sí mismo.

—¿No tiene motivos para creer que Klatzky quisiera hacer daño a Terrence Haydon de alguna manera? —preguntó Bradbury—. ¿Quizá saldar alguna vieja cuenta de la universidad?

—Tendrás que ser más específico. ¿Qué vieja cuenta podrían tener?

—¿Una chica o algo así?

Lambert suspiró.

—¿Has visto las fotos de Klatzky en la universidad? ¿O ahora? No es alguien que haya tenido problemas con chicas, ni con nadie en realidad. Lea sus informes con más atención —se levantó, cansado del interrogatorio, de la grosería de Bradbury y de la ineptitud general—. Bueno, gracias por la reunión.

—Siéntese, señor Lambert —dijo Bradbury, poniendo la mano en el brazo de Lambert.

Lambert se tensó.

—No me toques —dijo.

—¿O qué? —preguntó Bradbury.

—Siéntate, sargento Bradbury —dijo May—. Gracias por su ayuda, Sr. Lambert. Invitaremos al Sr. Klatzky para interrogarlo —Lambert intercambió una rápida mirada con el escarmentado sargento.

—Me alegro de verle de nuevo, señor —dijo a Hastings, que se levantó para estrecharle la mano.

—Michael.

Cuando Lambert se dirigía hacia la salida, un agente se precipitó por la puerta y lo apartó del camino con el hombro.

—Inspectora, tiene que ver esto —dijo, y le entregó un papel doblado a May.

Lambert esperó junto a la puerta mientras May leía la nota.

Bradbury se acercó y con una sonrisa burlona le cerró la puerta en las narices.

CAPÍTULO 14

Lambert arrancó el coche y se alejó a toda velocidad de la estación. Se le aceleró el pulso y abrió la ventanilla del coche, que le refrescó la piel. Apretó el volante al imaginarse al sargento Bradbury cerrándole la puerta en las narices, y se rio al darse cuenta de que estaba sobreactuando. Bradbury era insignificante y tendría lo que se merecía. Llamaría a May más tarde y lo arreglaría todo. Nunca debieron hablar así de Klatzky delante de él.

La fuga del hospital le preocupaba más. Todo apuntaba a que había algún tipo de equipo involucrado. Tenía que estar relacionado con el caso del Cazador de Almas, y esa posibilidad abría tantas vías nuevas que le daba vueltas a la cabeza. Mientras conducía, le surgían nuevas preguntas. ¿Tenía el Cazador de Almas un equipo trabajando para él? ¿O había más de un asesino? Nada explicaba por qué Klatzky había recibido las fotos, o por qué los dos hombres habían seguido y atacado a Lambert la noche anterior.

Llegó a Weston-super-Mare treinta minutos más tarde. Condujo a lo largo del paseo marítimo y observó a una extensión de arena opaca difuminada en lodo espeso y marrón. Si había mar, estaba cerca del horizonte. Había visitado la ciudad en ocasiones mientras estudiaba en la universidad, pero no recordaba ningún momento en el que hubiera subido la marea. Condujo fuera del centro hasta llegar al lugar donde residía el padre de Terrence Haydon. Roger Haydon vivía en una casa de ladrillo rojo idéntica a otros edificios, todos ellos construidos en algún momento de los años ochenta. Maleza asomaba por el camino de cemento que conducía a la puerta de Haydon, y en el aire flotaba el olor a desagüe atascado.

Lambert llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta; las cortinas descoloridas que había detrás de la ventana principal estaban cerradas. Volvió a llamar, esta vez con más fuerza. Al

hacerlo, oyó pasos detrás de él.

—¿Qué quieres?

Se volvió. Ante él había un hombre joven, posiblemente al final de la adolescencia. Tenía la corpulencia de un jugador de *rugby* y los ojos de alguien mucho mayor. Sostenía una bolsa de plástico transparente que contenía dos botellas grandes de sidra White Lightning. Su cuerpo se balanceaba mientras miraba a Lambert.

—¿Qué quieres? —arrastró la voz.

—Vengo a ver al Sr. Haydon.

—No está —dijo el hombre, que se mantenía firme, con las rodillas dobladas como si estuviera a punto de caer.

—¿Y usted es? —preguntó Lambert.

—¿Que quién soy yo? ¿Quién coño eres tú?

—Soy amigo de Terrence, el hijo del Sr. Haydon.

El chico relajó su postura.

—Terrence está muerto —dijo. Parecía confundido por el intercambio.

—Lo sé. He venido a dar el pésame.

—Espera ahí —dijo el chico. Abrió la puerta y entró. Lambert esperó mientras, por segunda vez aquel día, alguien le cerraba la puerta en las narices.

Esperó cinco minutos antes de volver a llamar. El chico había estado tan ebrio que era posible que hubiera olvidado el intercambio de palabras tras cerrar la puerta de un portazo. La paciencia de Lambert se estaba agotando. Llamó por última vez y empezó a contar hasta sesenta.

Llegó a cincuenta y nueve y estaba a punto de forzar la puerta cuando se abrió. El chico estaba de pie en el umbral, con un vaso de sidra clara en una mano y la otra en el marco de la puerta a modo de barrera.

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —balbuceó.

—Michael Lambert. Era amigo de Terrence en la universidad.

El chico lo miró de arriba abajo y se apartó para dejarlo pasar. La casa estaba impregnada de olor corporal. Un pasillo poco iluminado conducía al estrecho interior de lo que Lambert supuso que era la sala de estar. La habitación podría haber salido directamente de los años setenta; todo estaba teñido de marrón. Las cortinas estaban cerradas y solo una pequeña lámpara en la mesa de

la esquina iluminaba la habitación. En un sofá de tela andrajosa estaba sentado un anciano con calzoncillos y un chaleco manchado. También bebía sidra de un vaso de medio litro.

—¿Señor Haydon? —preguntó Lambert.

—Depende de quién pregunte —la voz del hombre sorprendió a Lambert: un estruendoso acento galés, lírico y poderoso, proveniente de un hombre de complexión pequeña.

Lambert volvió a explicar su relación con Terrence Haydon.

—De acuerdo, por ahora te creo. Toma asiento. ¿Quieres tomar algo?

El adolescente se quedó en el pasillo mirando a Lambert. Su relación con el anciano no estaba clara.

—Estoy bien —dijo Lambert—, gracias.

—Siéntate entonces. No pareces amigo de Terrence. ¿Cómo lo conociste? —dijo mientras bebía sidra.

—No éramos muy amigos. Vivía en el piso de arriba de la universidad. Uno de mis amigos me dio la terrible noticia y quise presentarle mis respetos.

—¿De verdad? —dijo Haydon, que ahora miraba al chico. Cuando los ojos de Lambert se acostumbraron a la oscuridad, observó la habitación poco decorada. A su derecha, había un aparador de caoba decorado con ceniceros rebosantes de cigarrillos a medio terminar. Frente a él, una estantería improvisada para las bebidas. La bebida elegida era el *whisky*.

Roger Haydon se inclinó hacia delante y rellenó su vaso con la botella de plástico. Su piel holgada colgaba de su frágil complexión. Su brazo izquierdo estaba decorado con un tatuaje de una rosa azul descolorida. Una vena larga y pronunciada diseccionaba el escaso músculo de su bíceps. Así sentado, Lambert no podía ver ningún signo de abuso de drogas. El hombre y el chico eran alcohólicos crónicos, pero nada más. El sargento Bradbury había interrogado a Roger Haydon y lo había descartado como sospechoso. Lambert estuvo de acuerdo con la evaluación, pero sintió que Bradbury había pasado algo por alto. Recordó la reacción visceral de Sandra Vernon tras la mención del nombre de su exmarido, y quiso saber más.

—¿Dices que has venido a presentar tus respetos? Si conocías a Terrence, sabías que no era mi fan número uno.

—Bueno, algo así, señor, pero soy padre. Sé que es algo que yo apreciaría.

—¿Has visitado a su madre?

—Sí, la vi ayer.

El muchacho rellenó la bebida de Haydon y se sentó junto al hombre, sin apartar sus ojos rojos de los de Lambert.

—Entonces habrás visto cómo es ella —dijo.

—Mencionó que usted no veía mucho a Terrence, Sr. Haydon.

—Es correcto —dijo el chico. Haydon le puso la mano en la rodilla—. Ella lo envenenó contra Roger.

—¿Cómo lo envenenó?

Haydon se bebió el vaso de dos grandes tragos.

—Ella y su maldita iglesia.

—¿La religión era importante para Terrence? Sé que estudió teología en la universidad —dijo Lambert.

—No hay nada teológico en lo que hizo su grupo. Lo único que predicaban era el odio.

—¿Predicaban? —preguntó Lambert.

—No me refiero a la iglesia a la que pertenece ahora. Hablo de la iglesia a la que iba cuando Terrence era niño. Vivíamos en el sur de Gales. Sandra siguió al chico a Bristol cuando se fue a la universidad.

Lambert guardó silencio. Su experiencia en este tipo de situaciones era guardar silencio y dejar que la información saliera a la luz.

—No tienes que decir nada, Roger —dijo el adolescente.

—Oh, vamos —dijo Haydon—. Este hombre ha venido hasta aquí para dar el pésame. Debería conocer toda la historia.

Rellenó su vaso y se inclinó hacia delante.

—Nunca debimos habernos casado. Pero en aquellos días, y no quiero parecer un viejo estúpido, pero en aquellos días era lo que se hacía. Sabía que iba a la iglesia, lo que no era tan inusual entonces. ¿Es usted un hombre religioso, señor Lambert? —preguntó Haydon. Cambió de táctica, como si le preocupara estar insultando a Lambert de alguna manera.

—No, no —respondió.

—Bueno, no puedo hablar por todos —continuó Haydon—, pero su grupo… eran todos chiflados.

El chico se rio y Lambert se unió a la carcajada.

—Por supuesto que nunca deberíamos habernos casado, pero entonces apareció Terrence, que fue algo maravilloso. Pero después me quedé atascado, Sr. Lambert. Es cliché, pero estaba atrapado en una mentira —el hombre volvió a beber, con la mano temblorosa.

—Es gay —dijo el chico, en caso de que Lambert necesitara una aclaración. Haydon se rio.

—Creo que el Sr. Lambert lo entiende, Thomas, pero gracias por aclararlo.

La piel marcada por el acné del chico se puso roja de vergüenza. Haydon le puso la mano en el brazo.

—Habría vivido con la mentira por el bien de Terrence, pero ella lo descubrió. Podría haber sido un asesino en masa y me habrían tratado con más compasión. Para ella, yo era la encarnación del mal.

—¿Y le hizo sentir lo mismo a Terrence? —preguntó Lambert.

El joven cogió a Haydon de la mano, quien empezó a llorar. Lambert deseaba no haber estado allí bajo falsos pretextos, pero sabía que la información podía ser relevante.

—Había una cosa más —dijo Haydon, pasándose el dorso de la mano manchada de nicotina por los ojos.

—No lo hagas —instó el chico.

Lambert esperó. El adolescente, Thomas, estaba casi tan agitado como Haydon. Los dos formaban un extraño par sentados juntos en el sofá y bebiendo su sidra matutina, con al menos cuarenta años de diferencia entre ellos.

—No hace falta que le digas nada —instó Thomas. Haydon vació su vaso y el joven lo rellenó de inmediato.

—Cuando Terrence tenía siete años y Sandra se enteró de la verdad sobre mí, quiso que me fuera de casa. Al principio me negué. No era por mi bien. Los dos éramos jóvenes y no teníamos experiencia, pero ya entonces sabía que era una madre horrible. Estaba educando a Terrence a la manera de su iglesia y yo no podía hacer nada al respecto. Cuando me negué a irme, me amenazó.

—¿Con qué?

—Ella dijo que les diría a las autoridades que yo había… —movió la cabeza de un lado a otro; las palabras parecían difíciles de pronunciar—. Dijo que diría a las autoridades que toqué a Terrence

—las últimas palabras salieron como un chillido torturado.

El brazo de Haydon temblaba y el tatuaje de la rosa azul bailaba en su piel. Thomas se inclinó y le puso la mano en la muñeca.

—Es suficiente —le instó.

—Era un simple ultimátum, señor Lambert. Tenía el apoyo de su iglesia. Me hizo dudar de mí mismo, y para mi eterna vergüenza, caí en la trampa.

—¿Accedió a irse?

—No solo irme, sino no volver a verlos. No entiendes, yo era un trabajador en ese momento. Era una comunidad muy pequeña. Solo ella y esa maldita iglesia sabían mi sexualidad. Eso habría sido mi fin. Con las malvadas acusaciones que ella sugería, habría temido por mi vida. Y al final, aunque fue muy egoísta, pensé que sería lo mejor para Terrence.

—Como ves, no hay límite en la oscuridad de esa mujer —dijo Thomas en tanto palmeaba el brazo de Haydon.

—¿Puedo usar tu baño? —preguntó Lambert.

El joven asintió, sin mirar en su dirección.

El resto de la casa estaba en mal estado. De las paredes caían tiras de papel pintado amarillento. Las alfombras estaban raídas y decoradas con numerosas manchas. Lambert subió sigilosamente y echó un vistazo a las habitaciones. El piso superior era de techos bajos. Contenía dos dormitorios, cada uno con una cama doble, y un pequeño cuarto de baño descuidado. Había cachivaches por todas partes. El segundo dormitorio parecía pertenecer al adolescente. Un par de pósteres colgaban de las paredes y, en una esquina, había un pequeño banco de pesas. En el aparador, Lambert rebuscó entre varios periódicos sensacionalistas viejos y encontró una billetera de plástico. Encontró un carné de conducir. El chico se llamaba Thomas Langtree. Según el permiso, tenía veintiún años. Lambert encontró allí un par de tarjetas bancarias y un billete arrugado de cinco libras. Nada más en la habitación sugería que Thomas viviera allí de manera permanente. Lambert devolvió la billetera al lugar donde la había encontrado.

Se dio la vuelta para salir, pero la figura de Thomas Langtree le tapaba la salida.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó Langtree, rígido por la tensión.

—Me he perdido.

—¿Te has perdido? Aquí arriba solo hay tres habitaciones.

Lambert levantó las manos en señal de rendición.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—¿Y a ti qué te importa? —respondió el joven, sin moverse de la puerta.

—Curiosidad, eso es todo.

—No es asunto tuyo. Nos cuidamos mutuamente, eso es todo.

—¿Y tus padres?

La pregunta provocó una respuesta. Los labios del chico temblaron. Evaluó a Lambert y decidió cuáles serían sus posibilidades en una pelea.

—Creo que deberías irte —balbuceó.

Lambert lo rozó y salió de la habitación. La piel del chico estaba impregnada de olor corporal y alcohol. Bajó las escaleras y volvió al salón, con Langtree siguiéndolo cerca.

—Antes de irme, señor Haydon. ¿Podría decirme cuándo vio a Terrence por última vez?

—Tú no eres realmente su amigo, ¿verdad? —gruñó el hombre mayor—. ¿Qué eres? ¿Policía?

—No le he mentido, Sr. Haydon. Conocí a su hijo en la universidad. No éramos exactamente mejores amigos. Era un conocido y quiero saber qué le pasó.

La botella de dos litros de sidra estaba casi vacía. El viejo bebió lo que quedaba en su vaso.

—Cuéntaselo, Thomas —le indicó.

—Oh, vamos. Está fisgoneando.

—Solo díselo.

El chico dudó.

—Lo vi la noche que desapareció —dijo, al fin.

—¿Dónde? —preguntó Lambert.

—Lo vi entrando a un club en Bristol. No lo había visto antes. No sabía que era el tipo de lugar que frecuentaba.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—La policía no sabe que Thomas vive aquí. Decidí no contarlo —dijo Haydon—. Ahora creo que puedo haber cometido un error.

—Era un club gay —explicó Thomas.

—¿Qué tan bien conocías a Terrence? —le preguntó a Langtree.

—Nunca hablé con él, pero Roger tiene fotos. Lo reconocí por ellas. Lo he visto por ahí de vez en cuando.

—¿Estaba solo?

—No entré cuando lo vi entrar. Creo que estaba solo —Langtree le dio a Lambert el nombre y la dirección del club.

—¿Por qué no se lo dijiste a la policía? —preguntó Lambert antes de irse.

Haydon cerró los ojos como si estuviera disgustado consigo mismo.

—No quería que su madre se enterara.

CAPÍTULO 15

Lambert volvió a Bristol en treinta minutos. Era difícil aceptar completamente la historia de Roger Haydon. Comprobó la entrada de HOLMES una vez más. El informe de Bradbury no mencionaba a Thomas Langtree ni a Terrence entrando en la discoteca la noche de su desaparición. La rabia que había sentido por el accionar de Bradbury en la comisaría se intensificó. Su ineptitud podría haberle salido cara.

Estacionó el coche alquilado. La discoteca estaba situada fuera del centro, bajo un puente peatonal. Lambert caminó por una callejuela en penumbra y se detuvo frente al lugar. Un pequeño cartel dorado indicaba que abría a las diez de la noche de jueves a domingo. Era mediodía y las puertas de acceso estaban cerradas. Sabía que debía informar a May de su descubrimiento, pero podía esperar. Estaba decepcionado con ella por la burda línea de interrogatorio en la comisaría aquella mañana.

Lambert encontró una segunda puerta al costado del edificio. Giró el picaporte y se sorprendió cuando se abrió. Pasó junto a una cabina de cristal en mal estado y bajó por una escalera de caracol que conducía al espacio cavernoso del club nocturno. La magia que tenía el lugar cuando estaba lleno de gente, música y luces había desaparecido. En la penumbra, todo lo que podía ver era un espacio vacío y paredes espejadas. Intentó imaginarse a Terrence Haydon en un lugar así, pero era imposible hacerlo en aquel entorno silencioso.

Llamó, y su voz resonó en el espacio. Atravesó la pista de baile y abrió la trampilla situada al final de una de las barras. Un pequeño arco conducía a un pasillo de techo bajo. Lambert dobló la esquina y a su derecha vio una puerta de cristal con la palabra «Oficina» en ella. Estaba a punto de girar el picaporte cuando algo duro le golpeó la nuca.

Su cuerpo se tensó. Por suerte, el golpe estuvo mal dirigido. Lambert se tambaleó, pero consiguió mantenerse en pie. Vio llegar el segundo golpe a través del marco espejado de la puerta y se las arregló para esquivar toda la fuerza del impacto; el golpe impactó en su hombro izquierdo. Agarró el brazo del agresor y le hundió el codo en el cuerpo. Un bate de béisbol plateado pequeño cayó de la mano del hombre. Lambert se giró y empujó al agresor contra la puerta de la oficina, con el brazo derecho bajo la barbilla del hombre.

—¿Qué demonios estás haciendo? —dijo Lambert con los dientes apretados. Un dolor sordo se extendía por su cabeza.

—Me estás haciendo daño —dijo el hombre respirando entrecortadamente.

—¿Te estoy haciendo daño? —aflojó la presión del cuello del hombre y lo dejó libre—. ¿Qué ha sido eso?

Se frotó la nuca, agradecido de no ver sangre en su mano. El hombre se ajustó el cuello de su camisa y se palpó la ropa.

—¿Me lo preguntas a mí? Tú eres el que ha entrado.

—Soy policía —dijo Lambert.

El hombre entrecerró los ojos.

—¿Puedo ver alguna identificación?

—No soy ese tipo de policía.

El hombre miró el bate de béisbol.

—Mentira. Lárgate de aquí —dijo con poca convicción.

Lambert recogió el bate para que dejara de ser una distracción.

—Mire, solo quería hacer unas preguntas y la puerta estaba abierta.

El hombre retrocedió.

—Esperaba una entrega, no a alguien deambulando por mi club. Hemos tenido algunos robos antes.

—Tal vez debería revisar sus procedimientos de seguridad. Seré sincero con usted: soy expolicía. Un amigo mío ha sido asesinado, y fue visto aquí por última vez la noche que desapareció.

—Oh, vamos —dijo el hombre.

—¿Por qué inventaría una historia así?

—Quizá debería esperar a que llegue la policía real.

—Tal vez debería. O tal vez usted podría ayudarme —dijo, mirando el bate de béisbol que tenía en la mano—. El hombre se

llamaba Terrence Haydon. Quizá haya leído algo sobre él en los periódicos.

El rostro del hombre palideció.

—¿Qué? ¿El asesinato del Cazador de Almas?

—Ese mismo.

—¿Estuvo aquí la noche que desapareció?

—Correcto.

—¿Por qué no ha venido la policía real?

—Aún no lo saben.

Lambert le contó al hombre lo que Roger Haydon le había dicho.

—No sé muchos de sus nombres. No conozco a nadie llamado Langtree o Haydon —el hombre seguía nervioso y miradas con nervios al bate de béisbol.

—¿Tienen cámaras de seguridad aquí? —preguntó Lambert.

—Tenemos dos cámaras. Puedo acceder a los detalles en mi ordenador, pero me temo que no es el mejor sistema.

—Muéstrame.

Lambert siguió al hombre hasta su despacho, lo suficientemente cerca como para convencerlo de que no se arriesgara a hacer ninguna tontería.

El hombre encendió su ordenador.

—La primera cámara está fuera del club. La otra tiene una vista panorámica del interior. Es un sistema rudimentario. Solo lo tenemos por el seguro.

Las imágenes eran borrosas. Lambert había visto imágenes mejores en las cámaras de los celulares.

—¿Podría descargar una copia de los archivos de esa noche? —preguntó Lambert.

—No te daré nada —dijo el hombre.

—No le pido que borre nada. Solo descargue esos dos archivos.

Puso su mano izquierda sobre el hombro del hombre y lo apretó con fuerza, y sus dedos llegaron hasta el cuello del hombre. El hombre empezó a retorcerse.

—Bien —dijo, en un intento de quitarse de encima a Lambert. Sacó una llave de datos de un cajón del escritorio—. ¿Cuándo se lo vas a decir a la policía? —preguntó una vez que hubo descargado los archivos.

—Una vez que los haya revisado. Podrá limpiar todo lo que no

quiera que vean. No intente seguirme —dijo mientras salía de la oficina.

—Oye, ¿cómo te llamabas? —preguntó el hombre, pero él estaba saliendo. Lambert agitó la llave de datos ante el hombre y le lanzó el bate de béisbol.

Encontró una cafetería no muy lejos del club. Mientras esperaba a que se cargara el portátil, llamó al móvil de Sophie, que fue directo a contestador. Hacía más de cuarenta y ocho horas que no hablaban. No era raro desde la muerte de Chloe, pero quería oír su voz. Pensó en llamar a su despacho, pero ella odiaba recibir llamadas personales allí. Volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo. Pidió un americano negro con una dosis extra de expreso y accedió a El Sistema a través de su Wi-Fi protegido. Volvió a estudiar el expediente de Haydon en HOLMES y confirmó que no se mencionaba el club y que había muy pocos datos sobre Roger Haydon, a excepción de la breve entrevista realizada por el sargento Bradbury.

Cargó los archivos del club en el portátil y encontró una imagen borrosa de un hombre alto parecido a Terrence Haydon que entraba a las once y media de la noche y salía unas horas más tarde. No pudo ver a nadie con él, pero un segundo hombre lo siguió fuera del club segundos después. Ambos vídeos eran prácticamente inútiles. Las imágenes solo se veían iluminadas por el resplandor del neón del cartel del club y las luces interiores de los edificios circundantes. El segundo hombre se mantuvo de espaldas a la cámara en todo momento. Podría ser una coincidencia, pero Lambert reprodujo una y otra vez el video y empezó a preguntarse si el hombre estaba evitando la cámara a propósito. Era concebible que la imagen borrosa fuera la del asesino. Guardó la imagen y la envió por correo electrónico a May con una breve explicación de cómo la había obtenido.

Sonó su teléfono, era un número no identificado. Debía ser su esposa llamando desde el trabajo.

—Lambert.

—Michael, soy Julian Hastings. Quería llamarte para disculparme por la debacle de esta mañana. Ese sargento es un arrogante de mierda. Le dije a la joven inspectora May que no deberían haberte tratado así. Muy *amateur*.

Lambert tomó otro sorbo de café antes de responder.

—No es culpa suya, señor —dijo.

—Puede ser, pero debería haber dicho algo cuando estás allí. De todos modos, permíteme compensarte.

El tono de Hastings nunca cambió durante su interacción. Siempre fue el mismo tono monótono.

—No hace falta, señor.

—Deja de llamarme señor, pero me gustaría compartir una información contigo. Estoy seguro de que estás desesperado por saber a qué se debió el alboroto cuando te marchaste.

Lambert había estado demasiado ocupado para pensar al respecto.

—Otro cuerpo ha sido encontrado. Exactamente el mismo *modus operandi* que Terrence Haydon.

Lambert ocultó su sorpresa.

—¿Qué detalles puede darme, señor?

—No mucho por el momento, pero iría a Londres si fuera tú.

—¿El cuerpo fue encontrado en Londres?

—Sí, y esta vez la víctima era una mujer.

CAPÍTULO 16

Tras abandonar el escondite, Lance había conducido hasta el hotel a tiempo para ver al hombre al que habían atacado la noche anterior, Lambert, salir del estacionamiento.

Avisó de inmediato que había visto a Lambert, pero le dijeron que no se moviera y centrara su atención en el otro hombre, Klatzky.

De eso hacía ya seis horas, tiempo de sobra para sentarse y pensar en el fracaso de la noche anterior. Los dos hombres de la noche anterior habían sido incompetentes. Eso le preocupaba. Si no lo supiera y si no fuera imposible, diría que Campbell se estaba volviendo descuidado. Los dos hombres no estaban preparados. Lo percibió de inmediato.

Era imposible interpretar la reacción de Campbell. Si estaba enfadado con Lance, no era evidente.

Lance había visto al segundo hombre, Klatzky, llegar al hotel a última hora de la tarde anterior con la joven estudiante que había conocido ese mismo día. La mujer era demasiado joven y, en su opinión, era demasiado guapa para su acompañante. Ambos habían entrado tambaleándose en el vestíbulo del hotel. Había sido divertido verlos deambular por la calle, sosteniéndose el uno al otro. Ahora, sentado en el coche esperando, no le divertía más.

La mujer ya se había ido, hacía cincuenta y ocho minutos. Con el abrigo recogido en la nuca, se escabulló del hotel como si supiera que la observaban. Pasó por delante del coche, con la cara blanca como la muerte. Lance sintió pena por ella. Reconoció su mirada de remordimiento y se preguntó hasta qué punto se había mostrado dispuesta a estar con el hombre mayor y cuánta bebida había tenido que pagar para que se quedara a pasar la noche.

Lance tenía una hija y una exmujer, y se estremecía al pensar

que cualquiera de las dos estuviera en una situación así. Era su razón para estar aquí ahora. Le debía a Campbell, y Campbell sabía de su existencia. Eso era suficiente.

Una hora más tarde, Klatzky salió a la calle. Vestía con la ropa de la noche anterior y estaba en peor estado que la mujer. Parecía un turista perdido.

Lance salió del coche y ensayó sus frases mientras se acercaba.

—¿Sr. Klatzky? —dijo. Respiraba por la boca para escapar de los olores alcohólicos que emanaban del hombre.

—¿Quién eres tú? —respondió Klatzky. El hombre estaba nervioso. Todo su cuerpo temblaba y sus ojos se movían en direcciones aleatorias.

—Me envía el señor Lambert.

—¿Michael? Pero si me acaba de echar del hotel.

Lance improvisó.

—Por eso me envió. Para llevarte de vuelta a Londres.

Klatzky parpadeó, asimilando la información. Si llegaba a buscar su teléfono para comprobar, Lance tendría que actuar.

—El coche está allí —dijo, señalándolo.

Klatzky se encogió de hombros y lo siguió al otro lado de la carretera.

—Por favor, siéntate atrás.

—¿Dónde está Michael?

Lance cerró las puertas.

—¿Te apetece una copa? —preguntó al sacar una petaca de la guantera. Klatzky le arrebató la bebida y bebió un buen trago—. Quédatela.

Esperó a que el hombre se durmiera antes de avisar.

—Cambio de planes —dijo Campbell—. Tienes que llevarlo de vuelta por tu cuenta.

Lance no protestó.

—¿Dónde nos vemos?

—He hecho otros preparativos para el viaje. Asegúrate de que esté seguro y en silencio —dijo Campbell antes de colgar.

Veinte minutos más tarde, Lance paró el coche y subió al asiento trasero.

—Lo siento, amigo —dijo. Esposó a Klatzky por detrás y apagó su teléfono móvil. Le cerró la boca con cinta perforada y lo colocó

en posición de recuperación.

CAPÍTULO 17

A los treinta minutos de viaje, May se dio cuenta de que había cometido otro error.

El primer error había sido invitar a Lambert a la estación esa mañana. Lo había llamado por capricho tras reunirse con Hastings, que había aparecido en la comisaría una hora antes de lo previsto. Quería ver si Lambert podía sonsacarle algo al policía jubilado, que se estaba mostrando esquivo. En cambio, la conversación se había descarrillado cuando hablaron de Klatzky. Podía entender la reacción de Lambert, y habría reprendido a Bradbury de no haber sido por el último acontecimiento.

Su segundo error había sido pedir a Hastings que la acompañara en el viaje a Londres. Había llegado la noticia de que había habido otra víctima del Cazador de Almas. Se había creado un equipo de incidentes en Londres, y el oficial superior de investigación, detective en jefe Nielson, se había puesto en contacto con ella una vez descubiertas las similitudes. May le había dado instrucciones a Bradbury para que se quedara al frente del caso durante su ausencia.

Hastings apenas había dicho una palabra desde que se pusieron en marcha, como había hecho esa misma mañana. Lo había oído hablar más en el breve espacio de tiempo en que Lambert había aparecido en la comisaría que en el resto de la mañana.

Peor aún, no había aprendido otra información sobre los asesinatos anteriores que no hubiese leído en el archivo. Las respuestas a sus preguntas eran monosilábicas, casi evasivas. Lo había invitado a Londres porque pensaba que podría tener alguna idea interesante sobre la nueva víctima, y el Inspector Jefe Nielson le había hecho la sugerencia.

El cadáver de Sandra Hopkins había sido encontrado esa misma

mañana en un piso bajo de Sydenham, al sureste de Londres. La dirección aparecía en el sistema de navegación por satélite.

—¿Está cerca de donde vive, señor? —preguntó a Hastings.

—Es la misma zona. A quince o veinte millas.

—¿Qué sabes del lugar?

—¿Sydenham? No mucho. Es mixto, como la mayoría de Londres. Ha tenido sus problemas. Buenas conexiones de transporte con el centro de Londres.

May suspiró para sus adentros.

—¿Qué te parece este cambio de víctima?

Hastings estaba rígido, con el cuerpo apoyado en el asiento.

—Llevo dándole vueltas desde que salimos de Bristol. Para mí, no tiene ningún sentido. Todas las víctimas anteriores del Cazador de Almas eran hombres de entre veinte y treinta años, y todos los cadáveres se habían encontrado en el suroeste de Inglaterra. Esta última víctima era una mujer de cuarenta y dos años y su cuerpo está en Londres. No me parece verdad. Me interesa ver a la víctima.

—Por los informes preliminares que recibí de Londres, el *modus operandi* era idéntico —dijo May.

Hastings gruñó.

—Si es él, ¿por qué una mujer? ¿Por qué ahora? —May sintió la frustración del hombre y sabía que había estado siguiendo al Cazador de Almas desde los primeros asesinatos, todos esos años atrás—. Creo que podría ser algo bueno —dijo.

Hastings se burló.

—Creo que quiere que lo atrapen. Hay un vínculo entre dos de las víctimas y, días después, mata a una mujer.

Hastings no respondió. Permaneció inmóvil, mirando al frente a través del parabrisas.

May continuó pensando en voz alta, sin inmutarse.

—Supongo que este asesinato es personal. Si es así, puede que encontremos un motivo. Me sorprendería que no hubiera algo que relacionara a esta mujer, Sandra Hopkins, con Haydon o Nolan, o ambos. Y si no con ellos, con una de las víctimas anteriores.

—Todo un salto, inspectora. Esperemos que tengas razón.

El viaje continuó en silencio, solo interrumpido por la respiración agitada de Hastings.

—Espero que no te hayamos avergonzado esta mañana —dijo

May, por decir algo.

—¿Por qué iba a avergonzarme?

—Por lo que pasó con Michael Lambert. En retrospectiva, no creo que haya sido manejado bien. Especialmente por el sargento Bradbury.

—Estoy de acuerdo. Necesitas controlar más a tus oficiales —May ignoró el desaire—. ¿Parecía que te llevabas bien con Lambert?

Hastings se volvió para mirarla. Su rostro carecía de emoción. ¿Qué pensaría si supiera que anoche había salido a cenar con Lambert? Sus propios sentimientos al respecto eran confusos. La velada había sido una continuación de su encuentro a la hora de comer. Había disfrutado de la compañía de Lambert, y solo un pequeño porcentaje del tiempo se había dedicado a hablar del caso.

—Conozco a Michael desde la primera vez, en el caso Nolan.

—¿Cómo era él entonces? —preguntó May.

—Se notaba que tenía chispa desde el principio. Estaba conmocionado. Todos lo estaban. Pero incluso entonces reconocí que tenía buen ojo para los detalles. Meticuloso. Recordaba cosas que ninguno de los otros recordaba: el detalle exacto de lo que Nolan llevaba puesto la última noche que lo vieron, pequeñas cosas de la habitación e incluso lo que había visto del cadáver cuando derribó la puerta. No sé si llamarlo memoria fotográfica, pero recordaba la inscripción en latín. La posición exacta del cuerpo en el suelo.

—¿Qué te hizo pensar eso? —dijo May.

—Nunca lo consideré sospechoso, si a eso te refieres.

—Por supuesto que no.

—Me di cuenta de que su foto estaba en el tablón antes de que él llegara esta mañana. No lo consideras un sospechoso en serio, ¿verdad?

May ignoró la pregunta.

—Me dijo que usted le propuso unirse a la fuerza.

—Yo no iría tan lejos —dijo Hastings, volviendo la mirada a la carretera—. Me preguntó y le di una idea de cómo es esta vida.

—Y el tonto lo hizo de todos modos —dijo May. Se volvió para mirar a Hastings. Su labio superior se levantó un poco, en un gesto parecido a una sonrisa—. No sé cuándo fue la última vez que leíste su expediente, pero los últimos cinco o seis años están

prácticamente en blanco.

—No puedo ayudarte con eso. Sabía que lo habían transferido a SOCA. Tal vez estaba haciendo algún trabajo encubierto para ellos.

—¿Y los últimos dos años?

Hastings se erizó.

—¿No lo sabes?

—He oído algunos rumores, pero no quería preguntarte al respecto.

Hastings no contestó de inmediato. Se debatía qué información compartir con ella.

—Te diré lo que es de dominio público. Hubo un accidente hace dos años. Lambert conducía. Su hija murió en el acto y él fue hospitalizado. Estuvo en coma inducido. La última vez que lo vi fue en el funeral de su hija. Apenas estaba lúcido entonces, todavía en una silla de ruedas. Desconozco los pormenores, pero creo que todavía puede ocupar un puesto en su antiguo equipo. Imagino que tendría que pasar una evaluación psicológica, pero por lo que sé, el vínculo aún no se ha roto.

Así que era cierto. Su expediente no decía por qué estaba de baja y ella solo había oído rumores. No se había sentido cómoda sacando el tema en la conversación de la noche anterior. No hizo más preguntas a Hastings.

Salieron de la M25 y tomaron la A3 hasta el lugar del crimen en Sydenham. Los recibió el Inspector Jefe Nielson. El comisario Rush se había esforzado en decirle que Nielson estaba a cargo del caso de Sandra Hopkins antes de que ella dejara Bristol.

—¿Qué estás sugiriendo? —le preguntó.

—No estoy sugiriendo nada. Solo quiero que recuerdes que él será el oficial superior de investigación. Es su caso, y es un oficial superior.

—¿Crees que voy a ir a Londres para hacerme cargo?

—No —dudó él—. No exactamente. Pero la cooperación es el camino a seguir. El subjefe de policía Regan supervisará las investigaciones conjuntas, así que no causen problemas.

Las motivadoras palabras de despedida eran una de las especialidades de Rush. May presentó Hastings a Nielson y los hombres se dieron la mano.

—Me alegro de volver a verte, Charles —dijo Hastings.

Diez años mayor que ella, Nielson tenía el corte de pelo de un infante de marina y el cuerpo de un portero de discoteca. Aunque estaba algo fuera de forma. Su acento era del East End londinense, casi cómico.

—La SOCO (Scenes of Crime Officer) ha limpiado la escena del crimen. Tengo algunas fotos de la escena aquí —dijo él mientras le entregaba una tableta de ordenador—. Vamos a la habitación donde ocurrió el incidente. Puedes comparar las fotos con el lugar.

—Gracias —dijo May, siguiéndolo.

—Te acostumbrarás al olor —dijo Nielson, una vez dentro.

El olor. La escena. Acostumbrarse quizá no fuera la mejor manera de describirlo. Por sorprendente que pareciera, teniendo en cuenta la escena que tenía delante y las fotos que sostenía en la mano, había visto cosas peores. Había trabajado en los muelles de Bristol durante un tiempo y había visto mutilaciones y cuerpos en descomposición.

Un caso en particular la había marcado. Emily Sutton. Un jubilado encontró el cuerpo de Sutton a orillas del río Avon, cerca del puente colgante de Clifton. El hombre, que estaba paseando a un perro (siempre había alguien paseando a un perro), dijo que había encontrado el cadáver y avisado de inmediato. Se disculpó con May por el charco de vómito al lado del cuerpo.

El cuerpo yacía en un charco de barro, envuelto en una manta empapada de mugre. May recordó la textura de la manta, el material húmedo y el hedor a orina cuando la retiró para descubrir el cadáver. El rostro la perseguiría hasta el día de su muerte. En aquel momento, no pudo determinar el sexo de la víctima. La cara apenas era una cara. Tenía dos ojos deformes, uno en ángulo con el otro. Ambos pómulos estaban destrozados, al igual que la mandíbula. Era como si alguien le hubiera dado un mazazo en la cara, más de una vez. Con pesar, May había estirado la mano hacia el cuello del cadáver, solo para encontrar el más débil de los pulsos.

De algún modo, a diferencia de la figura que aparecía en las imágenes de la pantalla, Emily Sutton había sobrevivido. Se había sometido a una larga operación de reconstrucción facial y actualmente residía en un instituto del norte de Bristol.

Tal milagro no ocurrió con Sandra Hopkins. La primera imagen mostraba su cuerpo sin vida tendido sobre una alfombra *beige* a los

pies de su cama. May apartó la mirada de la pantalla hacia la mancha granate del suelo: una serie de marcas que señalaban el lugar donde había yacido el cadáver de Hopkins antes de ser descubierto. May se había acostumbrado al olor. Había aprendido pronto a no luchar contra él, aunque se esforzaba al máximo por respirar por la boca.

Reconoció el olor enfermizo del incienso al cabo de unos segundos. No enmascaraba los gases del cuerpo putrefacto, solo los resaltaba.

—Sandra Hopkins —dijo Nielson—. Cuarenta y dos años. Abogada comercial. Trabajaba en Liverpool Street. Uno de los inquilinos avisó del olor después de medianoche. Un segundo inquilino llamó esta mañana temprano.

La imagen de lo que una vez fue Sandra Hopkins yacía en un ángulo incómodo. Una mujer negra y rechoncha, de poco más de metro setenta, con el cuerpo desnudo tendido sobre la alfombra. La frase en latín, consistente con todas las demás víctimas, estaba tallada intrincadamente en su vientre hinchado. *In oculis animus habitat*. El alma habita en los ojos.

May podía cerrar los ojos y ver las fotos de todas las demás víctimas del Cazador de Almas. Todas eran muy parecidas, la eliminación de los ojos creaba un rostro alienígena. Los enormes agujeros hacían que el resto de sus rasgos fueran indistinguibles. May volvió a mirar las fotos de Hopkins, una mata de pelo negro estaba pegada a la cara destrozada. Si solo hubiera visto su rostro, no estaba segura si se hubiera dado cuenta de que Hopkins era una mujer.

—No hay señales de abuso sexual, ni siquiera de lucha. Por lo que he leído, sigue el patrón de los asesinatos anteriores. Hay dos heridas punzantes separadas donde la víctima fue inyectada. Creemos que estaba viva, y esperamos que inconsciente, hasta que le cortaron la carótida. Sabremos más después del reporte de autopsia.

Hastings observó la escena fríamente. May le pasó la tableta y él hojeó las imágenes, levantando de vez en cuando la vista hacia la escena del crimen. May se preguntó si estaría pensando en Billy Nolan y los demás. Era difícil no tomárselo personal. Era posible que se culpara por la muerte de Sandra Hopkins y que viera su

muerte como el resultado de no haber atrapado antes al asesino.

Hastings hizo *zoom* en una de las fotos.

—¿Qué es? —preguntó Nielson.

—La talla en el cuerpo. A mí me parece un poco rara. Será mejor que compruebes con las demás —dijo Hastings.

May estudió la imagen. La escritura era más difícil de leer en la piel negra. Las letras eran más pequeñas, pero pensó que eran las mismas que las de las otras víctimas. El Cazador de Almas había grabado el latín en el pecho de las víctimas masculinas. Con Hopkins se vio obligado a improvisar, utilizando la carne blanda de su estómago.

—Supongo que esta vez el asesino tenía dos obstáculos con los que trabajar —dijo Nielson, lo que provocó una risita nerviosa de uno de los agentes uniformados. Nielson la interrumpió con una mirada—. Haremos que lo comprueben de inmediato —le dijo a Hastings.

La respiración de May volvió a la normalidad en el exterior. Estar en los pequeños confines del dormitorio de Sandra Hopkins había sido como entrar en un mundo aparte. Era difícil equipararlo con el luminoso espacio abierto en el que May se encontraba ahora. Nielson y Hastings estaban a ambos lados de ella, sin hablar.

—Tenemos un avistamiento de ella entrando en el edificio ayer por la tarde —Nielson rompió el silencio.

May notó que los dos agentes uniformados los habían seguido hasta el exterior y se habían colocado a unos metros detrás de Nielson como guardaespaldas.

—Una mujer de enfrente, Gail Lane. Anoche estaba cerrando las cortinas de su habitación y vio por casualidad que la víctima entraba por la puerta principal con un hombre.

—¿Conocía a Hopkins? —preguntó May.

—No se hablaban, pero la había visto en ocasiones. A veces compartían el mismo metro para ir al trabajo, pero nunca habían tenido una conversación.

Esa es la vida en la ciudad, pensó May. Dos personas que se veían casi todos los días y no se atrevían a saludarse.

—¿A qué hora los vio?

—Alrededor de las nueve a nueve y media de la noche. La descripción del hombre es vaga, en el mejor de los casos. Alto,

cabello oscuro. Llevaba un chubasquero. Solo le vio la espalda y estaba oscuro.

—¿Alguien más lo vio entrar o salir? —preguntó Hastings.

—Por el momento, no. La mayoría de los vecinos están todavía en el trabajo, así que les hablaremos esta tarde.

—Bonita escena para volver a casa —dijo May.

—Parece que uno de ellos ha vuelto temprano —dijo Nielson.

A su izquierda, un hombre discutía con un joven policía que vigilaba el cordón policial.

May miró al hombre y luego a Hastings, que enarcó las cejas con sorpresa. El gesto mostraba al fin algo de emoción.

CAPÍTULO 18

Tres horas antes, Lambert había salido hacia Londres sin Klatzky, que no le devolvía ninguna de sus llamadas.

Pasó veinte minutos sorteando el tráfico de Bristol e intentando ponerse en contacto con Tillman.

—Dile que es Lambert, por amor de Dios —informó al tercer agente con el que había hablado. Agarraba el volante con las manos como si estuviera manteniéndolo en su sitio.

Llevaba una hora en la autopista cuando Tillman le devolvió la llamada.

—No es una línea segura, ¿verdad? —dijo Tillman.

—No, pero no tengo nada de seguridad que decirle.

—¿Qué quieres?

—Necesito una actualización sobre el último asesinato del Cazador de Almas.

—¿Es no es de seguridad? —preguntó Tillman.

—Es de conocimiento público. Tienes un interés profesional.

—En eso te equivocas, Lambert, me importa un carajo.

—Estoy conduciendo hacia Londres. Necesito algunos detalles.

Con los años, Lambert se había dado cuenta de que a menudo era mejor ignorar a su superior. A Tillman le gustaba reafirmar su autoridad, pero se podía contar con su ayuda cuando era necesario.

—¿Qué es lo que necesitas saber?

—Ha matado a una mujer.

—Eso he oído.

—¿Tienes su nombre?

—Empiezo a arrepentirme de haberte dado acceso al Sistema, Lambert. Intento decidir si estás demasiado cerca de esto.

—Por supuesto que estoy jodidamente cerca, Glenn. Lo sabías antes de darme acceso —el pulso de Lambert se aceleró, una rabia

familiar amenazaba con salir a la superficie.

—Ya he oído algunos rumores de Bristol.

—¿Rumores? A la mierda, Glenn. Dime lo que sabes.

Tillman no aceptaba tal insolencia, por lo general. Lambert se lo imaginó al otro lado de la línea, debatiendo si era momento de cortarle. Pensando en el favor que le debía.

—La víctima es Sandra Hopkins. Una abogada. Su bufete tiene oficinas en Bristol y Londres, pero ella trabaja en la oficina de Londres. Liverpool Street. Fue encontrada esta mañana por el conserje de su bloque de apartamentos.

—¿Dónde?

—Sydenham.

Lambert relajó el agarre del volante y su ritmo cardíaco volvió a la normalidad. El coche entró en una zona de velocidad media que ignoró mientras serpenteaba dentro y fuera del tráfico lento. Los demás conductores encendían los faros o hacían gestos obscenos con las manos, como si su exceso de velocidad fuera lo más importante de su vida. El coche seguía cojeando y un paisaje verde y mundano aparecía en la visión periférica de Lambert.

—Gracias, señor.

—Te enviaré las coordenadas exactas —dijo Tillman antes de colgar.

Estaba de acuerdo con Tillman en que estaba demasiado cerca del caso y se dio cuenta de que tenía que distanciarse emocionalmente. Lambert se había pasado toda su vida profesional fijándose en los pequeños detalles. Esa era su especialidad y la razón por la que Tillman lo había reclutado para el Grupo. Y los pequeños detalles no tenían mucho sentido para él en ese momento. Había demasiadas discrepancias. No era imposible que el asesino hubiera vuelto a empezar después de tantos años. También era plausible que el largo período de silencio hubiera provocado los cambios que habían llevado a una víctima femenina. Sin embargo, Lambert tenía la sensación de que las cosas estaban demasiado orquestadas. Lo habían seguido y atacado la noche anterior, la policía de Bristol lo debía haber estado vigilando, y luego estaban las fotos que le habían enviado a Klatzky. Alguien quería involucrarlo en este caso, por la razón que fuera, y en ese momento no sabía en quién podía confiar.

Tardó una hora más en llegar al sudeste de Londres. May ya estaba en la escena del crimen. Estaba hablando con Julian Hastings y un segundo hombre, lejos de la cinta policial.

Hastings permanecía inexpresivo mientras escuchaba hablar al otro hombre. En cambio, el lenguaje corporal de May era más abierto. Asentía con la cabeza mientras el hombre hablaba y miraba a Hastings, que permanecía pasivo.

—¿Puedes decirle a la inspectora May que Michael Lambert ha venido a verla? —le dijo al policía uniformado que custodiaba la cinta.

—¿Te está esperando?

Lambert miró fijo al agente, que decidió no seguir con el interrogatorio y le hizo señas a un compañero para que custodiara la cinta.

El agente susurró su mensaje al oído de May, que interrumpió la conversación y miró en su dirección. Intercambió unas palabras con el hombre que estaba junto a Hastings y le hizo una señal a Lambert.

—¿Debo preguntarte cómo nos has encontrado? —preguntó May cuando él se acercó.

—Tengo algo de capacidad investigativa —respondió y asintió en dirección a Hastings.

—Michael, este es el detective en jefe Nielson. Michael Lambert, señor —dijo May.

Nielson frunció el ceño y no le ofreció la mano.

—Señor Lambert. La inspectora May me ha informado de su interés en este caso.

Lambert asintió. Sintió una inmediata antipatía por el hombre. Él seguía siendo técnicamente un detective en jefe, a pesar de su excedencia. Sabía lo que diría a continuación.

Nielson se balanceó sobre sus talones. Tenía el torso de un portero de discoteca que hacía meses que no iba al gimnasio, y su traje azul marino barato le quedaba pequeño.

—Aunque aprecio tu experiencia y… —se esforzó por pronunciar la palabra— conocimientos, tengo que decir ahora que no toleraremos ninguna interferencia por tu parte.

Lambert reflejó el lenguaje corporal de Hastings.

—Eso se extiende a interrogar a cualquier persona implicada en

este caso. ¿Estamos de acuerdo?

—¿Qué puedes decirme de la víctima? —preguntó Lambert, como si no lo hubiera oído.

Nielson se pasó la mano por el pelo bien afeitado y miró a May, esperando apoyo.

—Sandra Hopkins —dijo May—. Una abogada de cuarenta y dos años. Estaba de vacaciones anuales. Nadie en su trabajo ha sabido de ella en los últimos tres días.

—¿Hora de la muerte?

Nielson hizo una mueca.

—Las últimas doce a dieciocho horas. Esta no es información pública, Sr. Lambert. No estás implicado en este caso.

—Lo comprendo, pero podría averiguar todos los detalles con una llamada telefónica. Sería más fácil si pudieras compartir los detalles básicos. No interferiré. Si encuentro algo potencialmente útil, lo compartiré contigo.

Nielson suspiró y se apretó la chaqueta contra su enorme cuerpo.

—¿Puedo ver la escena del crimen? —añadió Lambert.

—Puedo responder por él —intervino Hastings.

—Aunque se lo agradezco, señor, no viene al caso.

—Déjeme acompañar al Sr. Lambert —dijo May—. La escena ha sido liberada, así que no puede hacer ningún daño.

—Diez minutos —dijo Nielson antes de alejarse.

—El casero de Hopkins, Geoffrey Moon, encontró el cuerpo —dijo May, guiando a Lambert al interior.

Aunque la SOCO había retirado el cadáver mutilado hacía algún tiempo, el aire seguía cargado de olor a incienso. A Lambert le provocó dos recuerdos emotivos. Uno de su infancia, estando solo en misa un domingo por la mañana, y el otro del momento en que descubrió el cadáver de Billy Nolan. Ninguno era positivo. La escena había sido fotografiada y grabada en vídeo, y se habían colocado pequeños marcadores en el suelo donde Hopkins había pasado sus últimos minutos.

—No hay señales de robo —dijo May—. ¿Crees que Hopkins conocía al asesino?

—Al menos lo suficiente como para invitarlo a su casa.

Ella le contó que un vecino había visto a Hopkins entrando en el

edificio con un hombre.

—Gracias por la información que recibió del padre de Haydon, por cierto. He enviado un equipo al club.

Lambert sabía que a May le avergonzaba admitirlo.

—Trata de no molestar a Nielson —continuó cuando le entregó una tableta de ordenador—. Toma, estas son las fotos de hoy.

Él hizo una mueca, tratando de distanciarse de lo que estaba viendo. Al igual que Haydon, Sandra Hopkins había sido encontrada sin ojos y con la inscripción habitual grabada en el estómago.

—¿Estuvo viva durante todo el ataque?

—Creemos que sí. ¿De verdad piensas que el asesino cree que se lleva sus almas cuando los mata? —preguntó May.

—No —respondió Lambert—. Los periódicos inventaron esa parte de la historia.

—¿Hastings no investigó el aspecto religioso?

—Sí, pero eso tuvo mucho que ver con el latín y el incienso.

—Creemos saber de dónde vino el incienso de la escena del crimen de Haydon. Una pequeña iglesia en Weston-super-Mare. Vamos a revisar el incienso en el cuerpo de Hopkins. Veremos si viene de la misma fuente.

—Es increíble lo que pueden hacer con el procesamiento del incienso hoy en día —dijo Lambert.

—Es asombroso cómo hemos evolucionado en los últimos años —replicó May, siguiéndole el juego a la broma.

—De todos modos, he tenido que replantearme mi teoría de trabajo. En el pasado, creía que se trataba de un loco religioso que comentaba en la inmoralidad. Aunque sigo sin saber por qué Billy Nolan fue victimizado —dijo Lambert.

—¿No era inmoral?

—¿No lo somos todos?

—Sabemos que al menos cuatro de las víctimas eran homosexuales. Por lo que descubrimos, gracias a ti, es posible que Haydon fuera gay.

—Eso parece. Deberías hablar con Hastings. Vieron el ángulo del crimen de odio.

—¿Billy Nolan era gay?

—Si lo era, hizo un buen trabajo ocultándolo. ¿Qué hay de Hopkins? —preguntó Lambert.

—Por lo que Nielson ha averiguado, era bien sabido que salía con hombres y mujeres.

Salieron a la calle. El cielo se había oscurecido. Un grupo de agentes seguía vigilando la calle frente al apartamento de Hopkins.

—Entonces, ¿trabajarás en los dos casos junto con Nielson?

—Por el momento.

—¿Te vas a quedar en Londres?

May sonrió con satisfacción.

—Por el momento.

Lambert estuvo por decir algo, pero se detuvo. Tenía la boca seca y se dio cuenta de que no había bebido nada desde que salió de Bristol. May lo miraba fijo, con esa ligera inclinación de la boca que sugería que quería que él le preguntara algo. Al final, ella rompió el silencio.

—¿Quieres mostrarme el lugar? —preguntó May. Lambert vaciló, pero ella lo interrumpió antes de que tuviera tiempo de hablar—. No, no te preocupes. Estoy segura de que tienes cosas que hacer.

Lambert estuvo por discutir, pero el momento se había perdido.

—Tengo que ponerme al día con algunas cosas —dijo él. Esperaba que no se le notara el calor que sentía en la cara.

—Está bien —dijo May, alejándose. Veinte metros más adelante, se detuvo. A Lambert se le cortó la respiración cuando regresó y le entregó una tarjeta con los datos de su hotel.

—Si cambias de opinión, me estoy quedando aquí —le dijo.

Lambert tomó la tarjeta sin contestar, esperando no parecer demasiado estupefacto.

Llamó a la oficina de Sophie de camino a casa. Sydenham estaba a solo un par de kilómetros de su casa, y no pudo evitar pensar en la posible coincidencia.

—Me temo que va directo al contestador —dijo uno de los recepcionistas del bufete—. ¿Quiere dejar un mensaje?

—No, está bien. Lo intentaré de nuevo con su móvil.

El móvil fue directo al contestador.

La casa estaba vacía. Parecía que había estado fuera más de un día. No llamó. Sophie estaría en el trabajo, cenando con un cliente o con uno de los socios del bufete. Lambert metió un plato preparado en el microondas y se puso a dar vueltas por la casa, inquieto.

Se detuvo ante la puerta del dormitorio de Sophie. Maldiciéndose a sí mismo, la abrió. Las sábanas celestes cubrían el colchón. Comprobó el cuarto de baño, y no había señales de que se hubiera duchado allí esa mañana. Las toallas estaban secas, al igual que las cerdas del cepillo de dientes.

—Idiota —se dijo a sí mismo. Se preguntó cuándo recurriría a leer sus correos electrónicos o interceptar sus mensajes de texto.

Caminó por el pasillo hasta la habitación de Chloe. Este año tendría once años. No había estado en su habitación desde el accidente; no podía enfrentarse a los posibles recuerdos que evocaría, pero podía imaginársela con total claridad. Su mano se dirigió a la manija de la puerta cuando el estridente timbre del temporizador del horno desvió su atención.

Lambert se afanó con la comida preparada y se retiró a su despacho. Una nota en el Sistema indicaba un mensaje privado de Tillman: era una actualización del caso del Cazador de Almas. Los detalles eran tan escasos como esperaba. Había aprendido más asistiendo a la escena del crimen.

Buscó en el sistema detalles sobre Sandra Hopkins. Recibió información de varias fuentes. El equipo de Nielson había entrado en el caso HOLMES. Lambert leyó detalles de las investigaciones preliminares, declaraciones de vecinos, colegas, amigos y familiares de Hopkins. Confeccionó un expediente de la mujer a partir de los registros a los que accedió de la base de datos de su bufete, sus redes sociales y sus cuentas de correo electrónico. No vio nada salaz. Era una profesional de cuarenta y dos años, soltera y sin hijos. Por sus correos electrónicos, parecía que salía con dos mujeres que había conocido en un sitio de citas. Comprobó con HOLMES y descubrió que la policía ya había entrevistado a ambas mujeres.

El detective en jefe Nielson ya había hecho un tenue vínculo entre Hopkins y las otras víctimas. Hopkins había estudiado en la Universidad de Bristol y estaba terminando su contrato de formación con un bufete local de abogados durante el período en que Billy Nolan fue asesinado. Seguía en el mismo bufete, pero desde hacía diez años trabajaba en uno de sus despachos de Londres, especializado en derecho contractual.

Para terminar, Lambert ejecutó una subrutina que cruzaba las

referencias de Sandra Hopkins con las de las otras víctimas y redujo la búsqueda a ella, Billy Nolan y Terrence Haydon, pero de nuevo se quedó en blanco.

Apagó El Sistema y llamó por última vez al móvil de Sophie. Necesitaba oír su voz. Se sentía absurdamente solo en la casa, aún conmocionado por haber estado a punto de entrar en la habitación de Chloe. Colgó tras el mensaje del contestador y se arrepintió de que su mujer viera tantas llamadas perdidas. La tensión del caso lo estaba afectando. Se puso en contacto con Klatzky, que también lo evitaba.

Solo hacía veinticuatro horas que la conocía, pero no dejaba de pensar en Sarah May y en el breve tiempo que habían pasado juntos a solas. Sacó su tarjeta de la billetera y la giró entre sus manos. Era un juego peligroso, y un mal momento para jugarlo. Se paseó por la planta baja de su casa debatiéndolo.

—A la mierda —dijo. La llamó.

Quedaron en un *pub* mal iluminado de Bromley. La penumbra ocultaba la moqueta descolorida y las marcas de arañazos en los muebles de madera. Lambert pidió una botella de vino tinto e hizo una mueca en su primer sorbo.

—Puedo saborear notas de cobre y óxido —dijo.

May se inclinó hacia delante e hizo un gesto mientras bebía de su vaso. Su piel parecía fresca y había un brillo en sus ojos. El cansancio que había notado antes en ella se había evaporado. Se revolvió el pelo con la mano izquierda y le sostuvo la mirada.

—¿Qué esperabas de una botella de 8 libras?

—Tienes razón. ¿Qué te parece la gran ciudad?

—¿Bromeas? Esta es mi ciudad natal.

—¿Eres una *cockney*?

Lambert ya sabía que ella había estudiado en Londres por su expediente. Volvió a sorprenderse de lo relajado que se sentía en su compañía.

—Algo así. Pero al norte del río.

—*Snob* —respondió Lambert—. Yo soy de Londres.

—Bueno, me aventuré al sur para la universidad. Goldsmiths.

Lambert tomó un segundo sorbo de vino, y el sabor se suavizó.

—¿Por qué estás en Bristol?

May se encogió de hombros.

—Simplemente fue así. Seguí las ofertas.

—¿Te gustaría volver algún día?

—Solo son noventa minutos en tren —dijo.

Lambert trató de no interpretar la frase. Bebió un trago más de vino, contento de haber decidido llamarla. Aunque ella lo tranquilizaba, había algo intrigante en su persona. Daba señales contradictorias, y a él le gustaba el desafío de estar en su compañía.

—Siento lo de esta mañana. El sargento Bradbury es un policía fuerte, pero puede ser un poco agresivo con los extraños. Fue torpe —dijo May.

—No hace falta que expliques. ¿Cómo va la investigación en el club nocturno?

—Recibimos una orden para cerrar el local por esta noche. No esperamos mucho, pero nunca se sabe. Parece que el dueño, un tal Sr. Collins, está un poco alterado.

—¿En serio? —dijo Lambert, frotándose la nuca donde el dueño del club nocturno le había golpeado—. ¿Y Roger Haydon?

—Fuimos a hablar con él, pero no estaba en su casa. Tenemos un coche esperando a que vuelva. También planeamos hablar con el Sr. Langtree.

May aceptó una segunda botella de vino.

—Aunque te dejaré la mayor parte de la bebida a ti —dijo ella —. No quiero llegar a mi primer día en Londres con resaca, ¿verdad?

Lambert volvió del bar con la botella de vino más cara que pudo pedir.

—Hastings tiene muchas cosas buenas que decir de ti —mencionó May.

—¿Ah, sí? ¿No me digas que ese viejo cabrón mostró algo de emoción? Quizá me incluya en su próximo libro. Quince libras —dijo, sirviéndole una copa.

—Yo no iría tan lejos, pero estaba alabando tus habilidades analíticas. Mencionó que incluso durante el caso de Billy Nolan, recordabas detalles que nadie más recordaba.

El vino nuevo no sabía mejor que la última botella.

—Aceite y vinagre —describió él, levantando la nariz—. ¿Has leído alguno de sus libros?

—¿De Hastings? Sí, son bastante buenos. Estoy leyendo el

último, en el que la víctima es ciega —dijo May.

Lambert recordó los detalles del libro de Hastings.

—¿*Blood Kill*?

—Sí, gran título.

—¿Crees que el tiempo que Hastings pasó en el caso del Cazador de Almas se ha filtrado en su escritura?

—Es interesante. Sigo buscando pistas en sus escritos, por si ha deslizado algún detalle sobre el Cazador de Almas en la obra.

Lambert se inclinó hacia delante, con May a solo unos centímetros de su cara. Bajo el olor a vino, percibió un toque de vainilla en su piel.

—¿Cómo se llama el protagonista? —preguntó. Se echó hacia atrás, sin querer invadir su espacio.

—Trent.

—Sí, Trent. ¿Un Superintendente alto y hosco?

—Escribe lo que conoce, supongo —dijo May—. ¿Qué piensas de Hastings?

Lambert imaginó la primera vez que vio a Hastings, fuera de la habitación de Billy Nolan. Recordó la sensación de calma que desprendía el hombre, como si la escena no fuera nada nuevo para él.

—Me ayudó a entrar en el cuerpo, y he estado en contacto con él de vez en cuando a lo largo de los años, pero no lo conozco tan bien.

—¿Siempre es tan comunicativo? —dijo May.

—No es muy hablador, ¿verdad? Creo que es su forma de ser. ¿Qué te dijo sobre su trabajo anterior en los casos del Cazador de Almas?

—Nada que no haya leído en sus archivos.

—Puede ser testarudo. Tal vez está esperando las preguntas adecuadas.

—¿Y cuáles son? —preguntó May, con una sonrisa en el labio que ya le resultaba familiar.

—Ahí está el problema. ¿Alguna noticia sobre tu paciente desaparecido del hospital?

May pareció momentáneamente sorprendida.

—Me las había arreglado para olvidarme al respecto —dijo.

Lambert jugó con su vaso. Si los hechos estaban relacionados,

debía divulgarle la información. Encontrar al paciente desaparecido podía ser más importante de lo que ella pensaba.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó ella al captar su vacilación.

Le sirvió otro vaso de vino.

—Basta de charla —dijo. No era el momento. Confesar que le había roto la pierna solo serviría para atraer la atención. Necesitaba averiguar por su cuenta por qué era el blanco, y no podía permitirse ningún obstáculo por el momento.

Pasaron la hora siguiente evitando hablar del caso, y la segunda botella mejoró como la primera. May le habló de un exnovio que había vuelto hacía poco a Bristol y había empezado a molestarla. Cuando Lambert juró vengarse en broma, se dio cuenta de que había bebido demasiado.

El propietario prácticamente los echó del bar. May entrelazó su brazo con el de él, que la acompañó de vuelta a su hotel.

—Aquí estamos —dijo ella. Su cuerpo estaba a centímetros de distancia, su blusa levantándose al ritmo del aumento de sus latidos y el olor a vainilla de su piel en el aire—. Puede que haya más vino barato en mi minibar —sugirió.

Lambert quería acompañarla dentro, pero dudó. No era el momento adecuado.

—Lo siento —dijo, y se alejó de mala gana.

CAPÍTULO 19

El hombre no se había movido desde que se durmió, hacía dos horas. Lance había mantenido un ritmo uniforme, primero por la ciudad y luego por la autopista. No sabía, ni quería saber, lo que le esperaba a aquel hombre.

En la radio, un jovial DJ ponía un sinfín de clásicos de los ochenta. Lance cantó al ritmo de las melodías e imaginó por un momento que no estaba transportando a un prisionero hacia su muerte.

Conoció a Campbell cinco años atrás. Un amigo de un amigo los había puesto en contacto. Era casi imposible contactarlo. Lance había tenido seis citas con varios subordinados antes de que Campbell le concediera una audiencia, y lo primero que hizo el hombre fue colocar una carpeta delante de Lance con fotos de su mujer y sus hijos en distintos lugares.

—Serán vigilados, de forma intermitente, durante el tiempo que estemos juntos —dijo Campbell—. Ya se han establecido varias horas de control predeterminadas. Si me ocurre algo antes de que me reúna con ustedes a esas horas de control, por el motivo que sea, incluido que me detengan y sin excluir la muerte, se producirán una serie de consecuencias. ¿Estamos de acuerdo?

Lance recordó la sonrisa de Campbell ante su angustia. La línea de su labio superior, tan carente de humor como el hombre carecía de conciencia.

—Sí —aceptó Lance.

—Bien. Me conocerás como Campbell. ¿En qué puedo servirle?

Dinero. Siempre dinero.

La adicción al juego de Lance había vuelto a descontrolarse y estaba endeudado, y sus acreedores no aceptaban planes de pago. Le explicó la situación a Campbell, que insistió en oír todos los

detalles. Lo interrogó sobre su adicción. ¿Cuándo había empezado? ¿Por qué se sentía fuera de control? ¿Nunca había pensado en su mujer y su familia? Era mitad terapeuta, mitad padre decepcionado al descubrir que su hijo no era el chico perfecto que había soñado.

—Si te doy el dinero, entonces nuestro acuerdo es permanente. ¿Entiendes?

—Creo que sí.

—Entiendes o no entiendes.

—Sí, lo entiendo.

—Te daré el dinero, y trabajarás para mí.

—De acuerdo —dijo Lance—. ¿Qué tipo de trabajo voy a hacer?

Campbell sonrió y el buen humor se extendió a sus ojos por un instante.

—Normalmente no doy una descripción detallada del trabajo. Se te asignarán tareas menores y mayores, algunas pueden no ser agradables. Dejarás de trabajar para mí cuando hayas pagado la deuda. Las condiciones no son negociables.

Cinco años más tarde, casi pagaba la deuda. En ese tiempo, había actuado como intermediario para la gente que quería utilizar los servicios de Campbell, filtrando a los que perdían el tiempo y a los investigadores. De los llamados «trabajos importantes», el peor había sido la retirada de un cadáver tras uno de los largos interrogatorios de Campbell, y el más fácil era su viaje actual con el hombre drogado en la parte trasera de su coche.

Había visto a alguna persona enfrentarse a Campbell. La respuesta era siempre la misma: rápida y salvaje. Lo que le había mantenido en pie durante los últimos cinco años eran esas personas que pudieron salir de la órbita de Campbell: trabajadores que habían saldado su deuda y salían ilesos. Nunca podrían sentirse completamente libres, pero la posibilidad de marcharse era real. Las instrucciones de Lance eran salir de la M4 en el cruce cuatro y dirigirse a uno de los escondites de Uxbridge. Se acercaba cuando recibió una llamada.

—Cambio de planes —la voz de Campbell retumbó a través del Bluetooth del coche.

—¿Señor?

No era habitual que Campbell lo llamara directamente, y Lance se sentó en el coche como si lo estuvieran vigilando.

—Es el día de suerte del Sr. Klatzky. Déjalo en algún lugar de Londres. Vivo.

—Pero él me ha visto, señor.

Hubo una pausa en el otro extremo. Lance sintió la impaciencia del hombre y lamentó haber hablado fuera de lugar.

—Déjalo ver —dijo Campbell antes de colgar.

CAPÍTULO 20

Se arrepintió de inmediato de no seguir a May dentro. Si estaba enfadada, lo disimuló bien. Le dio un beso en la mejilla y entró en el hotel, dejándolo en la entrada. Estuvo a punto de seguirla. Hacía años que no sentía una atracción tan inmediata por alguien, y la atracción parecía ser recíproca, pero habría sido un error. Iban a trabajar juntos y lo último que necesitaban era una complicación más.

El aroma a vainilla permanecía en su piel, donde ella le había dado el beso. No pensó en otra cosa mientras caminaba hacia su casa. Se detuvo al menos tres veces y pensó en volver al hotel. La imaginó esperándolo en su habitación. Entonces sus pensamientos se nublaron al pensar en Sophie: aunque estaba efectivamente separado, no podía evitar sentirse culpable por lo que había estado a punto de ocurrir con May.

Era más de medianoche. La carretera principal que conducía de Bromley a Beckenham estaba vacía, solo el zumbido de las farolas y el paso ocasional de algún vehículo acompañaban a Lambert. Su entrenamiento siempre se ponía en marcha a esas horas. Sin nada más que hacer, empezó a memorizar cada coche que pasaba por delante y a tomar nota los dígitos de las matrículas. Finalmente, llegó a la calle principal de Beckenham. Un par de bares seguían abiertos. Se fijó en los rostros de los juerguistas nocturnos y en sus rasgos mientras avanzaban a trompicones por la calle. Siguió caminando por Croydon Road, sin dejar de comprobar los coches que circulaban. Al girar en la calle lateral donde vivía, pasó un Jaguar XK8 con matrícula de este año. Lambert observó el vehículo admirando su forma, e hizo una pausa cuando este se detuvo frente a su casa.

Estaba a trescientos metros del vehículo. Vio dos figuras en el

coche. Cruzó la carretera y se acercó lo suficiente como para ver la silueta de su mujer en el asiento del copiloto. Una punzada de celos le invadió al verla hablando con el conductor del coche. No tenía derecho a sentirse posesivo. Su matrimonio era poco más que un acuerdo superficial; eran compañeros de piso que compartían una hipoteca y las facturas, y ambos intentaban ignorar el dolor compartido tras la pérdida.

Reconociendo su hipocresía tras la velada con May, pasó junto al coche. Se detuvo a cincuenta metros y fingió atarse los cordones de los zapatos, echando miradas furtivas a las dos personas del coche que no se percataban de su presencia. Su mujer conversaba con Jeremy Taylor, uno de los socios de su bufete. El mismo socio con el que había cenado la noche en que Lambert había estado en Bristol.

Sophie se rio inclinando la cabeza hacia la izquierda, un gesto que él le había visto hacer miles de veces, aunque antes solo a él. Lambert sabía que debía dejar de mirar. Estaba actuando como un adolescente enamorado o, peor aún, como un marido celoso y mirón.

Habían dejado de reír y ambos estaban inclinados el uno hacia el otro. Lambert imaginó el ambiente que se respiraba en el interior del coche. Apretó sus dedos involuntariamente cuando Taylor se inclinó más hacia su mujer. Por un horrendo segundo, pensó que iba a presenciar el primer beso de su mujer con su nuevo amante. A pesar de su limitado punto de vista y de la penumbra de la calle mal iluminada, vio a Sophie dudar. En el último segundo, desvió la cabeza hacia la derecha, sin dejar a Taylor más que la suave carne de su mejilla.

Lambert se alejó corriendo cuando su mujer abrió la puerta del pasajero del coche. Recorrió las calles durante otra hora antes de regresar a casa.

Cerró la puerta principal lo más suave que pudo y subió las escaleras hasta el primer piso. La puerta de Sophie estaba cerrada. ¿Qué pasaría si llamara a la puerta, se desnudara y se metiera en la cama con ella, como había hecho tantos años antes? ¿Gritaría y le exigiría que se fuera, o se arrimaría a él y le permitiría quedarse una noche más? Su ojo izquierdo le tembló, las luces aparecieron en los ángulos de su visión. No recordaba la última vez que había

dormido. Subió de puntillas a su habitación antes de que comenzaran las alucinaciones y se desplomó en la cama. Ante sus ojos danzaban motas de color fuego, una neblina de colores que se fundían en un borrón violeta. Su respiración se volvió pesada y el corazón le palpitó en el pecho, hasta que su cuerpo se relajó y se quedó dormido.

Dos horas más tarde estaba despierto, pero el corto periodo de sueño lo había refrescado lo suficiente. Encendió el Sistema y puso en marcha una serie de subrutinas. Empezó buscando al Inspector en Jefe Nielson. El hombre había trabajado para el MIT en Lewisham durante los últimos cuatro años y había sido oficial superior de investigación en una serie de casos de alto perfil.

Lambert sonrió al observar que Nielson había ordenado a uno de sus sargentos a investigar los antecedentes de Lambert y evaluara su relación con las últimas víctimas del Cazador de Almas. Era un movimiento lógico. Lambert estaba relacionado con Billy Nolan y Terrence Haydon, y la última víctima había sido asesinada a menos de tres kilómetros de su casa. Habría sido lógico que Nielson hubiera hablado del tema con la inspectora May, ya que sus agentes estaban llevando a cabo una investigación similar en ese momento. Le hizo menos gracia volver a ver el nombre de Simon Klatzky; la línea roja de la orden de detención pendiente destacaba en la pantalla.

Lambert abrió el expediente de Klatzky. Buscó en una lista de delitos menores que su amigo había cometido en los últimos diez años, todos ellos producto del consumo excesivo de alcohol.

Lo que Nielson no sabía era que alguien había enviado a Klatzky las fotos de la escena del crimen del asesinato de Haydon. Necesitaba hablar con Klatzky. La última vez que lo había visto había sido en la habitación del hotel de Bristol: parecía comatoso, con la boca y la barbilla llena de vómito. Era demasiado temprano para volver a llamar. Debía estar perdido en algún bar tomando una copa con el dinero que Lambert le había dado.

Lambert estaba a punto de revisar el caso Haydon una vez más cuando el sonido de un suave golpe desvió su atención. Apagó las pantallas del ordenador y escuchó. Volvió a oírlo, el sonido crecía en volumen e intensidad. Alguien golpeaba la puerta de su casa. Era un golpeteo salvaje e incontrolado, como si estuvieran golpeando la

madera con los nudillos. Eran las cuatro y media de la madrugada.

Lambert sacó un juego de llaves del bolsillo de su abrigo y abrió el cajón inferior izquierdo de su escritorio. Sacó la navaja Mark 3 que le habían dado cuando trabajaba para el Grupo y empezó a bajar corriendo las escaleras.

Un grito agudo lo detuvo antes de llegar al final de la primera escalera.

CAPÍTULO 21

—Jesucristo, Michael —Sophie estaba delante de la puerta de su habitación envuelta en un kimono de seda—. No sabía que ibas a volver hoy —dijo cuando recuperó la compostura.

—Obviamente no —dijo Lambert—. Lo siento, intenté llamarte.

Se miraron fijamente, enzarzados en una discusión, mientras los golpes de la puerta de entrada aumentaban de intensidad.

—¿Vas a responder? —preguntó ella, con los ojos clavados en el cuchillo.

—Tal vez deberías volver dentro —dijo Lambert, señalando su habitación. Apagó la luz del pasillo y bajó las escaleras—. ¿Quién es? —gritó.

Los golpes cesaron. Desde fuera, oyó una voz familiar.

—¿Mikey? —preguntó una voz entre suplicante y acusadora.

Lambert abrió la puerta y Klatzky cayó por el umbral. Extendió el brazo para evitar que el hombre se golpeara la cara contra el suelo de madera. Lo levantó y lo sujetó contra la pared mientras cerraba la puerta de golpe. Klatzky estaba empapado y tenía el pelo enmarañado en la frente. Lambert se apartó del hedor y se limpió la mano en la pernera del pantalón.

—¿Qué demonios, Mikey? —balbuceó Klatzky.

Lambert estaba de pie con las piernas abiertas y todos los músculos del cuerpo tensos. La presión de los dos últimos días lo rebasó y golpeó a Klatzky con toda su fuerza en el estómago. La carne blanda cedió bajo la presión del golpe.

Klatzky cayó al suelo con un gemido. Pensó en darle una patada, pero se dio cuenta de que Sophie lo miraba desde lo alto de la escalera, con la mano en la cadera.

—¿Qué pasa, Mike?

No parecía asustada, solo molesta.

—No es nada. Es Simon. Está loco como una cabra. Ve a la cama, lo arreglaré.

Ella se quedó un segundo en silencio.

—Lo arreglaré —repitió él, más suave esta vez. Ella suspiró y lo dejó solo.

Klatzky empezó a toser. Una gota amarilla cayó de su boca y se pegó a su barba.

—¿Cómo has podido hacer eso, Mikey? —reprochó entre jadeos, secándose la cara con el dorso de la mano.

—Son las cuatro y media, Simon, y estás llamando a mi puerta como un idiota. ¿Qué esperabas, un cálido abrazo?

Klatzky ajustó su posición y se levantó del suelo hasta quedar sentado en un ángulo oblicuo, con la espalda encorvada contra la pared del pasillo.

—No me refiero a eso. Me refiero al asunto con tu chófer psicótico de la limusina.

Lambert se frotó los ojos.

—Por Dios, Simon, ¿qué has estado tomando?

—El conductor que enviaste a recogerme al hotel en Bristol.

—¿Crees que tengo mi propio chófer?

—Alguien me recogió. En un Mercedes CLK plateado. Me dijo que habías quedado con él para que me llevara de vuelta desde Bristol.

Klatzky trató de ponerse de pie, pero se desplomó en el suelo y gimió al caer.

—Vamos, Si. ¿Es una broma?

Klatzky agitó el dedo índice derecho delante de su cara.

—No, joder —dijo, con una leve sonrisa en el rostro.

El humor le duró poco. Lambert lo arrastró hasta el salón y encendió una lámpara de mesa. La luz iluminó la ordenada habitación. Había dos sofás antiguos uno frente al otro. Klatzky se desplomó en uno de ellos, con la mirada fija en las numerosas estanterías que decoraban la habitación.

—Bien. ¿Qué ha pasado? —le preguntó.

Klatzky explicó que un hombre se le había acercado a la puerta del hotel.

—Sonaba plausible. Pensé que te habías sentido culpable por haberme echado del hotel. Eso, o querías estar totalmente seguro de

que me iría.

—¿Podrías describir al conductor?

—Tal vez. No. No lo sé, Mikey. ¿No lo enviaste tú?

—No, no lo hice. ¿Recuerdas la matrícula del coche? —preguntó Lambert. Recordó el Mercedes que lo había seguido por las calles de Bristol la noche anterior.

—No. No miré. Solo acepté el viaje.

—¿Qué pasó una vez que te recogió?

Klatzky se revolvió en su asiento.

—Me dio una copa.

—¿Y te la tomaste?

—Creí que tú lo habías enviado —Klatzky alzó la voz. Sus ojos no dejaban de moverse y recorrer la habitación, echando una mirada a Lambert de vez en cuando.

—¿Y entonces?

—Me quedé dormido. Lo siguiente que recuerdo es estar tirado en el suelo, rodeado de contenedores. Creo que me tapó la boca con algo. Me duelen mucho los labios.

La historia era inverosímil, pero Lambert no veía razón para que Klatzky la inventara.

—¿Dónde exactamente?

—Tardé horas en descubrir que estaba en Uxbridge, de todos los lugares. Tuve que hacer autostop hasta aquí, y créeme, no fue fácil. ¿Qué está pasando, Mikey? Primero las fotos y ahora esto. ¿Qué quieren de mí?

Era una buena pregunta.

—¿Hay algo que no me estás diciendo? ¿Algo sobre Billy o Terrence?

Klatzky se encogió de hombros.

—Mira, Si, quiero ayudarte, pero si me ocultas algo, ¿qué puedo hacer?

—Michael —Sophie gritó desde arriba.

—Piensa —dijo Lambert antes de salir de la habitación.

—No puede quedarse aquí —espetó Sophie. Estaba de pie fuera de su habitación, con los brazos sujetando el ligero kimono alrededor de su cuerpo. A pesar de las circunstancias, Lambert sintió deseo por su mujer por primera vez en meses.

—Está en problemas, Soph, necesito ayudarlo.

—Es un borracho inútil.

—Lo sé, pero no siempre fue así. No es un mal tipo. Mañana me aseguraré de que se haya ido.

Sophie suspiró y se inclinó hacia él. El pulso de Lambert se aceleró y su cuerpo se quedó clavado en el lugar.

—De acuerdo —susurró—. Pero vayan los dos a la cama, por favor. Tengo que levantarme para ir a trabajar dentro de un par de horas.

Klatzky estaba dormido en el sofá cuando volvió a bajar. Su olor pútrido inundaba la habitación. Lambert abrió una ventana y ajustó la posición de Klatzky en el sofá para que pareciera casi cómodo.

Arriba, trató de conciliar lo que Klatzky le había contado.

Primero las fotografías y ahora el misterioso viaje. Alguien estaba interesado en Klatzky, o tal vez en Lambert. Hojeó El Sistema en busca de inspiración. Buscó entre los incidentes recientes gestionados por los Equipos de Incidentes Graves. En las seis pantallas de su despacho aparecían textos e imágenes. Varias redadas antidroga relacionadas con pandillas, dos de ellas con víctimas mortales. Un atraco a mano armada en un pequeño banco local. Un niño de nueve años desaparecido, visto por última vez cuando volvía solo a casa desde el colegio.

Bloqueó la pantalla cuando apareció una imagen desagradable: un padre brutalmente asesinado en su casa por su mujer y su hija adolescente. La esposa había vertido una olla de grasa hirviendo sobre la cabeza del hombre, y la niña había procedido a apuñalarlo múltiples veces por la espalda con un cuchillo de cocina. Lambert leyó las notas del caso, asqueado por los casos de malos tratos que servicios sociales ignoraban. Ya lo había visto en innumerables ocasiones. El abuso se volvía intolerable. Según las notas, era poco probable que la madre y la hija fueran procesadas. Lambert estaba a punto de apagar El Sistema cuando otro caso llamó su atención. Detuvo la pantalla, asombrado por lo que estaba leyendo. Con un clic del ratón, imprimió las notas del caso. Conocía al oficial superior de investigación, el detective en jefe Josh Bardsley. Leyó las notas impresas y examinó con detalle las fotos de la escena del crimen.

Un cadáver, captado desde muchos ángulos.

Fue la cara lo que despertó el interés de Lambert.

Específicamente los ojos, que habían sido sellados.

CAPÍTULO 22

Lambert leyó los detalles en el HOLMES. La víctima, Samuel Burnham, había muerto hacía dos días. Sus ojos habían sido sellados con una fina línea de hilo. Como en los asesinatos del Cazador de Almas, la evidencia sugería que la víctima estaba viva durante el procedimiento. Además de sellar los ojos de Burnham, el asesino le había cortado los labios.

Lambert buscó en el HOLMES una vez más. Ya se había establecido una conexión en El Sistema con los asesinatos de Terrence Haydon y Sandra Hopkins. Nielson se había puesto en contacto con Bardsley, pero nada en el informe relacionaba los asesinatos, aparte de lo obvio.

La puerta de Sophie crujió al abrirse. Lambert saltó de la silla y bajó a su encuentro.

—¿Aún estás despierto? —preguntó.

—No podía dormir.

—Qué sorpresa.

Ella se había puesto su ropa de trabajo. El agua de su pelo, aún húmedo por la ducha, goteaba sobre su blusa crema.

—Quería disculparme por lo de anoche.

—¿Por qué, en específico?

—Por asustarte. Por Simon. Me desharé de él, lo prometo.

Ella se encogió de hombros y se dio la vuelta. A mitad de la escalera se detuvo y, con cierta amabilidad, preguntó:

—Sabes que solo faltan dos semanas, ¿verdad?

Lambert se frotó las mejillas y se masajeó la barba incipiente con las palmas de las manos.

—Lo sé —dijo. No se había olvidado del funeral de Chloe. No era algo a lo que tuviera que dedicarse a pleno, pero su hija estaba constantemente en sus pensamientos.

—No me importa qué sea esto. No lo olvides —ella lo miró con frialdad. Estuvo por discutir, pero ella ya se había dado la vuelta.

Fue a ver cómo estaba Klatzky y decidió dejarlo dormir. Tomó un taxi al hotel de May, con la esperanza de alcanzarla antes de que fuera a la oficina. Quería hablar del asesinato que había descubierto en El Sistema.

Ella estaba compartiendo un desayuno continental con Julian Hastings, en el comedor del hotel. Lambert no estaba seguro de si el oficial retirado la acompañaba para conseguir material para uno de sus libros o si aún esperaba poder salvar algo de su orgullo profesional al ayudar a resolver el caso.

—Buenos días, Michael —dijo Hastings cuando se acercó.

Se levantó para estrechar la mano de Lambert.

May le dirigió una mirada que no revelaba nada sobre la noche anterior.

—Me alegro de que estés aquí —continuó Hastings—. Le estaba explicando a la inspectora May que tengo alguna conexión con la última víctima, Sandra Hopkins. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

Lambert tomó asiento junto a May mientras Hastings pedía café a una camarera.

—¿En serio?

—Hace veinte años, ¿puedes creerlo? Tuve que comprobar mis archivos, pero sabía que el nombre me sonaba. Fue un caso de negligencia criminal. El bufete Hopkins representaba al acusado. Ella era una abogada en prácticas, nada más que una portadora de papeles, pero hablé con ella en varias ocasiones.

—¿Cuándo fue, con exactitud? —preguntó Lambert.

Hastings le dio la fecha. Coincidía con la investigación de la sexta víctima del Cazador de Almas, William Perryman.

—Hopkins todavía estaba en Bristol en ese momento. Había terminado su contrato de formación y trabajaba en la sección comercial del bufete —dijo May.

—¿Lo sabe Nielson? —preguntó Lambert.

—Sí —respondió May—. Pero hay algo más. Se trataba de un caso de negligencia del NHS en el que estaba implicado un cirujano ocular.

Lambert la miró fijamente.

—¿Estás bromeando?

—No. El cirujano fue absuelto y sigue ejerciendo, ahora en Gloucester. Lo tenemos bajo vigilancia. El sargento Bradbury y su equipo están revisando los casos antiguos, a ver si encuentran algo importante para interrogarlo. Volveré en breve para ayudar.

—Suena conveniente —señaló Lambert. May no respondió—. ¿Qué opina, señor?

—Vale la pena seguir la pista, claro, pero estoy de acuerdo. Todo suena demasiado conveniente. Me sorprendería que el asesino se volviera tan descuidado después de tanto tiempo —dijo Hastings.

—A menos que quiera que lo atrapen —dijo May.

Hastings se encogió de hombros. Lambert pensó en todo. Ahora sería el momento de contarle a May lo de las fotos que había recibido Klatzky y su misterioso viaje a casa desde Bristol, pero quería algunas respuestas primero.

—¿Has leído el caso de Samuel Burnham? —preguntó.

—El detective en jefe Nielson y yo hemos estado en contacto con el equipo de Hertfordshire. De momento, descartamos cualquier relación directa.

Hastings inclinó la cabeza y May le informó de los detalles del asesinato.

—La relación está en los ojos —mencionó él.

Dos agentes uniformados entraron en el hotel.

—Mi carro espera —dijo May—. Gracias por el café —se dirigió a Hastings.

Hastings bajó la cabeza medio centímetro, con el rostro inexpresivo.

Lambert siguió a May fuera del hotel.

—Supongo que Nielson no aprobaría que te acompañara.

—No, pero hay algo que podrías hacer por mí. Tu amigo, Simon Klatzky. ¿Lo has visto recientemente?

—¿Por qué?

—Sería una buena idea que fuera a la comisaría local. Hubo una especie de alboroto en el sindicato de estudiantes de la universidad la otra noche. El Sr. Klatzky causó algunos daños.

—Jesucristo.

—Y Nielson está en pie de guerra por él, especialmente con esa orden de arresto aún pendiente.

—Está bien. Le avisaré cuando lo vea —no se atrevía a contarle

sobre Klatzky. Klatzky era su único vínculo con el Cazador de Almas, y no estaba dispuesto a entregárselo a May ni a nadie en ese momento—. ¿Va Nielson a ver al cirujano contigo?

—No, al menos todavía no. Escucha, sobre lo de anoche —empezó a decir ella.

—No, no. Tienes cosas más importantes que hacer —dijo él.

May se apartó un mechón de pelo de los ojos y le dedicó una breve sonrisa.

—Hasta pronto —dijo. Entró a la parte trasera del coche de policía que la esperaba. Lambert no sabía si era una pregunta o una afirmación.

—Me voy a ir, Michael —dijo Hastings, sorprendiéndolo con un ligero golpecito en la espalda—. Ya arreglé todo. Me voy a casa en tren, como en los viejos tiempos. No puedo decir que eche de menos todo el drama. Nos vemos.

—Señor.

Lambert llamó a Bardsley. No había hablado con él en cinco o seis años. Bardsley había empezado en el Departamento de Investigación Criminal el mismo día que Lambert. Glenn Tillman, un simple Inspector entonces, había sido su jefe de división. Trabajaron juntos tres años antes de que Bardsley cambiara de puesto.

Ahora era detective en jefe en la Comisaría Central de Watford. Acordaron reunirse más tarde esa mañana. Lambert cogió el metro en Bromley y se sorprendió al llegar a Watford en menos de una hora.

Lambert vio a Bardsley en cuanto entró en el restaurante de comida grasienta llamado Terry's. Estaba tomando una taza de té solo. Le hizo una seña a Lambert cuando entró en la cafetería.

—Luces mayor —dijo Lambert cuando se sentó en la silla de plástico amarilla.

Bardsley sonrió satisfecho. Tenía la misma edad que Lambert, y una cara delgada y demacrada que lo hacía parecer unos diez años mayor.

—¿De qué se trata esto, Mike?

La voz de Bardsley aún tenía un toque del Black Country. La combinación de su rostro y su voz pausada a menudo hacía que la gente lo subestimara. Eso era algo que Bardsley siempre utilizaba a

su favor.

—Como mencioné por teléfono, tengo algunas preguntas sobre el caso Burnham.

—No estás trabajando en este momento.

—No oficialmente. Estoy ayudando con un caso.

—Los asesinatos del Cazador de Almas —adivinó Bardsley. Le dio un sorbo a su té y sonrió de nuevo.

—Me alegro de que estés al tanto. ¿Qué tengo que hacer para conseguir un café por aquí?

Bardsley gritó al propietario.

—Un café, John. He intercambiado unas palabras con la fragante inspectora May sobre el tema, si es lo que quieres saber.

Un hombre pelirrojo y obeso se acercó dando tumbos y le entregó a Lambert una taza de café con leche.

—Entonces me tienes en desventaja, Josh. ¿Qué sabes?

—¿Sobre el caso o sobre ti?

—Ilumíname.

—Bueno, es una mujer atractiva, eso es seguro —Bardsley se inclinó hacia adelante y sonrió.

—Yo no sé nada de eso.

—Mentira. De todos modos, hemos estado en contacto desde que ese chico Haydon fue asesinado. Un caso desagradable. Como sabes, ocurrió a los dos días de la muerte del chico Burnham. Fue May quien me contactó sobre el posible vínculo.

Lambert no había visto ninguna nota al respecto en el Sistema. May nunca había mencionado a Burnham o a Bardsley en el tiempo que pasaron juntos, aparte de aquella mañana en que él la había interrogado.

—Entonces, ¿qué puedes decirme?

Bardsley se rascó la cabeza, interpretando el papel de oficial tonto.

—Si la situación fuera al revés, ¿compartirías algo conmigo?

Lambert consideró todo lo que había leído sobre El Sistema. Con el poco tiempo que llevaba investigando, creía saber más que Bardsley sobre el asesinato de Burnham. Si había algún vínculo, él lo encontraría.

—No lo sé, Josh. ¿Sabes que este caso me concierne personalmente?

—Por supuesto que sí, y por eso acepté reunirme contigo.

Por encima del hombro de Bardsley, el propietario pelirrojo cortó algunas cebollas y las dejó caer sobre una placa caliente cubierta de mugre. En cuestión de segundos, una nube de grasa rancia se cernió sobre el café.

—Vale, cedo —dijo Bardsley—. ¿Qué quieres saber?

—Gracias, Josh. Ya has respondido a una de mis preguntas.

—¿Si hemos examinado el vínculo entre los asesinatos de Burnham y Haydon?

—Sí.

—Aparte de los ojos, no parece haber ninguna conexión.

—¿Y Burnham es el primero?

—Sí. Hasta donde sabemos. Estaba muy golpeado, con los ojos sellados.

—¿Antes o después de la muerte? —preguntó Lambert.

—Durante sería más apropiado. Por lo que hablé con May, las víctimas del Cazador de Almas fueron drogadas antes.

—Eso creo.

—Bueno, este tipo no estaba anestesiado.

—Entonces, ¿hubo forcejeo?

—No exactamente. Tenía un golpe fuerte y signos de restricción. Burnham nunca tuvo la oportunidad de defenderse. El cabrón le cortó los labios.

—¿Los labios? ¿Era un soplón?

—Podría ser. Lo conocemos como un criminal de poca monta. Dos veces en prisión, ambas por robo.

—¿Crees que es algún tipo de asesino justiciero? —preguntó Lambert.

—Tal vez. Pero Burnham era de poca monta, al menos por lo que sabemos de él.

—¿Y estás seguro de que no hay relación con los asesinatos del Cazador de Almas? A mí me parece una maldita coincidencia.

—Nadie lo descarta. Es plausible, teniendo en cuenta la hora y el lugar de los dos últimos asesinatos. Pero por lo que sé, no creo que estén relacionados. La escena de Burnham fue un desastre. Fue un ataque frenético, con mucho daño al cuerpo. Por lo que he visto del Cazador de Almas, parece más moderado.

—Sí, es un maldito encanto —acotó Lambert.

Bardsley pidió más bebidas.

—Escucha, Mike. Nunca te dije cuánto lamenté lo de Chloe —dijo.

Bardsley había estado en el funeral, pero Lambert había estado bajo una medicación tan fuerte en ese momento que el recuerdo de ese día era borroso, en el mejor de los casos. Nunca se lo dijo a nadie, pero después se sintió engañado. El dolor que había sentido durante el funeral había sido abstracto, como si se viera a sí mismo llorando desde lejos. El impacto total de su pérdida no le afectó hasta meses después, cuando la ausencia de Chloe se apoderó de él. Se había encerrado en su habitación y apenas había salido durante semanas. Nunca había tenido la oportunidad de despedirse adecuadamente, y ahora deseaba haber ido al funeral sin drogas, por mucha agonía física que eso le hubiera causado.

—¿Has oído hablar de este cirujano ocular en Bristol?

Bardsley frunció el ceño.

—No.

Lambert le habló de la relación de Hastings con Sandra Hopkins, en el caso de negligencia del cirujano oftalmológico. Lambert se sorprendió una vez más de lo orquestadas que parecían las cosas. Estaba convencido de que el cirujano ocular era un callejón sin salida, y pensó que era posible que el Cazador de Almas estuviera desviando su atención.

—Cruzo los dedos. ¿Cómo está Hastings? Hace años que no lo veo.

—Igual que siempre. ¿Trabajaste mucho con Nielson? —preguntó Lambert. Bardsley apretó los dientes y sus ojos se abrieron un poco—. Ya veo. De todos modos, gracias por tu tiempo, Josh.

—Un placer. Tienes mi número, por si a tu cerebro se le ocurre algo que se nos haya pasado por alto.

No se levantó cuando Lambert salió del café.

Lambert evaluó las caras en el tren y en el metro mientras volvía a casa. Hizo un caso plausible de la implicación de cada uno de ellos en algún tipo de actividad delictiva. En London Bridge, cogió el tren de vuelta a Beckenham. De vuelta a casa, estuvo por llamar a Sophie dos veces, pero colgó antes de que el teléfono empezara a sonar.

Dijeran lo que dijeran Nielson, May y Bardsley, Lambert estaba

convencido de que los casos estaban relacionados. Tenía que ser el mismo asesino, fuera de su retiro y recuperando el tiempo perdido. Además, estaba seguro de que el asesino tenía cómplices. Era posible que esto fuera su perdición.

Oyó el ruido al girar hacia su calle. Un zumbido lejano que fue *in crescendo* hasta convertirse en un concierto a todo volumen cuando llegó a su casa.

De alguna manera, se había olvidado de Klatzky. Una oleada de humo de cigarrillo se apoderó de sus ojos cuando abrió la puerta principal. En la sala de estar, un Klatzky a medio vestir bebía vodka de una copa de cristal tallado.

—Mikey —dijo. Una mano temblorosa sostenía un cigarrillo sobre el tocadiscos de Lambert, y la otra sujetando un vinilo antiguo como si fuera un trozo de papel.

En la esquina, había otro hombre.

Alguien a quien Lambert no había visto en quince años.

CAPÍTULO 23

Cuando May llegó a Bristol, la investigación sobre el cirujano Peter Randall ya había terminado. Al final de la tarde, había sido llamada para enfrentarse al Superintendente Rush. A Rush le encantaba leer la cartilla. Era tan familiar que May ya había desconectado. Hubiera preferido estar trabajando que sentada en el estrecho despacho de Rush, escuchándolo despotricar. Rush se secó una gota de sudor de la frente. Pecas y mechones de pelo rojizo salpicaban su calvo cuero cabelludo.

Rush dejó un montón de papeles sobre la mesa. Se aflojó la corbata y se puso colorado. Aunque al principio le entusiasmó la posible relación entre el cirujano Randall y Sandra Hopkins, las pruebas que lo vinculaban con el último asesinato habían resultado, como mucho, poco sólidas. Durante el interrogatorio, había proporcionado una coartada irrefutable.

—Entonces, ¿dónde estamos ahora? —preguntó Rush.

—El equipo del detective en jefe Nielson está siguiendo una serie de pistas en Londres, señor. Nuestra atención está en Sandra Vernon y la iglesia.

—¿Y el club gay?

May reprimió una risita. Rush casi había dicho la palabra gay.

—Estamos enviando agentes allí todas las noches e interrogando a los clientes.

—Bien —Rush revolvió los papeles de su mesa, señal de que se marchara.

May permaneció de pie.

—Señor, ¿qué sabe de Julian Hastings?

Rush la miró. El color se le estaba yendo de la cara.

—Nunca trabajé con él, ¿por qué?

—No estoy segura, hemos estado revisando los viejos casos del

Cazador de Almas en detalle, y…

Rush apoyó los codos en la mesa.

—No estoy seguro de querer oír esto.

—No, no es nada importante, aunque es posible que algunas vías de investigación pudieran haberse explorado un poco mejor.

A Rush se le escapó un suspiro mientras ladeaba la cabeza.

—Eran otros tiempos, a menudo se trabajaba menos en equipo. Alguien con la experiencia de Hastings habría recibido el caso y habría tenido bastante libertad.

—¿Aun si no tenía éxito?

—Si nos fijamos en su historial de casos, su historial es ejemplar. Si contamos los asesinatos sin resolver del Cazador de Almas como un solo caso, es su único fallo importante —Rush tensó el cuello—. Siéntate, May.

May se alisó la falda y volvió a sentarse. Rush estaba experimentando un debate interno. Comprendía las presiones que recibía de sus superiores y tal vez estaba siendo demasiado para él. Tenía manchas de sudor en la frente y la camisa húmeda de transpiración. Iba a sugerirle que abriera una ventana cuando él habló.

—¿Comprendes las horas de trabajo que harían falta si reabriéramos cada caso en detalle?

May lo sabía muy bien. Sería como llevar nueve casos de asesinato en simultáneo, aunque con la dificultad añadida de que todas las pruebas y los implicados son veinte años mayores o están muertos.

—Puede que no sea necesario. Quería ver los dos primeros casos para empezar, Clive Hale y Graham Jackett. Hastings no era el oficial al mando en el primer caso. El caso Jackett fue el primero en el que trabajó. Podría haber algo en esos dos casos que se haya pasado por alto, algo que pudiera relacionarse con los otros.

Rush se aflojó la corbata y se desabrochó la camisa. Un mechón de pelo rojo asomaba por encima del algodón.

—¿Qué tienes en mente, en específico?

—Quería hablar con algunos de los colegas de Hastings. Averiguar cómo se llevó a cabo la investigación.

—¿Y?

May pensó en el aspecto religioso destacado por Bradbury, en la

forma provisional en que se había investigado. El motivo era clave en este caso. Esperaba que Hastings le hubiera dado alguna pista más, pero sus sugerencias habían sido vagas.

—Déjame empezar por ahí. Habla con los implicados y veremos por dónde seguir.

—Supongo que ya has concertado citas.

May no respondió.

—Ve —dijo Rush—. Quiero un informe completo para mañana.

De vuelta a su escritorio, May confirmó la cita que había concertado antes de hablar con Rush. Antes de salir, entró a su correo electrónico privado y vio otro mensaje de Sean.

> *Querida Sarah: Solo me quedan unos días en Bristol. Me encantaría verte antes de volver. Con amor, Sean. Besos*

Se le aceleró el pulso y la adrenalina le recorrió el cuerpo. Era ridículo. Él era básicamente inofensivo, y ella sabía cómo defenderse, pero siempre reaccionaba de esa manera. Habría sido más fácil bloquear su correo electrónico y olvidarse de que existía. Su padre lo llamaría «culpa católica». Supuso que lidiar con esas misivas ocasionales era una pequeña penitencia por lo que había hecho.

Antes de marcharse a Londres, había conseguido localizar a una experta en latín, la doctora Alison Atwal. Había quedado con ella en la misma cafetería donde conoció a Lambert. Aún faltaba una hora, así que revisó el expediente de Haydon y se aseguró de que su equipo estuviera ocupado.

Salió de su despacho y llamó a Bradbury. Se apoyó en la puerta mientras él se acercaba; caminaba hacia ella con la cabeza alta, pues no quería parecer débil ante sus colegas.

—Siéntate —le indicó ella mientras cerraba la puerta tras de sí.

Bradbury se sentó con la espalda recta en una de las sillas del despacho.

—Quiero que vuelvas a visitar la antigua iglesia de Haydon. Darán una misa este mediodía. Es el día de algún santo. Intenta mezclarte, averigua algo más sobre ellos. En particular sobre el ministro.

—Me reconocerán —dijo Bradbury.

—Eso lo hará más fácil, pero no hagas ninguna tontería. Sé discreto y diplomático. Encanto, no coerción.

—¿Qué hay de Klatzky y Lambert?

—Ambos están en Londres. Nielson tiene gente en el caso. No nos concierne por el momento. Ahora, si no hay nada más…

Decidió no contarle sobre su charla con Rush. Había concertado una cita con Iain Hill, el oficial superior de investigación original del caso Clive Hale. Hill se había jubilado anticipadamente tras el caso Hale. Vivía en un pueblo llamado Backwell, a poca distancia del centro. Quería hablar con Hill antes de comunicárselo al resto del equipo, por si resultaba ser un callejón sin salida.

Salió de la estación y caminó por el centro a lo largo de Park Street. Estaba a punto de cruzar el semáforo cuando sintió una mano en el hombro. Dos golpecitos, la mano fuerte, el gesto familiar. No puede ser, pensó, y se giró para ver la cara sonriente de su exnovio.

No mostró ninguna emoción. Ahora era una profesional, y actuaba como tal.

—Sean, ¿qué crees que estás haciendo? —no levantó la voz. Su tono era frío y neutro.

La sonrisa de hombre se desvaneció por un segundo y luego reapareció. Siempre había sido guapo, y había envejecido bien. Tenía la piel menos tersa y alguna arruga en la frente y debajo de los ojos, pero seguía teniendo rasgos casi femeninos. Los pómulos muy pronunciados, los labios carnosos y los ojos brillantes que tanto la habían atraído hacía tantos años.

—Intenté comunicarme por correo electrónico, pero no me contestaste —dijo, sin que su sonrisa flaqueara ni una sola vez.

—Sean, creía que todo estaba resuelto. Te dije que te pondría una orden de alejamiento si volvías a acercarte a mí.

—Oh, Sarah. Eso fue hace años. Éramos niños.

—Esa no es la cuestión, Sean, y lo sabes —miró a su alrededor, avergonzada de haber levantado la voz.

—Tomemos un café.

—No —dijo ella mientras apretaba los dientes.

—He madurado, Sarah. Eso fue hace años. Admito que fui tonto y supongo que imprudente. Pero tenías… Bueno, eso no importa. Quería verte. Para hacer las paces, para seguir adelante. Para

empezar de nuevo.

Ella sacudió la cabeza con incredulidad. Se apartó de él y empezó a subir la colina. Sean la siguió de cerca. May mantuvo la mirada al frente, pues esperaba que él dejara de seguirla. Al acercarse a la cafetería en el Triángulo, se detuvo y lo enfrentó. Respiró hondo.

—Escúchame, Sean. No necesito hacer las paces. Entiendo que te hayas sentido herido —trató de apaciguarlo y de sonar comprensiva —. Pero sabes que eso no te dio derecho a hacer lo que hiciste. Sí, eras joven, los dos lo éramos —bajó la voz—. Pero tienes que aceptarlo. Es la última vez que te lo digo, nunca volveremos a empezar. ¿Está claro?

—Por favor, solo cinco minutos —dijo.

—Si vuelves a acercarte a menos de quinientos metros de mí, te arrestaré, ¿entendido?

Su sonrisa vaciló por primera vez. Una frialdad se extendió en los ojos del hombre, como un actor saliendo de su personaje.

—¿Harías eso? ¿Dejarías que todos tus colegas supieran lo que hiciste?

—Ahí está, por fin el verdadero Sean. Actúas bien. Casi me convences —él se estremeció cuando ella se acercó—. Te he dicho lo que va a pasar.

—Yo les diría todo —repitió, dando un paso atrás.

—¿Todo? No hay nada que contar. Tuve un aborto y te volviste loco. ¿Crees que les importaría?

—Te lo echarán en cara.

—No les importará. En todo caso, pensarán que estás desequilibrado y te arrestarán. El acoso es un delito penal. Deja de molestarme. Si te vuelvo a ver, te prometo que te arrestarán —cruzó la calle hacia la cafetería.

Esta vez, él no la siguió.

CAPÍTULO 24

May se recompuso, esperó a que su respiración volviera a la normalidad y entró en la cafetería. Pidió un café con leche y esperó a que llegara la doctora. Sean era lo último que necesitaba ahora. Tal vez debería haberle dado tiempo para que hablara y acabara de una vez, pero no estaba de humor para permitir que nadie le diera órdenes, en especial él. Se centró en el caso y desterró a Sean al fondo de sus pensamientos.

La Dra. Atwal llegó veinte minutos después. Tenía treinta y pocos años, la piel morena clara y los ojos grandes y verdes.

—Gracias por recibirme con tan poca antelación —dijo May.

—El placer es mío. Espero poder ayudarle. No es frecuente que la policía me llame por mis conocimientos —dijo con un deje de emoción en su acento de Bristol.

—Sobre la frase en latín que le envié. Imagino que entiende nuestro interés.

—Sí, ese pobre hombre que fue asesinado la otra semana. Horrible. Mis colegas y yo pensamos que puede haber habido otra víctima de la universidad hace años. ¿Es cierto?

—Correcto. No puedo entrar en detalles con usted, pero puedo hablar de cualquier cosa que sea de dominio público —May entregó a la académica una carpeta con imágenes de la inscripción en latín —. ¿Qué puede decirme?

Atwal sacó unas pequeñas gafas de lectura y estudió los papeles. Su rostro cambió al empezar a leer. Su ceño se frunció en señal de concentración e hizo una mueca en más de una ocasión.

—Estoy segura de que no necesita que le diga que *In oculis animus habitat* se traduce como «El alma habita en los ojos». Creo que el asesino derivó su apodo de la traducción. Investigué un poco. El primer registro de la frase se encuentra en un libro llamado

Naturalis Historia, una enciclopedia de conocimientos antiguos escrita alrededor del siglo I d. C. La creencia era común en la época. En aquella época, se creía que los ojos revelaban el alma interior. También hay ecos de esta creencia en el lenguaje moderno. Seguro que has oído frases como «los ojos ven el alma» y el mal de ojo.

May asintió. No oía nada nuevo.

—Quizá le interese saber que la palabra moderna envidia viene del latín *invidia*, que literalmente significa «ver en».

La posibilidad de que el asesino tuviera envidia de sus víctimas no era una vía que hubieran explorado todavía.

—¿Hay algo más específico sobre la frase? ¿Algo que nos dé una indicación de por qué el asesino la eligió en lugar de otra frase o dicho? ¿Algo religioso, quizás?

—No que yo pueda determinar. El autor de *Naturalis Historia*, Plinio el Viejo, era un conocido filósofo de la historia natural. No veo ningún otro significado. Nada religioso, claro.

—Ya veo. ¿De dónde sacaría alguien la frase?

—¿Qué quiere decir?

—Parece un dicho poco común. ¿Quien lo usa debería tener un gran conocimiento del latín?

Atwal frunció los labios al considerar la pregunta y se subió las gafas por el puente de la nariz.

—La verdad es que no. En Internet hay cientos de páginas dedicadas al latín. Aunque ya casi no se estudia en las escuelas, sigue habiendo mucho interés. Podrías buscar frases en latín que relacionen el alma y los ojos, y seguro que aparecería esta frase.

—Así es —dijo May—. ¿Y hace veintitrés años?

—Puede que entonces fuera diferente. No creo que la frase aparezca en ningún texto religioso. Sin embargo, bastaría con investigar un poco para encontrar una lista de frases en latín. Cualquiera podría haber accedido a la información de la Biblioteca Central, por ejemplo.

May ya lo había hecho, el día siguiente tras el descubrimiento del cadáver de Terrence Haydon.

—Pareces decepcionada —señaló Atwal.

—Lo siento, no. Ha sido de gran ayuda.

Atwal dudó. Sus expresivos ojos dieron crédito a la frase que habían venido a discutir.

—¿Es cierto lo que dicen? Que los mantiene vivos cuando les hace…

—No vale la pena pensar en ello, Dra. Atwal.

El cielo de la tarde se había nublado. May dio las gracias a la Dra. Atwal y regresó a la estación. De vez en cuando, buscaba rastros de Sean. En la comisaría, se reunió con los miembros más veteranos del equipo y les contó su conversación con Atwal.

—Si la envidia era un motivo, entonces es obvio que el asesino habría conocido a cada una de las víctimas —dijo Welling.

—No necesariamente. Se puede envidiar a alguien que no se conoce —dijo May.

—No debes codiciar a la mujer de tu prójimo —dijo Lana.

—No has visto a la mujer de mi vecino —bromeó Welling.

—Creía que era Ox —dijo Bradbury.

—Como he dicho, no has visto a la mujer de mi vecino —repitió Welling.

—¿Podemos concentrarnos? —dijo May.

—¿Qué podría envidiar? La mayoría de las víctimas tenían poco valor material, aparte de Haydon y ahora este abogado, Hopkins —dijo Bradbury.

—No tiene por qué ser algo material. Podría envidiar su alma, por ejemplo. No estamos tratando con alguien que tiene todos los caramelos en el frasco, Bradbury —dijo Welling—. Podría explicar por qué está activo de nuevo. Algo podría haber desencadenado su envidia, algo diferente a lo de antes.

May suspiró. No le gustaba la idea. Planteaba demasiadas variables y diferentes líneas de investigación.

—Mantengámoslo pendiente. Quiero más investigación sobre las antiguas víctimas. Necesitamos un vínculo entre ellas y Haydon. Bradbury volverá a la iglesia de Haydon. Welling, quiero más investigación sobre ese lugar. ¿Cómo se vincula con las iglesias de las otras víctimas? ¿Cómo influenció la vida de Haydon?

May tomó un coche compartido e hizo el viaje a Backwell.

Iain Hill vivía en una casa unifamiliar rodeada de una gran extensión de terreno. May estaba sentada en el patio esperando al policía jubilado, que estaba preparando té en la cocina con su mujer. Ante ella había una gran extensión de césped recién cortado, con el olor de la hierba cortada aún en el aire. Llevaba gafas de sol

y cerró los ojos durante un rato. Disfrutó del relativo silencio del lugar, del suave zumbido de los insectos y del canto de los pájaros. Escuchó con más atención, el sonido lejano del tráfico arruinaba la ilusión.

Hill regresó con una bandeja.

—Me preguntaba si alguien se pondría en contacto conmigo —dijo al colocar la bandeja sobre la mesa—. Este horrible caso de nuevo. Esperaba que todo hubiera terminado con el último, el pobre chico de la universidad.

Hill le sirvió té. A sus setenta y pocos años, estaba en buena forma y era delgado. Tenía un aire de autoridad similar al de Hastings. Había alcanzado el rango de detective en jefe antes de jubilarse.

—Gracias por su tiempo. Fue oficial superior de investigación en el primer caso del Cazador de Almas, de Clive Hale.

Hill asintió con la cabeza. La piel suelta de su cuello bailaba cuando se movía.

—Mi último caso, por desgracia. Me jubilé anticipadamente por culpa de mi corazón —se puso la mano en el pecho—. Les dije que no era nada, pero no me escucharon. De todos modos, no querrás oír hablar al respecto. Clive Hale. Una escena horrible. Pedazos de ojo y Dios sabe qué.

—He estado leyendo los archivos del caso.

Hill bebió su té.

—A decir verdad, no estaba tan involucrado —dijo él.

—¿En serio? Pensé…

—Firmé todo, como es natural, pero mi mente estaba en otra parte en ese entonces. Era un momento de transición. Di rienda suelta a mi subalterno.

—¿Julian Hastings?

Una mirada de sospecha cruzó el rostro de Hill.

—¿Tiene algo específico que quiera discutir conmigo, inspectora?

De la nada, un gato saltó sobre ella. El gato atigrado se acurrucó en su regazo y May levantó las manos.

Hill se rio de su reacción.

—No le prestes atención a Holmes —le dijo. May se relajó y acarició al gato, que empezó a ronronear.

—Es lindo. ¿Se llama así por el detective o por el sistema informático?

—Mi mujer lo llama tarado. Tendrás que preguntarle a su hermano Sherlock por el origen del nombre. Así que, Julian Hastings… —el gato se movió en su regazo en búsqueda de una posición más cómoda.

—Seré sincera. Estoy estudiando unas líneas de investigación que Hastings puede haber pasado por alto.

—¿Pasado por alto? ¿En el caso Hale, o en los otros?

—Es algo general, puede que nada. Es solo que habría pensado que se habría investigado a las víctimas. Los informes hablan de sus antecedentes, pero…

—Podría haber ido más lejos —interrumpió Hill.

—Posiblemente.

—Tendrás que hablarlo con Julian. Todos hacíamos las cosas a nuestra manera. Sé que ahora es distinto, más estructurado y basado en equipos. ¿Es eso lo que realmente me está preguntando, inspectora?

May sintió que Hill la estudiaba. Podía imaginárselo en sus mejores tiempos, un interrogador agudo e inteligente.

—Estoy marcando las casillas, eso es todo —dijo May.

Los ojos de Hill se abrieron de par en par, pero no siguió preguntando.

—¿Estaba satisfecho con el trabajo de Hastings? —preguntó ella.

Hill hizo una pausa y el sol resaltó las arrugas entrecruzadas de su rostro.

—Ahí está —dijo, asintiendo.

A May le tocaba esperar. Se quitó las gafas de sol y notó un ligero temblor en las manos de Hill. Era posible que fuera un signo de la edad, pero May pensó que había tocado una fibra sensible.

Los asentimientos aumentaron de ritmo a medida que Hill meditaba las palabras.

—Tengo que admitir que lo dejé actuar. Firmé el trabajo sin cuestionarlo. Era un policía muy capaz, había dirigido varios casos por su cuenta y tenía un alto índice de éxito.

—¿Cómo era?

—¿Cómo? Qué pregunta tan extraña —Hill se sirvió más té con la mano más firme—. ¿Cómo era? Ya le he dicho que era un oficial

fuerte. Muy metódico, bastante implacable en su persecución.

—¿Y como persona? —preguntó May. Pensaba en su tortuoso viaje a Londres con Hastings como compañero y en las respuestas monosilábicas a sus preguntas sobre el caso.

—No era fácil estar con él, lo reconozco. No era el hombre más carismático, pero infundía respeto en el equipo. Era un buen líder. Muy bueno, en realidad. Cómo decirlo, su sentido del distanciamiento lo hacía más adecuado para un lugar más alto en las filas. Era menos fuerte siendo parte de un equipo. Supongo que ahora sería diferente, pero a él le funcionaba.

May podía ver a Hastings en una posición de autoridad. Como en cualquier otra profesión, había visto diferentes tipos de estilos de dirección en el cuerpo. Cada uno tenía sus pros y sus contras.

—¿Pudo ver que se le escapaba algo?

Hill se protegió los ojos del resplandor del sol.

—Ya sabe cómo es el trabajo. Como he dicho, las cosas eran diferentes entonces. No teníamos todas esas comprobaciones y controles. Las cosas podían salir mal, pero yo diría que en el caso de Hastings era muy poco probable. Él era muy fuerte en estas cosas. ¿De qué se trata esto, inspectora?

—Como dije, compruebo algunos antecedentes. Has sido de mucha ayuda.

De vuelta en la comisaría, se alegró de ver que el equipo seguía ocupado en la sala de incidentes. Llamó al Inspector Nielson en Londres y le dejó un mensaje cuando no contestó. Corrió a casa, empujándose por las empinadas cuestas. Recordó lo que Hill le había contado sobre Hastings: que era un gran líder y que era metódico. ¿Por qué, entonces, no se había centrado más en los vínculos entre las víctimas?

Su corazón se aceleró mientras corría los últimos trescientos metros hasta la puerta principal. Su padre se sorprendió al abrirle la puerta.

—Te vas a hacer daño. Apenas puedes respirar.

—Estoy bien, papá.

Tardó unos minutos en estabilizar su ritmo cardíaco. Se quitó la ropa de correr y encendió el ordenador. Revisó su correo electrónico, y una parte de ella desafiaba a Sean a que le enviara un correo electrónico. No lo había hecho. Tampoco Michael Lambert.

Pensó en llamarlo, pues había sido una forma incómoda de dejar las cosas. Con Hastings allí, no había podido disculparse adecuadamente por haberse insinuado la noche anterior. No es que lo lamentara del todo. Le caía bien, pero había sido poco profesional. Ya conocía las complicaciones de mantener una relación con alguien con quien trabajaba.

Permaneció diez minutos bajo la ducha hasta que su piel enrojeció por el calor. Pensó en lo que le había preguntado la Dra. Atwal sobre si las víctimas estaban vivas cuando el Cazador de Almas trabajaba en ellas. Era algo que había aprendido a ignorar al principio de su carrera. Era imposible empatizar del todo con las víctimas con las que se cruzaba sin volverse loca. Si pensaba en el dolor y el miedo que sufrían las víctimas mientras les quitaban los ojos y les grababan las palabras con saña en el cuerpo, no podría funcionar en su trabajo.

El olor a carne frita y especias llegaba desde la cocina. Su padre cocinaba todas las noches. Era su forma de contribuir.

—El té está listo, Sarah —la llamó con acento del norte, por algún motivo.

Ella se puso la bata y bajó, agradecida por su presencia. Él había dispuesto dos sitios en la mesa del comedor.

—Para tu deleite —dijo y señaló un plato de chuletas de cordero y cuscús—. ¿Vino?

—Sí, por favor.

Le sirvió una copa, vaciando la botella que ya había empezado antes.

—Cuéntame —dijo.

—¿Qué?

—Lo que sea que te esté molestando. Por qué fuiste a Londres.

—Sabes que no puedo hablar del caso, papá.

—No, pero puedes hablar de lo que sientes.

Su padre se había vuelto más abierto en los últimos años, como si se sintiera obligado a compensar la ausencia de su madre.

—Estoy cansada, papá. Este es el primer caso importante que dirijo y no parece avanzar como esperaba.

Le dio un mordisco al cordero y la carne se desprendió del hueso. Quería contarle su encuentro con Sean, pero no quería disgustarlo. Recordó el día en que les dijo a sus padres que estaba

embarazada; lo había pospuesto todo lo posible. Acababa de cumplir diecisiete años y solo llevaba un mes acostándose con Sean. Comparada con el resto de la escuela, era prácticamente una monja. Se lo dijo durante una cena como esta. Recordaría el silencio que siguió a su anuncio hasta el día de su muerte, aquella la pausa mientras las palabras se filtraban en la realidad de sus padres. Recordaría aún más su respuesta: ambos abandonaron sus asientos y se acercaron a ella y la abrazaron, sin mediar palabras, sin juzgarla.

La dejaron decidir. Como familia, habían sido feligreses activos de la iglesia católica local y May asistía a la escuela católica contigua. La noticia del aborto llegó al párroco, que visitó la casa una noche. El sacerdote se sentó con la familia y le advirtió que no abortara.

May nunca había visto a su padre más enfadado, ni antes ni después. Casi echó al cura de casa. Ninguno de ellos volvió a ir a la iglesia.

Cuando su padre estuvo por abrir una segunda botella de vino, sonó el timbre.

—Yo abro —dijo—. No estás decente.

May se ajustó el cinturón de su bata.

Su padre regresó unos segundos después con el sargento Bradbury a cuestas.

—Lo siento, señora —dijo Bradbury al notar la mirada horrorizada de May—. Intenté llamar.

—Más vale que sea importante —dijo May.

—Los dejo hablar —se despidió su padre.

—¿Qué demonios, Jack? —dijo May, una vez que se hubo ido.

—Te lo dije. Revisa tu teléfono. Te llamé diez veces —su teléfono seguía arriba.

—De acuerdo. ¿Qué pasa?

—Ha habido un incidente. Un posible suicidio. Tienes que venir a la escena del crimen.

—¿Quién? —dijo May.

Bradbury se miró los zapatos.

—Roger Haydon.

CAPÍTULO 25

Bradbury tenía razón. Su teléfono estaba en silencio y tenía diez llamadas perdidas suyas. Se vistió lo más rápido posible y se alegró de no haber empezado a beber el vaso de vino que le había servido su padre.

—Te dejo la cena en la nevera —dijo su padre cuando ella se disponía a salir.

—Lo siento, papá, es una emergencia.

Le dio un beso en la mejilla.

—No hace falta que me lo expliques. Ten cuidado.

Bradbury estaba esperando en su coche.

—¿Viene conmigo, señora?

Aunque la idea de pasar unos treinta minutos en compañía de Bradbury no la animaba mucho, sería una buena oportunidad para ponerse al tanto de lo sucedido. El interior del coche estaba inmaculado, como si lo hubieran limpiado recientemente. Del espejo retrovisor colgaba un disco que desprendía un nocivo ambientador cítrico.

—Lo siento de nuevo, señora —dijo Bradbury al arrancar el coche—. Sabía que querría saberlo y, como le dije, la llamé.

Era una indirecta mal disimulada.

—Está bien, Jack, tomaste la decisión correcta.

Pasaron treinta minutos luchando por salir de Bristol por el tráfico por la autopista Portway atascado.

—¿Qué pasó? —dijo ella.

—El cuerpo fue encontrado a las cuatro de la tarde. Hay un par de hombres de Weston Departamento de Investigación Criminal allí ahora. El Superintendente Rush ha enviado un equipo de nuestro departamento.

May puso los ojos en blanco. Suponía que Bradbury le había

dicho a Rush que no podía localizarla. Bradbury estuvo por hablar en un par de ocasiones durante el viaje. May mantuvo la mirada fija en la carretera. Cada vez que él se volvía hacia ella a punto de hablar, su valor siempre le fallaba en el último momento.

La SOCO ya estaban en la casa, al igual que Welling y otros miembros de su equipo. Un hombre al que no reconoció estaba sentado fuera de la casa, dentro del cordón policial.

—Thomas Langtree, señora. Era el… —Bradbury hizo una pausa — compañero de casa del Sr. Haydon —el joven no levantó la vista ni la saludó al pasar. Un agente de policía que parecía ser de la comisaría de Weston se sentó a su lado. La mujer levantó la cabeza, reconociendo a May, y fue ignorada.

Se sorprendió al ver que los agentes ya habían terminado. Habían descolgado el cadáver y lo habían fotografiado, grabando la escena desde todos los ángulos. El cadáver de Roger Haydon yacía en una camilla, cubierto por una sábana negra.

—Inspectora May —dijo un hombre con un marcado acento del oeste del país.

—Sargento Hall —dijo May, estrechando la mano del hombre. Hall, del Departamento de Investigación Criminal de Weston, era de complexión media. Tenía una cara curiosa, ojos estrechos y una mandíbula que sobresalía en ángulo agudo. Había tratado con él en numerosas ocasiones y siempre habían trabajado bien juntos.

—Llamé a su departamento en cuanto identificamos al sujeto —dijo Hall—. Según su amigo de ahí fuera, el señor Langtree, el cuerpo fue descubierto aproximadamente a las cuatro de la tarde.

Hall se acercó a la camilla y retiró la funda, dejando al descubierto el cadáver de Roger Haydon. Sus ojos sin vida la miraban fijo, por fortuna aún intactos. Una gruesa marca roja, cubierta de lesiones y ronchas, rodeaba su cuello.

Hall volvió a taparlo.

—El cabrón se ha ahorcado —dijo. Estrechó sus ojos animados.

Haydon se había defecado encima y la habitación seguía empañada por los nocivos vapores del recién fallecido. No sabía si se lo estaba imaginando, pero juraba que podía oler el leve residuo del incienso que había olido en los pisos de Terrence Haydon y Sandra Hopkins. Le dijo a Bradbury que se asegurara de que la SOCO comprobara si había señales de incienso.

Afuera, Langtree seguía temblando.

—WPC Fulham, señora —dijo el joven agente que May había ignorado al entrar en el edificio—. Me temo que no he conseguido hacerle entrar en razón.

May se sentó junto al hombre. Bradbury había dicho que Langtree era el compañero de Haydon. No estaba en el informe inicial de Bradbury, y solo había salido a la luz tras la visita de Lambert.

—Thomas, mi nombre es Sarah May. ¿Puedes decirme qué ha pasado? —preguntó May, con voz suave. El rostro del hombre se arrugó por la pena, haciéndole parecer mucho más joven de lo que su corpulencia sugería—. Por favor, Thomas. Me ayudaría mucho conocer las circunstancias.

Langtree suspiró.

—Había estado actuando de forma extraña los últimos días. Es obvio, supongo, después de lo que le pasó a Terry.

—Debe haber sido un gran *shock* —dijo May.

Langtree parpadeó.

—Había empezado a beber más, los dos lo habíamos hecho. Y, para ser justos, nunca le faltaban una o dos copas —dijo Langtree. El informe de Bradbury decía que la sala de estar estaba llena de botellas vacías de dos litros de White Lightning y alguna que otra botella de *whisky* barato—. Pero nunca pensé que pasaría algo así —continuó.

—¿Lo encontraste cuando llegaste a casa?

—Sí. Fui hacia él. Me di cuenta de que era demasiado tarde. Tenía los ojos desorbitados.

—¿Pero no le cortaste la soga? —preguntó May.

Los ojos de Langtree se llenaron de lágrimas.

—Estaba demasiado asustado. Ni siquiera lo toqué.

—Entiendo.

Langtree continuó.

—Estaba colgado allí sin vida, y algo me hizo no querer tocarlo. No he vuelto a entrar desde entonces.

—Está bien, Thomas. Hiciste lo correcto. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste antes de volver?

—Esta mañana, antes de ir a trabajar.

—¿Cómo estaba entonces?

—Molesto.

—¿Parecía especialmente infeliz? ¿Dijo algo fuera de lugar?

—La verdad es que no. Era difícil de decir en ese momento. Ha estado peor desde que vino ese tipo trayendo malos recuerdos sobre esa mujer.

—¿Qué mujer?

—Su exesposa.

—¿Sandra Vernon? —dijo May.

—Sí.

—Lo siento, Thomas, tienes que aclararme esto, ¿quién vino a hablar con él? —dijo May, aunque ya sabía la respuesta.

—Uno de los suyos. Un tipo fuerte. Dijo que fue a la universidad con Terrence. Empezó a preguntarle a Roger por qué había abandonado a Terrence de niño. Creo que eso lo hizo quebrar.

—¿Recuerdas el nombre de ese hombre?

—Lambert —dijo Langtree.

May se estremeció al pensar en el impacto que esto tendría en el caso.

—Hubo algo más —dijo Langtree, levantándose del suelo. El hombre era de un tamaño formidable. Debajo de la chaqueta que le había dado el WPC, llevaba un chaleco en el torso grueso y musculoso—. Roger dijo que alguien más había venido a verlo ayer por la tarde, después de que Lambert estuvo aquí.

—¿Ah, sí?

—Fue un poco vago en los detalles. Yo fui a lo de un amigo. Ambos estábamos enojados en ese momento y no recuerdo todo lo que dijo.

—Por favor, inténtelo, Thomas. Podría ser muy útil.

Langtree arrugó la cara la pensar.

—Tal vez dijo que era policía, no lo sé. Estoy confundiendo las cosas con el otro tipo, Lambert. Roger había sonado confundido en realidad. El hombre había querido presentar sus respetos, como Lambert. Cuando volví de casa de mi amigo, Roger estaba más ido de lo normal. Empezó con el *whisky* antes de las seis, que era una regla que normalmente no rompía.

—¿Y no dijo nada más sobre él? ¿Algo sobre su apariencia?

—No quería hablar de ello. Yo también empecé con el *whisky* poco después. Lo siento mucho, no puedo recordar.

—Está bien, Thomas. Siga intentando recordar. Avíseme cuando lo haga.

—Estoy seguro de que había algo. Algo raro que dijo sobre él. Oh sí, eso fue —Langtree se echó a reír. May sospechaba que el hombre estaba en *shock*—. Sí, dijo que el hombre desprendía un olor raro. Olía a burdel, creo que fue así como lo dijo.

—¿En qué sentido? ¿Llevaba *aftershave*?

—No lo sé. Recuerdo que dijo «burdel». Me pareció una palabra graciosa.

—Asegúrate de que este hombre se alimente y se vista adecuadamente —dijo May al WPC. Estaba segura de haber olido el incienso en la casa, así que era posible que Langtree se refiriera a eso. Volvió a entrar en la casa y le contó a Hall su teoría.

—¿Crees que el asesino de su hijo visitó a Haydon padre?

—Creo que es una posibilidad.

—¿Y luego volvió para acabar con él?

—Tal vez fue algo que le dijo. ¿Hueles a incienso aquí? —preguntó May.

—Todo lo que puedo oler es mierda y sangre, pero podemos comprobarlo.

—Deberíamos —dijo May—. Y deberíamos tratar esta zona como una escena del crimen, por el momento.

May salió. Sabía que Lambert se había reunido con Roger Haydon y Langtree. Lambert había descubierto que Terrence Haydon había visitado el club gay después de aquella reunión, pero lo que Langtree le había contado le causaría una serie de problemas no deseados. Lambert era ahora una de las últimas personas que había visto con vida a Roger Haydon. Aparte de Lambert, solo Bradbury de su equipo había conocido al hombre.

Ahora se añadía la complicación del segundo hombre que había visitado a Roger Haydon el mismo día que Lambert. ¿Habría sido el asesino? Y de ser así, ¿por qué? Era posible que Haydon supiera más de lo que decía y que el asesino quisiera silenciarlo. ¿Por qué, entonces, no estaba su firma habitual?

Llamó al detective en jefe Nielson y le explicó la situación.

—Traeré a Lambert para interrogarlo —dijo Nielson, algo ansioso.

—Estoy de acuerdo. Sin embargo, creo que tenemos que hablar

con Simon Klatzky.

—Lo encontraremos —dijo Nielson.

Langtree estaba comiendo algo, todavía atendido por el WPC. May temía que estuviera buscando cosas que no existían. La solución más probable siempre era la más obvia: Roger Haydon estaba tan angustiado por la muerte de su hijo que se quitó la vida.

CAPÍTULO 26

El segundo hombre estaba la mitad de borracho que Klatzky, pero se levantó tambaleándose.

—Lo siento por esto, Michael —dijo—. Simon dijo que no pasaba nada.

Lambert había visto a Roddy Glover un puñado de veces desde el día de su graduación, hacía casi dieciocho años. Los años habían sido razonablemente amables con él. Su cuerpo delgado y esbelto aún no había sufrido los estragos de la edad madura y seguía teniendo una larga cabellera, ahora decorada con algún que otro mechón gris.

—Me alegro de verte, Roddy —dijo Lambert. El apretón de manos de Glover fue débil y sus ojos no lograron sostener la mirada de Lambert.

Sin inmutarse, Klatzky dejó caer la aguja del disco sobre una edición en vinilo en perfecto estado del álbum Steve McQueen, de Prefrab Sprout.

—Me encantan estos tipos —dijo. Dio un trago a un vaso de pinta rebosante de vino tinto.

—Ten cuidado con eso —advirtió Lambert. Se acercó y bajó el volumen.

Roddy se reclinó en uno de los sillones de Lambert y sonrió ante el intercambio.

—He comprado unas cervezas —dijo, con una sonrisa en su rostro.

—Llamé a Roddy y le conté lo que había pasado en Bristol —dijo Klatzky, que arrastraba las palabras.

Lambert cogió una de las latas de cerveza y se sentó en la silla frente a Roddy.

—¿Qué más te ha contado?

—No mucho. Apenas puedo sacarle nada en claro, como siempre —dijo Roddy e hizo sonreír a Lambert.

Había visto a Roddy Glover prácticamente todos los días durante sus años universitarios. En el primer y tercer año, habían vivido en las residencias y, en segundo año, habían compartido casa junto con Klatzky, Billy Nolan y otros dos. Glover había estado presente la noche en que descubrieron el cadáver de Billy Nolan.

Ahora que estaba ahí, a Lambert le resultaba extraño que no hubieran mantenido más contacto. Tras licenciarse, Glover consiguió una plaza en un programa de prácticas para licenciados en una empresa petrolera internacional y había pasado los años siguientes trabajando en el extranjero. Pero los dos habían estado muchas veces en el mismo país y en la misma ciudad. No era la proximidad lo que les separaba, sino la memoria compartida. Klatzky era quien había querido mantener el grupo junto.

Pasaron la hora siguiente recordando su época universitaria. Lambert bebió un par de cervezas más y su humor mejoraba con cada trago.

—Salgamos —sugirió Klatzky.

—¿Por qué no? —dijo Glover—. Mi mujer está con la suegra el fin de semana. Hace meses que no me emborracho como es debido.

Un viejo reflejo hizo dudar a Lambert. Tuvo que recordarse a sí mismo que ya no estaba trabajando. La investigación del Cazador de Almas avanzaría sin él. Tal vez esto era exactamente lo que necesitaba. Los alejó del *pub* al final de su calle. Klatzky había perdido el sentido y, aunque Lambert no era un cliente habitual, no quería arriesgarse a molestar a nadie que pudiera conocer. Encontraron una cadena de bares en la calle principal. El Goose era uno de esos locales de descuento que bullían a última hora de la tarde. Lambert pidió una ronda de bebidas y se sentaron junto a una mesa de billar vieja.

—De todas las cosas, nunca pensé que serías policía —dijo Roddy mientras ponía algunas bolas de billar sobre la mesa.

—¿Por qué no? —preguntó Lambert.

—Bueno, para empezar, por todas esas leyes que rompiste en la Uni.

—Cierto, cierto —dijo Lambert—. Pero si no te pillan, no tienes que declararlo.

Klatzky estaba a punto de dormirse, con la barbilla apoyada en el pecho y los ojos cerrados.

—Pero en serio —continuó Roddy—, me sorprendí cuando me enteré. No creía que fueras ese tipo de persona.

—¿Por qué lo dices? —dijo Lambert.

—Oye, no es una crítica, ni mucho menos. ¿Y yo qué sé? Es que, no sé, creía que cierto tipo de persona trabajaba en la policía. Especialmente para alguien que alcanzó el nivel que tú alcanzaste. El nivel que tienes. Lo siento, estoy diciendo estupideces.

—¿Y no crees que yo sea ese tipo de persona?

—No en la Uni, Mike. Como dije, no es una crítica.

—Crees que soy demasiado blando —dijo Lambert. Se inclinó hacia Roddy fingiendo amenazarlo.

—Bueno sí, eras blando como la mierda, no hace falta decirlo, pero no. Siempre pensé que eras… Dios, odio decir esto, pero siempre pensé que eras demasiado amable.

Lambert terminó su cerveza y pensó en cómo sus planes para el futuro habían cambiado tras la muerte de Billy Nolan. Había intentado dar sentido a la muerte de su amigo convirtiéndose en oficial. Había tenido aspiraciones infantiles de cambiar el mundo, aunque solo un poco.

—Intentaré tomármelo como un cumplido.

—¿Otro? —dijo Roddy.

—Quédate con nosotros, Si —le dijo Lambert cuando Roddy se dirigió al bar.

Recordó el comienzo de su conversación de anoche, antes de que Sophie los interrumpiera. En ese momento, pensó que Klatzky iba a compartir algo con él. Sería inútil insistir ahora; el hombre apenas podía mantener los ojos abiertos. Al menos se había duchado. Lambert reconoció la camisa que llevaba, era una de las suyas.

—Sírvete —murmuró para sí mismo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Roddy al volver del bar con otra ronda de bebidas. Fue a entregarle una a Klatzky, que por fin se había rendido y se había quedado dormido, con una línea de baba cayéndole por el lado izquierdo de la boca.

—Nada en particular. Supongo que tuve que madurar, y el Inspector Hastings sugirió que tenía talento para ello.

—¿Hastings? ¿El bastardo que se encargó de lo de Billy?

Hastings no había sido muy popular entre los estudiantes en ese momento, pues había tratado a cada uno de ellos como un sospechoso potencial.

—Sí, él. Hastings sugirió que pensara en una carrera en la policía. No es tan malo una vez que lo conoces —dijo Lambert. Pensó que tal vez no sabía tanto sobre el hombre como había pensado en un principio.

—¿Y creíste que era una buena idea? ¿Incluso después de ver lo que le pasó a Billy?

—Bueno, esa es la cuestión. Tenía buenas intenciones, quería atrapar gente. El tipo de gente que es capaz de hacer las cosas, ya sabes lo que quiero decir.

—¿Tomaste la decisión correcta?

Lambert tomó un gran trago.

—He visto cosas horribles, pero he conseguido atrapar a algunas de esas personas. Así que, ¿quién diablos sabe?

Lambert disfrutó más de lo que había imaginado. Estar con Roddy y el durmiente Klatzky en el *pub* le trajo recuerdos de una época más sencilla. No podía contar la cantidad de noches que había pasado así en la universidad.

El alcohol ayudaba. Lo insensibilizó. Sus preocupaciones por los últimos acontecimientos, es decir, la muerte de Haydon, el segundo asesinato del Cazador de Almas en Londres, y el supuestamente no relacionado asesinato de Burnham, se desvanecieron a medida que avanzaba la noche. Incluso su preocupación por Sophie y sus escarceos con Jeremy Taylor dejaron de preocuparle. Lo único que le importaba en aquel preciso momento era de dónde iba a salir la siguiente copa.

Como si le leyera la mente, Klatzky volvió en sí. La transformación fue notable y algo divertida. Lambert intercambió sonrisas con Roddy mientras, con los ojos muy abiertos, Klatzky reconocía dónde se encontraba.

—¿Qué están bebiendo? —dijo, poniéndose en pie a trompicones. Se acercó a la barra antes de que tuvieran tiempo de responder, caminando con una cómica cojera.

—¿Piensas volver alguna vez? —preguntó Roddy.

—¿A trabajar? Supongo que sí. En algún momento tendré que hacerlo —respondió Lambert. Ya había vuelto a trabajar, de alguna

manera, aunque en un puesto no remunerado. Klatzky llevaba fuera diez minutos cuando Lambert empezó a preocuparse.

Entonces vio al inspector Nielson junto a dos agentes uniformados hablando con uno de los camareros.

—Creo que Simon se ha ido —dijo.

CAPÍTULO 27

Nielson vio a Lambert y lo señaló a sus compañeros.

—¿Amigos tuyos? —preguntó Roddy.

—Algo así.

—Es un hombre difícil de encontrar, señor Lambert —dijo Nielson, con sus colegas a ambos lados. Cada uno estaba algo nervioso y listo para la acción por si Lambert huía de la escena.

—Deberías haberme llamado. Te habrías ahorrado la molestia —dijo Lambert.

—Lo hice. Directo al buzón de voz. ¿Y usted quién es? —Nielson se volvió hacia Roddy.

El alcohol había relajado a su amigo, que sonrió al detective en jefe.

—Soy Roddy, desde luego.

—Necesito hablar con usted —continuó Nielson, volviendo a centrar su atención en Lambert.

—¿Podemos hacerlo en otro momento? Estoy ocupado.

—Necesito que venga a la comisaría.

—¿Necesita? ¿O exige?

—Las dos —dijo Nielson.

—Creo que necesito una razón —dijo Lambert. Estaba siendo difícil, pero los modales de Nielson no le gustaban. Había decidido desde el principio que Nielson no le caía bien y la forma en que el hombre le hablaba ahora no cambiaba su opinión.

—Roger Haydon ha muerto —dijo Nielson.

Lambert ocultó su sorpresa y se irguió en su asiento.

—¿Cómo? —preguntó.

—Presunto suicidio. El cuerpo fue descubierto por su amigo, Thomas Langtree.

Lambert imaginó la escena. Por alguna razón, imaginó a Haydon

en un baño caliente, con la sangre manando de las muñecas cortadas. El joven Thomas Langtree inmóvil a su lado, contemplando el agua roja y a su amigo sin vida, con un vaso de sidra en la mano. Cerró los ojos.

—Pobre tipo —dijo.

—Pasa que —continuó Nielson—, usted fue una de las últimas personas que vio con vida al señor Haydon.

Lambert bebió el café negro y se obligó a recuperar la sobriedad. Le dijo a Roddy que lo esperara en el bar y acompañó a Nielson a la comisaría. Se sentó en una sala de interrogatorios, con los dos agentes uniformados a su alrededor.

Le había gustado conocer a Roger Haydon, a pesar de las circunstancias. La vida no lo había tratado bien, pero la extraña relación que había entablado con Thomas Langtree parecía funcionar.

—Voy a grabar esto —anunció Nielson al entrar en la sala, junto a una joven a la que presentó como Detective Agente Shah.

—Adelante —dijo Lambert.

Nielson pasó por los preliminares: explicó los derechos de Lambert y anunció quién estaba presente, e incluso le preguntó si quería un abogado. Fue un poco inusual. Lambert seguía siendo agente, a pesar de su excedencia. Técnicamente, Nielson debería haber informado a Tillman de que estaba interrogando a Lambert. A pesar de las ganas de Lambert de complicarle la vida a Nielson, decidió no mencionarlo por el momento.

—Como se le ha informado, Sr. Lambert, Roger Haydon fue encontrado muerto hoy en su casa de Weston-super-Mare.

—Un poco fuera de su jurisdicción —dijo Lambert, molesto por los modales de Nielson.

—Estoy ayudando a mi colega, la detective inspectora Sarah May, del MIT de Bristol.

—Está bien entonces.

—Según el compañero del señor Haydon —Nielson barajó sus notas—, Thomas Langtree, usted fue una de las últimas personas que vio con vida a Roger Haydon.

Lambert suspiró. Había informado a Sarah May de la reunión, que había dado lugar a una de las mejores líneas de investigación hasta el momento en el caso del Cazador de Almas. Nielson tendría

que esforzarse más si quería una respuesta directa de él.

En la frente de Nielson aparecieron gruesos surcos al concentrarse.

—¿Qué puede decirme de la última vez que vio al señor Haydon?

—Tuvimos una agradable charla.

—¿Y cuál era el motivo de su visita?

—Fui a darle el pésame. Estoy seguro de que sabe que conocí a su hijo Terrence. Fuimos juntos a la universidad.

—¿Es el Terrence Haydon que fue asesinado hace dos semanas?

—El mismo —afirmó Lambert.

—¿Cómo encontró al Sr. Haydon? Es decir, a Roger Haydon.

—Era la primera vez que lo veía, así que no puedo decir si actuaba fuera de lo ordinario, si eso es lo que estás preguntando. Aunque tuve en cuenta que su hijo había muerto recientemente, que era temprano por la mañana y ya estaba borracho. Al igual que su amigo.

—¿El Sr. Langtree?

—Sí. Thomas.

—¿De qué hablaron?

—Como dije, quería darle mis condolencias.

—La cosa es, Sr. Lambert, que no es lo que Thomas Langtree ha dicho de su visita.

—¿Ah, no?

—No. El Sr. Langtree la ha descrito como una especie de interrogación —explicó Nielson. Lambert volvió a encogerse de hombros—. El Sr. Langtree dijo que usted interrogó al Sr. Haydon sobre su pasado y su relación con su hijo.

—Como dije, hablamos del pasado. Estoy seguro de que la inspectora May te informó de la pista que descubrí al hablar con él.

Nielson se removió en su asiento.

—Olvidemos por un momento que no trabajas en el caso. Langtree dijo que interrogaste a Haydon sobre su relación con su exesposa.

—Conocí a la madre de Terrence el día anterior.

—¿Para darle el pésame, supongo?

—Eso es correcto.

—¿El Sr. Langtree también dijo que lo encontró buscando entre

sus pertenencias?

—Fue un malentendido.

—¿Un malentendido? —repitió Nielson.

—Sí. Fui a usar el baño y me perdí.

—Parece que la situación fue demasiado para el Sr. Haydon, según el Sr. Langtree. Su visita… —Nielson volvió a barajar sus notas. Escaneó el documento hasta que encontró las palabras—… alteró al Sr. Haydon. Comenzó a beber aún más después de su visita.

—Lamento mucho que eso haya sucedido —dijo Lambert—. Y lamento la pérdida del Sr. Langtree, pero no tengo nada que agregar al asunto.

—Un hombre ha muerto, Lambert.

Lambert supuso que estaba dando la impresión de ser frío e indiferente. No podía estar implicado en el suicidio de Haydon y no tenía sentido llevarlo a la comisaría. Era posible que su conversación con Roger Haydon hubiera provocado algo en el viejo; era un alcohólico crónico, y su hijo había sido asesinado recientemente. Quizá se había equivocado al presionarlo tanto.

—Lo comprendo —trató de suavizar su tono—. Como le he dicho, lamento mucho que el señor Haydon se quitara la vida, pero no sé qué más puedo ofrecerle. Creía que nos habíamos despedido en términos amistosos.

Nielson dio la vuelta a las hojas de papel que tenía delante como si estuviera a punto de decir algo confidencial. La sala quedó en silencio, a excepción por el zumbido de la grabadora.

—¿Con quién habló de Roger Haydon tras abandonar sus instalaciones? —Lambert miró a Shah y se preguntó si se le estaba escapando algo. Ella le devolvió la mirada, desconcertada.

—Como he dicho, con la inspectora Sarah May.

—¿Alguien más? —preguntó Nielson. Su tono era menos acusador que antes.

Lambert puso las manos sobre la mesa.

—¿De qué se trata esto?

Nielson se rascó el pecho.

—Alguien más visitó a Roger Haydon el mismo día que usted se reunió con él. Aún sin identificar.

Lambert se dio cuenta de que Nielson y Shah se habían inclinado

hacia delante, como si tuviera alguna respuesta milagrosa para ellos. Solo le había contado el incidente a May, pero sabía a dónde se dirigía el interrogatorio.

—No se lo dije a Simon, si es lo que creen. Van por mal camino si eso es lo que piensan.

Nielson se recostó en su silla.

—Déjenos decidir cuál es la línea correcta de investigación, Lambert. ¿Cuándo vio a Klatzky por última vez?

Pensó en la forma en que Klatzky había desaparecido cuando Nielson apareció en el bar. No estaba listo para entregar a su amigo.

—No desde Bristol.

Nielson levantó las manos.

—¿Así que volvió a Londres sin él?

—Así es —Lambert entendió la implicación: que Klatzky podría haberse quedado y haber visitado a Haydon.

—Esta es una advertencia amistosa —dijo Nielson, con voz grave—. Sea cual sea su investigación privada sobre el asesinato de Terrence Haydon, necesito que se detenga. Ya ha visto lo que ha causado su intromisión. Ahora, está fuera de juego. No aceptaré más interferencias. ¿He sido claro?

Lambert pensó en decirle en que se meta en sus asuntos, pero se contuvo.

—Perfectamente. ¿Puedo irme?

—Acompaña al Sr. Lambert a la salida, Shah.

Lambert se sorprendió al ver que Roddy seguía en el bar. Habían pasado dos horas desde que se fue con Nielson. Roddy estaba sentado junto a la mesa de billar, reclinado en una silla acolchada, con un vaso de vino tinto sobre la mesa. Un grupo de tres mujeres permanecía junto a la mesa de billar, mirándole de vez en cuando.

—Mikey —gritó Roddy al ver a Lambert, lo bastante alto como para que la mayoría de las personas en el bar se diera la vuelta.

—Me esperaste —dijo Lambert cuando se sentó junto a su amigo.

—¿Qué vas a tomar?

—Ya he tomado bastante. Creo que tú también. ¿Sabe tu mujer dónde estás?

—No para de mandarme mensajes —respondió Roddy arrastrando las palabras—. Le he dicho que salí. No parece ser

suficiente.

—Vamos, te conseguiremos un taxi.

—Simon regresó.

—¿Lo hizo? —dijo Lambert.

—Tuvo una estancia prolongada en los baños. Creo que ha estado evitando a la policía —Roddy rio como si hubiera dicho el chiste más gracioso—. Aunque solo ha ido ahora.

—¿Bromeas?

—No, con una de esas —el hombre señaló al grupo de mujeres junto a la mesa de billar no parecían disfrutar de la atención—. Se fue a casa con ella hace treinta minutos.

—Jesús —dijo Lambert. Se acercó a las mujeres. Cada una de ellas se cruzó de brazos cuando él se acercó. ¿Estaban molestas porque Klatzky se había ido con una de sus amigas, o Roddy había hecho algo para ofenderlas en su estado de ebriedad?—. Oye —habló, ante el silencio general—. Sé que esto es un poco raro, pero mi amigo Roddy me ha dicho que mi otro amigo, Simon, se ha ido con una de sus amigas.

—Con Cheryl —dijo una de las tres, una mujer pelirroja de unos cuarenta años.

—Cheryl, claro. ¿Supongo que no sabes a dónde fueron?

—No lo sé y no me importa —dijo la mujer. Su pálido rostro se arrugaba en un mosaico de líneas cada vez que hablaba.

Lambert miró a las otras dos en busca de apoyo, pero solo recibió miradas vacías.

—De acuerdo, gracias de todos modos.

—Y puedes decirle a tu amigo… ¿Roddy? —dijo la mujer pelirroja.

—Roddy, sí.

—Que tiene suerte de que no haya llamado a mi novio para darle una lección.

—Bien. Mira, lo siento si alguno ha sido grosero. Ambos han bebido mucho. No es excusa, lo sé, pero por lo general son tipos decentes.

La cara de la pelirroja se suavizó un poco. Lambert le dio una tarjeta con su número.

—¿Me llamarás si sabes algo de tu amiga? Necesito hablar con Simon.

La mujer cogió la tarjeta y se la guardó en el bolso.

—¿Qué has estado haciendo, Roddy? —preguntó Lambert una vez fuera del *pub*. Tenía el brazo alrededor de la cintura del hombre y trataba de mantenerlo firme para que los taxis no siguieran pasando de largo.

—Oh, no lo sé. Solo estaba bromeando. Ahora no me acuerdo de nada. Me alegro de haberte visto, quizás podamos vernos en la próxima década. ¿Qué quería la policía?

—No mucho.

—¿Ofrecerte tu trabajo de nuevo?

—No exactamente.

Al final, un taxi paró. Lambert le dio al conductor cuarenta libras y se las arregló para obtener una dirección de Roddy. Llamó a Klatzky mientras caminaba hacia su casa. El teléfono sonó, pero Klatzky no contestó.

Sophie lo esperaba en la puerta, con una maleta a su lado.

—¿Para qué es eso? —preguntó Lambert.

—Has estado bebiendo —dijo ella en voz baja.

—Uno o dos tragos. Tuve malas noticias —Lambert se dio cuenta de que aún no sabía cómo se había suicidado Haydon. La imagen de él en su bañera, con las muñecas abiertas por una navaja oxidada, era tan vívida en su mente que podría jurar que era un recuerdo.

—Me voy unos días. Este lugar es un manicomio.

—No hace falta que te vayas. Yo me iré —dijo Lambert.

—No, está bien.

—¿Dónde te vas a quedar? —preguntó Lambert. Una vez más se sorprendió por sus celos. No pensó que ella le diría si se iba a quedar con Taylor.

—En un hotel. Te escribiré.

No sabía si estaba mintiendo, pero tampoco sabía si quería que dijera la verdad.

—Avísame cuando se haya ido —dijo ella. Le dio un beso en la mejilla y cerró la puerta.

Lambert se dio cuenta de que la bebida lo había desorientado más de lo que pensaba, porque tardó un minuto en comprender lo que ella quería decir.

Corrió por la casa.

—¿Simon? —gritó. Si hubiera traído a esa mujer a casa con él, los arrastraría a los dos fuera, estuvieran vestidos o no. Subió la escalera de dos en dos. Entró en la habitación de invitados y se dio la vuelta ante la vista—. Jesús, esto es suficiente para hacerme vomitar.

Klatzky yacía en la cama boca abajo, completamente desnudo. En la mesita de noche había una botella de vodka de marca sin una cuarta parte de su contenido.

—¿Qué pasó con tu cita?

Klatzky murmuró algo inaudible.

—Hablaremos por la mañana. Tápate el culo peludo —dijo Lambert. Cogió la ropa de Klatzky para evitar que saliera antes de hablar con él y apagó la luz.

Intentó dormir, pero su mente estaba demasiado activa. Se preparó un café y recordó todo lo ocurrido desde el día en que Klatzky le enseñó las fotos. Pensó en llamar a May, pero le pareció mejor mantenerse fuera del radar de Nielson por el momento. Quería averiguar los detalles exactos del suicidio.

Hizo las maletas y reservó un tren para Bristol por la mañana. Necesitaba hablar con Klatzky antes de partir. Se conectó al Sistema y accedió al expediente de Burnham. Las notas eran minuciosas, como era de esperar de su antiguo colega. Escaneó el expediente y trató de soportar las imágenes de la escena del crimen: el cadáver con los párpados cerrados por un fino hilo negro entretejido en la fina piel.

Una vez que leyó todo el informe, volvió a empezar. Se concentró en cada línea, en cada informe de los testigos, en las notas de su antiguo colega y su equipo. Hizo clic en el perfil de Burnham, se desplazó por las notas de su familia, amigos y compañeros de trabajo. Y entonces vio un nombre que conocía. Tendría que hacer un desvío antes de ir a Bristol.

Apagó el ordenador y se desplomó en la cama, mientras su visión empezaba a desvanecerse. Detrás de sus ojos se formaron destellos de color naranja y violeta, y un mareo familiar lo invadió y lo hizo dormirse.

Se despertó cuatro horas más tarde, sintiéndose renovado. Después de ducharse y cambiarse, preparó una pequeña bolsa de viaje y se dirigió a la habitación de invitados donde dormía Klatzky.

Abrió las cortinas y la ventana, y una ráfaga de aire fresco se filtró en la húmeda habitación.

—Bien, vamos a hablar —le dijo a Klatzky, que se había metido bajo las sábanas desde la última vez que lo había visto, por fortuna.

Klatzky se frotó los ojos.

—Ahora no —gimió.

Lambert agarró al hombre por los hombros.

—Ahora sí. Me pediste ayuda al principio y ahora me tienes que dar algunas respuestas. Hay gente que quiere hablar contigo.

Klatzky se sentó en la cama y se echó el edredón sobre los hombros, así que solo se le veía la cara. Las noches de parranda no le hacían ningún favor. Tenía el rostro demacrado. Tenía bolsas grises debajo de los ojos inyectados en sangre, y las mejillas y la barbilla estaban moteadas de una barba incipiente.

—¿Quién quiere verme? —dijo con voz seca y quebradiza.

—Eso no importa. Ibas a contarme algo la otra noche, antes de que Sophie nos interrumpiera.

—No puedo recordar, Mikey. Todo está borroso en este momento.

—Era algo sobre Billy y Terrence. ¿Qué es lo que no me estás contando? —Lambert vio un destello de reconocimiento en los ojos cansados de Klatzky—. Tendrás que decírmelo tarde o temprano. Vamos, acabemos de una vez.

—Billy me pidió que no se lo dijera a nadie.

Lambert se frotó las sienes, intentó contar hasta diez, pero se detuvo al llegar a cinco.

—Por el amor de Dios, Simon. Billy lleva muerto casi veinte años. No creo que le importe mucho.

Klatzky se retorció bajo las sábanas.

—Está bien, está bien —gritó—. Billy me dijo algo una vez. No sé si recordaba habérmelo dicho. Estábamos borrachos. Pensé que estaba bromeando, pero luego la conversación se volvió demasiado real.

—Continúa.

—No sabía qué decirle. Empezó a hablar de su padre, de cosas que pasaron en su infancia. Eran cosas horribles, Mikey. Terminó llorando. Yo solo tenía diecinueve años, no sabía qué decir o hacer.

—Nadie te culpa, Simon. Solo cuéntame lo que te dijo.

—No puedo entrar en detalles. Digamos que su padre no era un buen hombre.

Lambert hizo una pausa, confundido y molesto porque Klatzky le había ocultado esta información.

—Hay más, ¿no? ¿Cómo se relaciona esto con Terrence?

—Ni siquiera pensé en ello hasta el otro día, cuando estábamos en Bristol. Billy solía ir a estas sesiones de asesoramiento. Nunca volvimos a mencionar la conversación, pero yo sabía cuándo había ido. Solía fingir que iba a correr. Siempre me miraba antes de irse, como pidiéndome que no compartiera su secreto.

—¿Qué tipo de sesiones eran? ¿Personales? ¿De grupo?

—Sesiones de grupo, creo. Pero esa noche que me lo contó, mientras estaba llorando, mencionó que una vez había visto a Terrence Haydon en una de las reuniones.

—Jesucristo, Simon. ¿Por qué no me dijiste esto antes?

—Te lo dije, lo olvidé.

—¿Lo olvidaste? —dijo Lambert, balanceándose sobre sus pies —. ¿Qué tan estúpido eres? De hecho, ¿qué tan estúpido me crees, Si? No te olvidaste.

—Lo siento, Mikey. Te lo prometo, hombre, lo olvidé.

Lambert se dio vuelta.

—Eres patético —dijo antes de salir de la habitación. Solo esperaba que el fracaso de su amigo no le costara caro. Lambert estaba seguro de que alguien quería tenderle una trampa a Klatzky.

CAPÍTULO 28

El tráfico lento de la circunvalación sur fue un alivio. Lance hizo avanzar el coche y permitió que otros vehículos salieran a los cruces y que los peatones cruzaran delante de él. Apagó su radio ochentera habitual y se sentó en silencio, con la única compañía del zumbido del motor y el sonido periférico de los equipos de música de otros coches.

Desde que abandonó a su pasajero ayer, Lance había recibido dos malas noticias.

La segunda llegó en forma de un mensaje esa misma mañana. Campbell había llamado y exigido su presencia en un escondite de Surrey, de ahí su gratitud por la lentitud del tráfico.

Anoche recibió la primera mala noticia.

Después de dejar al todavía drogado y dormido Klatzky en una zona apartada de Uxbridge, dejó el coche y se dirigió a The Bricklayer's Arms, en Wood Green. El tal Klatzky le había visto la cara y, a pesar de la falta de sobriedad del hombre y de las garantías de Campbell, esto preocupó a Lance. En menos de una hora, se había bebido cuatro pintas de cerveza de primera calidad y la preocupación se había desvanecido en parte. Mientras pedía la quinta, un antiguo conocido suyo entró por la puerta del bar.

Ollie Trench era propietario de una pequeña empresa de andamios que operaba en la zona. Era un ebrio legendario. Ya entrado en sus cincuenta, pasaba la mayor parte de la jornada laboral en varios *pubs* de la zona, dejando la organización de su negocio a sus dos hijos.

—¿Un trago, Ollie? —preguntó Lance.

—¿Por qué no? —dijo Ollie tras acercarse cojeando a Lance, junto a la barra.

—¿Lesión laboral? —preguntó Lance y señaló la pierna del

hombre.

—Estando ebrio —dijo Ollie.

Le dio una palmada en la espalda a Lance, que suspiró y pidió dos bebidas.

—¿Qué hay de nuevo, chico?

Lance había hecho algún que otro trabajo para Ollie a lo largo de los años. Pagaba razonablemente bien y, para Lance, siempre era dinero en efectivo. Sin embargo, una vez que supo que Lance trabajaba para Campbell, los contratos cesaron.

—Esto y aquello, ya sabes. ¿Va bien el negocio?

—No está mal. Debo darles crédito a los chicos, están llevando las cosas. ¿Otra?

—¿Por qué no, chico? —dijo Lance, imitando al hombre.

Ollie pidió dos cervezas más, con un par de *whiskys*.

—¿Has oído?

—¿Qué, Ollie?

—¿Te enteraste de esa cosa?

Lance se bebió el *whisky* y le dio un trago a la cerveza.

—Necesito más información, amigo.

—Tu hombre, de Essex.

Lance trató de recordar a quién conocía de Essex y pensó que sería más rápido que esperar a que el hombre a su lado le dijera algo. No podía pensar en nadie.

—¿Algo más? ¿Un nombre, quizás?

—Cuál es el tipo… Burnham.

—¿Sam Burnham?

—Sí.

—Vive cerca de Watford, pero continúa.

—Ya no más.

—Vamos, Ollie, cuéntame lo que tengas que contarme. Esta historia es más larga que La Biblia.

—Yo en tu lugar tomaría otro sorbo de eso primero.

Lance hizo lo sugerido.

—Murió. Hace unos días.

Se quedó rígido y clavó la mirada a Ollie.

—¿Qué coño, Ollie?

—Fue salvaje. El cuerpo estaba destrozado. Le hicieron algo jodidamente horrible a sus ojos.

Lance se tambaleó hasta el asiento más cercano y se desplomó.

—Lo siento, pensé que lo sabías —dijo Ollie.

Lance conocía a Sam Burnham tan bien como conocía a Ollie, con una gran diferencia: Sam había sido el contacto que lo llevó a Campbell.

Siguió bebiendo hasta altas horas de la madrugada. En algún momento, Ollie se marchó. Varias imágenes del resto de la noche parpadearon en su memoria, fuera de su alcance. No recordaba haber salido del bar ni haber vuelto a casa. Su novia se negó a hablarle mientras se vestía para ir a trabajar y Lance yacía tendido en la cama. Algún tiempo después, Campbell lo llamó.

Y aquí estaba él, dirigiéndose a una reunión con el hombre que probablemente había asesinado a Samuel Burnham. Intentó llamar a su exmujer mientras el tráfico disminuía, pero no contestaba a sus llamadas.

Salió de la circunvalación sur. Las carreteras se deterioraron a medida que se adentraba en el campo, hasta que condujo por una carretera de un solo carril que era poco más que un camino de tierra. Habían quedado para verse en el mismo lugar donde había conocido a Campbell hacía tantos años atrás. En aquella ocasión, dos subordinados de Campbell lo recogieron de un estacionamiento en East Finchley, tarde en la noche. Sin hablar, le vendaron los ojos y lo metieron en la parte trasera de una furgoneta. En aquel viaje, Lance había temido por su vida. Pero había sido un miedo indistinto, algo contra lo que podía razonar. Campbell no tenía motivos para quererlo muerto entonces.

¿Pero ahora?

Ahora, casi había pagado la deuda y había visto cosas que podían conducir a Campbell. El asunto con Lambert había salido mal, Klatzky había visto su cara y Sam Burnham estaba muerto, sus ojos habían sido sellados con alambre.

A medida que se acercaba el desvío hacia el escondite, Lance puso la segunda marcha. El pulso le latía en el cuello y la frente lo bastante fuerte como para oírlo. Pensó en no girar y continuar por el camino rural hasta volver al mundo real, seguir conduciendo lo más lejos posible de Campbell.

Pero era fantasía. Campbell había fotografiado a su exmujer y a su hijo, prometiendo que pagarían por cualquier error que Lance

cometiera. No había sido el mejor marido ni el mejor padre, pero no sacrificaría a su familia por su propia seguridad. Incluso si eso significaba sufrir como Sam Burnham.

Aparcó fuera del escondite. El edificio estaba al borde de la ruina. Montones de maleza astillaban el camino de entrada de hormigón. La mitad de las seis ventanas frontales estaban destrozadas, con fragmentos de cristal sobresaliendo de los marcos. Lance estacionó el coche. El suyo era el único vehículo fuera del edificio. Rezó para que Campbell hubiera olvidado su cita.

Llamó a la madera astillada de la puerta principal con manos temblorosas. Al no obtener respuesta, golpeó tres veces la única ventana que quedaba.

Seguía sin recibir respuesta.

Encontró la llave de la puerta principal en su posición original, debajo de la segunda de las cuatro rocas que bordeaban el camino de entrada de hormigón. La espalda le crujió al levantar la roca y la carne de su brazo derecho se desgarró con un trozo de roca al recoger las llaves. El sudor le corría por la frente. Se secó el sudor con las manos llenas de mugre y abrió la puerta.

El aire frío flotaba dentro de la casa. Lance se estremeció y se le puso la piel de gallina.

—¿Señor Campbell? —susurró. Atravesó una alfombra cubierta de polvo y entró en la habitación principal de la casa.

Lo primero que vio fue el cadáver. Era el hombre de la pierna rota que se había llevado del hospital de Bristol. Al menos, lo que quedaba del hombre. Lance se agachó para mirar más de cerca y vio una segunda figura.

En la penumbra de la habitación delantera del escondite, Lance presenció algo que nunca habría creído posible.

Campbell, que acechaba en las sombras esperándolo, estaba asustado.

CAPÍTULO 29

Campbell le ordenó que llevara el cuerpo al coche.

—Ponte guantes, hombre, por Dios —le dijo.

Lance encendió la luz de la habitación y se arrepintió al instante. El cuerpo debía de haber sido trasladado ya, pues había un rastro de sangre en el suelo. Al cadáver le faltaba la pierna izquierda y la herida del corte, justo por debajo de la rodilla, había sido cauterizada. Lance se quedó helado y miró la cara del cadáver: los ojos estaban cerrados por una línea de burdos puntos de sutura.

—Solo hazlo, hombre —dijo Campbell.

Primero Burnham y ahora esta segunda víctima. El hombre sin nombre al que Lambert le había roto la pierna. Lance fue a su coche y forró el maletero con una hoja de polietileno. Se puso los guantes y volvió al cuerpo. El cadáver era sorprendentemente ligero. Intentó no mirarlo e ignorar las preguntas de su cabeza. Cerró el maletero y vislumbró los párpados sellados del cadáver.

Campbell se sentó en el asiento del copiloto.

—¿Y ahora a dónde? —preguntó Lance en el asiento del conductor, intentando controlar los temblores que le recorrían el cuerpo.

Campbell no contestó. Marcó un código postal en el navegador. Lance suspiró y se puso en marcha. Una hora más tarde, llegaron a su destino: la explanada de una gasolinera en desuso.

—¿Vamos a dejarlo aquí? —dijo Lance.

El miedo que Lance había visto o creído ver en el escondite se había evaporado. Campbell le lanzó una mirada, por lo que apartó la vista.

—Lo encontrarán si lo dejamos aquí —dijo Lance.

—Tienen que encontrarlo —dijo Campbell. Era el fin de la conversación. Lance hizo lo que le ordenaban y arrojó el cadáver a

la vista de todos.

Fue un alivio cuando Campbell le dijo que condujera hasta la estación de tren. Acercó el coche a la entrada de la estación, agradecido de ver a otras personas.

Campbell se quitó el cinturón de seguridad. Lance se quedó helado mientras Campbell metía la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, y soltó un suspiro cuando le entregó un sobre de manila marrón y un trozo de papel blanco.

—Lleva esto a la primera dirección —le dijo—. Reúnete conmigo en la segunda dirección a las seis de la tarde.

CAPÍTULO 30

Lambert accedió a El Sistema y buscó los detalles de las sesiones de asesoramiento mencionadas por Klatzky. No aparecía nada en los informes policiales originales con respecto a la asistencia de Nolan a tales sesiones. Era inconcebible que Hastings no hubiera descubierto ese aspecto de la vida de Nolan. Lambert no estaba totalmente convencido de que Klatzky le hubiera contado todo, pero decidió no presionarlo más por el momento. Lo dejó en casa durmiendo la mona y cogió el tren a Londres.

Después de acceder al archivo Burnham, Lambert notó un nombre familiar en la lista de testigos. Myles Stoddard. Stoddard era uno de los viejos informantes de Lambert, que trabajaba como mecánico en un pequeño garaje en Crouch End. Era conocido de Burnham y, por sus antecedentes penales, había sido interrogado por Bardsley sobre su paradero en el momento del asesinato.

Lambert encontró el garaje en una frondosa calle adosada. La explanada solo era lo bastante grande para tres coches. Era un lugar pintoresco, resultado de la unión de dos casas adosadas, cuyo jardín delantero se utilizaba para el mantenimiento de los coches. Una música distorsionada chirriaba desde dos pequeños altavoces situados en el interior del Portakabin, que funcionaba de oficina principal del garaje.

Un hombre bajo y calvo vestido con un mono azul trabajaba detrás de un maltrecho mostrador, e ignoró a Lambert cuando entró por la puerta. Lambert distinguió tres colores en la poblada barba del hombre. Se cruzó de brazos mientras el mecánico miraba algo en su escritorio antes de levantar la vista.

—¿Te ayudo con algo?

—Vengo a ver a Myles —dijo Lambert.

—Está un poco ocupado en este momento, amigo. Tenemos un

trabajo importante.

—Dile que Lambert quiere verlo.

El hombre estuvo por discutir, pero una mirada al lenguaje corporal de Lambert le hizo cambiar de opinión. Quince minutos después, Myles Stoddard entró por la puerta principal del Portakabin. Vestía un mono idéntico al del hombre barbudo. Hacía casi cinco años que él no lo veía. Su figura era la misma y el cabello lacio que le caía de la cabeza era más fino, desvaído. Sus hombros se hundieron al ver a Lambert.

—¿Qué quieres?

—Yo también me alegro de verte, Myles —dijo Lambert.

El hombre se enderezó.

—No creas que no he oído hablar sobre ti. Ya no trabajas.

—No creas todo lo que oyes, Myles. Toma asiento.

Un viejo sofá de cuero ocupaba la mitad del espacio dentro del Portakabin, junto a una antigua máquina de bebidas que ofrecía café instantáneo, té y sopa. Lambert se sentó.

—Siéntate —le ordenó.

—Me quedaré de pie —dijo Stoddard. Él lo miró.

—Siéntate.

Stoddard puso los ojos en blanco y se sentó a su lado; el sofá apenas era lo bastante grande para los dos. Lambert pasó el brazo por el respaldo del sofá y miró a Stoddard. El hombre intentó retroceder, pero no tenía espacio para moverse.

—Un colega mío vino a verle hace poco, el detective en jefe Bardsley.

—Jesús, no eso de nuevo. Mira, no tengo nada que ver. Casi nunca veo a Burnham.

—Bueno, no lo verás pronto, ¿verdad?

—No, pero ¿por qué me molestan? Yo solo era su mecánico.

Lambert se rio. El sonido era exagerado y sin humor. Stoddard volvió a poner los ojos en blanco.

—Mira, no me importa cómo estabas trabajando con él, Myles.

—No estaba trabajando de ningún…

Lambert levantó la mano para detener las protestas del hombre.

—Sea lo que sea, no me importa. Solo me interesa lo que le pasó a Burnham. ¿Quién fue el responsable?

—Bueno, no fui yo.

—Claro que no fuiste tú, Myles. Eres un criminal de poca monta, no tienes las pelotas para asesinar. No así.

Stoddard se desinfló, como si no tener la capacidad para el asesinato y la mutilación fuera un insulto.

—Pero leí tu declaración y había algo que no le dijiste a mi colega. Te estás guardando información y necesito saber qué es.

—No sabes una mierda —dijo Stoddard.

Lambert se acercó. Stoddard empezó a parpadear, un hábito nervioso que Lambert recordaba de antes.

—¿Con quién trabajaba Burnham? Tenía que haber alguien. Esto no fue algo al azar.

El hombre se frotó la barbilla. Sus ojos se desviaron hacia el techo. Lambert le concedió treinta segundos para su debate interno.

—O me lo dices ahora —dijo Lambert—, o la próxima vez traeré a Bardsley con algunos policías uniformados. Y empezaré a preguntar por ti en los bares locales, para que tu nombre se conozca.

El delgado cuerpo de Stoddard se arrugó más en el sofá.

—Ya no trabajo para ti, Lambert. Eso fue hace mucho tiempo.

—Una vez que firmas conmigo, Myles, es de por vida. ¿Qué puedes decirme?

—Por Dios, no lo sé. Como le dije a tu amigo, solo lo veía una vez al año cuando venía por un servicio y la ITV. Pero he oído rumores.

—Cuéntame.

—Jesús, al parecer tuvo unos años malos. Se endeudó. Oí que estaba metido con un usurero.

—¿Nombre?

—Oh, vamos, no puedo decirte eso.

—Nombre —repitió Lambert, y luego más suave—. No vas a ser mencionado, Myles, y no me volverás a ver.

—No sé quién es el tipo. Nunca lo he visto. Todo lo que sé es que se hace llamar Campbell y, si preguntas a la gente adecuada, supongo que lo puedes encontrar.

No recordaba ninguna mención del nombre Campbell en el informe.

—Debes tener algo más que eso para mí, Myles. Un nombre de pila.

—Lo juro, es todo lo que sé. Ni siquiera estoy seguro de que este tipo exista.

—No te pongas existencial conmigo, Myles.

—¿Qué?

Lambert suspiró.

—¿Cómo que no estás seguro de que exista?

El parpadeo de Stoddard se intensificó.

—No lo sé. Es como una leyenda urbana o algo así.

—¿Una leyenda urbana?

—Sí. Recurres a Campbell si necesitas ayuda, pero nadie lo ve. No lo sé, Sr. Lambert. Ya no tengo nada que ver con esto. Oigo rumores de vez en cuando, pero eso es todo.

Puso su mano en el hombro de Myles.

—Gracias, Myles. Vuelve al trabajo.

Un nombre. Campbell. Lambert cogió el metro hasta Paddington. Llamó al detective en jefe Bardsley mientras esperaba su tren a Bristol.

—¿Ahora también trabajas en mi caso? —preguntó Bardsley.

—Me gusta ayudar —dijo Lambert.

—Bueno, podríamos utilizarte aquí cuando estés listo para volver.

—Lo tendré en cuenta —dijo Lambert—. ¿Qué sabes de este Campbell?

—He oído el nombre antes. Hablaré con el resto del equipo a ver qué saben. Quizá tenga que visitar al Sr. Stoddard.

—Prometí que nos mantendríamos alejados de su trabajo.

—Me parece justo. Me pondré en contacto contigo si obtenemos más información.

En el tren a Bristol, comenzó a buscar a Campbell en El Sistema. No habría sido peor si se hubiera llamado Smith. Stoddard no sabía el nombre de pila del hombre, lo que lo hacía casi imposible. Lambert vio los cientos de resultados que aparecían en su pantalla y desvió su atención a otro lado.

Los detalles del suicidio de Roger Haydon aparecían ahora en HOLMES como una entrada sobre el asesinato de Terrence Haydon. Se había colgado de una gruesa viga de madera en su habitación de invitados. El informe del patólogo decía que se había roto el cuello y su muerte había sido rápida.

En la estación de Bristol Temple Meads, Lambert tomó un taxi a Whitchurch. May le había advertido que no volviera a acercarse a la casa de Sandra Vernon, pero ella no contestaba a sus llamadas, así que no podía pedirle permiso.

Sandra Vernon intentó cerrarle la puerta, pero él consiguió meter el pie izquierdo entre la puerta y el marco. Su rostro se contorsionó de rabia.

—Llamaré a la policía —siseó—. Te han dicho que no vengas más por aquí.

—Tenemos que hablar —dijo Lambert.

—No tengo nada que decirte.

—Se trata de Roger.

—Aun así, no tengo nada que decirte.

Lambert no podía ver emoción por la muerte de su expareja; solo vio ira, miedo y odio en sus ojos.

—Srta. Vernon, necesito hablar con usted sobre las sesiones de asesoramiento de su iglesia —dijo. Vernon se detuvo. Lambert sabía que su corazonada, o al menos parte de ella, había sido buena—. ¿Puedo entrar para que hablemos?

—Podemos hablar aquí.

—¿Qué puede decirme sobre esas sesiones, Srta. Vernon?

—¿Qué sesiones? La iglesia tiene sesiones de asesoramiento desde hace veinte o treinta años. Muchos años antes de que me uniera a la iglesia. Reuniones de AA, orientación matrimonial.

—Esto es un poco diferente. Más delicado. Creo que Billy Nolan solía acudir a su iglesia para asesoramiento.

—¿Quién?

—Por favor, Srta. Vernon. Billy fue asesinado por el mismo asesino que mató a su hijo.

Vernon fingió sorpresa, como si la conexión se le acabara de ocurrir.

—Oh, él. Sí, bueno. ¿Qué tiene que ver con las sesiones de asesoramiento?

—Como he dicho, creo que solía venir aquí mientras estaba en la universidad.

—Tal vez. Es poco probable. ¿Por qué usaría la iglesia? No lo sé —dijo. Parecía convencerse a sí misma.

—¿Quién solía dirigir las sesiones?

—Dios mío, fue hace veinte años. Teníamos todo tipo de gente: voluntarios, gente de la iglesia, profesionales del ayuntamiento. Yo solo soy una voluntaria.

—Seguro que alguien tendría registros de esa época.

Vernon se cruzó de brazos, empujando una línea de carne por encima del cuello de su camisa.

—No lo sé —insistió—. Estoy bastante segura de que no guardamos registros de esas cosas ni siquiera ahora, mucho menos entonces. Se suponía que era anónimo.

—Me lo imagino. Hay que respetar la privacidad de la gente —dijo Lambert, en un intento de empatizar con la mujer—. Pero ¿podría preguntar por mí? Es importante. Claro que voy a informar a la inspectora May de nuestro encuentro.

Vernon dejó caer sus brazos.

—Hay una cosa más, Srta. Vernon. Por lo que tengo entendido, Billy asistió a estas sesiones con su hijo.

—No, imposible —Vernon negó con la cabeza—. Bueno, supongo que Billy pudo haberlo visto allí, pero Terrence nunca asistió a ninguna reunión. Solía ser voluntario, colocando sillas, sirviendo té y café, ese tipo de cosas, pero no asistía a ninguna reunión. No tenía necesidad.

—No, claro que no.

La voz de la mujer subió de tono.

—Lo sabría si lo hubiera hecho. Y además, ¿por qué iba a hacerlo? No tenía motivos.

Lambert decidió no interrogarla sobre lo que Roger Haydon le había dicho: la forma en que la mujer le había dado la espalda a su exmarido, los rumores maliciosos que había iniciado.

—Bien, gracias por su tiempo. Mientras tanto, si se le ocurre algo o alguien más que pueda haber estado en las reuniones con Billy, ¿me lo hará saber?

—Se lo haré saber a la inspectora May. Buenos días, señor Lambert —dijo Vernon y cerró la puerta.

Sarah May le devolvió la llamada poco después y quedaron en verse. Cogió un taxi de vuelta al centro de la ciudad, y estaba almorzando en un pequeño café junto al río cuando ella apareció. Había estado investigando sobre la antigua iglesia de Sandra Vernon, situada en un pequeño pueblo a las afueras de Neath, en el

sur de Gales. El lugar se había disuelto hacía diecinueve años, poco después de que Vernon se marchara a Bristol.

—Veo que estás viva —dijo Lambert cuando ella se sentó a su lado.

—Sí, Michael. Acabo de tener una charla encantadora con Sandra Vernon.

—¿Cómo está?

—Está devastada por la noticia de su marido. Te pedí que no volvieras a hablar con ella.

—Vamos, Sarah. Surgió algo, y tú no me devolvías las llamadas. No juguemos más a estos juegos. Estoy involucrado y quiero ayudar.

May seguía sin comprometerse.

—¿Por qué volviste a hablar con Sandra Vernon?

—¿Qué te dijo? —preguntó él.

—Nada que tuviera sentido. Algo sobre ti metiendo el pie en su puerta y trayendo malos recuerdos.

—Hay algo de verdad en eso —dijo Lambert. Compartió su información sobre la sesión de asesoramiento a la que había asistido Billy Nolan. May se frotó los ojos.

—Deberías haber acudido a mí primero con esa información —dijo, casi susurrando.

—Lo intenté.

—¿De dónde sacaste la información?

—No puedo revelarlo. Pero la Srta. Vernon prácticamente lo admitió.

—¿No puedes revelarlo? —preguntó May, incrédula.

—No por el momento.

Quería proteger a Klatzky el mayor tiempo posible. Si ella se enteraba de que había estado hablando con él, le exigiría que lo delatara.

May exhaló y decidió no insistir más.

—¿Así que Vernon te dijo que Billy Nolan y su hijo solían ir a sesiones de asesoramiento en su iglesia?

—No exactamente. Haydon era solo un voluntario. Su memoria era borrosa, pero creo que es una pista prometedora que vincula a Nolan y Haydon —dijo Lambert. También implicaba a Klatzky.

—Bueno, gracias. Pondré al equipo a trabajar.

—Háblame del cirujano —dijo Lambert.

—Lo hemos liberado.

—¿Por qué?

—Estuvo de guardia toda la noche y la mañana del asesinato de Haydon. Lo hemos descartado.

—¿Y ahora qué sigue? —preguntó él.

—Estoy en contacto con Nielson. Trabajaremos los casos en conjunto.

—¿Entonces no volverás a Londres? —preguntó Lambert.

—Todavía no. ¿Por qué? ¿Te gustaría que lo hiciera?

May se pasó la mano por el pelo y le sostuvo la mirada. Lambert volvió a sorprenderse de la influencia que la mujer había empezado a ejercer sobre él, sobre todo teniendo en cuenta su implicación en el caso.

—No podría hacer ningún comentario —dijo.

Ella enarcó las cejas.

—Me ocuparé de las sesiones de asesoramiento. También le pediré a Nielson que investigue el pasado de Sandra Hopkins. Si podemos situarla en alguna de las sesiones, puede que tengamos algo en lo que trabajar.

Lambert cambió de tema.

—Lamento lo de Roger Haydon —dijo.

—Oí que Nielson te hizo unas preguntas.

—Fue más bien un interrogatorio. ¿Crees que fue un suicidio?

—Nada indica lo contrario, aunque me gustaría averiguar con quién habló Haydon antes de morir.

—¿Quién crees que fue? —preguntó él. May se encogió de hombros.

—Esto no tiene nada que ver con el deseo de Nielson de hablar con Simon, ¿verdad?

—Ponte en nuestro lugar, Michael. ¿Querrías hablar con Klatzky?

—Te están distrayendo.

—Si eso es cierto, haz que se entregue. Cuanto antes lo descartemos, mejor.

—¿Por qué no lo interrogaste cuando estaba en Bristol?

May arrugó la cara con una expresión de inquietud en su rostro.

—Íbamos a hacerlo. Tenía a alguien apostado fuera del hotel.

Luego ocurrió el incidente de Hopkins y se necesitó a todo el mundo de vuelta en la estación.

—Oh, cielos. ¿Tienes tiempo para almorzar?

—Veinte minutos.

Lambert compró unos sándwiches y salieron al exterior. Se sentaron uno al lado del otro, mirando el camino canalizado del río Avon. Sintió que el sol le quemaba la piel cuando levantó el brazo para comerse el bocadillo. Quería compartir con May su teoría de que a Klatzky le estaban tendiendo una trampa, pero eso traería consigo demasiadas complicaciones. Le echaba un vistazo a la mujer de vez en cuando, que estaba sentada frente al río disfrutando del sol como si fuera una turista.

—Ayer conocí a alguien interesante —dijo ella, sin apartar la mirada del agua sucia y marrón.

—¿Ah, sí?

—A otro policía jubilado. Iain Hill.

Lambert buscó el nombre en su memoria.

—¿Lideró el equipo del caso de Clive Hale?

—Sí, el primer asesinato del Cazador de Almas. Hastings era su subdirector.

—No puedo imaginarme a ese viejo bastardo como subordinado de nadie. ¿Qué querías de él?

—Solo verificar mis fuentes. La memoria de Hastings no era la mejor. O eso, o no es de los que cuenta todo.

—Eso es obvio. ¿Qué te dijo Hill?

—Lo interesante es lo que no me dijo. Reiteró lo buen policía que era Hastings, no paraba de decir que era un buen líder.

—Entonces, ¿qué no te dijo?

—Puede que no sea nada, pero hay algunos vacíos en las investigaciones.

—¿Vacíos? —Lambert había leído cada expediente de asesinato del Cazador de Almas varias veces y no sabía a dónde llevaba esto.

—Nada que justifique una revisión del caso. ¿No te pareció que faltaban las historias clínicas de las víctimas?

Ella se volvió para mirarle justo cuando él se metió la *baguette* en la boca, así que tragó.

—No lo sé —admitió—. Coinciden con los informes de la época. ¿Qué crees que faltó?

—Como sabes, seis de las víctimas tenían afiliaciones religiosas, aunque fueran a organizaciones diferentes. Me sorprende que Hastings no lo investigara más, sobre todo cuando se amontonaban los cadáveres.

—Tal vez lo hizo. Deberíamos preguntarle.

—Se lo preguntaré. Me interesa ver cómo esto se relaciona con las sesiones de asesoramiento.

Lambert pagó el almuerzo y volvieron al centro.

—Deja que te ayude —dijo él al llegar al desvío de la estación de May.

—¿Puedo detenerte? —dijo ella, tocándole el brazo—. Mantenme informada.

Lambert vio cómo la figura de May desaparecía al doblar la esquina y llamó a otro taxi.

CAPÍTULO 31

—¿Adónde te llevo, amigo?

—Weston.

—¿De verdad? Te costará.

—Está bien.

Treinta minutos después, el taxi lo dejó frente a la casa donde había vivido Roger Haydon. Lambert pagó al conductor y le tendió veinte libras más.

—¿Cree que podría esperarme? Una hora como mucho —le dijo.

—No me vendría mal almorzar —dijo el conductor, que agarró el dinero de las manos de Lambert.

Lambert dio un corto paseo hasta la antigua residencia de Haydon y llamó a la puerta.

Langtree le abrió antes de que terminara de llamar.

—Te he visto llegar en tu taxi —dijo, balanceándose en el marco de la puerta.

—¿Puedo pasar, Thomas?

—Haz lo que te salga de los cojones, de todas formas lo harás —Langtree le dio la espalda y Lambert lo siguió al interior de la casa.

El lugar se había transformado desde la última vez que Lambert lo había visitado. Antes era un desorden. Ahora era un desastre. El lugar estaba lleno de basura. Lambert vadeó botellas y latas vacías que cubrían la alfombra del salón. Envases de comida rápida desechados, colillas de cigarrillos y montones de ropa sucia se disputaban cada espacio disponible. Langtree se sentó en el mismo sillón en el que Roger Haydon se había sentado a principios de semana. Estaba vestido como el hombre mayor, con unos calzoncillos demasiado grandes y un chaleco de algodón. Cogió un vaso lleno hasta el borde de un líquido cuyo color sugería *brandy* o *whisky*.

Lambert levantó un montón de ropa sucia del sofá y se sentó.

—¿Qué quieres, Lambert? —dijo Langtree, que arrastraba las palabras hasta hacerlas casi ininteligibles—. ¿Vienes a dar el pésame de nuevo?

—Siento mucho lo de Roger, Thomas. Parecía un buen tipo.

—¿Buen tipo? Un maldito buen tipo. Esa es buena —Langtree bebió como si fuera agua y se limpió la boca con el antebrazo.

—La inspectora May me dijo que alguien más visitó a Roger antes de que él…

—¿Se suicidara? —Langtree se puso en pie de un salto y volvió a caer sobre su silla. Lo intentó por segunda vez, esta vez utilizando el reposabrazos como apoyo—. ¿Bebes?

—No, gracias.

Langtree tropezó con el aparador, y un sexto sentido le ayudó a sortear la basura que rodeaba el armario de las bebidas. Sacó una botella de *whisky* y rellenó su vaso. Para cuando llegó a su asiento, una cuarta parte de la bebida se había derramado por el suelo.

—Te vas a hacer daño —dijo Lambert.

El joven lo miró mal, con sus ojos luchando por mantener el contacto visual.

—Entonces, este visitante, Thomas. ¿Qué recuerdas de él?

Langtree suspiró. Miró su bebida, pero no se llevó el vaso a la boca.

—No lo vi, estaba en el trabajo.

—¿Dijo Roger algo sobre él? ¿Dio alguna pista sobre quién podía ser?

El hombre se encogió de hombros.

—Si lo hizo, no lo recuerdo.

—Entonces, ¿qué pasó? —Lambert adivinó que Langtree estaba a un trago del colapso.

—Cuando llegué a casa, Roger estaba callado. Tomó un trago y salió. No me dejó ir con él.

—¿Sabes a dónde fue?

—A un *pub*, supongo. No tengo ni puta idea —Langtree levantó la voz y su cara se contorsionó al borde de las lágrimas o la violencia.

—Vale, Thomas, lo siento. Solo intento ayudar. ¿Volviste a ver a Roger después de eso?

—No —vació su vaso con los ojos llenos de lágrimas—. Tuve que ir a trabajar —dijo, entre sollozos—. Cuando volví, él estaba… Les he contado a sus colegas todo lo que sé.

Langtree lloraba desconsoladamente. Lambert se levantó y le puso una mano en el hombro. Se sorprendió cuando el hombre no se movió.

—¿Puedo echar un vistazo al lugar?

—Sí —respondió, sin levantar la vista.

La cinta policial seguía acordonando la zona, pero Lambert pasó por debajo. Los agentes habían terminado su trabajo, así que ya no había riesgos de dañar la escena. Hacía unos días, Langtree lo había pillado husmeando en ese lugar. Ahora era el lugar donde Roger Haydon había muerto. La habitación aún olía a lejía y a productos de limpieza. Lambert tocó la viga de madera de la esquina de la habitación, el grano áspero y pegajoso. Se imaginó la gruesa cuerda enrollada alrededor de la viga y el cuerpo sin vida de Haydon colgando bajo ella.

No había pasado suficiente tiempo con Haydon para saber si era suicida o no. Sin duda estaba disgustado por la muerte de su hijo, pero no daba la impresión de querer acabar con su vida. Había algo en su relación con Thomas que le reconfortaba. Era posible que el hombre que lo había visitado ayer hubiera sido el catalizador, pero estaban perdidos hasta que no descubrieran quién había sido esa visita.

Lambert volvió abajo y encontró a Langtree dormido en el suelo. Después de ponerlo en posición de recuperación, cogió un edredón del piso de arriba y lo colocó sobre su cuerpo dormido. Por último, escribió su nombre y su número de móvil en un papel y lo dejó a su lado.

CAPÍTULO 32

Lambert pasó la noche en Bristol y estuvo a punto de llamar a May en dos ocasiones. Volvió a leer los expedientes, desde Clive Hale hasta Sandra Hopkins, en busca de los vacíos sugeridos por May. No veía nada significativo. En un asesinato, siempre hay múltiples vías de aproximación, y Hastings había seguido la ruta normal. Los antecedentes de cada víctima se habían investigado a fondo, y después de cada nuevo asesinato, Hastings había cotejado la nueva víctima con los casos anteriores.

Lambert conocía al sargento del caso de Billy Nolan, Cormack Riley. Riley trabajaba en Greenwich cuando Lambert estaba en el Grupo e intercambiaron recursos en un par de ocasiones. Billy Nolan era el único caso del Cazador de Almas en el que había trabajado Riley antes de entrar en el MET. Tomó nota de sus datos y se dirigió a la estación de tren.

Klatzky lo llamó cuando estaba subiendo al tren en Temple Meads. Sonaba aterrorizado, con la voz alta y el habla arrastrada.

—Acabo de volver a mi casa —dijo.

—¿Y?

—Había un paquete, sin sello, entregado por la puerta igual que antes.

—¿Lo has abierto? —preguntó Lambert.

—Sí, y ojalá no lo hubiera hecho. Hay más fotos. Esta vez de otra persona.

El vagón estaba vacío salvo por un solitario hombre de negocios absorto en su portátil.

—¿Lo mismo que Haydon? —preguntó Lambert, que no quería entrar en detalles por teléfono.

—No exactamente —respondió Klatzky.

Lambert oía ruido de fondo al otro lado de la línea.

—¿Estás en un bar?

—¿Dónde más?

—Ve a la estación de Paddington. Estaré allí en menos de dos horas. Simon, no hables con nadie.

Klatzky estaba vestido con lo que Lambert imaginó que era la ropa de anoche. Había envejecido una década desde la última vez que lo vio, sus ojos carecían de vida. Lambert lo vio al salir del tren, caminaba en trance por la entrada de los andenes con un sobre marrón pegado al pecho.

—Vamos a tomar un café —dijo Lambert.

—Necesito algo más fuerte.

Lambert no tuvo fuerzas para discutir. Subieron por las escaleras mecánicas a un bar que daba al vestíbulo de la estación. Lambert pidió un té y Klatzky una cerveza con vodka, y luego le entregó el sobre con las manos temblorosas.

Esta vez solo eran fotos. Lambert supo inmediatamente lo que estaba viendo: no era Samuel Burnham, pero era una escena del crimen idéntica a la que le había mostrado el Inspector Bardsley. La víctima era un hombre negro, con la cabeza rapada, de unos treinta años. Al igual que Burnham, sus ojos habían sido sellados con alambres y su garganta había sido cortada. La tercera imagen mostraba una línea irregular donde le habían cortado la pierna izquierda, justo en el punto donde Lambert se la había roto.

—¿No viste quién dejó esto en tu apartamento? —le preguntó.

—No. Estaba allí cuando regresé.

—¿Cuándo habías vuelto, antes de eso?

—La mañana antes de ir a Bristol.

Lambert volvió a examinar las fotos. No eran de calidad policial. Las imágenes eran borrosas, de pobre resolución, como si hubieran sido impresas en una impresora personal. Era probable que el asesino las hubiera tomado. Era poco probable que hubiera dejado huellas, pero Lambert sostuvo las fotos con una servilleta en el borde del papel.

—¿Por qué me las envía a mí? —preguntó Klatzky. Se bebió el vodka de un trago. Sus uñas repiqueteaban contra la dura madera de la mesa.

—No estoy seguro. ¿Alguna vez le contaste a alguien más sobre las sesiones de asesoramiento de Billy?

—No que yo recuerde.

—Piensa bien, Simon.

—No le dije a nadie en ese momento, estoy seguro. Billy me juró guardar el secreto. Y no veo ninguna razón por la que lo hubiera contado desde entonces; ni siquiera te lo había dicho a ti hasta ahora.

Klatzky ahora relacionaba al Cazador de Almas con el segundo asesino y había recibido fotos de ambas escenas del crimen, que confirmaron a Lambert que el asesino de Burnham era el Cazador de Almas.

Las cosas estaban uniéndose. Las fotos eran pruebas importantes, pero planeaba guardarlas de momento.

Ahora se daba cuenta de que estaba equivocado. A Klatzky no le estaban tendiendo una trampa como había pensado inicialmente: el Cazador de Almas iba tras Lambert, y estaba usando a Klatzky para atraerlo.

—De acuerdo, Si. Puedes quedarte en mi casa hasta que resolvamos esto —dijo Lambert.

—Gracias, Mikey. ¿Puedo ofrecerte un trago?

—No. Escucha, deberías…

Sus súplicas cayeron en oídos sordos.

—Mira, lo siento, hombre. ¿Podrías prestarme algo de dinero?

Lambert vació su billetera y le dio dinero a Klatzky. No había manera de que él fuera capaz de convencerlo de salir del bar, pero lo intentó de todos modos.

—Necesito volver. Deberías venir conmigo.

—Creo que me quedaré aquí un tiempo. Lejos de los problemas —dijo Klatzky. Se guardó el dinero e hizo una señal al camarero.

Lambert esperó a llegar a casa para volver a ver las fotos. Cogió el metro hasta London Bridge y el tren de regreso a casa. Intentó apartar su mente del caso. Todo estaba desordenado y su mente era un revoltijo de información inútil. La experiencia le decía que intentar pensar en otras cosas a menudo le llevaba a la inspiración, a una visión que de otro modo se le escaparía.

Regresó a casa desde la estación de tren de Clockhouse, con los miembros agarrotados y dolor de cabeza. Abrió la puerta principal de mala gana. Adentro, preparó una cafetera. Sabiendo que Sophie no estaba, la casa parecía vacía, a pesar de que ella nunca solía

estar en casa durante el día.

Café en mano, recorrió cada habitación de la casa tratando de pensar, evitando volver a mirar las fotografías. Los techos parecían más altos de lo normal y las habitaciones menos desordenadas, como si Sophie se hubiera llevado la mitad del contenido de la casa cuando se marchó. Ahora debía estar trabajando. Lambert intentó no pensar en dónde pasaba las noches. Le había dado el nombre de un hotel, pero aún no había comprobado si estaba allí. La posibilidad de que pasara las noches con Julian Taylor era demasiado para él en ese momento.

Se sentó en uno de los sillones de la sala de estar, donde la otra noche había compartido la compañía de Klatzky y Roddy, y abrió el archivo fotográfico que le habían entregado a Klatzky. Había visto cientos de fotos de escenas del crimen, pero nunca le resultaba fácil. Normalmente podía desprenderse de las imágenes, pero las que tenía ante sí tenían cierta resonancia. No eran las imágenes en sí lo que le inquietaba: el hombre desnudo de mediana edad, la piel negra e hinchada salpicada de manchas granates, la pulcritud del alambre que cerraba los ojos del hombre, el limpio corte en la pierna del hombre. Era el hecho de que conocía a la víctima y que había luchado con ella hacía solo unos días.

Ahora estaba claro. Las fotos eran para él.

No fue Klatzky quien relacionaba al Cazador de Almas con este segundo asesino, era Lambert.

Volvió a la cocina y llenó su taza de café negro. Buscó en el sistema datos sobre la nueva víctima, pero no encontró nada. Realizó varias búsquedas sobre Klatzky, pero no apareció nada significativo además de la orden de detención existente. Cruzó el nombre de Klatzky con Campbell, y luego con Sandra Hopkins. Cotejó Klatzky con Billy Nolan y Samuel Burnham. Se le acabaron las ideas y comparó a Klatzky con todas las víctimas anteriores, pero nada.

Al final, llamó al detective en jefe Bardsley.

—No te he visto en diez años y ahora no puedo deshacerme de ti —dijo Bardsley, con su acento de Black Country.

—Pensé que debería llamarte —dijo Lambert.

—Ah, sí, ¿por qué?

—Me preguntaba si tenías algo nuevo que contarme.

Bardsley no contestó, solo se oía el débil sonido de su respiración a través del auricular del teléfono de Lambert. Él no estaba dispuesto a romper el silencio.

Finalmente, Bardsley cedió.

—¿Hay algo que necesites decirme, Mike? —dijo.

—No, solo tengo curiosidad por cómo está evolucionando el caso —dijo Lambert. Silencio de nuevo.

—Supongo que te enterarías de todos modos —dijo Bardsley—. Ha habido una segunda víctima. Kwasi Olumide. Su cuerpo fue descubierto hoy en la explanada de una gasolinera abandonada. Mismo *modus operandi* que Samuel Burnham, sus ojos fueron cerrados. El cuerpo había sido movido. Llevaba muerto al menos 48 horas cuando lo encontramos.

—¿Falta alguna parte del cuerpo? —preguntó Lambert, pensando en cómo el asesino le había quitado los labios a Sam Burnham.

—La pierna —dijo Bardsley—. Algo me dice que ya sabes esto, Mike.

—¿Quién es este personaje?

—Exconvicto. Cosas menores, como robo a casas. Atrapamos a tu informante, Myles Stoddard.

—Apuesto a que eso le gustó —dijo Lambert.

—Lo atrapamos en su hora de almuerzo.

—¿Qué tenía que decir?

—Lo conocía. Aunque me parece que conoce a mucha gente.

—¿Y?

—Parece que Kwasi estaba sufriendo serios problemas de dinero. Y según Stoddard, se rumoreaba que había ido a pedir consejo a un tal Sr. Campbell.

CAPÍTULO 33

May estaba delante de la iglesia de Gracelife, en Bristol, junto a Bradbury y dos agentes de policía uniformados. Tenía una cita con el pastor, Neil Landsdale. Llevaba una orden de registro de los archivos de la iglesia en su mano.

Abrió la puerta una señora delgada con un pálido vestido de verano. La mujer estaba nerviosa y movía la cabeza hacia delante y hacia atrás como un pollo. May se presentó y le enseñó la orden.

—Me temo que el ministro está muy ocupado en este momento. ¿Podría volver más tarde?

—No creo que entienda la naturaleza de la orden —dijo Bradbury, que se abrió paso detrás de May.

May extendió el brazo para detener su avance.

—¿Señorita…?

—Sra. Sally Davidson —dijo la mujer.

—Sra. Davidson, vuelva a leer la orden, por favor. Verá que tenemos derecho legal a entrar y registrar el local, esté o no el ministro preparado.

Bradbury murmuró para sí mismo mientras la mujer leía la orden.

—Debería consultarlo con el ministro.

—Vale, entremos todos juntos y podremos preguntarle —dijo May. Pasó junto a la mujer con la paciencia agotada.

La iglesia no era como las iglesias a las que había asistido de niña. Estaba acostumbrada a espacios abiertos, con techos altos y vitrales. Aquello no era más que un par de casas unidas. Las paredes de color marrón oscuro aumentaban la sensación de claustrofobia. La única luz provenía de un par de pequeñas ventanas ovaladas.

—¿Puedo ayudarle? —la silueta de un hombre larguirucho y canoso apareció por una puerta lateral.

—¿Neil Landsdale? —preguntó May.

—Sí.

—Soy la inspectora May. Creo que conoce a mi colega, el sargento Bradbury. Tengo una orden para registrar sus instalaciones.

May caminó por el suelo pulido y le entregó el documento. Davidson la siguió.

—Lo siento, Neil. Intenté detenerlos.

Landsdale ignoró a la mujer y leyó el expediente.

—Está bien, Sally —dijo cuando terminó de leer—. ¿De qué se trata, inspectora?

—Intentamos encontrar todos los documentos relativos a las sesiones de asesoramiento realizadas aquí en los últimos veinte años. Nos ahorraría mucho tiempo si pudiera ayudarnos.

—Por supuesto que les ayudaré. ¿Por qué tanto problema?

May solicitó la orden después de hablar con Lambert y descubrir que Billy Nolan había asistido a sesiones de asesoramiento en la iglesia durante el período anterior a su asesinato. No quería correr el riesgo de que Landsdale destruyera una posible prueba, por improbable que fuera.

Landsdale la condujo al despacho. May ordenó a Bradbury y a los demás que revisaran el resto de la iglesia.

—¿Es realmente necesario, inspectora? —dijo Landsdale.

—¿Qué tiene para mí entonces? —May ignoró las protestas del ministro. Le dijo los años concretos en los que estaba interesada, cuando Billy Nolan había sido estudiante.

—¿Tiene algún detalle sobre la naturaleza exacta de las sesiones? Llevamos y hemos llevado a cabo todo tipo de sesiones a lo largo de los años, desde reuniones de Alcohólicos Anónimos hasta asesoramiento a víctimas de abusos.

—Necesito detalles sobre todo lo de esos años. Supongo que no tienen los registros informatizados —dijo May tras echar un vistazo a un ordenador de aspecto anticuado que había sobre la mesa del hombre.

—No. De hecho, inspectora, no llevamos ningún registro. Por su propia naturaleza, estas reuniones suelen ser anónimas. Nunca haríamos una lista de asistentes. Lo mejor que puedo hacer es darle una lista de las sesiones de asesoramiento que tuvieron lugar y, con

suerte, el nombre del asesor. Incluso eso podría ser una posibilidad remota.

—¿Era usted el ministro en ese entonces?

—Sí, es mi iglesia.

Landsdale irradiaba calma. Tenía un carisma rudo, claramente practicado. Hasta ahora, había tratado a May como si fuera la única persona en el lugar. Se lo imaginó usando su encanto con los feligreses y engatusando a su pequeña congregación a seguir cada una de sus palabras.

—Nuestro sistema de archivo —dijo al abrir una puerta de madera en un rincón del despacho.

La puerta daba a una segunda habitación, poco más grande que un armario de escobas. En las paredes había estanterías y librerías. Archivos y papeles sueltos llenaban las estanterías sin orden aparente. May vio cómo su día desaparecía ante ella.

Landsdale pulsó un interruptor. Una nube de polvo se arremolinó alrededor de la bombilla de luz. La habitación estaba mohosa y una mancha de humedad oscurecía la esquina izquierda del techo. May observó a Landsdale avanzar en el desorden hasta que le entregó una pequeña carpeta de papeles.

—¿Esto es todo?

—Me temo que sí. Ya le he dicho que no llevamos muchos registros.

—¿La gente que viene a estas cosas no es vulnerable?

—A veces. Vienen voluntariamente. Algunos quieren ser anónimas y otros dan su nombre, pero no los registramos.

Landsdale apagó la luz y regresó a su despacho. May lo siguió e indicó a uno de los uniformados que buscara a Bradbury.

—¿Puedo utilizar uno de estos escritorios? —preguntó al ministro.

—Por favor, adelante. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Estoy bien, gracias.

—¿Señora? —dijo Bradbury, asomando la cabeza por la puerta del despacho.

—Ahí dentro —May señaló la otra habitación—. Revisa todo.

Landsdale actuó como si le hubiera golpeado la cara.

—¿Es realmente necesario?

—Le agradezco su colaboración —se limitó a decir May mientras

abría el expediente que tenía ante sí.

Leyó atentamente e hizo todo lo posible por ignorar a Landsdale, que se paseaba por la habitación.

—Esto llevará algún tiempo, señor Landsdale —le informó.

—Tómese todo el tiempo que quiera.

—Lo que quiero decir es que tal vez quiera tomar un poco de aire fresco.

—Sabía lo que quería decir, inspectora. Esta es mi iglesia, quiero serle de ayuda en todo lo que pueda.

May terminó de leer el expediente y volvió a empezar desde el principio, decepcionada por la falta de información que contenía. Tenía diez páginas. Contenía un horario con los días y las horas en que se utilizaba la sala, y una hoja para cada una de las sesiones. Habían utilizado la zona principal de la iglesia del mismo modo que las grandes iglesias utilizaban sus salones. De lunes a miércoles, la iglesia era usada por los Brownies, los Lobatos y las Niñas Exploradoras. Las sesiones de asesoramiento tenían lugar los jueves y los viernes. Debido a la naturaleza de las sesiones y a la falta de espacio, las habían repartido en diferentes periodos de tiempo. La última sesión había sido de nueve a diez de la noche. Solo dos de las sesiones tenían título: una sesión de Alcohólicos Anónimos el jueves a las ocho de la tarde, y una sesión de duelo familiar el viernes a las siete de la tarde.

—Todo esto es bastante vago —dijo May.

—Se lo advertí.

—¿Por qué no se titulan algunas de estas sesiones?

—¿Puedo ver?

May le entregó el expediente. Landsdale hojeó los papeles y sonrió al recordar.

—Las sesiones tituladas las impartían organizaciones externas. Las otras sesiones estaban a cargo de la iglesia y de consejeros eclesiásticos.

—¿Recuerda los detalles? Hay mucho tiempo sin marcar. Seguramente debe tener facturas, ¿no pagaban las organizaciones externas por alquilar la sala?

—Como ya he dicho, organizamos y llevamos a cabo una serie de cursos diferentes. Algunos de base religiosa y otros centrados en la comunidad local. Supongo que ahí encontrará más detalles,

aunque lo dudo —dijo Landsdale señalando el armario.

May se esforzó por no dejar que su desconfianza hacia los líderes religiosos influyera en su juicio contra Landsdale.

—Pero debe recordar algo.

Landsdale se sentó en una de las sillas del despacho. Estaba sereno, tranquilo y casi condescendiente.

—Fue hace veinte años. ¿Puede recordar lo que hacía hace veinte años? —le preguntó el hombre.

—Hasta cierto punto, sí.

—¿Pero hasta el punto que usted quiere que recuerde?

May suspiró.

—Sabe por qué estoy aquí. Uno de sus feligreses fue asesinado hace menos de una semana. Es posible que la víctima anterior del asesino asistiera a algún tipo de sesión de asesoramiento aquí. Incluso usted debe ver el vínculo.

—¿Incluso yo? —dijo Landsdale, riendo entre dientes—. inspectora, no intento ocultarle nada. Si realmente cree que existe una relación entre los dos asesinatos, por supuesto que le ayudaré en todo lo que pueda. Quiero justicia para Terrence tanto como usted, pero en los últimos veinte años hemos tenido cientos, posiblemente miles de grupos que han ido y venido. Además, ya no soy tan joven como antes. Mi memoria, como se dice en la jerga local, está agotada.

May sofocó una carcajada.

—¿Podría acceder a su memoria agotada y ver si puede recordar cualquier vínculo que la iglesia pudiera haber tenido con la universidad en ese entonces?

Landsdale se quedó mirando al frente. May pensó que la ignoraba hasta que se dio cuenta de que estaba pensando.

—Creo que solíamos poner folletos en la universidad. De hecho, creo que Terrence solía ayudarnos con eso cuando empezó a estudiar. Tengo un vago recuerdo de que asistimos a una especie de feria en ese lugar. ¿Una Feria de Bienvenida, quizás?

—De acuerdo. ¿Y quién habría asistido a esta feria?

—Éramos un equipo mucho más grande en ese entonces, inspectora. Una congregación enorme —se frotó la piel floja de la cara—. Quizás pueda preguntar a Sally.

—¿Sally?

—Sally Davidson. Creo que comenzó como una de nuestras consejeras en ese entonces. Ahora que lo pienso, puede haber sido su sugerencia acercarse a la universidad. Algo sobre la desesperación de ser estudiante.

—¿Es esta la misma Sally Davidson que estaba aquí cuando llegamos?

—La misma —dijo Landsdale—. Iré a buscarla.

Landsdale salió de la oficina. May no estaba segura de si estaba siendo deliberadamente obtuso o si el hecho de no haber identificado a Davidson como consejera en aquel momento había sido un error honesto. Recordó la forma nerviosa en que Davidson había reaccionado a su llegada y cómo había intentado que volvieran en otro momento.

Landsdale volvió.

—Qué raro, parece que se ha ido —dijo.

CAPÍTULO 34

Landsdale escribió la dirección de Sally Davidson en un papel y se lo dio a May.

—Está a solo una milla de la iglesia. Tal vez fue a casa a almorzar —dijo el ministro—, no puede trabajar así.

—Asegúrate de que no llame a nadie. No lo pierdas de vista —ordenó May a Bradbury—. Espera a que yo regrese antes de dirigirte a la estación.

May pasó por delante de un bar llamado The Cartwheel y se dirigió a una urbanización donde vivía Davidson. El cielo se había nublado y la temperatura había caído en picada. May se mantuvo alerta por si veía a la mujer.

Sally Davidson vivía en una casa adosada de Jubilee Street. Un seto crecido se extendía hasta la acera de delante de su casa. Cuando May abrió la verja del jardín, le cayeron sobre la mano motas de pintura negra desprendidas del metal oxidado.

Sally Davidson la esperaba junto a la puerta, con la cara desencajada. Inclinó involuntariamente la cabeza hacia delante.

—Inspectora May —dijo, con voz susurrante.

—¿Puedo pasar?

—Es un poco difícil en este momento —dijo Davidson.

—No empieces con eso, Sally. O entro ahora o vamos a comisaría.

La mujer se hizo a un lado y la hizo pasar, con la cara crispada al ver que entraba. Davidson la condujo a un salón estrecho. Estaba claro que a la mujer le gustaban los colores vivos. El papel pintado era un diseño floral con tonos púrpura y granate. Una colcha de retazos multicolor cubría un sofá de aspecto antiguo.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—Por favor, sentémonos.

Davidson se sentó en el sofá. May se sentó en el sillón de cuero granate que estaba enfrente.

—¿Entiende por nuestra conversación anterior por qué asistimos hoy a la iglesia?

—Sí, la orden.

—¿Y sabe qué estamos investigando?

—Terrence —dijo la mujer. Movía la cabeza de un lado a otro en una cadencia uniforme.

—¿Puede decirme por qué salió del edificio con tanta prisa?

—No me pidieron que me quedara —dijo Davidson luciendo indignada.

—¿Nada más que eso?

—No me gustó que aparecieran y nos invadieran. No es justo para el ministro ni para la Iglesia.

Davidson mantuvo la cabeza alta con confianza. Los músculos de su cuello estaban tensos, y una vena nudosa serpenteaba por el costado y parecía a punto de reventar.

—El Sr. Landsdale me informó que usted ha estado con la Iglesia durante varios años.

—Así es.

—También mencionó que fue consejera en la época de la muerte de Billy Nolan.

Davidson se desplomó sobre los mullidos cojines del sofá y toda pretensión de confianza desapareció.

—¿Asistió Billy Nolan a sesiones de asesoramiento con usted, Sra. Davidson?

Davidson intentó sacudir la cabeza, pero los nervios la dominaban. Su cabeza se movía por sí sola en un continuo movimiento circular intercalado con algún espasmo hacia delante.

—No —dijo.

—¿Pero iba a la Iglesia?

—No puedo estar segura, pero creo que sí.

—¿Fue interrogada sobre la muerte de Billy Nolan en ese entonces?

—No. Nadie se puso en contacto con la Iglesia.

Los archivos del caso respaldaban su afirmación.

—¿Y no dio la información voluntariamente?

—No estaba segura, y esos chicos estaban aquí anónimamente.

—¿Chicos?

—Como dije, no estoy segura de que Billy Nolan haya asistido. Por las fotos que vi en el periódico, creo que era él. Siempre venía con un amigo. Teníamos dos sesiones al mismo tiempo. Yo dirigía una arriba en la oficina, la otra se dirigía abajo.

—Y Nolan fue a la de abajo.

—Es posible. Sí, creo que sí.

Davidson dejó su asiento.

—¿Puedo traer algo? Guardé algunas cosas que pueden ser de ayuda —la mujer regresó unos minutos después con una caja en la mano—. Lo guardé después de la muerte del muchacho. Me doy cuenta de que debería haberme puesto en contacto con alguien antes.

Antes, pensó May. Había tardado dieciocho años, y podría haber evitado la muerte de Terrence Haydon. May abrió la caja y escaneó el contenido.

—Billy, si era él, estaba en un grupo para víctimas de abusos. No era un área en la que yo estuviera cómoda, así que la Iglesia trajo a un especialista para dirigir la sesión.

—¿Pero seguía anunciándose como un grupo de la iglesia? —preguntó May.

—Supongo que sí.

—¿Recuerda el nombre de la persona que dirigía la sesión? ¿De qué organización era? —May trató de ocultar su creciente emoción.

Davidson le dio un trozo de papel.

—¿Este es el nombre?

El papel tenía un apellido garabateado en bolígrafo.

—Solo lo conocía por su apellido. Esto fue hace mucho. No sabía nada del hombre. Lo veía una vez a la semana y se iba al final de la sesión. El ministro podría saber algo más.

May suspiró.

—¿Y su grupo?

—Yo dirigía un grupo de apoyo para cuidadores. Cuidé a mi madre hasta el día de su muerte. Muchos jóvenes tienen que hacer lo mismo, así que quería ayudar en lo que pudiera.

—¿Y el amigo de Billy Nolan? ¿Qué recuerda de él?

—Era un chico encantador. Muy guapo. También cuidaba de su madre. Ella murió un año antes de que él empezara en la

universidad. Era un joven muy modesto; decía que no debería haber ido a las reuniones porque había sido un placer cuidar de ella. La pobre mujer había quedado ciega después de un cáncer particularmente desagradable y su padre había fallecido algún tiempo antes.

—¿Ciega?

—Sí —dijo Davidson.

—¿Recuerda el nombre del muchacho?

—Por supuesto. Era Simon Klatzky.

May volvió rápido a la Iglesia e interrogó a Landsdale. Bradbury había terminado de empaquetar las últimas cajas. Ella lo puso al tanto de lo que Davidson le había dicho.

—Revisa cada documento. Tenemos que localizar al consejero encargado de las sesiones de Billy Nolan.

—¿Y tú?

—Tengo que ir a Londres.

Cogió el primer tren disponible en Temple Meads. Llamó al Superintendente Rush para informarle que se dirigía a Londres y le pidió que emitiera una orden de arresto urgente para Simon Klatzky.

Revisó su correo electrónico a tiempo para ver un mensaje de Sean. Suspiró. Se estaba convirtiendo en un problema que tenía que resolver. Su enfrentamiento en The Triangle, en Clifton, la había conmocionado más de lo que había imaginado. Algo en el cambio de expresión de su cara le había dado motivos para preocuparse.

Ella no temía una confrontación directa. Sean no trabajaba así; su ataque sería encubierto. Sugirió que haría público el aborto. Aunque ella se había reído, le complicaría las cosas. Por un lado, nunca lo había declarado en ningún formulario médico ni evaluación psicológica. Solo ese hecho podía meterla en un buen lío. Ignoró el correo electrónico y decidió que se reuniría con el hombre cuando terminara para siempre con el caso más importante de su vida.

En la estación de Paddington, cogió el metro hasta Holborn y dio un corto paseo hasta el edificio de Barker and Price Solicitors. El vestíbulo era tan grandioso como el de un hotel de cinco estrellas.

Dos ascensores de cristal se extendían hasta el cielo. May hizo

una corta cola para hablar con uno de los recepcionistas del bufete. Un joven asiático, vestido con un elegante traje de raya diplomática y un turbante blanco en la cabeza, le preguntó en qué podía servirle.

—Me gustaría hablar con Sophie Lambert —dijo ella.

—¿Tiene cita?

May mostró al hombre su tarjeta de identificación.

—Soy la inspectora May. Por favor, informe a la Sra. Lambert de que me gustaría verla inmediatamente.

El recepcionista no dudó.

—Por favor, tome asiento —dijo, y señaló una fila de sillones de cuero afelpado.

Dos minutos después, se le acercó una mujer.

—¿Inspectora May? Me llamo Matilda Sanford. Soy la asistente personal de la Sra. Lambert. Si desea seguirme, la señora Lambert la está esperando.

Tomaron el ascensor hasta el piso treinta y seis del edificio. El perfume de Sanford, un tenue aroma a rosas, llenaba el interior del ascensor. La mujer se mantuvo a una respetuosa distancia de ella y no instigó ninguna conversación.

La puerta se abrió y Sanford la acompañó por un pasillo desierto hasta un despacho acristalado.

—La inspectora May quiere verla —informó a la mujer que estaba sentada sola en el despacho.

—Gracias, Matilda. ¿Inspectora May? Sophie Lambert. ¿En qué puedo ayudarle?

El apretón de manos de la mujer fue firme, pero no exagerado. Sophie Lambert era una mujer menuda de ojos grandes e intensos. Exudaba confianza. No era por el traje de negocios de alta costura y los tacones de infarto que llevaba. Sophie Lambert era una de esas personas con las que May se encontraba a veces. Tenía un aura y una cualidad difícil de definir. Imaginaba que la mujer tenía una clientela muy fiel, pues parecía ser el tipo de persona con la que la gente quería estar.

—Por favor, disculpe la visita no anunciada. Estoy aquí por su marido.

Una breve expresión de preocupación apareció en el rostro de Sophie Lambert y desapareció como si nunca hubiera estado allí.

—Será mejor que se siente —dijo.

CAPÍTULO 35

Lambert consideró lo que Bardsley le había dicho.

—¿Así que Stoddard persiste con su teoría de Campbell?

—Eso parece. El problema es que no sabe qué aspecto tiene Campbell. Ni siquiera tiene nombre de pila. Es un ejercicio inútil buscar a alguien que puede no existir —respondió Bardsley.

Dímelo a mí, pensó Lambert. Decidió no contarle lo de las fotos enviadas a Klatzky. Si el asesino estaba intentando llamar su atención, involucrar a Bardsley podría desviar su atención. El Cazador de Almas había estado inactivo durante dieciocho años; era concebible que pudiera desaparecer de nuevo. No podía correr ese riesgo.

Le pidió a Bardsley que lo mantuviera al tanto y colgó. Tenía una llamada perdida de Sophie. No había dejado ningún mensaje, así que no le devolvió la llamada. Envió un mensaje de texto a Klatzky indicándole que volviera a la casa lo antes posible.

Se encontró con Cormack Riley en la misma cafetería donde Klatzky le había enseñado las fotos. Había pasado menos de una semana, pero parecía distante.

—Esto es un poco raro —dijo el hombre, tendiéndole la mano—. Lo siento, he pedido con antelación —añadió y señaló con la cabeza su taza de café.

—No se preocupe. Gracias por venir hasta aquí.

Riley vestía unos vaqueros desteñidos y una camisa de algodón antigua con líneas verticales descoloridas. Tenía el pelo castaño, fino y ralo. Su cara estaba quemada por el sol, con la piel roja embolsada con viejas cicatrices de acné.

—Me sorprendió su llamada. Hacía tiempo que no oía hablar de ti.

—Llevo un par de años sin trabajar.

Riley se limpió una línea de espuma del labio a medida que asentía ligeramente. El oficial sabría de su excedencia.

—¿De qué se trata todo esto?

—Como mencioné por teléfono, estoy trabajando en el caso del Cazador de Almas.

Riley mantuvo la mirada fija en Lambert.

—Antes de continuar, ¿puedo confirmar que su participación no es oficial?

—¿Es eso un problema?

—No necesariamente.

—Es complicado —dijo Lambert.

Riley volvió a pasarse la mano por la boca.

—Imagino que sí. Dime lo que quieres saber y partiremos de ahí.

—¿Trabajó en el caso de Billy Nolan, en Bristol?

Riley tragó saliva.

—Sí, ¿por qué crees que trabajo en Antivicio ahora? Imaginé que pasaría los siguientes veinte años de mi vida visitando escenas del crimen que olían a mierda y autopsias que olían peor, y pensé en salir.

—¿Cómo va eso?

Riley sonrió.

—Ahora visito guaridas de *crack* y prostíbulos que huelen a mierda. Los cadáveres que veo son normalmente el resultado de autolesiones. Es un puto pícnic.

—Así que, sobre el caso Nolan —Lambert volvió al tema.

—Sí, fue una locura. Tú eras sospechoso, si mal no recuerdo.

Lambert levantó las manos.

—No presentaron cargos.

Riley no sonrió.

—Todo estaba muy fragmentado, lo recuerdo. El oficial superior de investigación había perdido parte de su equipo. Me llamaron junto con otras caras nuevas. El oficial superior de investigación, Hastings, no estaba contento; no creo que fuera su decisión. El Cazador de Almas tenía mucha prensa en ese momento, y no estábamos cerca de atraparlo. No teníamos nada con que trabajar. Ningún motivo discernible, ningún vínculo entre las víctimas…

—¿Ningún vínculo entre las víctimas?

—No. Billy Nolan era un estudiante de tercer año de la

universidad. La víctima anterior, David Welsh, era un soldador divorciado de veintiocho años de Congresbury. La presión era intensa. Se hablaba de que Hastings perdería su puesto.

Lambert no se había dado cuenta de que Hastings había estado bajo presión, aunque tenía sentido.

—David Welsh era miembro de una iglesia, como algunos de los otros.

Riley se encogió de hombros y se cruzó de brazos.

—Billy Nolan no lo era.

—¿Investigaste a los otros?

Riley no respondió de inmediato.

—¿Qué es esto? ¿Estás con la IIU?

Lambert no sabía si Riley estaba bromeando o no. El IIU era el equipo de investigación interna de la fuerza.

—No sea ridículo. Estoy buscando cualquier cosa que pueda haberse perdido de los casos anteriores, algo que pueda relacionarse con los dos nuevos asesinatos. No está bajo investigación, Cormack. Imagino que tendría que informarle si ese fuera el caso —dijo Lambert. Se sorprendió por la actitud defensiva de Riley.

—Le aseguro que no se nos pasó nada por alto. Olvida que hubo ocho casos antes de Nolan. Las historias de las víctimas fueron exploradas a fondo, Hastings fue meticuloso. ¿Has hablado con él?

—Sí, por supuesto. Intento hablar con todos los implicados en todos esos casos.

Riley desplegó los brazos.

—¿Qué hace ahora ese viejo bastardo?

—Es escritor.

—Ah, sí, ya me enteré —Riley levantó la cabeza y suavizó el tono—. Si pudiera leer, compraría uno de sus libros.

—¿Cómo era como oficial superior de investigación? —preguntó Lambert. Decidió presionar al oficial mientras estaba de mejor humor.

—Sin problemas. Muy sensato, metódico. Solo lo vi perder la calma una vez.

—¿Ah, sí?

—Con una WPC. Ella tenía información sobre una cosa u otra. No puedo recordar lo que era. Él se volvió loco, como Jekyll y Hyde. Hizo llorar a la pobre chica. He visto esa reacción cientos de

veces, pero fue un poco extraño verla en él. Me di cuenta de que la presión le estaba afectando.

Lambert se esforzó por imaginar a Hastings perdiendo los estribos.

—Es una posibilidad remota, pero ¿recuerda que se mencionara el nombre de Campbell en la investigación?

—¿Una posibilidad remota? Fue hace veinte años. ¿Tienes algo más que eso?

—El nombre Campbell sigue apareciendo. Nada más por el momento.

Riley suspiró.

—Déjame ver qué puedo desenterrar. He guardado todos mis cuadernos. Si puedo localizarlos, les echaré un vistazo. A ver si encuentro alguna mención de un Campbell.

Lambert volvió a su casa por Croydon Rec. La zona de juegos estaba muy concurrida, las familias locales disfrutaban del sol.

Cuando se acercó a la puerta de su casa, se sorprendió al ver que Sarah May estaba fuera esperándolo. Llevaba un traje pantalón y el pelo recogido en una coleta.

—Creía que estabas en Bristol —le dijo él—. ¿Me has seguido en el tren?

—A veces tienes un gran autoestima, ¿sabes?

Ella sonreía, pero no de la manera despreocupada que él había visto en ocasiones anteriores. Había un cambio en su lenguaje corporal, una rigidez en su postura. Lambert no sabía cómo responder, era evidente que la había hecho molestar.

—¿Vas a invitarme a pasar o no?

—Lo siento, por favor pasa —dijo Lambert tras abrirle la puerta.

Ella pasó junto a él y esperó en el pasillo. Él pasó rozándola.

—¿Café?

—Sería estupendo —dijo ella, un poco más relajada.

—Supongo que se trata de negocios —dijo él mientras molía granos para la cafetera.

—Hay un par de novedades —dijo May, que tomó asiento en una silla de respaldo alto junto al mostrador del desayuno—. En primer lugar, quiero agradecerte tu ayuda, por indirecta que haya sido.

—¿Cómo es eso? —preguntó Lambert. No le gustaba la

formalidad con la que le hablaba, como si no hubieran pasado tiempo a solas.

—Parece que, cómo decirlo, tu investigación sobre Sandra Vernon puede haber dado frutos.

Lambert vertió agua caliente sobre los granos de café molido y el aroma penetrante llenó la habitación.

—Eso fue rápido. Acabo de volver de Bristol.

—En el West Country no perdemos el tiempo —dijo May y aceptó la taza de café de Lambert—. Tenemos una orden en la iglesia. Una de las consejeras que todavía trabaja allí casi confirmó que Billy Nolan asistió a una sesión de asesoramiento allí cuando estaba en la universidad.

—¿Nombre?

—Sally Davidson.

—¿Conocía a Nolan?

—Recordaba su asesinato. Ella no lo aconsejó, pero está bastante segura de que asistió a la iglesia.

—¿No contactó con la policía?

—No.

Lambert se pasó una mano por el pelo.

—Por Dios. ¿Para qué eran las sesiones?

—Ella cree que Nolan asistió a la sesión para víctimas de abuso sexual.

Lambert recordó lo que Klatzky le había dicho. Todavía no podía creer que Billy hubiera guardado un secreto así todo ese tiempo.

—¿Qué recordó?

—Recordó que Terrence Haydon también estuvo allí esas noches. Lo conoce desde que era niño. Verificó su papel como persona a cargo del café, pero nada más. Ella solía dirigir una segunda sesión al mismo tiempo que Nolan asistía a la suya. Un grupo de ayuda para cuidadores. Familiares enfermos, ese tipo de cosas.

—¿Pero ella no trataba con Nolan directamente?

—No, trajeron a un especialista. Afirmó estar sorprendida de que nadie investigara la iglesia después de su asesinato.

—¿Pero a ella no se le ocurrió compartir la información? Por Dios, deberían arrestarla por obstrucción. Terrence Haydon y Sandra Hopkins podrían estar vivos si no fuera por ella.

La cara de May se endureció.

—Comparto tu ira, Michael, créeme.

Lambert se paseaba por la cocina, derramando café sobre el suelo enmohecido.

—¿Quién supervisaba las reuniones de Billy? —dijo cuando trató de calmarse.

May no contestó a su pregunta.

—Hay algo más. Había alguien en su grupo que era amigo de Billy Nolan. Alguien que tú conoces.

Lambert se frotó el puente de la nariz y comprendió la respuesta.

—¿Simon? ¿Me estás tomando el pelo?

—¿Sabes dónde está Klatzky, Michael?

Lambert desvió la pregunta.

—¿Mencionó a alguien más?

—No. No pudo confirmar o negar que Sandra Hopkins asistió a sesiones allí. Le mostramos fotos de todas las víctimas anteriores, pero no hubo suerte. ¿No me responderás sobre Simon Klatzky?

Por segunda vez desde que le pidió ayuda, Klatzky le había ocultado información. No podía seguir protegiéndolo.

May le habló de la madre de Klatzky. En todos los años que había conocido a Klatzky, este no había mencionado ni una sola vez que su madre era ciega. Todos habían hablado de sus familias en la universidad. Lambert había conocido a algunos familiares durante las visitas, pero se dio cuenta de que no sabía nada importante sobre los padres o las familias de ninguno de sus amigos. Así eran las cosas. Se hacían preguntas vagas sobre los demás y se conformaban con respuestas vagas.

—Espera aquí —le dijo a May.

Ya había escaneado las fotos de los dos archivos que le habían enviado a Klatzky. Buscó los originales en el cajón de su escritorio, bajó las escaleras y se los entregó a May.

Si estaba sorprendida, lo disimuló bien.

—¿Sabes algo de esta víctima? —dijo Lambert.

—Kwasi Olumide —asintió ella.

—Sí.

—¿Qué diablos pasa, Michael? ¿Por qué le enviaron esto a Klatzky?

—Tu suposición es tan buena como la mía en este momento.

May suspiró, descontenta por su ambigua respuesta.

—¿Cuándo te dio Klatzky las fotos?

—Me dio las fotos de Haydon el día antes de encontrarme contigo en Bristol. Estas nuevas llegaron a su casa esta mañana.

—¿Por qué no nos informaste, Michael? Sabes que podrían acusarte por esto.

—Las estoy compartiendo ahora. Estaba trabajando en mis propias líneas de investigación.

May revisó los archivos una vez más. Lambert se preguntó si le preocupaba que le ocultara información o que habían estado a punto de pasar la noche juntos.

—¿Se te ha cruzado por la cabeza que Klatzky fue quien tomó estas fotos?

—No seas ridícula —dijo Lambert. Se sirvió más café y agarró su taza con fuerza—. No, no lo creo.

—Tendré que compartir esta información con Nielson y Bardsley.

—Adelante.

—¿Dónde está Klatzky ahora?

—Lo vi hace tres o cuatro horas en la estación Paddington cuando me mostró las fotos. Le dejé ahogando sus penas en el bar.

Él le dijo el nombre del bar.

—¿Hay algo más que me estés ocultando? —preguntó May.

Lambert se encogió de hombros.

—¿Ibas a decirme quién dirigía esas sesiones de asesoramiento? —dijo él.

—No estoy segura de que eso sea relevante ahora —dijo May. Se sentó en una de las sillas de la cocina—. Esto es un desastre.

—Sígueme la corriente, podría ayudar.

—Bueno, como he dicho, la mujer que conocí fue Sally Davidson. Había otro consejero trabajando en la misma noche, un hombre. De una agencia externa.

—¿El que dirigía las sesiones de Billy Nolan?

—Sí. Ella no estaba segura de su nombre de pila, solo lo conocía como Campbell.

CAPÍTULO 36

—¿Campbell? ¿Estás segura?

—Sí. ¿Por qué? Pensé que ibas a escupirme el café encima.

—Tienes que hablar con el detective en jefe Bardsley de inmediato —dijo Lambert.

Le explicó a May lo de Campbell. Cómo su fuente, Myles Stoddard, había relacionado a un hombre llamado Campbell con los asesinatos de Samuel Burnham y Kwasi Olumide.

—¿Así que Bardsley tiene una orden de arresto contra este tipo?

—No del todo. Por ahora solo tenemos el apellido.

—Podría ser una coincidencia.

—Podría ser. Demasiada coincidencia. Klatzky ha recibido dos juegos de fotos de la escena del crimen: una de una víctima del Cazador de Almas, otra de una segunda víctima con los ojos cerrados. Dos formas diferentes de asesinato que involucran los ojos. Nolan y Haydon asistieron a sesiones de asesoramiento. Uno fue aconsejado por alguien llamado Campbell. Creo que podemos empezar a considerar la posibilidad de que estén relacionados, de una forma u otra.

—¿Por qué el diferente *modus operandi*?

—Creo que diferencia a las víctimas. Aún no entiendo por qué.

—Bien, voy a llamar a Bardsley ahora —dijo—. Le diré a él, y a Nielson, que tú ofreciste la información sobre Klatzky.

—Es un poco tarde, pero no mentirás.

Ella le agarró del brazo.

—Tienes que dejarlo ahora.

—Te avisaré cuando Klatzky aparezca —dijo Lambert.

May se quedó junto a la puerta, como si esperara algo más de él.

—¿Tal vez podamos hablar más cuando todo esto haya terminado?

—De acuerdo, me gustaría —dijo él. Comprendió lo inadecuadas que sonaban sus palabras. Sentía que había una distancia entre ellos y temía que aumentara. Cuando abrió la puerta para dejarla salir, vio a Klatzky tambaleándose hacia la casa. El hombre deambulaba por la acera y chocó contra un coche aparcado. No levantó la vista hasta que May salió a la calle.

Klatzky se detuvo. Se balanceaba de un lado a otro de una manera lastimera y cómica, con la boca abierta.

Lambert salió a la calle y saludó a Klatzky, que levantó el brazo en respuesta.

—Simon —gritó. Le hizo señas para que se acercara, tratando de mantener un lenguaje corporal neutro. May se mantuvo cerca para no asustar al hombre.

Klatzky seguía con la mirada perdida. Se había emborrachado en el bar, y debía haber bebido el doble desde entonces. Lambert solo podía imaginar los pensamientos desquiciados que le pasaban por la cabeza. Klatzky se acercó como un cachorro errante que vuelve con su dueño.

Estaba a cinco metros cuando May se movió. La mujer sonrió y le agarró el brazo, se lo retorció a la espalda, lo esposó y empezó a leerle sus derechos.

Klatzky apenas podía hablar.

—¿Qué está pasando? —le dijo a Lambert. Arrastraba las palabras como si tuviera un impedimento del habla.

—Te conseguiré un abogado —dijo Lambert.

—Hay algunas cosas que no nos has dicho, Sr. Klatzky —dijo May antes de pedir asistencia.

CAPÍTULO 37

Sophie apareció cuando la camioneta antidisturbios se llevaba a Klatzky. May estaba entrando en su coche y Sophie la saludó con la cabeza como si se conocieran.

—¿Qué fue eso? —preguntó Lambert cuando May se alejó.

—¿Qué? ¿Estás de broma? Te has dado cuenta de que una camioneta antidisturbios acaba de venir a nuestra casa a llevarse a uno de tus amigos.

—Buen punto, pero estás cambiando de tema. ¿Conoces a esa mujer?

—¿Tu preciosa amiguita? —preguntó Sophie, con un toque de picardía en la voz.

—¿Sophie?

—Por eso estoy aquí. Quería decirte que estás bajo vigilancia.

—¿Te ha interrogado?

—Verificando algunas fechas y asegurándose de que estabas sano y salvo en casa. Por fortuna, coincidieron. ¿En qué te has metido, Mike?

Lambert no sabía cómo responder a la pregunta. Estaba convencido de que Klatzky era inocente y tendría una coartada adecuada para los asesinatos.

—No estoy seguro. Necesito un trago. ¿Quieres ir a comer algo?

—De acuerdo —dijo Sophie, desconcertada.

Lambert llamó a un abogado mientras caminaban hacia uno de los restaurantes de la calle principal. No estaba seguro de por quién se sentía más traicionado: Klatzky por su engaño o May por investigarlo a sus espaldas. May estaba haciendo su trabajo, y suponía que no tenía por qué cuestionar a Sophie, pero aun así no podía librarse de la sensación de que tal vez había fingido y que había estado jugando con él desde su primer encuentro.

Antes de casarse, solían visitar el restaurante italiano al menos una vez al mes. El dueño los conocía a los dos por su nombre. Los saludó con su alegría habitual y los condujo a una mesa junto a la ventana. Lambert pidió una botella de vino.

—Para mí no —dijo Sophie.

El dueño esperó una respuesta.

—Pediré una botella de todos modos —dijo Lambert.

—Agua con gas —dijo Sophie, mirándolo como solo ella podía hacerlo. Evaluándolo, calculando su estado de ánimo, decidiendo qué sería mejor preguntarle. Cuando él se negó a hablar del caso, Sophie lo puso al corriente de las últimas novedades de su trabajo.

Lambert no tardó en terminar su segunda copa.

—¿Seguro que no quieres una copa? —le preguntó.

—Estoy bien con agua —dijo Sophie.

—Vamos, toma una copa.

—Puedes tomar más, no diré nada —dijo entre risas. Lambert sirvió otra copa.

—No puedes aguantar toda la noche —dijo Sophie.

Era la segunda vez en pocos días que compartía una comida con su mujer. No era tan ingenuo como para darle importancia, decidió disfrutar de su tiempo juntos mientras durara.

—Está bien —dijo.

Le contó todo. Cómo Klatzky le había enseñado las fotos hacía unos días y sus viajes a Bristol. Fue un alivio desahogarse.

—¿De verdad crees que Simon es el asesino? —preguntó ella.

Lambert estuvo por protestar, pero luego pensó en todas las personas que había ayudado a llevar ante la justicia a lo largo de los años. Tantas veces se había encontrado con amigos y familias ajenos a los crímenes de sus seres queridos. ¿Cuánto sabía realmente sobre Klatzky? Le había ocultado tantas cosas: su madre ciega, las sesiones de asesoramiento de Billy, sus propias sesiones de asesoramiento en la iglesia. ¿Realmente se sorprendería si se revelara que Klatzky era el asesino?

—Simon apenas funciona. No tiene capacidad para esas cosas. Además, solo tenía diecisiete o dieciocho años cuando Clive Hale fue asesinado. No lo creo —Lambert tomó otro trago y se dio cuenta de que sonaba como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo.

—No vas a dejar que vuelva a la casa, ¿verdad?

—No. Si lo liberan, lo ayudaré a conseguir un hotel donde sea.

Sintió que el fin se estaba acercando. O Klatzky sería acusado, o el asesino iría tras él.

—¿Eso significa que regresaste al trabajo? —dijo Sophie.

—Tillman ha sugerido que podría volver.

—¿Y?

—No lo sé. Tal vez.

Lambert declinó la segunda botella que el dueño le ofreció. Se saltaron el postre y pidió un expreso doble antes de pedir la cuenta.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó a Sophie afuera del restaurante—. ¿Vienes a casa o sigues en el hotel?

—Vamos a casa un rato —dijo ella. Le rodeó el brazo, y un escalofrío le recorrió el cuerpo. El pulso le latía en el cuello. Le emocionaba volver a estar tan cerca de su mujer, pero también le asustaba. El asunto con el abogado aún no se había resuelto. Conocía a Sophie desde la mayor parte de su vida adulta y percibía que le ocultaba algo, pero no estaba seguro de querer saber qué.

Al llegar a su calle, Lambert aminoró el paso. Habían caminado en silencio y disfrutando de la compañía del otro, o tal vez se preparaban para lo que les esperaba. Al cruzar la puerta, Lambert la besó. Sophie se quedó con los brazos a los costados, sin responder. No se habían besado bien en los dos años transcurridos desde la muerte de Chloe.

Él continuó sin inmutarse; colocó las manos en las mejillas de Sophie y esperó una respuesta. El tiempo nunca pasó tan despacio. Finalmente, ella llevó las manos al pecho de él y empezó a devolverle el beso.

Lambert la llevó a su dormitorio.

—¿Aquí está bien? —le dijo. Estaba avergonzado por tener que pedir permiso para usar su dormitorio. Ella no contestó, sino que rasgó frenéticamente su ropa. En cuestión de segundos estaban desnudos juntos en la cama. Ella lo besó con una furia que él nunca había visto en ella. Empezó a morderle el labio y a tirarle del pelo. Sus movimientos desesperados eran excitantes y a la vez inquietantes, como si intentara convencerse de que realmente lo deseaba.

—¿Qué pasa? —le preguntó él. La cogió por los brazos y apartó

la cara de la suya.

Ella empezó a llorar.

—No puedo, Michael —dijo—. Lo siento mucho. Quiero hacerlo, pero no puedo.

Lambert se vistió, con la cara enrojecida. Sentía que su temperamento aumentaba, aunque no estaba dirigido a Sophie. Podía entender cómo se sentía. Le dijera lo que le dijera, incluso en las reuniones de asesoramiento a las que habían asistido, en el fondo seguía culpándolo por la muerte de Chloe.

Él no podía culparla por eso. La culpa era suya.

Sophie se metió debajo del edredón y se envolvió en su funda protectora. Su rostro asomó por encima, implorando su perdón.

Ya vestido, Lambert se sentó a su lado en la cama.

—No es culpa tuya —le dijo.

Ella le tocó la cara y sonrió entre sollozos ocasionales. Siempre le había gustado su aspecto después de llorar, sus mejillas rojas y sus ojos suaves.

—Hay algo más, Michael —dijo ella, y las lágrimas volvieron a brotar.

Puede que le encantara su aspecto después de llorar, pero el llanto en sí era otra cosa. Lo hacía sentir impotente. Quería abrazarla, pero después de lo ocurrido no conocía los límites. Todo lo que podía hacer era sentarse y mirar. Su cara se arrugó de desesperación.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Ella era incapaz de hablar entre lágrimas. Era el fin. Lo había adivinado en el restaurante. Tal vez por eso la había besado, porque no quería oír las palabras. Intentó hacérselo más fácil.

—Me dejas —adivinó Lambert, con palabras entrecortadas.

Sophie volvió a llorar. Sacudía la cabeza, no para negar el hecho, sino para sugerir que había algo más. Al final, soltó las palabras en un grito agudo intercalado con sollozos.

—Estoy embarazada.

Él se quedó helado y sintió un escalofrío de dolor. Se levantó de la cama con náuseas y un dolor sordo en el pecho. No se había acostado con Sophie desde el accidente.

—¿De quién? —preguntó.

—¿Acaso importa?

Se apartó de ella, recordando cuando el abogado la llevó a casa la otra noche. Recordó que el hombre se inclinó hacia ella y Sophie rechazó sus avances.

—Jeremy Taylor —dijo él, negando con la cabeza.

—¿Cómo demonios sabes eso?

Lambert la miró fijo y trató de no imaginársela follando con el hombre en su casa.

—Solo fue una vez, hace un par de meses. En una fiesta en la oficina. Bebí demasiado vino y él se ofreció a llevarme a casa. Y…

Lambert levantó las manos.

—No necesito saber los detalles.

—Fue solo una vez, Michael. Es la primera vez, desde…

A Lambert se le erizó la piel. No tenía derecho a enojarse por la infidelidad. Se había acostado con dos mujeres en los últimos dos años. Una vez con una de las enfermeras que le ayudaron a recuperar la forma física tras el accidente, y otra con una mujer que conoció en el gimnasio local. Esa aventura había durado dos meses. No sabía si Sophie se había enterado, pero nunca le había dicho nada.

—¿Se lo has dicho?

—Todavía no.

—¿Vas a quedártelo? —dijo en voz baja.

—Sea niño o niña, no reemplazará a Chloe —dijo Sophie.

Se desenredó de las sábanas y se acercó a él, pero Lambert le dio la espalda.

—Está bien —dijo, y salió de la habitación.

La oyó salir de casa diez minutos después. Para entonces, él ya había bebido su segunda copa de vino tinto. Ella se despidió de él al salir y él le devolvió el saludo sin hablar. Esperaba que ella entendiera que no la culpaba. No era asunto suyo con quién se acostara, y si se había quedado embarazada, que así fuera.

Sin embargo, se sentía como una muerte, como si Chloe volviera a morir. Tropezó con el armario de las bebidas y abrió una botella de vodka. Rara vez bebía alcohol, pero necesitaba algo para aliviar el dolor. Vertió una generosa medida en una copa de vino y bebió a sorbos. Hizo una mueca de dolor cuando el líquido agudo le quemó la garganta.

No había llorado cuando Chloe murió. Solo lo supo dos días tras

el accidente. Había estado inconsciente por dos días. La madre de Sophie fue quien se lo contó, ya que Sophie estaba demasiado sumida en su dolor y, suponía Lambert, en el odio que le profesaba como para decírselo ella misma.

Al principio fue incapaz de procesar la información. Conocía las fases del duelo, ya había informado a otras personas de la muerte de sus seres queridos. Siempre pensó que tal vez reaccionaría de manera diferente, que tal vez sería capaz de manejarlo o entender lo que le estaban diciendo.

—Mierda —gritó en el aire vacío de la sala de estar. ¿Cómo podía haber muerto su niña? ¿Por qué seguía vivo? Ahora que Sophie se había ido y estaba embarazada, todo volvía a su mente. El trauma de la época, la amargura de sus vidas, la rabia que almacenaba en su interior. Se levantó y tiró la copa de vino contra la pared.

¿Cómo pudo dejar que las cosas llegaran a este punto? Chloe estaba muerta. Sophie lo había abandonado. Uno de sus antiguos mejores amigos estaba detenido y posiblemente relacionado con el asesinato de otro amigo. Lambert, antiguo Inspector Jefe, estaba sin trabajo, sentado a oscuras en el salón de su casa, compadeciéndose de sí mismo.

Atacó el armario de las bebidas y rompió las botellas una a una contra la pared. Gritó y de su boca salió un extraño sonido gutural que nunca había oído. Luego, tan rápido como había empezado, se detuvo.

Pasó por encima de los cristales rotos y de los ríos de *whisky* y ginebra, cogió la botella de vino tinto y empezó a engullirla con avidez. Una vez terminada, abrió una segunda botella y volvió al sofá. Con el control remoto, encendió el equipo de música y lo sincronizó con la música de su iPhone.

Su último recuerdo eran fragmentos de una antigua canción de Joe Jackson y el ruido de una botella de vino vacía repiqueteando en el suelo de madera.

CAPÍTULO 38

Decidieron esperar a la mañana para interrogar a Klatzky. El hombre no estaba en condiciones de ser interrogado. Era incapaz de mantenerse en pie y no entendía lo que decía.

May pasó la mayor parte de la tarde trabajando con Nielson y su equipo en la comisaría de Lewisham. Nielson organizó una conferencia telefónica con el Superintendente Rush y su equipo en Bristol, y con el equipo de Bardsley en Watford. A partir de la nueva información sobre el consejero de Billy Nolan, empezaron a trabajar en la hipótesis de que el Cazador de Almas era el responsable de la muerte de Samuel Burnham y Kwasi Olumide.

Había dos sospechosos principales: Klatzky, que estaba borracho en las celdas, y un hombre llamado Campbell, del que no sabían nada.

—Creo que deberías ser tú quien hable con Klatzky mañana —le dijo Nielson a May.

—Gracias, señor.

El equipo de Nielson era bastante afable. May trabajó en una posible línea de interrogatorio con Nielson y una joven Detective Agente, Rebecca Shah. Trató de reconstruir todo en su cabeza, ya que la coincidencia de la madre ciega y muerta de Klatzky la tenía preocupada. Todavía no había aparecido nada concreto sobre el personaje de Campbell. Todo era un poco intangible, demasiado en el aire para su gusto. El Inspector Bardsley había declarado durante la conferencia telefónica que su departamento estaba llamando a todos los informadores locales para tratar de averiguar quién era Campbell y que el hombre era un enigma, mientras que ellos tenían a un sospechoso real en las celdas.

—¿Crees que Klatzky es nuestro hombre? —dijo Shah.

—Ojalá estuviera sobrio para que pudiéramos averiguarlo.

Debemos averiguar qué sabe de las sesiones de asesoramiento a las que asistió Nolan. Qué sabe de Campbell.

May había ordenado a Bradbury que hiciera otra visita a Davidson y Landsdale en la iglesia de Gracelife. Era una posibilidad remota, pero quería una descripción física de Campbell, en lo posible un retrato robot. Después de veinte años, no se hacía muchas ilusiones.

—Acaba de llegar para ti —Nielson le entregó un expediente.

May abrió el documento y se sorprendió al ver el historial médico de Martha Klatzky, la madre de Simon Klatzky.

—Qué rápido.

—Yo no me acostumbraría —dijo Nielson.

A Martha Klatzky le habían diagnosticado cáncer cuando tenía doce años, dos años después de la muerte de su padre. Perdió la vista dos años después. May no quería pensar en lo que eso podía hacerle a una persona. Según el expediente, el ayuntamiento nombró a una cuidadora para que cuidara de la mujer en su casa a tiempo parcial mientras Simon Klatzky iba al colegio. Murió en un hospicio un año antes de que Klatzky empezara la universidad con Lambert y Billy Nolan. Ese mismo año, Clive Hale se convirtió en la primera víctima del Cazador de Almas.

—Tenemos que llevar a alguien al hospicio para conseguir algunos antecedentes de la madre y del joven Simon Klatzky.

—De acuerdo —dijo Nielson—. Veamos qué obtenemos de él en la mañana y podemos seguir desde allí. Deberías pensar en terminar ahora. Descansa un poco.

—Señor —dijo May.

May aún tenía un casillero de la última vez que visitó la estación. Lo había llenado de ropa de repuesto para la ocasión. Cogió la bolsa que había preparado y bajó por la escalera vacía hasta la entrada de la estación. Después de dar las buenas noches al sargento de guardia, salió al frío aire nocturno de Lewisham.

Había sido un día largo. Se frotó el cuello tenso y decidió caminar los tres kilómetros que la separaban de su hotel en Blackheath. Pensó en llamar a Lambert, convenciéndose a sí misma de que sería educado ponerlo al corriente del caso. Necesitaba compañía, pero contactarlo ahora sería poco profesional.

La ciudad estaba llena de gente ocupada en divertirse y ajena a

sus problemas. Pensó en entrar en un bar para tomar algo rápido; necesitaba estar rodeada de gente, de normalidad. Vio un pequeño bar, The Old Pier Tavern, en la carretera principal que sale de Lewisham en dirección a Blackheath. Por fuera, parecía un bar antiguo y tradicional, el tipo de bar en el que imaginaba pasar las tardes de domingo.

Estaba a punto de cruzar la calle para verlo más de cerca cuando lo vio.

Estaba de pie delante de un escaparate y miraba un expositor de televisores de pantalla plana. Sean hacía un mal trabajo de vigilancia. May no podía creer que la hubiera seguido hasta Londres y, peor aún, que no lo hubiera visto antes. La última vez que lo vio, prometió arrestarlo si se acercaba a menos de quinientos metros de él. Pero ahora que estaba aquí, le faltaba energía. Todavía no lo consideraba una amenaza. Físicamente, al menos, estaba más que a su altura.

Siguió caminando, comprobando con su visión periférica que él la seguía y perdiéndose de vez en cuando entre las sombras. Giró a la izquierda en el cruce de Lee Green y comenzó a subir la colina hacia Blackheath.

Aceleró el paso al recordar las discusiones sobre el aborto. Todo empezó cuando le dijo que pensaba interrumpir el embarazo. Habían quedado en encontrarse en el parque local. Era una tarde de verano, y tomaron un lugar detrás de un enclave de árboles, un lugar en el que ya habían estado juntos. Al principio, May pensó que él lo entendería. Era maduro para su edad: nunca trató de apresurarla para tener sexo como otros chicos de su clase y siempre fue considerado con sus sentimientos. Se dio cuenta de que sería doloroso para él, como lo era para ella, pero nunca esperó su respuesta.

—No puedes —dijo. Sonaba tan seguro que le hizo soltar una carcajada.

—Mira, Sean, sé que estás molesto, pero no puedes esperar que siga adelante con esto. Solo tengo diecisiete años.

—No puedes. Dios nos ha dado este regalo —dijo él, y ella se dio cuenta en ese segundo de que no habría negociación con él.

Ella le había explicado todo. Que eran demasiado jóvenes y que les destrozaría la vida. Le dijo que no podían permitirse tener un

bebé y que no sería justo criar a un niño en su situación.

Él escuchaba cada palabra, con una extraña mirada piadosa.

—Nos lo quedaremos —dijo.

—Es mi cuerpo —respondió ella, poniéndose de pie.

Él la agarró del brazo y se levantó mientras ella luchaba por mantenerse en pie. Ella lo empujó y se quedaron separados en un silencioso *impasse* que May rompió dándole una fuerte patada entre las piernas. Él se desplomó como si le hubieran quitado el suelo.

May corrió hasta su casa, le contó lo sucedido a sus padres y no volvió a verlo a solas hasta años después.

Se detuvo a mitad de camino, fingiendo atarse los cordones. Él estaba a cien metros. Se detuvo cuando ella lo hizo y estaba mirando un menú en la puerta de un restaurante. Pensó en bajar la colina para enfrentarse a él y aclarar todo de una vez por todas, pero estaba tan enfadada que temía lo que pudiera hacerle.

Continuó hacia el pueblo de Blackheath. El hotel estaba en una carretera secundaria, detrás de un pequeño estacionamiento. No era una ubicación ideal, aunque el hotel en sí era de gran calidad. Salió de la carretera principal y entró en una calle lateral. Estaba bien iluminada y solo le faltaban unos cientos de metros. Se negó a mostrar miedo a Sean.

Él la llamó al doblar la esquina.

—Sarah, Sarah, soy yo —dijo. Corrió hacia ella, ignorando su expresión de desagrado—. Pensé que eras tú. ¿Qué posibilidades hay? —concluyó una vez que estuvo a su lado.

May se cruzó de brazos.

—Las posibilidades son muy altas. Me estás siguiendo, Sean. No soy idiota.

Después del incidente en el parque, la ignoró durante dos semanas. Luego comenzaron las cartas. Sus padres intentaron protegerla de las cartas, pero ella insistió en leerlas todas. Ahora las veía como lo que eran, pero entonces habían estado a punto de destruirla. Si había un nombre cruel o un insulto que él no hubiera utilizado en esas cartas, ella aún no lo había oído. Llegaban a diario, misivas envenenadas que la acusaban de asesinato y la condenaban eternamente. No podía creer que él la hubiera cegado tanto. Él no era la persona que ella creía, y eso le dolía casi tanto como las cartas de odio. Al final, sus padres fueron a ver a los

padres de él; amenazaron con llevar el asunto a la policía y las cartas dejaron de llegar, al menos por un tiempo.

Él seguía escribiéndole, incluso ahora. Una carta aparecía una vez al año sin falta, en el aniversario del día en que abortó.

—No te estoy siguiendo. Vivo aquí —dijo Sean.

—Londres es un lugar grande, Sean. Me seguiste. Te vi hace un kilómetro en la calle principal fingiendo mirar televisores.

Sean bajó los ojos, como un niño culpable atrapado en una mentira.

—Quería hablar contigo.

—¿Me has seguido desde Bristol?

Él no contestó. May quedó atónita.

—¿Has perdido la puta cabeza? ¿Qué es todo esto?

—Quería hablar contigo —repitió.

—¿Sobre qué? No sé si tienes la fantasía de que volvamos a estar juntos, pero eso es todo lo que es, Sean. Una fantasía.

Se arrepintió de haber perdido los estribos, pues Sean estaba recibiendo toda la tensión que le producía el caso.

El hombre estaba a punto de hablar cuando dos coches se desviaron de la carretera principal y se dirigieron hacia ellos. El primer coche, un taxi negro, siguió conduciendo hacia el hotel. El segundo, un coche plateado que no conocía, se detuvo. May reconoció al hombre que había salido del coche. Era realmente una noche de coincidencias.

—¿Esta persona te está dando problemas? —preguntó el hombre.

May no sabía cómo sentirse. No era una mujer asustada que necesitaba protección. Sean estaba listo para correr cuando el hombre se acercó, lo que ella agradeció. El hombre miró a Sean de arriba abajo, con cara de desagrado.

—¿Quién eres? —dijo Sean, con voz más suave que antes.

En ese segundo, todo encajó en su sitio y May lo comprendió todo. Por desgracia, era demasiado tarde; el hombre era demasiado rápido, más de lo que ella había imaginado. Sin dejar de mirar a Sean, golpeó a May en la sien izquierda con el lateral de la mano. Ella entrenaba artes marciales dos o tres veces por semana. Había recibido golpes en la cabeza en numerosas ocasiones, por lo general con el casco protector puesto, pero el impacto del puñetazo del

hombre fue otra cosa. Había sido inesperado, y la fuerza fue potente y precisa. Sus piernas se desplomaron y cayó al suelo con náuseas. Con la visión borrosa, vio un trozo de metal en la mano del hombre que brillaba a la luz de las farolas. Intentó levantarse, pero los músculos de las piernas y los brazos no le respondían.

Sean cayó con un ruido sordo a su lado. May solo tuvo un momento para fijarse en la mirada vacía de los ojos de Sean y en el perfecto corte rojo que cruzaba la carne de su cuello, antes de que un segundo golpe la sumiera en la inconsciencia.

CAPÍTULO 39

La luz del sol atravesó las cortinas y un fragmento de luz cegó momentáneamente a Lambert. Su cabeza palpitaba al ritmo de la música que aún sonaba en el estéreo. Apagó su iPhone, pero el ruido continuó.

Alguien golpeó la puerta principal.

—Señor Lambert —gritaron. Estaban golpeando con los puños y haciendo sonar el timbre. Se puso en pie, pero las piernas le temblaban. Apoyó la mano izquierda en la pared del salón para estabilizarse. Se le revolvió el estómago. Gimió al ver el desorden y entonces recordó haber tirado los cristales y las botellas contra la pared. Le sorprendió que sus vecinos no hubieran llamado antes. Respiró hondo y se dirigió hacia la puerta, dispuesto a disculparse.

—Sr. Lambert.

El sonido era cada vez más insistente y más fuerte. A través de los cristales de la puerta principal, distinguió tres figuras. Abrió la puerta y se protegió los ojos de la luz del sol.

El Inspector Nielson estaba ante él, junto a dos agentes vestidos con ropa casual.

—Perdón, ¿te hemos despertado? —dijo Nielson.

Lambert consultó su reloj. Era la una de la tarde. No se había despertado tan tarde desde que estaba en la universidad.

—¿Qué quieres? —su voz salió como un gruñido, casi irreconocible para sus oídos.

—Tienes que venir con nosotros, Lambert.

—Ni mierda —dijo Lambert. Empezó a empujar la puerta para cerrarla pero Nielson sacó la pierna y la abrió de una patada, astillando uno de los paneles.

—Eso no era necesario.

Nielson no pudo ocultar la expresión de disgusto en su rostro.

—Te doy diez minutos para que te duches y te prepares —le informó—. La inspectora Sarah May ha desaparecido.

Nielson y sus dos cómplices esperaron las escaleras mientras él se duchaba. La cabeza de Lambert seguía palpitando y tenía la boca y la garganta secas. Se quedó de pie bajo la ducha intentando comprender lo que le habían dicho.

La inspectora May había sido vista por última vez saliendo de la estación de Lewisham a las nueve y media de la noche de ayer. No había regresado al hotel y no se la había visto desde entonces. Su teléfono móvil iba directamente al contestador y no pudo ser localizado por los servicios de localización. Se había encontrado un cadáver en un callejón a doscientos metros del hotel donde se alojaba May: Sean Laws, el exnovio de Sarah May. Le habían cortado la garganta en una única incisión quirúrgica.

La resaca de Lambert era del tipo que había empezado a desarrollar a los veintitantos. Estaba ansioso y nervioso, y se arrepentía de su comportamiento de la noche anterior. Intentó no pensar en lo que Sophie le había dicho; cada vez que sus palabras le venían a la cabeza, intentaba borrarlas. Sabía que la había perdido, pero no iba a perder a dos mujeres en veinticuatro horas. Se puso uno de sus viejos trajes de trabajo, una camisa blanca que había vuelto de la tintorería hacía dos años y una corbata azul marino.

Abajo, Nielson paseaba por el salón y sus dos colegas estaban sentados en los sillones.

—Parece que anoche tuviste una buena fiesta —señaló tras observar el desorden. El suelo estaba lleno de cristales rotos y una de las paredes tenía una mancha de humedad que se extendía desde el lugar donde había golpeado la botella de vodka.

—Recibí malas noticias —explicó Lambert. Siguió a uno de los agentes al exterior, con las piernas todavía inestables. El sonido de la sangre bombeando en su cuerpo retumbaba en sus oídos. El viaje a Lewisham fue doloroso, pues las calles del sureste de Londres estaban atascadas por el tráfico.

Al entrar en la comisaría, Lambert fue escoltado por los dos colegas de Nielson, quien caminaba delante. Los cuatro recibieron miradas curiosas al caminar por la comisaría. Lambert vio a Cormack Riley, que estaba a punto de decir algo cuando se percató de la extraña formación de agentes que rodeaban a Lambert. El

hombre le lanzó una mirada interrogativa.

—Llámame —le dijo Lambert en voz baja.

En la sala de incidentes, las miradas estaban reservadas únicamente a Lambert.

Los policías ya no lo veían como a un ex detective en jefe, ahora era sospechoso de la desaparición de Sarah May. Comprendía cómo se sentían y no los juzgaba por sus presunciones.

—Acompáñame —dijo Nielson y lo condujo a una sala de interrogatorios. Los otros dos agentes se alejaron.

El Inspector Bardsley esperaba en la sala y se levantó cuando Nielson cerró la puerta.

—Mike —saludó, ofreciéndole la mano.

Lambert se frotó la cara y trató de concentrarse.

—Tienes que contarnos todo —dijo Nielson.

—¿Esto está siendo grabado? —preguntó Lambert.

—Para que no se nos escape nada.

Lambert repitió lo que le había dicho a May ayer. Desde su primer encuentro en la cafetería con Klatzky hasta que Sarah May se presentó ayer en su casa. Supuso que ella ya había compartido la información.

—Antes de que sigamos, ¿puedes contarme tus movimientos de anoche? —dijo Bardsley.

Lambert suspiró. Le costaba concentrarse por el alcohol en su torrente sanguíneo.

—Lo siento, Mike. Aclaremos todo en un principio.

—Bien. Salí con mi esposa, Sophie. Fuimos a un restaurante y luego a casa.

—¿Ella lo confirmará? —preguntó Nielson.

—No, ella lo negará. Claro que lo confirmará —Lambert recordó la revelación de Sophie y el armario de bebidas casi vacío—. Sin embargo —cambió el tono—, discutimos y se marchó sobre las once. Por eso el estado de la casa cuando llegaron.

Bardsley intercambió miradas con Nielson y dejaron el tema.

—¿Nunca se te ocurrió hablarnos de las fotos? —preguntó Nielson.

—Se los dije —dijo Lambert.

—Se lo dijiste a la inspectora May ayer. Quizá unos días tarde, ¿no crees? —dijo Nielson.

—Estaba llevando mi propia investigación. Compartí la información cuando lo consideré pertinente.

—Vamos, Lambert, no estás trabajando activamente en este momento. No puedes tomar ese tipo de decisiones. Ponte en mi lugar. Cuando eras un detective en jefe activo, ¿hubieras dejado que esta mierda pasara?

Lambert pensó en Tillman. Era posible que su antiguo jefe lo apoyara. Era concebible que dijera que le había dado permiso para trabajar en el caso y lo respaldó con recursos, pero era más probable que no lo ayudara. Volvió a pensar que el Cazador de Almas le estaba tendiendo una trampa.

—Todos estamos del mismo lado, Nielson. Quiero encontrar a este asesino tanto como tú, pero más aún quiero encontrar a Sarah May.

—Estás callado —le Nielson a Bardsley.

—No entiendo qué ganamos con esto —dijo Bardsley con su acento de Brummie—. Mike no es sospechoso, ¿verdad? Podemos usar su experiencia. Fue él quien encontró el vínculo entre los dos asesinatos.

La cara de Nielson se desencajó, no era la respuesta que esperaba de su colega.

—Estabas protegiendo a tu amigo, Lambert. Investigaremos esto después —dijo.

—¿Dónde está Klatzky ahora? —preguntó Lambert.

—En las celdas. Lo interrogamos antes.

—¿Estaba detenido cuando May desapareció?

—Sí.

—¿Y qué sabemos sobre la desaparición de Sarah?

—A la mierda —dijo Bardsley—. La captamos en CCTV saliendo de la estación y caminando por Lewisham High Road. Tenemos otra foto de ella pasando por un banco en Blackheath. Parece que su exnovio, Sean Laws, la estaba siguiendo, ya que aparece unos minutos detrás de ella en cada ocasión. Desafortunadamente, las cámaras del hotel no cubren el terreno donde se encontró el cuerpo. Tenemos un par de matrículas de coches que pasaron por el hotel a esa hora, pero por ahora nada útil.

—¿Ninguna nota o algo? —preguntó Lambert.

—No.

—¿Qué sabemos de este exnovio?

—Sean Laws, treinta y dos años. Fue a la escuela con la inspectora May. Entrevistamos a sus padres esta mañana y nos han hablado de su relación con la inspectora May —dijo Nielson.

May ya le había contado algunos detalles sobre el hombre.

—¿Era algo serio?

Bardsley intercambió una mirada con Nielson.

—De momento estamos manteniéndolo en secreto hasta que tengamos confirmación, pero según los padres, la inspectora May estuvo embarazada de Sean Laws. Tuvo un aborto. Desde entonces, Laws está obsesionado con ella.

Lambert asimiló la información. Empezó a pensar como un policía.

—No creen que Sarah tuvo algo que ver con la muerte de Laws, ¿verdad?

—No podemos descartarlo. Por lo que dijeron los padres, Laws estaba muy obsesionado. El padre sonaba un poco avergonzado. En el pasado, May amenazó a Laws con una orden judicial.

—Y crees que ella tuvo suficiente, le cortó el cuello a doscientos metros de su hotel y huyó de la escena.

Nielson hizo una mueca y se pasó la mano por el pelo.

—No, no lo creo, pero seríamos tontos si lo descartáramos.

A Lambert se le vino una imagen a la cabeza: Sarah May tendida en una cama y un asesino sin rostro dirigiendo un bisturí hacia sus ojos.

—Tienes que descartar esa idea. El Cazador de Almas, Campbell o quienquiera que sea, se la llevó. Ahí es donde debemos concentrar nuestras energías.

—¿Crees que esto tiene algo que ver contigo, Michael? —Bardsley cambió de táctica.

—Se me ha pasado por la cabeza, aunque no veo cómo ni por qué.

—¿Qué tal te llevabas con Sarah?

—Nos llevábamos bien. Fuimos a tomar unos tragos en un par de ocasiones.

Nielson dejó de pasearse por la habitación y se sentó.

—Así que eras amigo de Billy Nolan. Conocías a Terrence Haydon. Tu amigo Simon Klatzky estuvo en sesiones de

asesoramiento al mismo tiempo que Nolan. Y te hiciste amigo de una joven inspectora que ahora ha desaparecido.

—Rápido, enciérrenme —dijo Lambert.

—¿Por qué crees que esas fotos fueron enviadas a Klatzky? —preguntó Bardsley, ignorándolo—. ¿Crees que el asesino estaba tratando de involucrarte en esto?

—Si es así, es una forma muy indirecta de hacer las cosas.

—¿Se te ocurre alguien que te guarde rencor?

—Estás bromeando —dijo Lambert al pensar en los cientos de criminales que había ayudado a poner tras las rejas.

—Bueno, alguien relacionado en específico con Nolan, Haydon o Klatzky. O incluso Sarah May.

—No se me ocurre nadie.

—¿Crees que tú pudiste haber sido el objetivo original?

—¿Qué? ¿Cuando mataron a Nolan?

—Solo pensaba en voz alta —dijo Bardsley.

—No lo creo —dijo Lambert—. Pero entonces no tenemos ningún motivo real para la muerte de Nolan, o Haydon. O de cualquiera de ellos. Escucha, no quiero parecer tonto, pero ¿Simon sigue siendo sospechoso?

Nielson suspiró.

—No tenemos suficiente para retenerlo. Su paradero para el caso Haydon ha sido confirmado. Estaba en rehabilitación en Surrey, estuvo allí un mes.

Lambert no pudo evitar reírse.

—Rehabilitación le funcionó bien. ¿Te ha dicho algo?

—No mucho por ahora, pero lo interrogaremos de nuevo. Confirmó lo que le dijiste a la inspectora May sobre las fotos y su misterioso viaje a casa desde Bristol. El Departamento de Investigación Criminal de Bristol está tratando de localizar el coche.

—¿Qué hay de las sesiones de asesoramiento? —preguntó Lambert.

—Fue menos comunicativo sobre eso, pero admite que asistió a sesiones allí al mismo tiempo que Billy Nolan, aunque con un consejero diferente. Recordó a la mujer Davidson, y no sabía mucho sobre el consejero de Nolan. Sabía que era un hombre, pero no recuerda haberlo visto.

—¿Lo interrogaste sobre su madre?

—Sí. Todo lo que dijo concordaba con los registros médicos.

—¿Puedo verlo?

—No. A pesar de lo que dijo el detective en jefe Bardsley, no quiero más interferencias de tu parte. Debería acusarte aquí mismo.

Lambert suspiró.

—¿No hay nada más entonces?

—Por ahora no —dijo Nielson.

Estuvo a punto de informar a Nielson de que no le estaba pidiendo permiso, pero decidió que tenía demasiada resaca para otro enfrentamiento. Bardsley lo acompañó fuera de la comisaría.

—¿Amigo tuyo, entonces? —le dijo cuando llegaron fuera.

—¿Qué, Nielson? Sí, somos mejores amigos —el viento se había levantado y el aire fresco lo vigorizaba—. ¿Cuándo liberarán a Klatzky?

—Pronto. Su coartada lo cubre por el asesinato de Samuel Burnham y obviamente tiene la mejor coartada de todas para Sean Laws y la desaparición de May.

—Están tratando a Sam Burnham y Kwasi Olumide como víctimas del Cazador de Almas, ¿no?

—Es la teoría de trabajo. Lo que no entiendo es por qué Klatzky recibió las fotos en primer lugar. Creo que deberías tener cuidado, Mike.

—Se me ha pasado por la cabeza.

Bardsley le puso el brazo en la espalda.

—Es posible que conozcas al asesino. Ten cuidado.

—También se me ha pasado por la cabeza. ¿Me mantendrás informado? —preguntó Lambert.

—Haré lo que pueda —Bardsley le dio la mano—. Tú también tienes que mantenerme informado. ¿A dónde vas ahora?

—Voy a esperar a Klatzky. Quiero averiguar a qué demonios ha estado jugando.

El bar más cercano a la estación era el lugar obvio para esperar. Era media tarde y el bar ya estaba animado. Lambert reconoció un par de caras de la comisaría, que no le prestaron atención. Una joven camarera le preguntó qué quería tomar. Le habían dicho que la mejor cura para la resaca era seguir bebiendo, pero la idea de que algo alcohólico pasara por sus labios en aquel momento le producía náuseas.

—Limonada —dijo.

Recibió algunas miradas de un grupo de policías fuera de servicio cuando se sentó en dirección a la puerta. Era probable que su notoriedad se hubiera extendido.

Esperó tres horas antes de que Bardsley le enviara un mensaje de texto.

—Lo siento, Mike, acabo de enterarme. Soltaron a Klatzky hace veinte minutos.

Lambert colgó y llamó a Klatzky. El teléfono sonó, pero no le contestó. Le envió un mensaje y volvió a llamar. El teléfono estaba apagado. Esperó en el bar otros veinte minutos con la esperanza de que Klatzky apareciera, pero se dio por vencido y regresó a casa. Volvió a llamarlo a él y luego a Sophie, y fue directo al contestador en ambos casos. En casa, se preparó un plato de sopa del cual solo pudo comer la mitad.

Inquieto, cogió un taxi hasta el apartamento de Klatzky en Plaistow, al este de Londres. Las luces de la planta baja estaban apagadas. Llamó al timbre en vano. Iluminó el buzón con la linterna y comprobó que el correo de una semana estaba amontonado en el suelo.

Hizo una pequeña ruta por los bares de la zona en un intento de pensar como Klatzky. La mayoría de los camareros conocían a Klatzky y prometieron llamarlo si aparecía.

Al salir de un bar de mala muerte llamado The George, vio un Saab negro estacionado enfrente. Había un hombre sentado al volante que evitaba el contacto visual con Lambert. Recordaba haber visto el mismo coche y el mismo conductor delante de la comisaría de Lewisham ese mismo día.

Decidió no acercarse al conductor; quería asegurarse de que realmente lo estaba siguiendo. Su corazonada era que Nielson había enviado a uno de sus lacayos a vigilarlo. Caminó por la calle principal hasta un bar irlandés llamado McNulty. Era como estar dentro de una caja de madera: marcos de madera barata sostenían fotos de equipos de fútbol vestidos de verde, y el techo estaba forrado con viejas réplicas de camisetas de *rugby* y fútbol gaélico. El encargado del bar reconoció la foto de Klatzky en el *smartphone* de Lambert.

—Le prohibí la entrada hace dos semanas —dijo el hombre—.

¿Qué ha hecho ahora?

Lambert le dio su tarjeta al hombre.

—¿Me llamará si vuelve?

El hombre cogió la tarjeta y se encogió de hombros.

—No volverá por aquí —dijo—, a menos que quiera abandonar el lugar en silla de ruedas.

—Hazme el favor —dijo Lambert. Salió del bar y caminó hacia la carretera principal. El Saab estaba a doscientos metros a su derecha.

Ya estaba harto de los juegos. Caminó hacia el coche pero, cuando estaba a cincuenta metros, el coche se incorporó al tráfico. Giró a la izquierda en Lisbon Grovea a una velocidad baja. Lambert aceleró el paso y empezó a trotar, pero su cuerpo en estado de resaca no estaba contento de verse forzado a tal movimiento. Dobló la esquina y entró en una calle pequeña bordeada de edificios de oficinas descuidados y un trío de tiendas cerradas.

El coche había estacionado en el lado derecho de la calle. El conductor permanecía inmóvil al volante. Lambert pudo ver sus ojos en el espejo retrovisor. Se detuvo a mitad de la calle y el sonido de los neumáticos chirriando lo congeló en su lugar.

—Joder —se dijo a sí mismo. Era una estratagema de manual: el conductor señuelo del Saab desviaba su atención mientras un segundo vehículo lo seguía. Ocurrió en cuestión de segundos, sin tiempo suficiente para que Lambert reaccionara.

La furgoneta chirrió hasta detenerse frente a él y una puerta lateral se abrió. Lambert se volvió hacia la acera y vio a un hombre del tamaño de una montaña que se le echaba encima. Dos metros y medio de músculos se abalanzaron sobre él y lo estrellaron contra la parte trasera de la furgoneta. La puerta se cerró de golpe y la furgoneta se alejó a toda velocidad.

La maniobra duró menos de diez segundos.

CAPÍTULO 40

Cuando Lambert intentó levantarse del suelo de la furgoneta, el jugador de *rugby* volvió a derribarlo. Por si fuera poco, lo golpeó en el abdomen, lo que hizo que se doblara. Se agarró el estómago, tratando de calmar los latidos de su corazón mientras esperaba a recuperar el aliento. Jadeaba en busca de aire cuando el jugador de *rugby* tiró de su cuello hasta sentarlo erguido con la espalda contra la pared acolchada de la furgoneta.

Había otros dos hombres en la furgoneta. Uno era otro matón enorme como el jugador de *rugby*. Los ojos del hombre se clavaron en los de Lambert con una violencia no disimulada.

Reconoció al otro hombre.

—Gracias por acompañarnos —dijo Tillman.

Lambert arrastró el cuerpo hasta una posición cómoda. El jugador de *rugby* aún tenía las manos sobre sus hombros para mantenerlo en su sitio.

—Dile a este imbécil que me quite las manos de encima —dijo Lambert mientras miraba a Tillman.

Tillman movió la cabeza y el hombre lo soltó y tomó asiento a la izquierda de Tillman. Pensó en golpearlo mientras se movía, pero decidió no hacerlo.

—Podrías haberme llamado —dijo.

Tillman se rio y su rostro hinchado se movió con falsa diversión.

—Lo último que querría hacer en este preciso momento es dejar que alguien sepa que estoy relacionado contigo de alguna manera. ¿Quieres decirme qué demonios está pasando?

Lambert no reconoció a los dos hombres que estaban con Tillman. No creía que fueran parte del Grupo de manera oficial, sino que imaginó que eran matones contratados, quizás exmilitares. Lambert sabía que estaba en una posición precaria. El Grupo no

existía oficialmente. Aunque Tillman tenía que informar a alguien hasta cierto punto, Lambert no estaba seguro de quién era ese alguien y con qué frecuencia se producía esa información. En pocas palabras, sabía que no estaba fuera del alcance de Tillman hacer que desapareciera. Además, Tillman sabía que Lambert lo entendía y que estaría encantado de aprovecharse de ello si fuera necesario.

—Estoy seguro de que estás al tanto de lo que pasa, señor.

—Lo que sé, Michael, es que has estado usando el Sistema para investigar un puñado de asesinatos que parecen estar relacionados contigo de una forma u otra.

—En cierto modo lo sabías cuando me asignaste al caso.

—No me jodas, Lambert. Yo no te asigné al caso. Me rogaste que te diera acceso al Sistema. Lo llamaste «cortesía profesional». Y mi buena voluntad está a punto de agotarse. Tienes que explicarme todo ahora.

Seis años atrás, Tillman había sido secuestrado y torturado por dos hombres que trabajaban para una organización de contrabando de armas. Lambert había seguido la pista de su jefe hasta una casa en la Isla de los Perros y, con el tiempo en su contra, había entrado solo en el edificio. Cuando él llegó, uno de los hombres había escapado durante el enfrentamiento. Tillman había matado al otro hombre a sangre fría, y Lambert declaró que había sido en defensa propia.

Sin embargo, Lambert sabía que la deuda había sido saldada. Le explicó todo, desde la investigación de los asesinatos de Haydon y Hopkins hasta la implicación de Klatzky, los asesinatos de Samuel Burnham y Kwasi Olumide y, por último, la desaparición de Sarah May.

Estaba claro que no le estaba diciendo a Tillman nada que no supiera ya.

—¿Estás seguro de que el mismo asesino es responsable de los dos tipos de asesinatos?

—Totalmente seguro.

—¿Podrían los asesinatos de Burnham y Olumide ser una imitación?

—Si lo es, se trata de una mala imitación —dijo Lambert—. Uno quita los ojos, el otro los sella.

—¿Dónde está Simon Klatzky ahora? —preguntó Tillman.

—Estaba tratando de averiguarlo cuando tu amigo me sorprendió.

El jugador de *rugby* sonrió.

—¿Le has dicho a alguien que has estado usando el Sistema?

Se encogió de hombros. La pregunta era redundante: solo un puñado de personas conocía la existencia del Sistema. El conocimiento público provocaría una protesta nacional. Tillman castigaría con rapidez cualquier revelación del Sistema, y Lambert no era tan tonto como para ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar Tillman.

—Hemos dejado una huella enorme en esto, Lambert. La gente ha estado preguntando por ti, se ha extendido la noticia de que has estado investigando por tu cuenta como un justiciero loco. Y ahora esta maldita inspectora desaparecida se ha convertido en asunto de todos. No esperaba toda esta mierda cuando te di acceso de nuevo.

—¿Qué puedo decir?

—Dime que encontrarás a la maldita inspectora y al psicópata que está detrás de esto.

—¿Así que ahora trabajo oficialmente para ti? —preguntó Lambert.

Tillman golpeó el divisor que separaba la parte trasera de la furgoneta del conductor y la camioneta se detuvo.

—Estás jodido —dijo Tillman—. Si estás involucrado en esto de alguna manera, entonces comprendes las consecuencias.

Una imagen surgió en la mente de Lambert: su casa en llamas, con él atrapado dentro del armazón en llamas.

—Los encontraré —dijo.

—No volverás a verme hasta entonces. Después tendremos que tomar una decisión sobre tu futuro —dijo Tillman. La declaración era final. El matón de Tillman abrió la puerta lateral y señaló la acera.

—Siempre estoy dispuesto a recibir un consejo profesional —dijo Lambert mientras saltaba de la furgoneta en marcha.

Una vez que la furgoneta desapareció por la carretera, continuó la búsqueda de Klatzky por los bares locales. La última declaración de Tillman aún resonaba en sus oídos. Una decisión sobre su futuro. Mitad amenaza, mitad oportunidad. Era algo que tendría que empezar a considerar.

Intentaba por todos los medios no pensar en Sophie, pues solo pensar en lo que le había dicho le daba náuseas. No le importaba su infidelidad, aparte de su orgullo masculino herido. El bebé que crecía dentro de ella lo que lo angustiaba.

Había habido complicaciones durante el parto de Chloe, por lo que Lambert había tenido a la bebé en brazos antes que Sophie. Las parteras limpiaron y envolvieron a la bebé y le entregaron a Chloe mientras Sophie seguía siendo revisada por el equipo de partos de urgencia.

El recuerdo se le había quedado grabado. Chloe había dejado de llorar mientras él la tenía en sus brazos, levantó la vista hacia él y le sostuvo la mirada. Incluso ahora, podía cerrar los ojos e imaginárselo con perfecta claridad.

Lambert se estremeció y respiró hondo. El nuevo bebé sería hermano de Chloe, pero no sería su hijo. Entró en el bar de al lado y pidió un vodka doble. El líquido le quemó la garganta, y pidió otro.

En algún momento, tendría que dejar la casa. Le debía a Sophie dejar que llevara allí al bebé, aunque al final compartiera su vida con otra persona. Tendría que volver al trabajo, ya sea en el departamento de Tillman o no.

No pidió una tercera copa, pues sabía que una más lo pondría al límite. El camarero no había visto a Klatzky, y recibió esa misma respuesta en cada bar que visitó después. Dejó sus datos de contacto en cada uno de ellos por si Klatzky aparecía. Paró a comer un kebab en uno de los infinitos locales de comida para llevar y, mientras daba el primer bocado a su *shish kebab*, sonó su teléfono.

—Lambert.

Una voz nerviosa tartamudeó al otro lado de la línea.

—Um, Sr. Lambert. Soy Myles.

—¿Qué puedo hacer por ti, Myles?

—Tengo cierta información. Muy importante para ti, pero primero quiero dinero.

—No te daré nada si no me dices algo —dijo Lambert—. ¿Qué tienes para mí?

—Algo que quieres. Un posible vínculo con Campbell.

—¿Cuánto?

—Mil.

Lambert se rio.

—No seas estúpido, Myles.

—Vale la pena. ¿Cuándo te he defraudado antes?

—Será la tarifa habitual. La duplicaré si lleva al arresto de Campbell.

—Vamos. He perdido un día entero de trabajo gracias a tu amigo, Bardsley. Gracias por pasarle mi nombre, por cierto.

—De nada —dijo Lambert—. Lo tomas o lo dejas, Myles. No voy a negociar.

Stoddard sabía que bastaba una llamada para que lo arrestaran, y entonces tendría que dar la información sin el dinero.

—Bien.

—¿Dónde estás ahora?

—Mile End —dijo Stoddard.

—Qué conveniente. ¿Qué te trae al East End?

—Me encontré con un amigo.

Lambert le dijo el nombre de un bar que conocía en la zona.

—Estaré allí en media hora —dijo.

CAPÍTULO 41

El bar estaba a cinco minutos a pie de la estación de metro de Mile End. Poco iluminado y con alfombras descoloridas, el bar estaba muy necesitado de decoración. El olor a cerveza rancia luchaba con el hedor a orina que se filtraba en la sala desde los aseos del *pub*. Lambert había comprobado los puntos de salida antes de entrar. Intentó controlar la tensión en el lugar, pues sabía que Stoddard no era de fiar; examinó cada rostro del bar en busca de una pista. Era posible que el Cazador de Almas estuviera en la habitación. Era posible que, tras la desaparición de May, él fuera el siguiente.

Stoddard estaba de pie junto a una de las máquinas expendedoras de fruta, bebiendo una pinta de cerveza amarga. Al ver a Lambert, sus ojos recorrieron la sala.

—Dos más de esas —dijo Lambert al sonriente camarero a medida que señalaba la bebida de Stoddard—. Aquí tienes, no digas que nunca te traigo nada —colocó las dos bebidas sobre una mesa —. Siéntate, Myles.

—¿Dónde está el dinero? —Stoddard se sentó y se abrazó a sí mismo como si tuviera frío. No podía mantener el contacto visual con Lambert por más de un segundo.

—Está en mi bolsillo, Myles. ¿Qué tienes que decirme?

Stoddard engulló los restos de su primer trago y empezó con el segundo.

—Es sobre el segundo asesinato. El que ocurrió después de Burnham.

—Estás hablando de Kwasi Olumide —dijo Lambert en voz baja, inclinándose sobre la mesa.

—Sí, Kwasi. El amigo de un amigo lo conocía.

—Oh, ¿en serio?

Siempre le había impresionado la habilidad de Stoddard para

conseguir información. No parecía tener mucha familia ni amigos, al menos cuando trabajaba como informante para Lambert. Sin embargo, el hombre tenía una extraña habilidad para recoger noticias y fragmentos de información de las fuentes más inverosímiles. Si las cosas le hubieran ido de otra manera, podría haber hecho carrera en la profesión de Lambert.

—Sí, lo conocía bastante bien. Conoce a su viuda incluso mejor, si sabes a lo que me refiero.

—¿Le has contado algo de esto al detective en jefe Bardsley?

—Todavía no. Pensé en acudir a ti primero.

—Buena elección, Myles. Continúa.

—En fin, este amigo de mi amigo estaba hablando con la viuda después del funeral y todo eso. Parece que Kwasi dejó algo junto a su escaso testamento.

—¿Y qué sería?

—No lo sé exactamente, pero el amigo de mi amigo estaba bastante agitado. Algo sobre un trabajo que Kwasi había estado haciendo. Era una de esas cartas del tipo «si algo me pasa, hay algo que deberías saber».

—¿Quién es este amigo de tu amigo? —preguntó Lambert.

—No sé su nombre. Pero sé que la viuda se planteó ir a la policía y, por lo que dijo, estaba demasiado asustada. Temía que el asesino de Kwasi viniera por ella si transmitía la información.

—¿Y eso es todo lo que tienes? —preguntó Lambert.

—Creo que está bastante bien, ¿no crees? Es más información que la que Bardsley obtuvo de la viuda.

Lambert se recostó en su silla y miró a Stoddard. El hombre se sumió aún más, sujetándose la chaqueta y haciéndose parecer lo más pequeño posible. Una cosa que Lambert sabía de Stoddard era que no daba mala información; tenía demasiado miedo de las repercusiones. Sacó el dinero del bolsillo y lo puso debajo de la mesa. Stoddard lo cogió como un niño pequeño que coge un caramelo.

—¿Me darás el resto? —preguntó Stoddard.

—Hablaré con la viuda —dijo Lambert antes de ponerse de pie —. Puedes acabarte mi bebida.

Pensó en llamar a Bardsley para pedirle permiso para hablar con la viuda de Kwasi, pero decidió que solo complicaría las cosas.

Mejor afrontar las consecuencias más tarde. Ya tenía archivada su dirección: vivía en Stratford, a una parada de distancia en la línea Central.

Volvió a tener la sensación de que lo estaban dirigiendo a una trampa. Desearía haber presionado más a Stoddard. Si hubiera tenido más tiempo, habría descubierto quién le había dado la información, pero ya era demasiado tarde. El edificio tenía dos pisos, y cada planta tenía una línea de apartamentos idénticos de ladrillo rojo. La viuda de Kwasi vivía en el segundo piso, en el número cuarenta y seis. Una mujer blanca de unos cuarenta años le abrió la puerta. Llevaba un chándal gris y el pelo revuelto como si acabara de salir de la cama, pero su rostro estaba cubierto por una capa de maquillaje recién aplicado.

—¿Qué? —le dijo la mujer a modo de saludo.

—¿Señora Olumide? Me llamo Michael Lambert, detective en jefe Lambert. Siento molestarla tan tarde. ¿Puedo pasar? Tengo que hacerle unas preguntas sobre lo que le pasó a su marido.

—Cambié mi nombre a mi apellido de soltera —dijo ella—. Llevábamos un año separados, aunque técnicamente seguíamos casados. Laney, Laney Richardson.

—Srta. Richardson, ¿puedo pasar?

—Acabo de hablar por teléfono con uno de los suyos —dijo, sin responder a su pregunta—. ¿Algo sobre la desaparición de uno de sus oficiales?

—Bien, esto está relacionado. ¿Puedo pasar?

La mujer vaciló junto a la puerta. Detrás de ella, un niño llamaba a gritos a su mamá. Lambert se sorprendió de que el niño no estuviera en la cama.

—Perfecto —dijo ella—. Entra si quieres.

Se alejó por el pasillo, que estaba pintado de un tono púrpura abrumador. Era un mal trabajo de pintura, ya que las paredes estaban llenas de agujeros y trozos de yeso sueltos. En la cocina, un niño lloriqueaba sentado en una silla alta con la cara cubierta de comida. El niño se detuvo al ver a Lambert y lo miró fijo como un animal salvaje para determinar el nivel de amenaza. Al no percibir ninguna amenaza, volvió a su comida.

—Supongo que no tiene ninguna información positiva para mí —dijo Richardson, con los codos apoyados en un mantel manchado

que estaba cubierto de platos sucios y comida enmohecida.

—La investigación está avanzando. Me he enterado… —empezó a decir, pero luego dudó—. Mire, ¿puedo ser franco con usted, Srta. Richardson?

Ella se encogió de hombros, como si la idea de un policía honesto la confundiera.

—Claro —respondió.

—La cosa es que no estoy oficialmente vinculado a este caso —le contó Lambert—. La inspectora desaparecida de la que se acaba de enterar es una amiga personal mía.

—¿Así que no estás a cargo del caso?

—No, en realidad no debería estar aquí.

—¿Qué pasaría si llamo a tu jefe? El Brummie, ¿cómo se llama?

—¿Detective en jefe Bardsley?

—Sí, él.

—No lo sé. Podría ser una reprimenda, podría ser una suspensión.

Las mentiras salían de su boca con tanta facilidad que parecía que las había practicado muchas veces antes.

—Bueno, no tengo todo el día —dijo ella—. Pregúntame si vas a preguntarme. ¿Te traigo un té?

—Solo si se va a hacer uno —dijo Lambert.

La mujer desplegó los brazos y puso a hervir la tetera. Mencionar a Sarah May había ayudado en su caso. Incluso el niño sonrió e inclinó la cabeza imitando a su madre.

—Es un poco incómodo, Srta. Richardson.

—Laney.

—Laney. Me he enterado de que Kwasi dejó una nota para usted.

La espalda de la mujer se tensó mientras servía agua caliente en dos tazas astilladas.

—¿Quién se lo ha dicho? ¿Mi abogado? Creía que no tenían permitido decirles esas cosas.

—No, no fue su abogado.

La mujer giró la cabeza hacia el hombro como si Lambert fuera un mago que hubiera hecho un truco increíble.

—No sé cómo lo sabes, entonces. Me da miedo solo de pensarlo.

—¿Puedo verlo?

Le dio el té y salió de la cocina. El niño miró una vez más a

Lambert y empezó a llorar.

—Aguarda, Kyle —gritó ella, y volvió con un sobre abierto que puso en manos de Lambert. Cogió a su hijo de la silla alta y lo acercó a ella. Los sollozos del niño se desvanecían en el tejido de su sudadera. Lambert sacó la carta de treinta o cuarenta páginas, tamaño A4, escrita de los dos lados.

—Su marido estuvo ocupado —dijo.

—Ni siquiera sabía que sabía escribir —respondió ella, inexpresiva.

—¿Podría resumírmelo?

—Parece una historia de fantasía, aunque hay partes que me creo. ¿Vas a sentarte? —dijo y señaló una de las sillas de la cocina —. Parece que tuvo problemas de dinero hace unos años, lo cual no me sorprende, aunque el bastardo mentiroso nunca me dijo cuántas deudas tenía. Somos los dueños de este lugar, lo creas o no. Se la compramos hace años al ayuntamiento. Rehipotecó y rehipotecó, pero aún podíamos salir adelante. Pero lo que no me había dicho es que había vuelto a apostar.

Lambert asintió, dispuesto a no interrumpir. Laney se sentó en una de las sillas y el niño se quedó dormido en sus brazos.

—Sí, pero no el tipo normal de apuestas. No eran unas pocas libras aquí y allá en los caballos, eso sería demasiado fácil para él. Ahí está todo —dijo señalando la carta—. Hacía apuestas privadas con alguien y las sumas eran cada vez mayores. Seguían dándole crédito y, por supuesto, él seguía aceptando su dinero hasta que llegó a una especie de límite.

—¿Le dijo quiénes eran esas personas?

—No, la verdad es que no. Dijo que no eran el tipo de personas a las que se les debe dinero, pero ese no era el verdadero problema. Le amenazaron con quitarle el apartamento, así que se desesperó. Dijo que había oído hablar de alguien que ayudaba en este tipo de situaciones. Todo tiene sentido ahora. Pasó los últimos cinco años trabajando casi todos los días, a veces día y noche. Pasábamos semanas sin verlo. Al final fue demasiado y nos separamos.

—¿Así que fue a esta persona por un préstamo? —preguntó Lambert.

—Lo hizo. Lo leerás ahí. Kwasi nunca fue el mejor con las palabras, pero parecía aterrorizado. El hombre le dio el dinero y ha

estado trabajando para él desde entonces.
—¿Haciendo qué?
—Cosas inimaginables. Cosas para las que me sorprende que tuviera estómago para hacer. Le asustaban las arañas, tuve que rescatarlo de hasta la más pequeña de las arañas. Me gritaba en mitad de la noche cuando estaba viendo la tele. «Laney» gritaba, «hay una araña en la pared». Me hacía salir de la cama en mitad de la noche —la mujer se rio—. Tonto bastardo —dijo, secándose los ojos con la mano libre—. En fin —sacudió la cabeza como si tratara de quitarse algo del pelo—. Así que trabajaba para este tipo, Campbell, y empezó a asustarse.
Lambert hojeó las páginas, una mezcla de bolígrafo azul y negro sobre papel blanco liso con letra apenas legible. Hojeó las dos últimas páginas. La letra era el doble de grande y estaba garabateada con un tipo de letra infantil, como si la hubiera escrito otra persona. El documento tenía poco sentido.
—Verá, estaba asustado. El hombre lo había convocado y acababa de enterarse de lo que le pasó a un amigo suyo, Sam Burnham. Fue asesinado hace unas semanas, estoy seguro de que lo sabe. Fue el mismo…
—Lo sé —interrumpió Lambert.
—De todos modos, pensó que estaba en problemas. Así que escribió eso.
—¿Por qué no se lo enseñó a la policía? —preguntó Lambert.
—Léelo. El tal Campbell parece un loco. Bueno, obviamente lo es, ¿no? Mira lo que le hizo a Kwasi y a ese otro tipo, Sam. Pensé que si les avisaba y no lo encontraban, vendría por mí.
—¿Hay algo más, Laney? Algo que no me está mostrando.
La mujer dejó al niño en un pequeño sofá de tela y se dirigió al aparador de la cocina. Abrió el cajón de arriba y sacó un segundo sobre.
—Sabes que se llama Campbell —dijo la mujer.
—Sí —respondió Lambert, tratando de no mostrar su creciente entusiasmo.
—Bueno, aquí es donde vive —dijo ella y le entregó el sobre.

CAPÍTULO 42

La silueta del hombre apareció borrosa. May entrecerró su único ojo sano, el otro cerrado por el ataque inicial.

—¿Un poco de agua? —dijo el hombre.

May intentó hablar, pero las palabras se le quedaron en la garganta. Un sonido seco y áspero salió de su boca. El hombre le echó el pelo hacia atrás y le separó los labios. May mantuvo el contacto visual mientras el agua fría se deslizaba por su garganta. Luchó, con las muñecas y los tobillos atados con fuerza a una silla de hierro fundido, ahogándose con el líquido.

El hombre la soltó.

—¿Más?

Habían pasado al menos veinticuatro horas desde que se la llevaron. No recordaba nada del viaje desde el exterior del hotel hasta su ubicación actual. Se había despertado en la oscuridad varias veces, con las extremidades pesadas y el cuerpo desesperado por líquido. Cada vez que intentaba mantenerse despierta, volvía a quedarse dormida en cuestión de segundos. Quería tomar más agua, pero temía que tuviera drogas.

—Es solo agua —el hombre leyó sus pensamientos. May asintió y le sirvió más agua en la garganta.

Tenía el cuerpo húmedo de sudor. Se había orinado durante la noche, por lo que su ropa interior y sus pantalones estaban húmedos y pegajosos.

—¿Puedo ducharme? —preguntó. Su voz era poco más que un ronquido. Sabía la respuesta, pero quería entablar un diálogo.

—Te traeré algo de comer más tarde —dijo él.

May luchó contra la somnolencia, los restos de la droga que le había inyectado aún circulaban por su torrente sanguíneo.

—¿Qué le ha pasado a Sean? —preguntó tras recordar el destello

de plata, los ojos vacíos de su exnovio, el corte rojo en su cuello.

—Ya no te molestará más, Sarah.

—Y a mí. ¿Voy a ser una de tus víctimas?

Necesitaba que el hombre siguiera hablando. La adrenalina inundó su sistema mientras le hacía la pregunta. Intentó no pensar en sus víctimas anteriores y en lo que habían sufrido antes de morir. Su mente seguía aletargada mientras intentaba conciliar esta nueva información. Recordó a cada una de las víctimas, desesperada por descubrir su relación con el hombre que tenía delante. El hombre que ahora se dirigía a la puerta.

—Espero sinceramente que no —dijo él. Apagó la luz y cerró la puerta.

CAPÍTULO 43

Tenía que reconocerlo. Laney Richardson era una gran actriz: interpretó su papel de exesposa afligida a la perfección. La forma renuente y practicada en que reveló los detalles de la carta que Kwasi le había dejado.

Todo era una puesta en escena. Lambert estaba siendo arrastrado aún más. Lo que comenzó con las fotos enviadas a Klatzky estaba llegando a su conclusión. El asesino lo estaba atrayendo, haciéndolo caer en una trampa, solo que esta vez su víctima potencial se dio cuenta del truco. Estudió los dos documentos durante el viaje de vuelta a casa. Con su *smartphone* hizo fotos de cada página y las envió por correo electrónico a su cuenta. Cuanto más leía, más se acostumbraba al estilo de escritura de Kwasi. Las palabras empezaron a fluir, aunque el propio lenguaje era a menudo incoherente. Cuanto más leía, más admiraba a Kwasi. Parecía que todo lo que hacía era por su familia, pues sabía que Campbell iría tras su exmujer y su hijo si no hacía lo que le pedía.

La última anotación databa de su estancia en el hospital tras el altercado con Lambert. Debió de enviar el sobre a su exmujer antes de escapar de la custodia policial.

Del segundo sobre sacó un único papel, en el que estaba impresa la dirección de Campbell. No podía llamar a Bardsley ni a Nielson, ni siquiera a Tillman. Tenía que pensar en la seguridad de Sarah May.

La carta era una trampa. Si Campbell era el Cazador de Almas y el asesino de Samuel Burnham y Kwasi Olumide, resultaba inviable que hubiera permitido semejante desliz y hubiera revelado tan fácilmente su dirección, a menos que quisiera que Lambert acudiera a él a solas. Si le contaba a la policía sobre la nota, nunca encontrarían a Campbell en la casa. Iba un paso por delante de

todos ellos.

En el documento, Kwasi escribió sobre el ataque a Lambert en Bristol y cómo había recibido instrucciones de recogerlo vivo. Entonces, el estilo de la carta cambió. La letra se volvió salvaje, como si la hubiera garabateado un niño.

«El tal Lambert nos sorprendió. Me rompió la maldita pierna» escribió.

De vuelta a casa, se dio cuenta de que una de las dos cerraduras de su puerta principal estaba abierta. Lambert recordaba haber cerrado dos veces antes de salir esa mañana. A pesar de la resaca, recordó la mirada de Nielson cuando se agachó para cerrar la segunda cerradura. Era más de medianoche. No le había dado un juego de llaves de repuesto a Klatzky y suponía que Sophie seguía en el hotel. Miró por las ventanas y pegó el oído a la puerta principal. Le pareció ver una sombra moviéndose dentro.

Introdujo una llave en la cerradura y la giró despacio. Gruñó para sus adentros cuando la puerta crujió.

Dejó la puerta entreabierta y avanzó de puntillas por el pasillo.

—¿Eres tú, Michael? —dijo Sophie al llegar a la cocina.

—Jesús, Soph, pensé que eran ladrones.

—¿Ladrones que cierran la puerta tras ellos?

—Son muy educados por aquí —dijo. El recuerdo de la revelación de la noche anterior se apoderó de él y miró el estómago de Sophie, donde crecía el cuerpo extraño.

—Me voy a casa de mamá y papá por una semana o algo así. He pedido un permiso en el trabajo.

—¿Les has contado lo de… ya sabes? —dijo Lambert señalando con la cabeza su estómago.

—No, aún no. Es demasiado pronto para eso.

—Mira, Soph, soy yo quien debe mudarse. He estado pensando. Puedes quedarte con la casa. Podemos arreglar algo financieramente.

—No nos precipitemos —respondió ella—. Sé que debe haber sido difícil para ti escuchar eso anoche. Deja que me vaya esta semana y hablaremos cuando vuelva.

—De acuerdo —dijo, aunque no había nada más que discutir—. ¿Es posible que me prestes tu coche?

—Sí. ¿Seguro que quieres conducirlo?

—Es un poco urgente —dijo.

—¿Lo quieres ahora?

—Sí, por favor.

Ella le dio las llaves.

—Cogeré un taxi. Ya sabes dónde estaré —dijo y le besó la mejilla.

—¿Te vas ahora?

—Sí.

—Cuídate —dijo él, diez minutos después, cuando llegó el taxi.

—Y tú también —ella lo acercó y lo sorprendió al besarlo con fuerza en los labios. La vio caminar hacia el taxi y cerró la puerta.

Cuando Sophie se fue, subió corriendo las escaleras y se conectó al Sistema. Envió a Tillman un correo electrónico encriptado con retraso en el que le decía a dónde iba. Programó el envío para diez horas más tarde, lo que le daría tiempo suficiente para cancelarlo en caso de necesitarlo.

Hizo una búsqueda en la dirección que le había dado la viuda de Kwasi. La casa era propiedad de una empresa llamada Industrias Oblong. Se trataba de una sociedad de cartera, y los nombres de los directores eran testaferros de una empresa de constitución de sociedades. Lambert necesitaría una orden judicial para averiguar el nombre del verdadero propietario y para entonces sería demasiado tarde. Cerró el Sistema. A la izquierda de su escritorio había un vestidor. Apartó a un lado una hilera de camisas colgadas para dejar al descubierto una caja fuerte de pared. Marcó un código de ocho dígitos y abrió la puerta de la caja fuerte. Dudó, pero agarró la pistola.

Había adquirido la pistola, una Glock 22, cuando trabajaba para el Grupo. Era un arma que había utilizado en una comisión de servicio en EE. UU. unos años antes. Tillman le había dado un arma de fuego oficial en ese momento, pero Lambert había decidido que necesitaba un arma de respaldo. Fue bastante fácil de conseguir. Se colocó el arnés y la funda; el arnés era tan nuevo que el cuero crujió al atárselo al cuerpo. Se puso la chaqueta para cubrir el arma y practicó cómo acceder a ella con movimientos rápidos, una acción que había practicado miles de veces en aquellos primeros meses en el departamento de Tillman. Encajó un cargador y colocó la pistola en la funda.

Fuera, las farolas brillaban en el aire nocturno. Lambert se apresuró hacia el coche de Sophie, que estaba estacionado frente a la casa. Si Nielson o alguno de sus colegas aparecía ahora y lo descubría portando el arma, se enfrentaría a una pena de prisión. Ni siquiera Tillman podría ayudarlo.

El coche de Sophie tenía dos años, lo había comprado con el dinero del seguro del accidente. Era la primera vez que Lambert se sentaba en él. Era una marca y un modelo diferentes al anterior, pero el hecho de que procediera del dinero del seguro había sido suficiente para que Lambert lo evitara.

Pero no había tiempo para alquilar un coche. Campbell lo quería allí solo y, si era su mejor oportunidad de salvar a Sarah May, estaba dispuesto a correr ese riesgo. Introdujo la dirección en el navegador de su teléfono y siguió una ruta alrededor de la circunvalación sur.

Los recuerdos del accidente amenazaban con invadirlo a cada paso. Sabía que su mente le jugaría una mala pasada si se lo permitía: crearía visiones de Chloe en el asiento del copiloto, con el cinturón de seguridad puesto, dando patadas de emoción mientras papá la llevaba de noche a casa de sus abuelos. Lambert utilizó un truco que había aprendido en Internet para mantener a raya los recuerdos. Tomó las imágenes de aquella noche y se las imaginó metidas en una caja, cerrándolas a cal y canto con numerosos candados y cadenas irrompibles. El psicólogo al que había tenido que someterse durante el año siguiente a la muerte de Chloe le habría dicho que era una clara forma de represión malsana, pero ahora necesitaba que funcionara.

Volvió a pensar en Sarah May. Estaba seguro de que seguía viva, y eso aumentó su urgencia. Sorteó el tráfico a medida que se acostumbraba a los ligeros mandos del coche de Sophie. Pronto se encontró en los remansos de Surrey, con el navegador por satélite guiándolo a través de senderos de una sola pista en el campo. Pasó por delante de alguna que otra casa y se preguntó cómo podía vivir la gente en semejante soledad. Hacía tiempo que había decidido que no necesitaba hablar todo el tiempo con las personas, pero le gustaba tenerlas cerca.

El tiempo estimado de llegada del GPS indicaba que estaba a dos minutos. Redujo la velocidad y se preparó para lo que le esperaba.

—Ha llegado a su destino —dijo la voz electrónica femenina. Ante él estaba la entrada a un camino embarrado. Enredaderas retorcidas crecían sobre arbustos descuidados. No parecía que hubiera espacio suficiente para maniobrar con el coche por el estrecho hueco.

Quería ir a pie, no anunciarse a Campbell. Condujo trescientos metros más por la carretera hasta encontrar un pequeño arcén. Estacionó el coche de Sophie en el hueco y metió el lado izquierdo del coche entre espesas zarzas, para que hubiera espacio suficiente para que pasaran otros vehículos.

Apagó el coche y pensó en pedir refuerzos a Tillman o a Bardsley. Consideró los pros y los contras, y decidió que Campbell no toleraría tal intrusión. No era más que una corazonada, pero era todo lo que tenía. La mejor oportunidad de encontrar a Sarah May con vida dependía de que fuera solo. Era puro instinto, y el instinto le había servido bien en el pasado.

Se metió la pistola en el bolsillo interior de la chaqueta y salió del coche. La oscuridad era casi total, no había farolas iluminando la noche. Las nubes tapaban las estrellas y alguna que otra gota de lluvia caía sobre la cabeza de Lambert. Se detuvo a unos cien metros de la carretera y vio un agujero entre los arbustos que bordeaban el camino de tierra. Trepó por debajo con la esperanza de encontrar una ruta menos obvia hacia la casa.

Su chaqueta se enganchó en una liana suelta que tiró del material y rasgó la piel que había debajo. Lambert maldijo en voz baja mientras una breve oleada de dolor le recorría el lado izquierdo del cuerpo y desaparecía, dejando solo un dolor sordo a su paso.

La casa era visible desde el otro lado de los arbustos. Era un edificio abandonado que estaba rodeado de árboles y arbustos descuidados. Al acercarse, distinguió el jardín delantero. La hierba crecida sobresalía de las pizarras desconchadas del patio. Lambert vio una luz solitaria encendida en una de las habitaciones de la planta baja.

En la entrada, había un único coche. Un Mercedes plateado, el mismo que lo había seguido desde Bristol. Lambert avanzó sigilosamente por el camino guiándose por la luz del piso inferior de la casa.

Una verja separaba la casa del bosque. La parte superior de la verja estaba cubierta de una sustancia espesa y viscosa. Lambert empujó la verja con ambas manos y se impulsó sobre ella, cayendo en un charco de barro. Se limpió las botas que se había comprado para el viaje en la hierba y sacó la pistola.

Se acercó a la casa mientras trataba de mantenerse en la sombra. La luz del piso de abajo estaba a su izquierda. Esperó a que se moviera, pero nada se movió. Apretó el cuerpo contra la casa. Los ladrillos estaban recubiertos de líneas de piedra irregulares que tiraban de la chaqueta y la piel. Se dirigió hacia la parte trasera de la casa y vio una puerta con paneles de madera que daba a la cocina.

Lambert apretó el picaporte y se sorprendió cuando la puerta se abrió. Entró en la cocina y observó la habitación. Sostuvo la pistola frente a él, precavido ante cualquier posible sorpresa. La cocina reforzaba el argumento de que la casa era inhabitable; el aire desprendía un hedor a comida enmohecida y algo más, un amargo olor acre.

Utilizó su teléfono como linterna y escudriñó la cocina. Había un charco de vómito debajo de la mesa. Se acercó y vio un río de sangre que fluía bajo la superficie de la mesa y serpenteaba hacia el vómito.

A través de la puerta de la cocina, distinguió un haz de luz que salía de una habitación situada al final del pasillo. Prestó atención, pero la casa estaba en silencio excepto por el suave zumbido de la bombilla. Lambert consideró posibles escenarios. Si Campbell estaba en la habitación, podía estar durmiendo, leyendo un libro o esperándolo. Caminó de puntillas por el pasillo hacia la habitación y se detuvo a un metro de la entrada.

Respiró hondo y, con un movimiento practicado, giró el cuerpo hacia la habitación con el revólver firme frente a él.

Había una cuarta posibilidad que no había tenido en cuenta.

Un hombre lo esperaba, pero no estaba leyendo ni durmiendo. Su cuerpo roto colgaba de una soga. Un charco de excrementos y orina goteaba de su cuerpo al suelo. Lambert rodeó el cadáver con la pistola en la mano y le miró la cara. Tenía los ojos cerrados. Era casi una réplica exacta de las fotos que Lambert había visto de los fallecidos Samuel Burnham y Kwasi Olumide, pero la única

diferencia era que, además de los ojos, el hombre tenía la boca cerrada.

Estaba a punto de guardar el arma cuando una segunda figura entró en la habitación portando una escopeta recortada que apuntaba en dirección a Lambert.

Apuntó al hombre con la Glock.

—¿Quién eres? —preguntó Lambert.

El hombre sostuvo la escopeta. Era evidente que no era una situación nueva para él.

—¿Por qué no bajas el arma y te lo digo?

—Eso no va a suceder.

Permanecieron un rato en silencio.

—Eres Lambert —dijo el hombre.

—¿Y tú eres?

El hombre no respondió.

—¿Y él? —preguntó Lambert.

—Es Lance.

Lambert mantuvo la mirada fija en el hombre. Había disparado un arma de fuego en servicio dos veces en su carrera; una vez en Estados Unidos y otra cuando rescató a Tillman de sus torturadores. No tenía ningún problema en usarla, ya la habría usado. Estaba seguro de que podría derribar al hombre antes de usar la escopeta, pero necesitaba saber dónde tenían a Sarah May.

El hombre se retiró a la pared del fondo. Tomó asiento en una silla de madera de aspecto frágil, detrás de una pequeña mesa de comedor ovalada. Mantenía el arma apuntando a Lambert.

Estudió el rostro del hombre. Lo situó a finales de los cincuenta y principios de los sesenta. Tenía la cabeza cubierta de canas y la cara salpicada de mechones de barba plateada. Sus ojos eran despiertos e inteligentes.

—¿Campbell? —preguntó Lambert.

Un destello de sorpresa apareció en el rostro del hombre y desapareció en un instante.

—Si bajas el arma, podemos arreglar algo —dijo Lambert.

—Claro —dijo el hombre, sin mover un músculo—. Esto no tendrá final feliz.

—Puede que sí, puede que no. Dime dónde está Sarah May y te prometo que podremos llegar a un acuerdo.

El hombre se rio.

—Estoy un poco viejo para esas tonterías, Sr. Lambert.

—¿Está viva?

—Creo que sí.

—¿Qué coño significa eso? ¿Dónde está? ¿Qué le has hecho? —Lambert agarró el arma con más fuerza y se obligó a no usarla.

—No estás en posición de negociar, Sr. Lambert.

—Permíteme apelar a tu decencia entonces. Normalmente no atacas a mujeres. Sé que muchas de sus víctimas merecían morir.

—¿De verdad lo crees?

—Muchos eran criminales. Fuiste más allá de lo necesario, pero puedo entender el aspecto de la justicia natural. Pero ¿por qué Sarah May? ¿Qué te ha hecho?

—Nada. No creo que realmente entiendas de qué se trata todo esto.

—¿Por qué no me aclaras las cosas?

Campbell había llamado Lance al muerto. A Lambert no le sonaba el nombre, no se había topado con él en la investigación hasta el momento. El cadáver colgaba a su izquierda, y el sonido de la cuerda crujía en los estrechos confines de la habitación.

—¿Qué hay de él?

—¿Lance?

—Si tú lo dices.

—Un cabo suelto.

—¿Por qué sellas sus ojos? ¿Por qué la boca de Lance?

—Tienes que mirar un poco más —dijo el hombre, colocando la escopeta bajo su barbilla.

Lambert dio un paso adelante y habló con voz urgente.

—¿Qué estás haciendo, Campbell? Esto no es necesario. ¿Dónde está Sarah May, Campbell? ¿Dónde diablos está?

Por una fracción de segundo, Campbell se sintió confundido e incluso un poco asustado.

—No lo sé —dijo. Apretó el gatillo.

CAPÍTULO 44

El sonido de la escopeta resonó en los pequeños confines de la habitación. La bala atravesó la parte superior de la cabeza de Campbell, abrió un agujero en el techo y decoró la habitación con sangre y materia.

Lambert se quedó helado en el sitio, el sonido del arma aún haciendo eco en sus oídos. La visión de Campbell fue suficiente para poner a prueba la más dura de las constituciones. La cabeza de Campbell simplemente ya no existía, había volado en mil fragmentos diminutos. En su lugar, el muñón de su cuello vomitaba sangre como un volcán que suelta algún que otro chorro de lava.

Se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Exhaló y cayó de rodillas. Respiró despacio y se dijo a sí mismo que tenía que continuar. Comprobó la ropa empapada del hombre en busca de alguna pista sobre el paradero de Sarah May. Sus bolsillos estaban vacíos, al igual que los del hombre al que había llamado Lance.

No podía denunciarlo todavía, no ahora que cargaba una pistola. Realizó una búsqueda frenética por la casa y usó unas frágiles escaleras de aluminio para llegar al ático. Recorrió cada centímetro de la casa. Volvió al coche y condujo treinta kilómetros hasta un hotel que había pasado de camino, en el que reservó una habitación con un documento de identidad falso que llevaba consigo. Una vez en la habitación, guardó la pistola y la funda en la caja fuerte. Se duchó, se puso ropa limpia y canceló el correo electrónico que había preparado para Tillman.

Diez minutos después, volvió al coche, condujo hacia la escena del crimen y llamó a Bardsley.

—Creo que he encontrado a Campbell —informó.

No pasó mucho tiempo antes de que la casa de Campbell se

llenara de actividad. Una fila de coches de policía serpenteaba por la estrecha calle que conducía a la casa. La escena del crimen fue acordonada mientras llegaban los agentes de la SOCO.

Lambert esperó fuera mientras Bardsley supervisaba a los agentes.

—Esto es insensato, incluso para ti —le dijo Bardsley. Su antiguo colega estaba más animado de lo que Lambert recordaba, y los gruesos tendones de su cuello llamaban la atención—. ¿En qué demonios estabas pensando? Podría haberte matado.

—Era solo una corazonada, no quería molestarte —dijo Lambert.

Los ojos de Bardsley se abrieron de par en par con un efecto cómico.

—¿No querías molestarme? —dijo, imitando su tono.

—Recibí una pista de un informador. Si acudiera a ti cada vez que tengo una corazonada, nunca dejaríamos de hablar por teléfono.

—A ver si lo entiendo. Recibiste una pista de que aquí es donde vive Campbell, el único vínculo que tenemos entre dos asesinos en masa, y pensaste en venir solo sin ningún apoyo. ¿Qué esperabas encontrar?

—Esperaba encontrar a Sarah —dijo Lambert.

—Tienes suerte de estar vivo —repitió Bardsley.

Lambert se encogió de hombros.

—No me jodas. ¿Por qué Campbell no te disparó?

—¿Te habría hecho más feliz? —preguntó Lambert.

—Jesucristo, Mike. Debería arrestarte. Nielson te advirtió que no interfirieras; por cierto, está viniendo para acá.

—Si no hubiera interferido, nunca habríamos encontrado su cuerpo, Josh. ¿Has tenido suerte identificando a alguno de ellos?

—No. No hay formas de identificación en la casa. Hemos tomado algunas fotos de sus caras, pero no tenemos muchas instantáneas de personas con los ojos y la boca sellados, o con los rostros destrozados por una escopeta.

—No creo que Campbell sea el asesino —dijo Lambert.

Bardsley hizo una pausa.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Estaba asustado. Le pregunté por Sarah May y se mostró confuso. Y, como tú dijiste, ¿por qué no me disparó y escapó?

Estaba resignado, como si hubiera tenido suficiente. Como si tuviera miedo.

—¿Viniste desarmado? —preguntó Bardsley.

—Por supuesto. May no está aquí y el tiempo se acaba, Josh.

El hombre suspiró.

—No te vayas —dijo antes de dirigirse a un grupo de agentes que habían regresado del bosque al lado de la casa.

Apareció el Inspector en Jefe Nielson acompañado de varios colegas. El hombre miró a Lambert como si fuera el culpable de las atrocidades que había descubierto en la casa.

Lambert se negó a hablar con él. Bardsley le tomó declaración oficial.

—Eres el único que ha visto la cara de Campbell —dijo.

—¿Quieres que escanee la base de datos? —preguntó Lambert.

—Sería útil. Ve a la comisaría y nos pondremos a trabajar. Tenemos un experto en reconocimiento facial.

—Estupendo.

Bardsley lo dejó marchar cuatro horas más tarde. Nielson había insistido en que revisaran su coche antes de salir, por lo que Lambert se sintió aliviado de haberse llevado el arma al hotel.

Su visión empezó a nublarse mientras conducía la corta distancia que lo separaba del hotel. Llegó a tiempo para quedarse dormido en la cama segundos después de comprobar la caja fuerte en busca del arma. Durmió tres horas. Soñó con imágenes de Billy Nolan y Terrence Haydon sin ojos, con vagas inscripciones en sus cuerpos; la víctima de la noche anterior colgada de las vigas, su boca cerrada en un grito interno, y Campbell llevándose la escopeta a la boca con un destello de miedo en los ojos.

CAPÍTULO 45

Lambert se apresuró a desayunar café y tostadas y se dirigió a Lewisham, donde se había instalado una sala de incidentes conjunta. La noche le había aclarado las ideas. Campbell no era el Cazador de Almas. O, al menos, no el único. Formaba parte de un equipo, y Lambert tenía una idea de quién dirigía la secta.

Estacionó a una milla de distancia y caminó hasta la comisaría. El aire frío le mordía la piel mientras llamaba a Klatzky, dejándole un mensaje en el que le advertía que se escondiera y que lo llamara lo antes posible.

Lambert no recordaba haber visto a tantos policías en una misma sala al mismo tiempo. El despacho diáfano estaba dividido en tres secciones. En un tablón de anuncios con respaldo de cristal estaba la investigación del Cazador de Almas. Fotos de Terrence Haydon, Sandra Hopkins y las víctimas de más edad, entre ellos Billy Nolan, decoraban el centro del tablón. En la periferia había otras imágenes de personas relacionadas con el caso, incluida una de Lambert y una foto antigua de Simon Klatzky.

Un segundo tablón de anuncios mostraba a las víctimas del segundo asesino, Kwasi Olumide, Samuel Burnham y la víctima de la noche anterior, conocida solo como Lance. Una foto ampliada de Lance lo miraba desde el tablón de anuncios. Mostraba con detalle las marcas de la soga en el cuello, las mejillas blancas e hinchadas, la línea de hilo grueso que le atravesaba los ojos y la boca. A su lado había una foto del cuerpo de Campbell, la única que tenían de él; estaba tomada desde lejos y mostraba su cara destrozada por el disparo.

Por último, una parte de la sala estaba dedicada a la inspectora Sarah May. Una foto de la policía desaparecida colgaba de un tercer tablón de anuncios.

—Mike —dijo el detective en jefe Josh Bardsley acercándose a él —. Si alguna vez hubo un momento para delinquir en el Gran Londres, fue ahora —dijo y señaló a los agentes presentes en la sala —. Me temo que vas a ser interrogado esta mañana. El Subjefe de policía está aquí. La mierda fluye en todas direcciones.

—Me parece bien —replicó—. Cualquier cosa para ayudar a encontrar a Sarah.

Bardsley lo acompañó a la sección central de la sala de interrogatorios.

—Identificamos a la víctima del ahorcamiento de anoche. Lance Crosby, 44 años. Cumplió siete años de condena por malversación de fondos a los veinte y desapareció tras su liberación. Sin dirección conocida. El hombre no ha pagado impuestos ni seguro nacional desde que salió de prisión.

—¿Y el suicida? Campbell.

—No hemos confirmado la identificación. Sin embargo, hemos comparado sus huellas dactilares y están presentes en las escenas del crimen de Haydon, Hopkins, Burnham y Kwasi Olumide. Su ADN también estaba en la escena de Lance Crosby —vaciló, luego bajó la voz—. Mira, también encontramos su ADN en la escena del crimen de Sean Laws.

Lambert dejó que la información se asentara.

—Crees que encontraste al asesino, ¿no?

—¿Tú no lo crees? Todo apunta a que Campbell es el Cazador de Almas y el segundo asesino, sí —dijo Bardsley—. Sin embargo, hay algo que aún me preocupa.

—¿Por qué no me disparó?

—Sí. ¿Alguna idea?

Lambert visualizó el incidente. No pudo decirle a Bardsley que él también tenía un arma, pero no creyó que hiciera mucha diferencia.

—Creo que estaba asustado.

—¿Asustado? ¿De qué?

—No lo sé. ¿De que lo atraparan?

—Podría haberte disparado y huir de la escena. No tenías refuerzos.

—Reconozco la reprimenda. Escucha, Josh, no puedo ofrecer pruebas, pero creo que Campbell era parte de un equipo. Si piensas en todos estos asesinatos recientes, Haydon, Hopkins, Burnham,

Olumide y este tal Lance, me parece demasiado inverosímil que solo una sola persona sea responsable —dijo Lambert.

Bardsley suspiró.

—Tendrás que darnos más que eso. Me doy cuenta de que es una pregunta inútil, ya que me lo dirías si quisieras que lo supiera, pero ¿te estás guardando algo? ¿Hay algo que no me estás diciendo?

Lambert pensó en contarle a Bardsley la teoría que había estado pensando desde la noche anterior, pero sonaba demasiado absurda para expresarla. Necesitaba algo concreto antes de empezar a hacer acusaciones.

—Tienes razón. Te lo diré cuando pueda.

—De acuerdo, Michael, como quieras. Por el momento, este es un caso de persona desaparecida. Nos concentramos en dónde retenía Campbell a May.

Nielson y Bardsley reunieron a los equipos. Nielson tomó la iniciativa y explicó lo que todos ya sabían sobre Campbell.

—La inspectora May es nuestra prioridad ahora —dijo—. Lleva desaparecida treinta y seis horas, así que cada minuto cuenta.

Uno de los miembros del equipo de May, el sargento Bradbury, estaba sentado en primera fila. Llevaba un traje de lino marrón y tenía la cara desencajada, como si llevara días sin dormir.

—Como saben, se trata de una operación conjunta de tres departamentos. No espero nada menos que la plena cooperación de todos.

Lambert vio marcharse a los agentes y se preguntó si volvería a formar parte de su grupo. Intercambió miradas con Nielson.

—¿Qué haces aquí todavía, Lambert?

—Quiero saber si puedo ayudar en algo. Puedo serles útil.

—Estoy seguro de que recibiremos tu ayuda, nos guste o no —dijo Nielson, sin ánimo en la voz.

Bardsley apartó a Lambert a un costado.

—No te preocupes por él, está bajo mucha presión en este momento. Primero, necesito que trabajes con nuestra experta en reconocimiento facial; estará aquí en un momento. Después de eso, lo mejor que puedes hacer es encontrar a Klatzky por nosotros. Tenemos oficiales revisando su casa de nuevo. Cuando los bares estén abiertos, revisaremos allí. Pero si se te ocurre algo más…

—Buscaré —dijo Lambert.

—Gracias, Mike, y cuando estés listo para hablar…

—Serás el primero en saberlo.

Le dio la mano a Bardsley. Sabía que alguien de su equipo debía estar investigándolo.

Pasó la siguiente hora con la dibujante. Bardsley había trabajado con la mujer antes e insistió en que valía la pena perseverar. Cada vez que Lambert se imaginaba a Campbell, veía la pistola bajo la barbilla y la máscara de tranquilidad evaporándose. Bardsley tenía razón, la dibujante era excepcional.

En menos de una hora, había hecho un boceto a lápiz del hombre que reflejaba lo que Lambert recordaba de la noche anterior. Era tema aparte si ayudaría a identificar al hombre o no. Imprimirían el boceto terminado y lo distribuirían, y utilizarían las medidas del dibujo para compararlo con las imágenes de su base de datos.

—¿Sr. Lambert?

Colocó el boceto terminado sobre el escritorio.

—Soy la Detective Agente Rebecca Shah, señor. Me han pedido que revise la base de datos con usted.

Lambert le entregó el dibujo terminado y le dio las gracias a la dibujante.

—Haz copias de esto primero y distribúyelas. Tenemos que llamar a los técnicos para ver si encuentran alguna coincidencia.

Shah volvió diez minutos después.

—He enviado los detalles a todos los equipos. Haremos llegar la foto de ese bastardo a todo el mundo —dijo ella. Lambert no contestó. Había pasado la última hora concentrado en la cara de Campbell, y ahora no podía pensar en otra cosa. Los últimos minutos en la casa aún le preocupaban. Bardsley lo había mencionado antes; Campbell podría haber intentado dispararle, no tenía nada que perder. Algo lo detuvo y lo asustó tanto que prefirió quitarse la vida antes que arriesgarse con Lambert.

La joven Detective Agente Shah revisó el *software* con él. La foto de Campbell se había enviado a un departamento especializado, que utilizaba un programa de reconocimiento fotográfico para encontrar una coincidencia en la base de datos. Lambert estaba convencido de que no tendrían éxito.

—¿La conocías bien? —preguntó Shah.

—La conozco, sí —respondió Lambert.

—No, lo siento, no quería hablar en pasado. Es que fui el último oficial que la vio antes de que se vaya.

—Nadie te culpa, Shah. Se la llevaron fuera del hotel.

—Lo sé. De todos modos, haré cualquier cosa para ayudar a encontrarla.

—Bien, sigamos trabajando.

Una hora más tarde, Bradbury apareció.

—¿Podemos hablar, señor?

Lambert aún recordaba la insolencia del hombre en la estación de Bristol. Tomó nota de la solicitud respetuosa y se preguntó si habría alguna trampa.

—Mi equipo ha estado trabajando en la iglesia de Bristol. ¿Gracelife? —continuó el hombre.

—He tenido el placer de visitar ese establecimiento, sí.

—Siguiendo la información que descubrió sobre las sesiones de asesoramiento, nos pusimos en contacto con las iglesias vinculadas a las otras víctimas para ver si tenían sesiones de asesoramiento. Tuvimos éxito con una en Congresbury.

Lambert recordó haber hablado con Cormack Riley sobre el soldador de veintiocho años, la víctima anterior a Billy Nolan.

—¿David Welsh? —le preguntó.

—Sí, señor. El párroco sigue allí. Dice que Welsh iba a sesiones de asesoramiento y que un hombre llamado Campbell trabajó allí como consejero a principios de los noventa.

El corazón de Lambert se aceleró.

—Estupendo. ¿Hemos enviado ya el retrato de Campbell?

—Lo he enviado por correo electrónico. Ahora estamos comprobando todas las demás iglesias.

CAPÍTULO 46

Lambert llamó a Bardsley y le habló de David Welsh.

—Creo que tenemos que volver a revisar a todas las víctimas del Cazador de Almas para ver si podemos encontrar un vínculo con las sesiones de asesoramiento.

—De acuerdo. De cualquier manera, todo apunta a Campbell —dijo Bardsley.

—No creo que actuara solo, Josh. No tiene sentido.

Bardsley lo ignoró.

—Aún no hemos tenido suerte identificándolo. Si tenemos suerte, tu retrato ayudará. Está en todo el país, y hemos organizado una conferencia de prensa para esta tarde. Lo sacaremos por televisión.

Lambert colgó. Trató de no culparse, pero sabía que si hubiese podido mantener a Campbell con vida, podría haberlos llevado a Sarah May. Le dio su número a la Detective Agente Shah.

—Llama en cuanto sepas algo, ya sea por Bradbury o cualquier otro —le dijo.

No se atrevía a volver a casa. Volvió al coche y buscó la pistola en el maletero. Aliviado de que aún estuviera allí, se sentó detrás del volante en un intento de aclarar sus pensamientos. Llamó a Klatzky, pero le dio al contestador, como de costumbre. Todo lo ocurrido la noche anterior seguía preocupándolo. Lo habían manipulado. La nota que Kwasi había dejado a su viuda lo había guiado hasta la casa justo a tiempo para ver el cuerpo de Lance.

Campbell se había suicidado en lugar de dispararle. A pesar de las protestas de Bardsley, sabía que era importante. Algo había asustado tanto a Campbell que incluso la muerte era una alternativa mejor, y Lambert estaba convencido de que eso era el Cazador de Almas.

Necesitaba ver a dos personas: a la viuda de Kwasi, Laney Richardson, y a Myles Stoddard, quien le había señalado a Richardson en primer lugar. Decidió visitar a Stoddard primero, quien le había ocultado algo ayer. Era un mentiroso inexperto, y Lambert se reprendió por no haberlo presionado más en el bar.

Estaba a punto de ponerse en marcha cuando alguien golpeó la ventanilla lateral del coche.

Cormack Riley estaba en la acera, con la misma ropa que ayer y un montón de papeles en la mano.

Lambert bajó la ventanilla.

—Cormack.

—¿Debería estar hablando contigo? —preguntó Riley.

—Dímelo tú.

Riley le entregó las hojas de papel.

—Me hiciste pensar el otro día, y no me gusta lo que descubrí. ¿Debería ir a Bardsley con esto?

Lambert hojeó los papeles que detallaban parte de la investigación del caso de Billy Nolan. Nada de lo que leyó había aparecido en los registros oficiales. Todo era material general, solo algunos detalles más sobre los estudiantes que estaban en los pasillos cuando se descubrió el cadáver de Nolan. Lambert leyó los detalles de su propia entrevista, que figuraban en el informe inicial. Luego hojeó la entrada de Terrence Haydon y vio algo que no podía creer.

—¿Puedes dejarme esto, Cormack?

Cormack lo miró con rostro pasivo. No se conocían bien. Riley lo estaba escrutando y decidiendo si podía confiar en él.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Mira, entiendo que es inusual, pero acudí a ti sobre esto. Has leído el informe. ¿En quién más vas a confiar?

Cormack no se movió. Se balanceaba en el sitio como si estuviera clavado.

—He hecho copias. Te hablaré en veinticuatro horas, y si no hay avances entonces, le daré esto a Bardsley.

El cuerpo de Lambert se crispó mientras conducía hacia Crouch End. Cada semáforo en rojo o vehículo mal conducido le provocaba un arrebato; todos aquellos meses de terapia tras la muerte de Chloe habían sido en vano. Tras su muerte, su vida se había alimentado de

una rabia insaciable que había desahogado iniciando peleas con extraños y viajando a bares en zonas donde no era bienvenido. La violencia se convirtió en una droga para él, en una forma de mitigar aunque solo fuera un poco el dolor de la pérdida de su hija. Ahora, tras leer los archivos de Riley, ese dolor estaba volviendo.

El coche de delante aminoró la marcha y giró a la derecha sin señalizar. Lambert frenó en seco y tocó el claxon del coche. Empezó a insultar al conductor, golpeando con el puño el salpicadero y agitándolo delante de él para que el conductor pudiera ver su disgusto en el espejo retrovisor.

Cuando el coche giró, Lambert distinguió la silueta de una anciana encorvada sobre el volante, ajena a sus patéticas quejas. Mantuvo su temperamento intacto durante el resto del viaje y lo embotelló, listo para desatarlo con Stoddard.

Esta vez no dio ningún aviso. Estacionó el coche a cincuenta metros del garaje donde trabajaba Stoddard y trotó por el sendero irregular que conducía al Portakabin y a los garajes.

No se preocupó por el Portakabin. Irrumpió en el primero de los garajes; dos mecánicos cubiertos de grasa estudiaban el chasis del coche como si estuvieran debatiendo las piezas de un gran rompecabezas. A la derecha de Lambert, una tercera figura desapareció por una entrada lateral.

Lambert suspiró y le gritó.

—Espera, Myles —salió del garaje y vio que la figura de Stoddard desaparecía por el camino de piedra—. Para, Myles. Tengo que hablar contigo.

Intentó mantener un tono neutro y tranquilo, pues sabía que su aspecto lo delataba. Stoddard prefirió no escuchar. Maldijo para sus adentros y emprendió la persecución. El hombre se había alejado en dirección al coche de Lambert, así que corrió a un ritmo constante, suficiente para mantener a Stoddard en su línea de visión, y esperó a que dejara de correr. El hombre sabía que Lambert no lo dejaría en paz, que lo encontraría en el trabajo o en casa, así que huir de él no tenía sentido. Pero aun así, no se detuvo. Stoddard corrió a través de la carretera hasta la entrada de un parque local.

Lambert aceleró el paso y lo siguió cuando se metió entre los árboles. Era más joven que él, pero no estaba en la misma forma. Tropezó entre la maleza y ralentizó el paso.

—Para, Myles, por el amor de Dios. Esto no te hace ningún favor.

El hombre lo miró y perdió el equilibrio. Tropezó con una roca suelta y cayó de cabeza contra el tronco de un roble. Lambert echó a correr hacia delante mientras Stoddard se ponía en cuatro patas para intentar escapar.

Lambert le dio una patada en la pierna izquierda. Stoddard intentó levantarse de nuevo, pero él se le echó encima y le dio dos puñetazos en el estómago.

Stoddard se hizo un ovillo. Lambert lo agarró por el cuello del mono y lo puso en pie. Volvió a darle un puñetazo en el estómago y lo mantuvo erguido; el hombre jadeó para recuperar el aire. Luchó contra el impulso irrefrenable de estrellar la cara de Stoddard contra el árbol más cercano.

—¿Por qué has huido? —dijo mientras intentaba controlar el volumen para no llamar la atención.

Stoddard era incapaz de hablar, pues su cuerpo necesitaba oxígeno desesperadamente. Apoyó su frente en la de Stoddard.

—¿Y bien?

Stoddard intentó resistirse, su aliento olía a cebolla y carne sin digerir. Lambert lo empujó y la espalda del hombre se estrelló contra el tronco del árbol. Se deslizó por la corteza y se sentó en el suelo, con la cabeza entre las piernas.

—No sabía lo que querías, ¿cierto? —Stoddard jadeó.

—¿Así que huiste? Nunca sabes lo que quiero de ti, pero no huyes —se encorvó hasta quedar a la altura de sus ojos—. Me tendiste una trampa, Myles, y necesito saber por qué. Si me mientes aunque sea una vez, te arrestaré y todo lo que me hayas dicho saldrá a la luz. ¿Entiendes lo que eso significa?

Stoddard se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—Ya ni siquiera eres policía —dijo, con una expresión de victoria en el rostro.

Lambert tensó la mano izquierda y bajó el dorso de la misma para golpearlo en la mejilla. La cara del hombre giró hacia un lado y una línea de sangre brotó de su nariz.

—¿Crees que eso cambia las cosas? Me conoces, sabes lo que haré. Ahora dime por qué me tendiste una trampa. No fue idea tuya, no tienes cerebro para hacerlo. Alguien te metió en esto, y

quiero saber quién y cómo.

La breve expresión de triunfo en el rostro de Stoddard desapareció y la sustituyó una mezcla de confusión y terror. Su cuerpo empezó a temblar, pero no creía que fuera porque le pegó. Nunca le había pegado antes y era algo que despreció tener que hacer, pero el hombre lo conocía lo suficiente como para saber que no iría más lejos. Era posible que la amenaza de arrestarlo lo hubiera desconcertado.

—Escucha, dime lo que necesito saber y podrás irte. Has sido bueno conmigo estos años, Myles, y no quiero destruir nuestra relación de trabajo.

—No puedo, Sr. Lambert —tartamudeó el hombre.

—¿No puedes qué?

—No puedo hablarte del hombre.

—Empecemos por otro lado —dijo Lambert—. ¿Cómo te las arreglaste para tenderme una trampa? ¿La viuda de Kwasi está involucrada?

—Ni siquiera conozco a la mujer, y apenas conocía a Kwasi.

—¿Pero sabías de la nota que le dejó? La que me guio hasta esa casa.

—Sí.

—¿Cómo lo supiste?

—Él me lo dijo.

—¿Quién?

—No puedo decirlo —dijo Stoddard.

—¿Fue él? —preguntó Lambert y le mostró el boceto de Campbell en su teléfono.

Myles miró la fotografía, pero su rostro no cambió.

—No, no he visto a ese tipo en mi vida.

—Mira más de cerca, Myles.

—Te digo la verdad. Nunca he visto a ese hombre.

Lambert se guardó el teléfono.

—¿Qué te dijo el otro hombre?

—Dijo que Kwasi había dejado una nota para su esposa.

—¿Y cómo lo sabía?

—Dios —dijo Stoddard, que temblaba.

—Myles, voy a averiguarlo de una forma u otra, así que dímelo.

—No estoy seguro. Sugirió que había obtenido la información de

Kwasi, algo así como una especie de confesión en su lecho de muerte.

Las imágenes del cadáver de Kwasi surgieron en la mente de Lambert. ¿Kwasi le había dado la información antes o después de que le cerraran los ojos?

—¿Quién es, Myles?

—No lo sé, lo juro.

—¿Es Campbell?

—No lo creo.

—¿Te das cuenta de que si te arresto ahora, estás acabado? Eres cómplice de asesinato, como mínimo. Y me aseguraré de que todos adentro sepan que eres un soplón.

—No lo sé, Sr. Lambert. Te juro que si supiera quién es, te lo diría.

—¿Nunca lo habías visto antes?

—Nunca.

—Entonces, Myles, debo preguntarte por qué hiciste lo que te pidió.

Stoddard se rascó la barbilla buscando una respuesta. Su cuerpo no paraba de temblar, como al compás de algún sonido lejano.

—Que Dios me ayude, Myles. Si no me dices la verdad, te encerraré ahora mismo. ¿Sabes que uno de nuestros Inspectores ha desaparecido? ¿Te imaginas lo que te pasará en la comisaría? Y no inventes nada, dime por qué hiciste lo que dijo.

—No me lo iba a inventar, Sr. Lambert. Me mostró algunas fotos después de quitarme el cuchillo de los ojos. Dijo que sería el siguiente si no hacía lo que me pidió.

—¿Te dijo su nombre?

—Por supuesto que no.

—¿Cómo era?

—Era alto. Cuarenta y tantos, cincuenta quizás. En realidad no lo vi bien, salió de la nada. Como dije, me puso un cuchillo en los ojos y, una vez que me soltó, estaba demasiado asustado para mirarlo. Estaba cagado de miedo, Sr. Lambert. Amenazó con arrancarme los malditos ojos, y creí que lo haría.

—¿Por qué no fuiste a la policía?

—Claro, como si fueran a serme de mucha utilidad.

—¿Cabello? ¿Color de ojos?

—No lo sé. Llevaba uno de esos sombreros, creo que les dicen gorritos. No sé qué color de ojos tenía, pero era fuerte.

—¿Y te dio mi nombre?

—Sí. Dijo: «¿Conoces a Michael Lambert?». Luego me dijo que te hablara de la viuda de Kwasi, sobre la nota que Kwasi le había dejado.

—¿Por qué no me lo dijiste la última vez que nos vimos?

—Te lo dije, Sr. Lambert, dijo que me mataría.

Lambert sacó su teléfono y realizó una búsqueda; un rostro apareció en la pantalla. Agarró el teléfono con fuerza esperando que Stoddard no viera que le temblaba la mano. No estaba seguro de querer confirmación.

—Levántate.

Myles se levantó del suelo.

—Sr. Lambert, dijo que no me arrestaría.

—¿Tienes algún lugar donde quedarte? ¿Algún amigo?

—Mi madre vive en Southend.

Lambert le mostró la foto en la pantalla.

—¿Es él? —preguntó, con el cuerpo tan lleno de adrenalina que le costaba estarse quieto.

Stoddard soltó un gemido y cayó de rodillas como si le hubieran dado una noticia que le costaría la vida. Lambert estuvo a punto de hacer lo mismo. Sacó todo el dinero que llevaba en la billetera y se lo dio al hombre.

—No vuelvas al trabajo. Ve directamente a la estación de tren y quédate en casa de tu madre hasta que te llame.

Stoddard salió corriendo antes de que él tuviera tiempo de cambiar de opinión.

Seguía sin asimilar lo que había descubierto, pero la identificación del hombre por Stoddard coincidía con los detalles que había leído en el expediente de Cormack Riley.

Klatzky lo llamó cuando regresaba al auto.

—Simon, ¿dónde estás?

—Adivina —dijo Klatzky.

Lambert oyó el sonido de conversaciones distantes en el fondo.

—¿En qué *pub*? —dijo.

—No estoy seguro. El de tu calle principal, a donde fuimos el otro día.

—Bien, tienes que quedarte allí. Seguro es una petición fácil.

—Me estoy quedando sin fondos, Mikey.

—No te muevas. ¿Me oyes? —Lambert gritó al teléfono.

—Está bien —dijo Klatzky, arrastrando las palabras.

Lambert bajó el tono.

—Simon, escucha. ¿Le contaste a alguien más sobre las sesiones de asesoramiento de Billy? Piénsalo bien.

No estaba seguro de por qué preguntaba, tenía toda la información necesaria. Quizá fuera por lealtad, o por la esperanza de que Stoddard se equivocara.

La línea estaba en silencio.

—Simon, ¿sigues ahí?

—Sí, lo siento, Mikey. ¿Qué decías?

—Maldición, Simon, esto es importante. La sesión de asesoramiento de Billy. ¿Se lo contaste a alguien más?

—Te lo dije, Mikey. No.

—Piensa bien, Simon. La vida de una mujer está en juego. Klatzky hizo una pausa y, por un segundo, Lambert pensó que había colgado.

—Espera, una vez. Cuando Billy murió.

Sintió que el aire lo abandonaba.

—Le dije a esa persona. Sí, lo había olvidado. A ese policía. ¿Cómo se llamaba?

—¿Hastings? —dijo Lambert. Su voz sonaba distante.

—Sí, Hastings.

CAPÍTULO 47

Lambert empezó a conducir con la mente trabajando horas extras en varias direcciones. Tenía cierto sentido. El Cazador de Almas era el oficial superior de investigación del caso, la única persona cuyo nombre aparecía en casi todos los informes del caso. La única persona a la que él nunca había considerado sospechosa. Según lo que dijo Riley, quizá por eso se detuvo después de Billy Nolan. Aguantó nueve asesinatos dirigiendo la investigación para ocultar sus deseos enfermizos, hasta que empezó a afectar su carrera. No quería que nadie más se hiciera cargo del caso del Cazador de Almas, así que detuvo los asesinatos. Fue un engaño increíble. Ahora tenía suficiente para involucrar a todos. Con la evidencia que había obtenido, hasta Nielson le creería.

Pero no podía denunciarlo. Hastings tenía a Sarah May, y en cuanto él contara lo que había descubierto, acabaría con su vida. Hastings lo quería a Lambert desde el principio, desde el día que envió las fotos a Klatzky.

Le envió un mensaje a Klatzky diciéndole que no saliera del bar. Por una vez, sería el lugar más seguro para él. Necesitaba llegar a casa y prepararse para encontrarse con Hastings.

Pasó la siguiente hora en el tráfico tratando de unir las piezas. ¿Cómo los había engañado Hastings todo este tiempo? ¿Qué papel había desempeñado Campbell?

Giró en su calle y enseguida se dio cuenta de que la puerta de su casa estaba entreabierta.

Salió corriendo del coche, rezando para que Sophie no hubiera regresado, con la pistola bajo la chaqueta mientras intentaba abrir la puerta. La cerradura estaba rota. Derribó la puerta de una patada con la pistola en alto y esperó que nadie lo hubiera visto. El aire frío soplaba por el pasillo, teñido de un olor a amoníaco y a algo

más perfumado. Cerró la puerta principal, asegurándola con una silla de cocina. Revisó cada habitación por turno asegurando su casa hasta que llegó a la habitación de invitados.

Se quedó con la boca abierta al ver la escena.

—Joder, Simon, ¿qué has hecho? —aulló.

CAPÍTULO 48

Lambert no comprobó el pulso. Klatzky estaba desnudo de la cintura para arriba con la inscripción en latín *In oculis animus habitat* cincelada en su pecho. Sus ojos eran dos agujeros vacíos.

—Tonto bastardo, ¿por qué no te quedaste en el bar? —le preguntó al cadáver.

Encontró un par de guantes forenses en la cocina. Estaba lejos de ser perfecto, pues contaminaba la escena del crimen con cada paso y respiración que daba. Examinó el cadáver todo lo posible sin tocarlo. Era una réplica perfecta de todos los asesinatos del Cazador de Almas. La chaqueta de Klatzky había sido arrojada a su lado. Languidecía en un charco de sangre, salpicada de motas blancas que Lambert supuso que era el incienso pontifical, cuyo olor le trajo recuerdos indeseados. Intentó ver qué había en el bolsillo interior de Klatzky, pero no podía hacerlo sin tocar el material.

Lo cogió con la mano izquierda enguantada y utilizó la derecha para sacar la billetera de Klatzky, que contenía dos tarjetas de crédito, un billete de cinco libras y un papel doblado en dos. El papel iba dirigido a Lambert. Lo desdobló.

Cuando lo resuelvas, ven solo o May morirá.

La nota no estaba firmada, pero sabía que era de Hastings. Puso la nota dentro de una bolsa de plástico. Arregló la puerta lo mejor que pudo y volvió a apretar la silla contra ella. Se dirigió a su despacho. Quería dejarlo todo, llamar a Bardsley y a Nielson y llorar la muerte de su mejor amigo, pero tenía que continuar.

Sarah May estaba viva, y la nota le había advertido que viniera solo.

Lambert cerró los ojos cuando algo hizo clic en su cerebro.

—No puede ser —susurró para sí mismo. Un recuerdo regresaba a su memoria. Tropezó al salir del despacho y bajó las escaleras a toda velocidad hacia la sala de estar—. ¿Dónde está? —gritó, buscando en la estantería. Los libros se almacenaban compra por compra. Cientos de ellos adornaban su despacho, y otros cientos estaban repartidos por toda la casa. Escaneó los lomos buscando el apellido que quería hasta que finalmente localizó el título.

Kill Time. «Hora de Matar».

Le temblaron las manos al abrir la portada. Comprobó la inscripción. La letra era idéntica.

A Michael.
Mis mejores deseos,
Julian Hastings.

Se desplomó en la silla con el libro entre las manos. Abrió la página siguiente y todo se aclaró. La respuesta había estado ahí todo el tiempo. Bajó hasta el segundo párrafo de la página de agradecimientos y vio una simple nota que había leído años atrás, algo que se había alojado en su mente y había permanecido latente durante todo este tiempo.

Un agradecimiento especial al Sr. Campbell por toda su ayuda.

Una sensación de calma invadió a Lambert. Hastings vivía en un pueblecito cerca de Orpington, Kent, a menos de treinta minutos.

Ven solo o May morirá.

Nada sugería que Hastings no quisiera decir exactamente lo que dijo. Haber llevado a cabo tantos asesinatos durante tantos años requería una intrincada planificación y disciplina. No era una oportunidad que Lambert pudiera perder. Envió otro correo electrónico a Tillman contándole lo que había descubierto y a dónde se dirigía.

Se cambió, se puso un grueso abrigo negro para ocultar la Glock y bajó las escaleras. Abrió la puerta principal, sorprendido por la oscuridad de la noche, a tiempo para ver al Inspector Jefe Nielson saliendo de un coche de policía sin distintivos, seguido de cerca por dos detectives subalternos. Lambert cerró la puerta y se quedó mirando hacia la carretera con la espalda apoyada en la puerta para ocultar los daños de la cerradura. La Glock pesaba mucho en la

funda, y aunque estaba oculta, resultaba llamativa, como si sobresaliera de su chaqueta.

—¿Va a alguna parte, Sr. Lambert? —dijo Nielson.

—Así es.

—Tal vez podríamos entrar para una charla rápida. No contesta al teléfono.

Por fortuna, su teléfono estaba en el bolsillo de su pantalón, así que no tuvo que abrir su chaqueta. La pantalla mostraba doce llamadas perdidas. Tras la emoción de descubrir que Hastings era el asesino, no se había percatado de que su teléfono estaba en silencio.

—Oh, sí, lo siento. Está en silencio —dijo Lambert.

—¿Ha contactado con el Sr. Klatzky?

—Todavía no. Voy a intentar en algunos bares más ahora.

—Entremos y hablemos.

—Te lo dije, me voy —repitió. Trataba de controlar su respiración.

—No estará escondiendo al Sr. Klatzky ahí dentro, ¿verdad? Sé que son muy amigos.

—No seas tan ridículo, Nielson.

—Solo para tranquilizarme, Sr. Lambert.

—Puedes conseguir una maldita orden si quieres hacerme perder el tiempo, Nielson. ¿Por qué te mentiría?

No habría explicación para el cuerpo de Klatzky, al menos no de inmediato. Y con el arma dentro de su chaqueta, sería arrestado. Tomó una decisión. Si Nielson iba a seguir con el asunto, tendría que usar la pistola; era la única forma de garantizar la seguridad de Sarah May.

Nielson chasqueó la lengua contra el paladar y se balanceó sobre las puntas de los pies. Intercambió miradas con sus colegas, que miraban a Lambert como si pudieran intimidarlo.

—Se supone que debemos trabajar juntos en esto —dijo Nielson. No parecía creer sus propias palabras.

—Bueno, entonces déjame hacer mi parte del trabajo —dijo Lambert. Seguía con la espalda apoyada en la puerta principal, y se quedaría allí hasta que se fueran los policías.

Los músculos faciales de Nielson se crisparon mientras decidía su siguiente movimiento.

—El ADN encontrado en las escenas del crimen de Terrence

Haydon, Sandra Hopkins, Sam Burnham, Kwasi Olumide y Lance Crosby coincide con el de Campbell —explicó, como si Lambert no lo supiera ya.

—Resultado —dijo Lambert—. ¿Ya sabemos quién es?

—Estamos trabajando en ello. Dos cosas pendientes: nuestra inspectora desaparecida y tu amigo desaparecido.

—Tú eres el que lo dejó ir.

—Tenemos algunas preguntas más para él.

—Te avisaré si sé algo de él, te lo prometo —dijo. La imagen del cuerpo sin vida de Klatzky apareció en su mente—. Quiero encontrar a Sarah tanto como tú.

Nielson regresó a su coche. Abrió la ventanilla y se quedó mirando a Lambert. Iba a decir algo más pero se detuvo y agitó la mano antes de que el coche se alejara.

Esperó diez minutos. Llamó a Tillman desde el coche de Sophie.

—¿Y ahora qué? —dijo el hombre.

Lambert le contó lo de Klatzky.

—Necesito que aseguren mi casa —dijo.

—La necesitas segura. ¿Quieres que la limpie? —preguntó Tillman.

—No, no la quiero limpia, es la escena de un crimen. Quiero mantenerla tal como está, pero necesito tiempo. No quiero que Nielson cause problemas.

—¿Qué quieres que haga?

—Envía a un par de personas a proteger la entrada y asegúrate de que Nielson no haga nada estúpido.

—¿Y mientras tanto a dónde vas?

—No puedo decírtelo —dijo Lambert y colgó.

Sacó la tarjeta SIM del teléfono y empezó a conducir hacia Orpington. Un par de kilómetros después de iniciar el viaje, tiró la tarjeta SIM por la ventanilla y, un kilómetro más tarde, tiró el teléfono. Conocía bien la zona. Tomó un viejo atajo por el bosque hasta llegar a la A20. Pasó por delante del hospital donde había nacido, hacía casi cuarenta años. Su mente se enfocó en Hastings y Sarah May. Tomó el desvío hacia el pueblo de Farnham y abrió la ventanilla del conductor, con la esperanza de que una ráfaga de aire fresco aliviara su agotamiento.

El navegador por satélite lo guio por un laberinto de carriles. La

adrenalina que lo había alimentado en casa se había disipado. La noche anterior había dormido una o dos horas, y hacía días que no dormía bien. La casa de Hastings estaba a menos de 800 metros. Lambert redujo una marcha y el coche aceleró a través de la niebla nocturna.

Sin previo aviso, se le nubló la vista.

—No otra vez —dijo. Levantó el pie del acelerador mientras su visión se llenaba de mil matices de color ardiente, pero ya era demasiado tarde.

Quedó inconsciente antes de que el coche chocara contra la orilla y cayera boca abajo en una zanja.

CAPÍTULO 49

Lambert entraba y salía de la conciencia, sus ojos eran incapaces de concentrarse el tiempo suficiente en su situación antes de volver a perder el conocimiento. El airbag se había desplegado. Su cara quedó aplastada contra el airbag y su cuerpo fue arrastrado hacia la derecha, como si el coche se hubiera volcado.

Inconscientemente, estaba de nuevo en el coche con Chloe. Hacía dos años, la llevaba de noche a casa de sus abuelos, los padres de Sophie. Llevaba semanas sin dormir bien, al igual que ahora. En su sueño, Chloe estaba sentada a su lado; tenía nueve años y estaba llena de vida, llena de un futuro que nunca vería.

Estaba enfurruñada. Él había querido esperar hasta la mañana para llevarla, pero ella había insistido. Era ese recuerdo del que nunca había podido deshacerse. Su hermosa y despreocupada niña siempre sonriente, siempre llena de travesuras, pero todo lo que le quedaba era ese recuerdo era ella sentada en el asiento del copiloto con los brazos cruzados, la cabeza vuelta hacia otro lado y un cómico mohín dibujado en la cara.

Se despertó con un escalofrío. Gritó el nombre de Chloe en la confusión. Le dolía la pierna derecha y tenía una sensación de presión, como si todo el peso del coche lo oprimiera. Cerró los ojos y volvió a dormirse.

Apenas habían hablado durante el viaje. Intentó animarla un par de veces, pero ella ni siquiera esbozó una sonrisa.

El sueño cambió a él en la cama del hospital donde había permanecido en un coma forzado. Sus primeras palabras al despertar habían sido: «Chloe». La mirada de la madre de Sophie, sentada junto a su cama, lo perseguía hasta el día de hoy. Era como si la hubiera apuñalado en el corazón.

—¿Qué? —exclamó él, sin que ningún sonido saliera de su

garganta.

Ella le había dejado caer unos cubitos de hielo en la boca, y el líquido le cubrió la boca y la garganta durante un segundo.

—¿Qué? —repitió.

Ella apartó la mirada y él comprendió.

El sueño lo llevó al funeral, el día que fue un sueño de morfina. Decenas de condolencias bienintencionadas. Los padres de Sophie incapaces de mirarlo a los ojos.

Luego volvió a la sala de estar, con Sophie sentada en el sofá llorando mientras en la pantalla del televisor aparecían vídeos de Chloe. Se vio en la puerta, demasiado cobarde para mirar las fotos y demasiado egoísta para consolar a su mujer.

Los recuerdos continuaron.

Conversaba con Glenn Tillman y le decía que estaba de baja forzosa. De vuelta en la casa, Sophie le sugería habitaciones separadas. El cuerpo de su mujer se tensó cuando él se movió para tocarla.

Lambert sabía que tenía que escapar. Intentó abrir los ojos y volver a la realidad, pero otra imagen pasó ante él.

Estaba de vuelta en el coche con Chloe, en un estrecho camino rural oscuro, sin farolas. Tan pronto como el primer destello apareció en su visión, frenó en seco. Iba demasiado rápido. El coche chocó contra un todoterreno que iba en dirección contraria.

El veredicto del forense fue muerte accidental. Chloe murió instantáneamente. Su cuerpo fue aplastado por el impacto. Nunca tuvo que identificarla, nunca la volvió a ver. Esa mueca hosca y cómica fue lo último que vio de ella.

Volvió a despertarse con un estremecimiento y regresó a la realidad de golpe. Los sueños de Chloe persistían. Tenía que dominarlos antes de continuar, de lo contrario no podría seguir.

Ahora era Sarah May quien lo necesitaba.

Sus ojos luchaban por aclimatarse a la oscuridad. Se sentó en el asiento del conductor intentando orientarse. El parabrisas estaba agrietado pero no roto. Su cuerpo estaba arrastrado hacia la derecha, por lo que supuso que el coche había volcado de lado. Se agarró con fuerza al volante con una mano, con el airbag desplegado contra el pecho. Se desabrochó el cinturón de seguridad con la mano izquierda y luchó contra la fuerza de la gravedad

mientras su cuerpo caía hacia la derecha. Quedó tumbado de lado, con la cara pegada al frío cristal de la ventanilla de la puerta del conductor. Probó sucesivamente todas sus extremidades y todo estaba en orden. Iba a tardar un rato. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado inconsciente, pero sabía que no tendría sentido apresurarse. Le dolía todo.

Se agarró al volante e intentó liberar las piernas de su posición bajo el salpicadero. Un dolor agudo le atravesó el hombro izquierdo y vibró hacia arriba, provocándole un intenso dolor de cabeza. Volvió a caer en el coche. El hombro izquierdo estaba sensible al tacto. Lambert se metió la mano derecha bajo el abrigo en búsqueda de una herida. No notaba nada importante, pero cuando retiró la mano, estaba manchada de sangre. Colocó la mano izquierda bajo la silla del conductor y la reclinó al máximo. Subió primero la pierna derecha y luego la izquierda al sillón, de modo que las rodillas quedaran frente a la puerta del conductor. A continuación, apretó las piernas con las manos y giró sobre sí mismo, de modo que su espalda quedó apoyada en la puerta con las piernas apuntando hacia arriba y la parte posterior de las rodillas apoyadas en la caja de cambios.

Era difícil mantener la posición. Se inclinó hacia atrás hasta quedar más o menos tumbado de espaldas. Estaba agotado. Podía ponerse de pie e intentar abrir la puerta del pasajero, pero le resultaría difícil levantar el cuerpo sin que la puerta se le cayera encima. La otra opción era romper el parabrisas. Ya estaba agrietado, así que unas cuantas patadas lo destruirían por completo.

Volvió a girar para colocarse en posición. Con la espalda apoyada en la silla del conductor, dio una patada al parabrisas, que se rompió con el primer impacto. Rompió el cristal de seguridad con una segunda patada.

Con la respiración acelerada, limpió todo el cristal que pudo. Descansó un par de minutos y luego salió al aire nocturno y se desplomó en el suelo junto al coche. Se llevó la mano a la chaqueta y agradeció que la pistola siguiera en su funda. Estaba a punto de ponerse en pie cuando oyó movimiento a sus espaldas. Era el sonido de unos pies que crujían sobre el suelo duro. A medida que él sacaba la pistola, alguien lo atacó por detrás y lo inmovilizó contra el suelo.

Fue un movimiento inteligente y rápido. Quien lo sujetaba tenía una fuerza feroz. Lambert intentó girar el codo hacia atrás, pero sus brazos estaban bloqueados con fuerza. Desde las sombras, oyó el sonido de una segunda persona que se acercaba a ellos. Se sacudió cuando algo afilado le picó en el cuello y, una vez más, se desvaneció en la noche.

CAPÍTULO 50

Un disparo lo despertó de un sobresalto.

Estaba dentro de la casa, con las manos y las piernas expertamente atadas a una pesada silla con armazón de acero. Lambert parpadeó. La habitación estaba a oscuras. Si había alguna ventana, estaba cubierta por persianas.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba inconsciente. El correo electrónico retrasado debía enviarse a Tillman a las nueve de la mañana. Contenía la dirección de Hastings, aunque era posible que lo hubieran trasladado. Había perdido la noción del tiempo. Su reloj interno le indicaba que eran entre las seis y las siete de la mañana. Si conseguía entretener a Hastings durante dos horas o más, podría tener una oportunidad de sobrevivir.

Su brazo izquierdo estaba cubierto de sangre seca. Oleadas de dolor lo invadieron cuando movió la barbilla para abrirse la chaqueta y ver el alcance de sus heridas. Lo que Hastings le había inyectado seguía en su sistema. El veneno persistía en su sangre, provocándole dolores musculares y articulares.

Pensó en Sarah May.

—Hastings —gritó. Su voz resonó en el vacío de la habitación. Tragó saliva y movió la lengua por la boca intentando generar saliva.

—Hastings —volvió a gritar, esta vez más alto y más insistente. Intentó zafarse, pero cada movimiento le producía horribles punzadas de dolor. En todo caso, solo servía para reforzar el agarre que lo mantenía sujeto.

Lambert gritó una oleada de maldiciones que concluyeron con la amenaza de matar a su captor. Intentó no pensar en el disparo que había oído. Rezó para que no fuera Sarah May.

La puerta se abrió y la luz inundó la habitación. Hastings estaba

en la entrada vestido con un traje de tres piezas, camisa y corbata a juego.

—Nos has dado un buen susto, Michael. El accidente automovilístico no formaba parte de la historia.

—Incluso viéndote ahora, no puedo creerlo —dijo Lambert.

Hastings sonrió, algo que no recordaba haber visto antes en él.

—Realmente has dejado que esto se alargue, ¿no es así, Michael?

—¿Dónde está Sarah?

—Está bien.

—¿El disparo?

—Oh no, no era para ella. Era otra persona —Hastings se rio, estaba más animado de lo que él nunca lo había visto.

—¿El hombre que me agarró afuera? —preguntó Lambert.

—Correcto —el hombre se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra la pared.

—Déjame ver a Sarah —pidió.

—En su momento.

Lambert apretó los labios y miró al hombre que le había engañado durante veinte años. Quería respuestas, pero no quería darle a Hastings la satisfacción de contar su historia. El cómo y el por qué no eran relevantes en ese momento. Necesitaba centrarse en May, ella era lo único que le quedaba.

—Estás desesperado por saber, ¿no?

No respondió. Necesitaba alargar esto lo más posible para darle a Tillman la oportunidad de leer su *email*.

—No tan desesperado como tú estás por decírmelo.

—Oh, no estoy muy preocupado por eso. Pronto conocerás mi historia, quieras o no. No tengo prisa por contarla, me la he guardado todos estos años. Me doy cuenta de que te está carcomiendo. Quieres saber por qué maté a toda esa gente, cómo evité que me descubrieran. Si yo estuviera en tu lugar, estaría desesperado por saber los detalles.

—Pero no estás en mi lugar, ¿verdad?

—No, y lo agradezco, pero puedo salvarte —Hastings se rio, pero la expresión de su cara no cambió—. Hay más, ¿verdad, Michael? Quieres saber por qué te elegí a ti, quieres saber dónde empezó. Dudas de ti mismo. Te preguntas si todo esto empezó en la

universidad con Billy Nolan. Crees que te metí en la cabeza la idea de convertirte en policía y que todo esto fue un plan a largo plazo para llegar a ti. Puedo verte ahora, rebuscando en tu memoria, en ese maravilloso cerebro tuyo, en busca de una respuesta.

—Creo que estás viendo cosas que no existen.

Lo había considerado, pero lo había descartado de inmediato. Era demasiado elaborado, demasiado casual. Muchas cosas habían ocurrido fuera del control de Hastings. Lambert no dudaba de sí mismo. Era posible que Hastings hubiera querido llamar su atención con el asesinato de Haydon, pero se negaba a creer que fuera un plan de veinte años.

—Tal vez —dijo Hastings, levantándose del suelo. Caminó hacia él y le acercó la cara hasta que sus frentes se tocaron. Amargura emanaba del hombre. Hastings pasó el dedo por los ojos de Lambert, que se esforzaba por no mostrar miedo—. Aunque tal vez seas tú el que está viendo cosas —concluyó, con un gruñido profundo en la voz.

Hastings empujó la cabeza de Lambert hacia atrás y se dirigió hacia la puerta.

—De todos modos —aligeró el tono—, te daré tiempo para que lo consideres.

Cerró la puerta de un portazo, sin mirar atrás.

Pasaron las horas. Lambert intentó varias veces romper las ataduras que le rodeaban los tobillos y las muñecas, pero fue en vano. Le palpitaba todo el costado izquierdo. Cada vez que intentaba sacudir la pierna izquierda, una oleada de dolor inundaba su cuerpo. Era posible que se la hubiera roto en el accidente o que Hastings le hubiera hecho algo en el ínterin.

Tillman ya debería haber recibido su correo electrónico. Intentó mantenerse positivo y concentrarse en la tarea que tenía por delante. Sería demasiado fácil detenerse en la imposibilidad de la situación. Estaba bloqueado en su posición y sujeto a la voluntad de Hastings, y la historia le decía que la gente en su situación rara vez vivía para contarlo. A pesar de sus esfuerzos, en su cabeza aparecían imágenes de las escenas de los crímenes del Cazador de Almas. Se engañaba a sí mismo pensando que podía controlar el dolor; había recibido formación sobre interrogatorios cuando se unió al Grupo, pero sabía que nada podía prepararlo del todo para

lo que le esperaba.

Su cuerpo clamaba por sustento. No había bebido nada desde el accidente y estaba muy deshidratado. Entraba y salía del sueño, despertando cada pocos minutos. En sus momentos de lucidez, pensó que esta vez las cosas eran diferentes. Hastings tenía dos prisioneros, no uno. Aunque Tillman aún no había llegado, ahora sabría que Hastings era el Cazador de Almas. De una forma u otra, era el final del camino para Hastings y se había dejado atrapar. Esto tenía que significar algo.

Su cuerpo se tensó cuando la puerta se abrió y la habitación se iluminó. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz, vio manchas de sangre seca en el suelo y las paredes.

Hastings entró con una botella de agua.

—Tengo un regalito para ti —dijo, como si fueran los mejores amigos—. Pero primero tienes que arreglarte.

Su pecho convulsionó cuando Hastings vertió la mitad del agua helada sobre su cabeza. Tragó saliva mientras el agua le resbalaba por la cabeza y su lengua seca buscaba las gotas sueltas.

—Odio verte así. Toma —dijo el hombre. Tiró de la cabeza de Lambert hacia atrás y le echó agua en la boca.

Se quedó quieto mientras el agua le cubría la garganta y la boca, pues sabía que un movimiento en falso podría hacer que lo ahogara. Hastings soltó su cabeza y alejó la botella.

—¿Mejor?

Lambert se lamió los labios, con el cuerpo desesperado por más agua. Hastings volcó el resto de la botella en el suelo.

—Casi lo olvido, tu invitada —dijo. Salió de la habitación y regresó un minuto después con una silla.

En la silla, atada y amordazada, había algo parecido a Sarah May.

CAPÍTULO 51

Hastings quitó la mordaza de la boca de Sarah May y repitió su truco del agua, inclinando una segunda botella de agua sobre la cabeza de la mujer. May apenas se movió.

—Está un poco agotada —dijo. Le levantó la cabeza y le metió la botella en la boca—. Bebe —ordenó, como un padre que cuida a un niño enfermo.

Lambert forcejeó en su silla. Soportó el dolor en la pierna en un intento desesperado por liberarse.

—¿Qué le has hecho, maldito enfermo?

—Ella está bien. Está aquí por tu bien, Michael —colocó a Sarah de cara a Lambert y se dirigió hacia la puerta—. No te debo esto, pero compartiré esta información contigo de todos modos. Si estás esperando que Glenn Tillman venga a rescatarte, tendrás que esperar por mucho tiempo.

—Detente —dijo Lambert mientras el hombre cerraba la puerta.

—¿Realmente crees que llevaría a la inspectora May en mi casa? Vamos, Michael. Dame algo de crédito —dijo y cerró la puerta.

Lo había trasladado cuando estaba inconsciente. Al menos Tillman y los demás seguirían la pista. Era un consuelo vacío, pero algo a lo que aferrarse.

—Sarah —dijo—. Sarah, soy Michael. Michael Lambert.

Estaban sentados uno frente al otro, atados a las sillas de acero, con las rodillas casi tocándose.

May levantó la cabeza. En la penumbra, distinguió la forma de su boca curvándose en una sonrisa.

—¿Esta es tu idea de un rescate? —dijo con voz débil.

Lambert se rio. Llevaba la misma ropa que la noche de su desaparición. Sus vaqueros y su camisa de algodón estaban llenos de suciedad, al igual que su pelo enmarañado, y su cara delataba

que no había comido nada desde que Hastings la había secuestrado. Él quiso bromear sobre la falsa sensación de seguridad que tenía Hastings, pero le faltó energía.

—¿Qué pasó?

El agua la había vigorizado un poco. Temió que estuviera muerta cuando la vio entrar en la habitación.

—Me secuestró fuera del hotel. Debía de estar siguiéndome —dejó de hablar cuando le volvió un recuerdo—. ¿Sean?

Lambert hizo una pausa.

—Lo siento —dijo él.

—Eso pensé. Creo que vi a Hastings cortarlo, pero no estoy segura.

—Lo dejó en la escena. Fue un corte limpio. Habría sido instantáneo.

—Sean me siguió desde Bristol. Quería que volviéramos a estar juntos.

—No tienes que explicar nada —dijo Lambert.

May lo miró.

—Tuve un aborto. Tenía diecisiete años —contestó May.

—Lo sé.

—Él nunca lo superó. Si tan solo me hubiera parado a hablar con él. Al menos podría haberle dado esa cortesía.

—Sarah, sabes que no es tu culpa. No le debías nada a Sean. ¿Y cómo ibas a saber lo de Hastings?

El cuello de May se hundió, como si necesitara toda su energía para mantenerlo en alto.

—¿Cómo supiste que era él?

—Estaba tan sorprendido como tú. Tenía un equipo trabajando para él. Encontramos a Campbell.

—¿En serio?

—Eligió suicidarse delante de mí antes que hablarme de Hastings. Descubrí algunas notas no publicadas sobre el caso de Billy Nolan. Llegó información sobre su asistencia a la sesión de asesoramiento en Gracelife, Hastings había descartado la información —Lambert suspiró. Los brazos y las piernas atados lo hacían sentirse absurdamente vulnerable—. Mató a Klatzky.

—Dios, Michael, lo siento mucho.

—Dejó una nota advirtiéndome que viniera solo. Envié un

correo a mi antiguo jefe, Tillman, pero como oíste, debió trasladarme.

—¿También te drogó?

—Debe haberlo hecho —dudó—. ¿Te ha hecho algo?

Se le aceleró el pulso mientras esperaba su respuesta.

—Nada físico, bueno, nada sexual al menos. Me ha matado de hambre y me ha sometido a largos sermones sobre lo que ha hecho y por qué. Cristo, esto es absurdo. Apuesto a que está escuchando cada segundo de esto.

—Deja que escuche. Dime todo lo que te ha dicho.

CAPÍTULO 52

May empezó a hablar.

—Me ha contado fragmentos durante el periodo que he estado cautiva. Es difícil decir qué es real y qué imaginé. Apenas me ha alimentado, y me ha drogado una o dos veces con Dios sabe qué.

—Dime lo que recuerdas —dijo Lambert.

Ella suspiró.

—Confesó todos los asesinatos del Cazador de Almas excepto uno.

—¿Cuál?

—El primero, Clive Hale. Afirma que fue de ahí de dónde sacó la idea. No sé si compartí esta información contigo, pero el otro día entrevisté a un experto en caligrafía para que examinara las inscripciones del cadáver. El experto juró a ciegas que la primera era diferente a las demás. Hastings es diestro, y la primera inscripción era de un zurdo.

—¿Quién fue el primer asesino entonces?

—Graham Jackett.

Lambert dejó que la información se asentara. Jackett fue la segunda víctima del Cazador de Almas.

—Hastings descubrió que él era el asesino y eliminó a su competencia —dijo May.

Esto no tuvo sentido de inmediato. Creía que Hastings tenía un plan maestro, que los asesinatos tenían una razón.

—Entonces, ¿es un imitador?

—Dios, no le digas eso. Yo cometí ese error y se volvió loco. Dijo que era su destino y que Jackett le fue enviado como guía.

—¿Un guía?

May se rio. Los ojos de Lambert se habían adaptado a la penumbra y podía distinguir sus rasgos con más facilidad. Había

perdido peso en la cara, pero aún había luz en sus ojos a pesar de todo.

—Cree que fue enviado para salvar a doce almas atormentadas.

—¿Las salva matándolas? ¿Quitándoles los ojos?

—Liberando sus almas, aparentemente.

—Jesús. ¿Te dijo cómo elegía a sus víctimas? —preguntó él.

—Le pregunté sobre la iglesia y se puso un poco defensivo.

Lambert le contó sobre las conexiones con otras iglesias y cómo descubrieron que Campbell trabajaba como consejero en más de una iglesia.

—¿Le preguntaste a Hastings sobre Campbell?

—Era un amigo leal, al parecer. Le ayudó con su trabajo.

—¿Cómo?

—Se especializaba en víctimas de abusos. Por lo que pude averiguar, Campbell encontraba a las víctimas y se las pasaba a Hastings.

Lambert pensó en la noche en casa de Campbell, en la mirada resignada del hombre cuando se apuntó con la escopeta. Aún no sabía si era la culpa o el miedo lo que le había hecho quitarse la vida.

—¿Qué hay de Sandra Hopkins?

—Ella había asistido a sesiones de asesoramiento con Billy Nolan, había visto a Terrence Haydon en la iglesia, y conocía a Hastings. Lo llamó una «simetría encantadora».

—Jesús. ¿Y los otros? ¿Burnham, Olumide, Crosby?

—Trabajaron para él y Campbell. No entró en grandes detalles, excepto que sus almas no merecían ser salvadas.

—Déjame adivinar. Al sellar sus ojos, ¿él selló sus almas? —dijo él.

—Bingo.

Se sentaron en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Lambert trató de reconstruir la motivación de Hastings. Se dio cuenta de que no sabía mucho sobre él, salvo su carrera policial y, más tarde, sus libros. Desearía haber investigado más. Sabía que Hastings había estado casado y que su mujer había fallecido hacía tres años. ¿Había ocurrido algo más en su infancia? ¿Había alguna pista que le ayudara a disuadir al hombre de lo que hubiera planeado? Si lo que May le había dicho era cierto, estaba

claro que tenía alguna motivación religiosa. Si obtenía más información, entonces era posible apelar a ese lado de él.

—¿Dio alguna razón para sus acciones? —preguntó Lambert.

—No más allá de salvar a las doce almas.

—¿Por qué doce?

—Se volvió evasivo cuando le pregunté, y luego se enfadó. Salió de la habitación y me mantuvo en la oscuridad durante horas.

—¿Qué piensas?

—Me gustaría tener acceso a Internet —dijo May, forzando una carcajada—. Lo único que se me ocurrió fue lo de los doce apóstoles. Pero no tengo ni idea de la relevancia, y eso que fui a una escuela católica.

—El número podría tener un significado personal.

—¿Importa? —preguntó May.

—No lo sé. Si podemos averiguar por qué está haciendo esto, entonces podríamos ser capaces de detener lo que sea que haya planeado.

—¿Has hecho los cálculos? —preguntó May.

Él asintió.

—Si contamos a Klatzky y descartamos el primer asesinato del que Hastings dice que no fue responsable, entonces solo ha habido once asesinatos del Cazador de Almas —dijo.

—Solo ha salvado once almas —coincidió ella.

—Al menos sabemos quién va a ser el duodécimo —dijo Lambert tras recordar lo que Hastings le había dicho antes—. Me dijo que iba a salvarme.

CAPÍTULO 53

Hastings los abandonó durante horas. Lambert entraba y salía del sueño, pero su posición en la silla le impedía permanecer dormido más de unos minutos. Se preguntó cómo se las habría arreglado Sarah durante todo este tiempo.

Ambos llamaban a Hastings de vez en cuando, pidiendo comida y más agua.

—¿Crees que nos ha dejado aquí? —preguntó May.

En cierto modo, el abandono era lo peor que les podía pasar. Lambert sabía que Hastings era lo suficientemente organizado como para encerrarlos en un lugar donde nunca los encontrarían. La idea de una larga muerte era demasiado para considerarla, e incluso la alternativa sonaba mejor. Al menos Hastings había usado anestesia con sus víctimas en el pasado. Aunque estaban vivas cuando les quitó los ojos y les grabó la frase en latín en el pecho, los patólogos estaban de acuerdo en que las víctimas del Cazador de Almas probablemente estaban demasiado drogadas para haber sufrido durante el proceso.

—No nos ha abandonado —aseguró él—. Tiene que terminar su historia.

Sarah May dormía cuando Hastings regresó. Le había estado contando a Lambert sobre su infancia y la escuela católica donde conoció a Sean antes de quedarse dormida. Estaba más acostumbrada a dormir en la silla, y llevaba así lo que parecieron treinta minutos cuando Hastings abrió la puerta.

Al principio, se quedó quieto en la entrada. Una silueta borrosa rodeada de sombras de oscuridad. Lambert estaba tan mareado por el agotamiento, el hambre y la deshidratación que casi fue un alivio ver al hombre. Solo quería que terminara.

Oyó que Hastings enchufaba algo en un enchufe del pasillo.

—Protégete los ojos —dijo Hastings, que llevaba una lámpara de pie a la habitación.

La luz despertó a Sarah. Sus ojos se abrieron de golpe y su cuerpo luchó durante unos segundos contra las ataduras que le desgarraban la carne, para luego acomodarse en su sitio con los ojos parpadeando y escudriñando la habitación. Frunció el ceño al ver a Hastings.

Iluminada, la habitación perdió parte de su poder claustrofóbico. A Lambert le recordó al club nocturno que había visitado en Bristol unos días antes y cómo el lugar perdía su poder sin la oscuridad, las luces parpadeantes y la música. Se había convertido en una habitación vacía, al igual que su prisión. Escudriñó la habitación en busca de pistas sobre su ubicación y posibles medios de escape, lo cual era ridículo teniendo en cuenta su situación. Las paredes blancas estaban cubiertas de yeso astillado, y salpicaduras de rojo decoraban la pintura descolorida como un cuadro abstracto.

—Lamento el retraso —dijo Hastings—. Tuve que hacer algunos arreglos antes del final.

El brillo de la luz resaltaba las arrugas de la cara de Hastings, las líneas de la sonrisa que rara vez utilizaba. El hombre salió de la habitación y regresó con una tercera silla, que colocó cerca de la entrada.

Lambert se sintió impotente al ver a Hastings arrastrar la silla de Sarah May por la habitación. Ella se las arregló para guardar silencio mientras su cabeza se balanceaba violentamente de un lado a otro al ser movida. Colocó su silla frente a la suya, a un metro de distancia entre los dos asientos.

—¿Qué haces, Hastings? Dijiste que yo era tu objetivo —dijo Lambert.

—¿Objetivo? No seas tan dramático —le respondió.

—Deja a May fuera de esto. Dijiste que querías salvarme. Pues sálvame a mí y déjala en paz.

Hastings se paró en medio de la habitación, con un prisionero a cada lado. Hizo una pausa para conseguir un efecto psicológico y dramático.

—Creo que no te das cuenta de la suerte que tienes.

Lambert miró a May. La cuerda que le ataba el tobillo izquierdo se había soltado cuando la arrastró por la habitación y ella

intentaba soltarla. Lambert sabía que tenía que hacer hablar a Hastings.

—Bien, te seguiré la corriente. ¿Por qué tengo suerte?

Hastings vaciló, sorprendido por la respuesta.

—Bueno, me obligaste a cambiar mi historia.

Eso lo confundió, pero continuó haciendo preguntas.

—¿Enviaste las fotos a Klatzky para involucrarme?

—Por supuesto.

—¿Por qué?

El hombre se encogió de hombros.

—Quería salvar a Klatzky y quería involucrarte. Leí sobre tus problemas y sabía que no podrías resistirte a involucrarte. Como le dije a tu colega, hay cierta simetría en la historia. Volver a Billy Nolan ha sido delicioso. Involucrarte a ti y a Simon, y a nuestra amiga Sandra Hopkins.

Lambert intentó no mirar a Sarah May, que seguía luchando con la cuerda.

—Tendrás que explicarme.

—No estoy seguro de cuánto sabes sobre tu amigo Simon, pero teníamos cosas en común.

—No te compares con él —dijo Lambert.

—Hay cosas que no sabes de él, de su madre —Hastings hizo una mueca con el rostro enrojecido por la ira.

—¿Qué tiene que ver contigo?

Hastings recuperó la compostura. Jugó con los puños de su camisa.

—No es relevante. Simon seguía luchando con su infancia, eso era evidente. Necesitaba ayuda y yo le ayudé.

—Él estaba más afectado por la muerte de Billy Nolan.

—Para alguien que tiene el don de ver cosas que otros no ven, eres ciego a la situación de las personas más cercanas a ti. Klatzky era un borracho, un adicto, mucho antes de que yo rescatara a Billy Nolan. No te diste cuenta de que se pasó los tres años en la universidad escapando de algo.

May seguía forcejeando con la cuerda.

Lambert buscó un argumento contra lo que Hastings le había dicho.

—Todos lo hicimos —dijo.

—Hay matices de dependencia. Klatzky era un alcohólico entonces y lo siguió siendo hasta el final. De todos modos…

—¿Por qué te detuviste, Hastings?

El hombre lo miró fijo.

—¿Detenerme?

—¿Por qué paraste después de lo de Billy? ¿Y por qué empezaste de nuevo?

Hastings se sentó en el suelo a su lado, como si los tres tuvieran una charla amistosa.

—Nunca me detuve, Michael, pronto lo sabrás. Los asesinatos del Cazador de Almas llamaban demasiado la atención. Se estaba volviendo demasiado difícil desviar el interés, y estaba afectando a mi carrera. Decidí pasar a la oscuridad, como dicen. Pero hay muchas tumbas sin nombre por ahí.

Era difícil relacionar al Hastings que creía conocer con el hombre que tenía delante.

—Entonces, ¿por qué me elegiste ahora?

—Ah, tú, Lambert. Sé que la señorita May te ha contado algunos detalles —Hastings se giró brevemente y apuntó a Sarah con la mano. Se detuvo y respiró hondo; estaba casi sereno. La luz de la lámpara de pie iluminaba su rostro.

—Dios eligió a doce apóstoles cuando su hijo estuvo en la Tierra. Hay doce puertas del cielo. Estoy salvando a doce almas perdidas.

El discurso de Hastings sonó artificial y demasiado preparado. A Lambert no le convencía la retórica religiosa. Para empezar, los doce apóstoles eran todos hombres, y Hastings había matado a Sandra Hopkins.

—¿Cómo estoy perdido? —preguntó.

—Michael… —dijo Hastings, poniéndose de pie.

Lambert se movió en el lugar mientras el hombre le tocaba el pelo y le ponía la palma de la mano en la mejilla.

—Perdiste tu alma cuando mataste a tu hija.

CAPÍTULO 54

Lambert se revolvió en la silla. Empujó la cuerda que le sujetaba las muñecas y el dolor le subió por los brazos hasta el pecho.

—No hables de mi hija, animal sádico —gritó.

Hastings parecía sorprendido.

—Lo siento, Michael, no quise molestarte. Tú mismo has admitido que fuiste el responsable de la muerte de tu hija. Oficialmente fue un accidente, y estoy seguro de que lo fue, pero te culpas a ti mismo, ¿no?

Aflojó su forcejeo. La saliva goteaba de su boca mientras su cuerpo se retorcía.

—No la menciones —apretó los dientes.

Hastings salió de la habitación, dejando la puerta abierta. Lambert llamó a May.

—¿Algún avance? —preguntó. Aún tenía la mente en blanco por lo que había dicho el hombre.

Sarah May sacudió su pierna izquierda.

—Se está soltando lentamente —dijo en un susurro—. No es que vaya a cambiar nada.

—Sigue así.

Lambert se estremeció cuando la adrenalina desapareció de su cuerpo. Intentó no pensar en dónde había ido Hastings, pero fue incapaz de apaciguar su imaginación: se imaginó a Hastings reuniendo su equipo quirúrgico, el incienso pontifical y la anestesia. En su mente, Hastings sonreía al anticipar una nueva matanza.

Una oleada de náuseas lo golpeó. Intentó vomitar pero su garganta se contrajo, tenía el estómago vacío.

Hastings regresó con una pequeña mesa de madera que colocó junto a Lambert. Salió de la habitación una vez más para coger dos pistolas, que colocó una junto a la otra sobre la mesa. Lambert se

dio cuenta de que una de las pistolas era su Glock.

—Bien, se acerca el final —dijo Hastings—. Déjenme explicarles lo que va a ocurrir —cogió una de las pistolas y la sostuvo frente a Lambert.

Él respiró hondo e intentó calmar los latidos de su corazón.

—Te daré una oportunidad, solo una, de salvar tu alma, Sr. Lambert. Fracasaste en salvar a tu hija, a la pequeña Chloe, y ahora voy a darte la oportunidad de redimirte.

Hastings puso las palmas de las manos hacia arriba, con los brazos abiertos en espera de una respuesta.

El pecho de Lambert estallaba de presión.

—Solo dilo, maldito enfermo.

—Te daré la oportunidad de salvar la vida de Sarah May.

El hombre se acercó y se sentó en la silla frente a Sarah May. Quitó el seguro y levantó la pistola hasta apuntar directamente a la frente de May.

—No —dijo Lambert—. Era a mí a quien ibas a salvar.

May cerró los ojos. Estaba tranquila, a excepción del temblor de su pecho. Lambert esperaba que se hubiera perdido en sus pensamientos y que un buen recuerdo la alejara de la cruda realidad.

—El trabajo de mi vida ha terminado —continuó Hastings, bajando el arma—. Necesito un final digno. Una conclusión digna de lo que he logrado. Una duodécima alma que valga la pena salvar. Sarah May no forma parte de mis planes; solo tú, Michael.

May abrió los ojos, al principio aliviada de que Hastings hubiera bajado el arma, pero su rostro se contorsionó por la ira. Si no hubiera estado atada en ese momento, lo habría hecho pedazos con sus propias manos.

—Pues que se acabe de una puta vez —dijo Lambert.

—Me parece justo —Hastings se puso de pie—. En un par de minutos voy a desatarte, Michael. Dejaré la segunda pistola donde está, sobre la mesa. Como puedes ver, es tu pistola; te la quité después del accidente. Al cargador le queda una bala. Después de desatarte, contaré hasta diez. Si termino de contar hasta diez, le dispararé a Sarah May.

Lambert luchó contra sus ataduras e intercambió una mirada con Sarah.

—¿Cuál es la trampa?

—No hay trampa, pero el disparo debe ser limpio. Si sigo vivo, le dispararé a ella.

—¿Esperas que crea que vas a dejar que te mate?

—¿Por qué no? He terminado y estoy agradecido. Ya he escrito el final. ¿Te lo imaginas? La forma perfecta de salvar mi duodécima alma: darte la redención por matar a tu hija.

Lambert ignoró la mención de Chloe. Sonaba demasiado bueno para ser verdad.

—¿El arma está cargada?

—Hay una bala en el cargador. Te lo advierto, tiene que ser una muerte limpia.

En la visión periférica de Lambert, May seguía luchando con la cuerda suelta de su pierna. No podía ver si lo estaba logrando.

—Entonces, ¿tenemos un trato, Sr. Lambert?

Él se encogió de hombros.

—No estoy en condiciones de negociar.

—Maravilloso. Volveré enseguida.

Lambert vio horrorizado que el hombre carente de emoción salía de la habitación.

—¿Crees que lo dice en serio? —dijo May.

No quería hacerse demasiadas ilusiones.

—Es posible. También es posible que esté jugando con nosotros. Por lo que sabemos, puede haber hecho esto con todas sus víctimas.

—Si salimos de esta, debes trabajar en tus habilidades motivacionales —dijo ella—. ¿Crees que serás capaz de hacerlo?

—¿De dispararle? ¿Bromeas? Nada me daría más placer.

—Me refiero a que tus brazos han estado atados durante mucho tiempo. Van a estar muy rígidos.

Lambert apretó los puños, tensó y soltó los músculos de los brazos.

—No te preocupes por mí. Me gustaría mantenerlo vivo para poder interrogarlo, pero me aseguraré de acabar con él. ¿Y tu pierna?

—La cuerda está más floja, creo que podré liberarla. Pero no puedo mover nada más.

—Sigue intentándolo, por si acaso.

Hastings los hizo esperar. Lambert observó la escena y trató de

concentrarse en lo que estaba por venir. Sarah May estaba a menos de seis metros. En circunstancias normales, el disparo sería fácil. Era su arma, había practicado con ella en numerosas ocasiones en varias zonas boscosas aisladas. Consideró las variables de su situación actual y llegó a la conclusión de que las limitaciones físicas eran el menor de sus problemas. Tendría que girar el hombro izquierdo para mirar a Hastings. Probablemente seguiría con las piernas atadas, pero tendría suficiente libertad de movimiento para realizar el giro. Todavía le dolía la pierna izquierda, y los restos de la droga aún recorrían su organismo, pero mantendría el arma lo bastante firme como para efectuar un disparo. Si había un problema, era la carga psicológica de saber que si fallaba, estaría condenando a Sarah May a la muerte.

Como si le leyera la mente, May dijo:

—Diga lo que diga ese cabrón, sabes que no fue culpa tuya que Chloe muriera y no tienes nada por lo que redimirte. Lo sabes, ¿verdad?

—Le dispararé de todos modos —respondió él.

May se rio, y Lambert pensó que era lo más hermoso que había visto.

—Bien —dijo ella.

Pasó otra hora antes de que Hastings regresara. Había dejado la luz encendida, y el resplandor de la bombilla desnuda era tan brillante que Lambert se vio obligado a mantener los ojos cerrados. Se las arregló para mover los brazos todo lo posible. Apretó los puños, tensó los bíceps y los músculos del pecho para que el golpe de la libertad fuera manejable, si se producía.

Hastings no habló. Su actitud era más parecida a la del hombre adusto y sin humor que él había conocido. Cogió la pistola de Lambert y desenganchó el cargador. Lo comprobó y volvió a colocarlo en su sitio. En el resplandor de la lámpara de pie, se fijó en la masa de arrugas de la cara de Hastings, una red de minúsculas incisiones en su piel parecida al cuero.

—¿Listo? —preguntó con un gruñido áspero en la voz.

Durante su ausencia, Lambert había deliberado sobre cómo funcionaría el jueguecito de Hastings.

Lo descubrió una fracción de segundo después.

CAPÍTULO 55

Duró más de diez segundos.

El primer impacto surgió de la nada. El puño de Hastings aterrizó en la barbilla de Lambert y le echó la cabeza hacia atrás. Lambert giró la cabeza y una línea de saliva con sangre voló por la habitación. Lo golpeó unas tres veces más, una en cada sien y una tercera en la boca, rompiéndole varios dientes hasta que la cabeza de Lambert quedó colgando de su pecho. No pudo defenderse, por lo que los golpes causaron el máximo daño. En su estado de mareo, supuso que Hastings había cambiado de opinión. Hastings apoyó esta nueva teoría al propinarle un fuerte puñetazo en el estómago. El golpe fue inesperado y Lambert no tuvo tiempo de ofrecer ni la más mínima resistencia de apretar los músculos del estómago. Intentó respirar y un leve silbido se escapó de su boca. Los músculos de su pecho se tensaron y, por un momento, temió sufrir un paro cardíaco.

Desde algún lugar de la habitación, oyó la voz distante de Sarah May protestando por las acciones de Hastings. Cuando recuperó el aliento, se dio cuenta de que tenía la mano izquierda libre. Hizo un débil intento de levantarla pero sufrió otro puñetazo, esta vez en la garganta.

El golpe debió de dejarlo inconsciente. Su cuerpo recobró el conocimiento como si despertara de una pesadilla. Abrió los ojos y lo vio todo: la habitación iluminada, Sarah May atada a la silla con una mordaza en la boca, Hastings sentado en la silla de enfrente con su pistola apuntando a la frente de May.

Se dio cuenta de que tenía las manos libres y su Glock 22 estaba al alcance de la mano sobre la mesa que tenía delante.

—Diez segundos —dijo Hastings.

Lambert intentó no dudar. Vio cómo su mano alcanzaba el arma

en cámara lenta. Le recordó los sueños que a veces habían asolado su infancia, las pesadillas en las que intentaba huir de asaltantes desconocidos pero sus piernas se movían como si estuvieran atascadas. La pistola le parecía más pesada de lo que recordaba, un peso de plomo en su mano temblorosa. Creyó oír a Hastings llegar al número siete, pero no estaba seguro. La cabeza le palpitaba y la garganta se le estrechaba como si estuviera llena de un objeto extraño.

Giró el cuerpo para mirar a Hastings. Se concentró en el hombre y le preocupó ver que la mano de Hastings temblaba. Su pistola se movía frente a la cara de Sarah May, que miraba al frente con los ojos muertos.

Lambert tomó puntería. Tensó el brazo para que dejara de temblar y apuntó a la frente de Hastings.

Cerró el ojo derecho y apretó el gatillo.

Habría jurado que vio salir la bala de su arma.

Cuando Lambert apretó el gatillo, Hastings se inclinó hacia May decidiendo que el final que había elegido no era para él. Al hacerlo, la pierna izquierda de May luchó por liberarse. Consiguió sacar la pierna justo a tiempo para patear al hombre hacia atrás.

La bala entró en el cuello de Hastings. Lambert volvió a disparar, pero le había dicho la verdad sobre que había una sola bala. Hizo palanca con las manos, se balanceó en el sitio y consiguió derribar la silla. Aterrizó sobre sus manos y el impacto casi le rompe las muñecas. Arrastró su cuerpo por el suelo hasta el hombre.

Las fuerzas habían abandonado a Hastings. Con la pistola a un lado, se llevó las manos al cuello, de donde manaba un chorro de sangre a borbotones. Lambert no tuvo tiempo de decir nada antes de que Hastings cerrara los ojos por última vez.

EPÍLOGO

Se dieron la mano. Fue un intercambio incómodo. Habían pasado dos meses desde la última vez que se vieron.

—Esto es una tontería —dijo May—. Ven aquí.

Lo besó en la mejilla y lo abrazó con fuerza.

Lambert saboreó el tacto de su piel contra la suya y el familiar olor de la vainilla en su piel.

—¿Así que lo tienes?

—Todo está aquí —dijo May. Agitaba el documento delante de ella.

Habían conseguido retrasar la publicación del libro de Hastings. Una vista de urgencia había dado la razón a sus defensores, que alegaban que el libro contenía información sensible para futuras investigaciones. Esto no había impedido que miles de personas hicieran pedidos anticipados por Internet.

Eso no impidió que Hastings adquiriera fama.

Al día siguiente de su muerte, su libro se hizo viral en Internet. Fue tan rápido que resultó imposible retirarlo. Primero apareció en el sitio web de Hastings. Mirando entradas antiguas, había prometido una exclusiva *online* días antes, una descarga gratuita de su próximo libro de no ficción.

Solo hicieron falta un par de descargas y pronto fue noticia nacional. Era la historia de su vida y mucho más. Desde entonces, Lambert había leído cada palabra innumerables veces. Se enumeraban todos los asesinatos del Cazador de Almas, además de los asesinatos de Samuel Burnham, Kwasi Olumide y Lance Crosby, así como una serie de otros asesinatos que estaban siendo investigados. Hastings reveló que Campbell había visitado a Roger Haydon el día de su suicidio y que le dio un ultimátum: su vida o la de Thomas Langtree. Haydon había hecho el último sacrificio, y

para Hastings solo había sido una táctica de distracción.

Los últimos capítulos habían sido redactados apresuradamente. Gracias a ellos, Lambert se había convertido en una celebridad. Hastings había predicho el final con una exactitud desconcertante, aunque en su versión las cosas fueron mucho más suaves. Lambert lo mató con una bala en la frente. Una muerte instantánea, a diferencia de la muerte lenta que sufrió en realidad.

El libro tenía pocas explicaciones. Hastings repitió lo que les había dicho a May y Lambert: que el primer asesino y segunda víctima del Cazador de Almas, Graham Jackett, había sido enviado como guía. Que su objetivo había sido salvar el alma de cada víctima a la que le había quitado los ojos.

Lambert pasó las semanas siguientes investigando los antecedentes de Hastings. Sus padres habían muerto años antes. Su madre se había caído por las escaleras cuando él tenía veinte años, y su padre había sido atropellado cuando tenía diecisiete. Lambert localizó a algunos de los antiguos amigos de Hastings. Había sido un adolescente torpe e inteligente, pero algo solitario. Hubo rumores de que algo extraño ocurría en la casa de Hastings, pero nunca salió a la luz nada importante.

La teoría de Lambert era que algo le había sucedido a Hastings cuando tenía doce años que lo había cambiado para siempre. Por desgracia, era poco probable que lo supiera nunca.

Caminaron juntos por College Green sin tocarse las manos. Quería decirle que la echaba de menos, que era posible que estuvieran juntos.

—¿Cómo está Sophie? —preguntó May.

—Está muy embarazada y gruñona —dudó—. No debería decir eso, ¿verdad?

La cara de May se arrugó en una sonrisa.

—Podemos mantenerlo entre nosotros. ¿Está arreglándolo con como se llame?

—¿Taylor? No. No quiero entrar en detalles sórdidos, pero fue una aventura, por lo que me ha contado. Él va a hacer lo correcto financieramente y dice que estará presente para el niño. Ya veremos.

La oficina del editor estaba en el tercer piso de un gran edificio victoriano. May golpeó.

—Detective en jefe May y Michael Lambert para ver a Angela Sutton.

—Por favor, usen el ascensor. Quinta planta —respondió una voz apagada al otro lado de la línea.

—Detective en jefe, ¿eh? —dijo Lambert en el ascensor.

—Claro que sí, amigo.

Se habían visto durante los meses siguientes a la muerte de Hastings. Era extraño que algo tan horrible pudiera unirlos. Lambert alquiló una casa en Bristol, pero había pasado casi todas las noches en casa de May. Había sido demasiado para ellos, demasiado pronto. Lambert le dijo que volvería a Londres y que podrían volver a intentarlo en el futuro.

—Detective en jefe May, señor Lambert —Angela Sutton los saludó cuando salieron del ascensor—. ¿A qué debo este placer?

May había pasado tiempo con la mujer en los últimos meses. Estaba vestida inmaculadamente, con una falda negra ceñida a la figura y una blusa color crema. Llevaba la cara muy maquillada, y a Lambert le recordó a las mujeres que veía de vez en cuando en los mostradores de maquillaje de Boots. ¿Qué escondes?, pensó.

May le enseñó la orden judicial.

—Podrías hacerlo fácil para ti y nosotros, y darme el documento.

Sutton leyó la orden como si examinara un artefacto antiguo en una lengua extinguida hacía tiempo. Suspiró.

—Si esperas aquí, puedo imprimir una copia.

—Que sean dos copias, y necesitaremos todas las versiones electrónicas —dijo May.

—Esto no evitará que salga, ¿lo sabes? —le dijo Lambert a May una vez que Sutton se fue.

—Lo sé, pero al menos podemos adelantarnos.

Ella se entrelazó las manos y miró sus zapatos.

—Entonces, ¿hay algo que te retenga en Londres? —preguntó, sin levantar la vista.

—Tillman me ha pedido que vuelva —dijo Lambert.

—¿Oh?

—Estoy considerando mis opciones. El embarazo de Sophie me ha desconcertado un poco.

—Por supuesto.

—Es extraño. Hay un niño creciendo dentro de ella. Ya sabes, después de Chloe y todo.

—No tienes que explicarlo, Mike.

—Pero tengo que hacerlo. No vamos a volver a estar juntos, es solo que siento que debo estar ahí para ella. Tiene todo un futuro por delante. Chloe habría sido su hermana. No te lo dije, espera una niña.

May puso su mano sobre la de él.

—Como sea, esta niña estará unida a Chloe para siempre, y Sophie estará unida a ambas. Pero yo, bueno…

Angela Sutton regresó con dos documentos, atados cuidadosamente con una cinta azul. Se los entregó a May junto con una memoria USB.

—Esto es todo —dijo.

—¿Sabes si planeó algún lanzamiento sorpresa online? —preguntó Lambert.

—Ustedes han cerrado su página web.

—¿Y? Si sabes algo, Angela, tienes que decírnoslo —dijo May.

Lambert se dio cuenta de que estaba siguiendo el procedimiento. No había forma de que la mujer compartiera información con ella.

Compró bebidas en la misma cafetería donde se habían conocido, meses atrás. Caminaron hasta el exterior y se sentaron en el césped, leyendo los documentos como si no fueran diferentes de los estudiantes ociosos que se congregaban en la zona.

El libro de Hastings terminaba con un avance de la continuación. Lambert hojeó las páginas y se asombró por lo que leía: una lista de personas desaparecidas que Hastings afirmaba haber matado desde la muerte de Billy Nolan.

—No puede ser verdad, ¿verdad? —preguntó May.

Pensó en lo que Hastings le había dicho sobre las tumbas sin nombre.

—Nada me sorprendería —frunció el ceño.

May se puso en pie, con el dobladillo del vestido teñido de manchas de hierba.

—Tengo que llevar esto a la comisaría.

Lambert quería decir tantas cosas, pero no sabía por dónde empezar.

May sacó algo de su bolso y lo dejó caer sobre el pecho de

Lambert con un guiño.

La vio alejarse. Tomó el juego de llaves de su pecho y se lo guardó en el bolsillo.



MATT BROLLY es el autor número uno en ventas de Amazon de las novelas de la *Detective Louise Blackwell* ambientadas en Weston-super-Mare, así como de las novelas policiales del *Detective en jefe Michael Lambert*, la aclamada novela policial de futuro cercano, *Zero*, y el *thriller* estadounidense, *The Controller*.

También escribe libros para niños como *M. J. Brolly*. Su primer libro infantil, *The Sleeping Bug*, fue publicado por Oblong Books en diciembre de 2018.

Matt vive en Londres con su esposa y sus hijos pequeños.